

revolución y cultura

DOS | 2025

HOMENAJES

Francisco López Sacha

Manuel Hernández

LA REESCRITURA DE LA RACIALIDAD

Roberto Diago

Nancy Morejón

Fidel Castro Ruz

LA PREGUNTA

El compromiso del intelectual



Roberto Diago: S /T, 2025. Latón-hierro-alambre-madera, 173 cm x 135 cm x 90 cm.

revolución y cultura

dos | 2025 | IV ÉPOCA

Director
Enrique Ubieta Gómez

Subdirector
José León Díaz

Redacción
Antonio López Sánchez
Israel Castellanos
Alain Serrano

Edición
Elizabeth Díaz González

Corrección
Alain Serrano Riverón

Diseño
Ricardo Rafael Villares

Diseño de logotipo
Ernesto Niebla Chalita

Dirección
Calle 4, n.º 205,
e/ Línea y 11, El Vedado,
Plaza de la Revolución

Tel.: +53 7830 3665
correo-e: ryc@cubarte.cult.cu

Sitio web: www.ryc.cult.cu

Permiso 81279/143

ISSN 0864-1315



Portada: Roberto Diago.
En el mar vive mi espíritu, 2022.
Técnica mixta / tela, 200 x 150 cm.

Contraportada: Manuel Hernández.
S/T, 2019. Mosaico de cerámica.

Reverso de portada: Roberto Diago.
S/T, 2025. Latón-hierro- alambre-madera,
173 cm x 135 cm x 90 cm.

2 Roberto Diago. La reescritura de la racialidad
Jorge Antonio Fernández Torres

13 Nancy Morejón: «Nada nos es ajeno»
Enrique Ubieta Gómez

22 Carta a Nancy Morejón (inédita)
Fina García Marruz

100 AÑOS CON FIDEL

23 Sobre la discriminación racial
Fidel Castro

28 Licor diabólico. Novela de Francisco López Sacha (inédita)

41 Sacha por Sacha
Arturo Arango

45 Sacha. Canción eterna
Antonio López Sánchez

48 Mi amigo Sacha
Elizabeth Díaz González

52 Manuel y la belleza constante
Antonio Eligio Fernández (Tonel)

55 Adelaida votó adelantadamente por Manuel
Israel Castellanos León

HUMOR GRÁFICO

59 Manuel (Selección de Ares)

61 De la industria cultural a la economía creativa en Cuba: evolución y conceptualización actual
Iván Barreto Gelles / Lis Cuesta Peraza

LA PREGUNTA

73 ¿Qué significa para usted hoy ser un intelectual comprometido con su tiempo?
Víctor Fowler / Rafael Hernández / Ricardo Riverón / Omar Valiño / Laidi Fernández de Juan / Agustín Lage / Belinda Sánchez / Llanisca Lugo / José Brito / Fernando Buen Abad / Telma Luzzani / Pascual Serrano

82 Crecimiento económico y equidad social: las funciones de intermediación de la ciencia y la cultura
Agustín Lage Dávila

POESÍA

Alfredo Zaldívar

97 Hijo de caña
100 Piedras
101 Adelantar la raza

106 *La condición del espejo:* reconstruir el palimpsesto
Jorge Ángel Hernández

111 Crítica literaria: Apuntes mirándonos el ombligo
José León Díaz

A TIEMPO

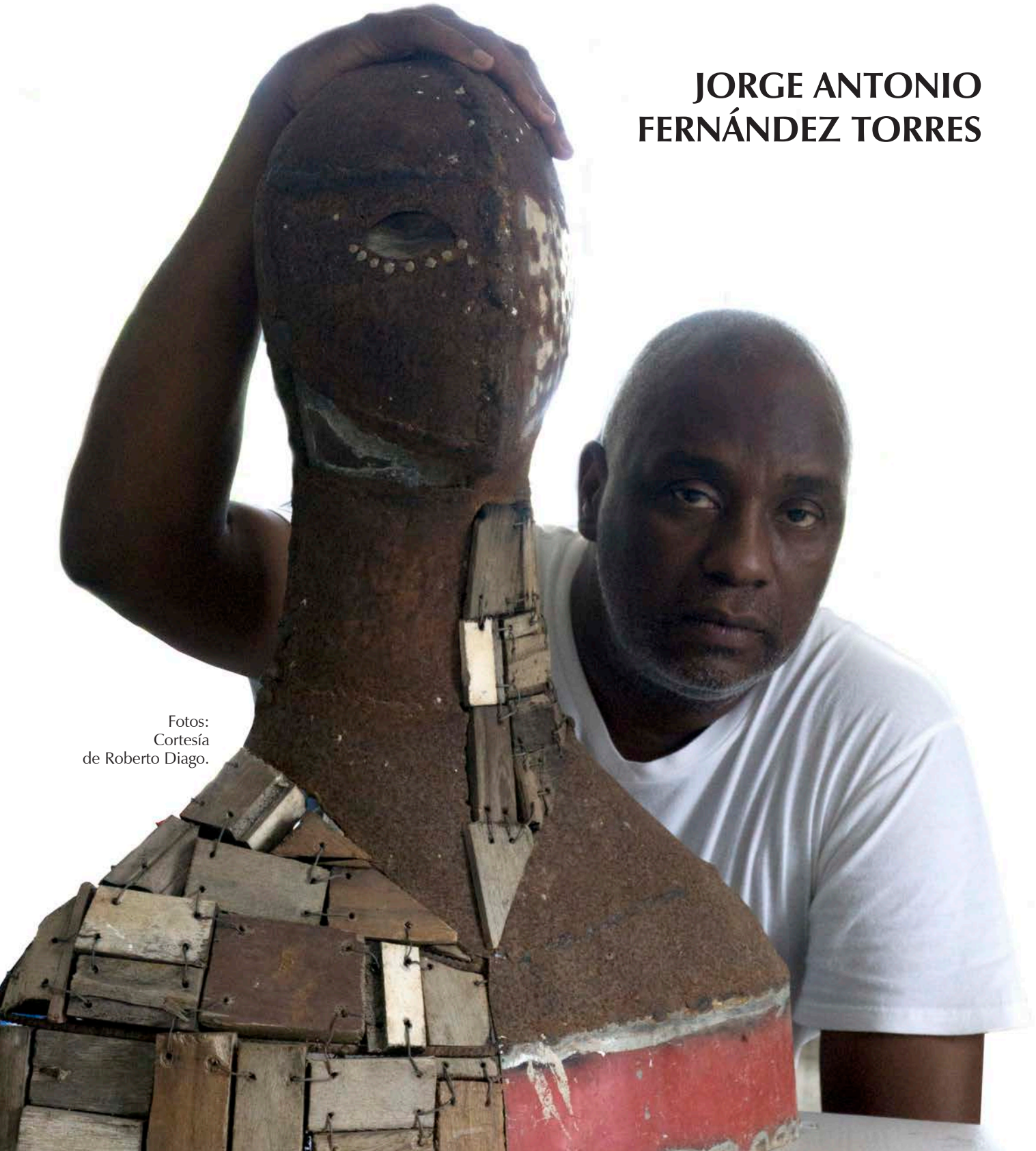
114 Un cabaret en sedición
Omar Valiño

116 «El estado ideal de una revista es el de no concluir nunca...»
Víctor Fowler

119 AUTORES

ROBERTO DIAGO. LA REESCRITURA DE LA RACIALIDAD

JORGE ANTONIO
FERNÁNDEZ TORRES



Fotos:
Cortesía
de Roberto Diago.

Hay artistas que desbordan las periodizaciones clásicas del arte cubano, uno de ellos lo es sin duda Roberto Diago. Viene de una genealogía familiar donde la música y las artes visuales han estado entrelazadas con figuras prominentes de la cultura cubana, como lo fueron Roberto Diago Querol y Odilio Urfé. Este creador está empeñado en darle continuidad a ese camino que abrieron en el arte de la Isla cineastas como Sara Gómez y Nicolás Guillén Landrián. Se interesa en retomar el legado de África, no solo a nivel simbólico, ni desde las implicaciones culturales y religiosas, sino a través de los prejuicios raciales que han estado latentes en nuestra sociedad; decía Robespierre que la conciencia no se cambia por decreto. En Cuba se produjo un proceso emancipador que promulgó la igualdad social, esto no fue una condición *sine qua non* para que desapareciera de forma súbita el racismo.

Algunos de los grandes ensayistas cubanos de finales del siglo XVIII y del XIX mostraron una posición controvertida y conciliadora con respecto al sostenimiento de la esclavitud en nuestro país. Francisco Arango y Parreño, aunque fue seguidor de las ideas liberales de Adam Smith, promovió la entrada de mano de obra blanca, pero manteniendo intacto el sistema esclavista, ideas que acompañaron a Domingo del Monte más allá de sus críticas al régimen colonial y su apoyo al primer negro que reconoce la literatura cubana: Juan Francisco Manzano. José Antonio Saco, aunque tuvo una posición radical contra la trata ilegal de esclavos y soñaba con el crecimiento económico de una Cuba próspera, autónoma o independiente, sentía que este anhelo debía fraguarse con una población blanca que excluyera a los afrodescendientes. Los tres vieron con horror lo que sucedió con la Revolución de Haití y se preocuparon por que un hecho similar pudiera suceder en la Isla. Ellos sabían que la correlación de la población cubana de ese entonces les daba una amplia mayoría a los negros. De ahí que pensaran que la palabra de orden era blanquear para que no se produjeran contrastes étnicos tan marcados que derivaran en hechos violentos. El salvajismo al que estuvieron sometidas las personas esclavizadas no fue lo que marcó la verdadera profundidad de las diferencias raciales. El fin del régimen esclavista como resultado de nuestras guerras de independencia, el desarrollo de las diferentes clases sociales y la división social del trabajo en el período neocolonial establecieron nuevas fórmulas de un gueto que ha mutado de diferentes maneras hasta nuestros días.

Uno de los levamientos armados más importantes que hubo en el pasado siglo fue el que protagonizó el Partido de los Independientes de Color ante las mociones de censura que recibió, para que no se desarrollara una fuerza política que se opuso a la racialización y luchó por reivindicar derechos que le habían sido usurpados. El resultado fue una masacre brutal que dejó más de 3000 muertos entre sus simpatizantes y el asesinato de sus principales líderes. Con este cruel episodio de nuestra historia se sellaba otro pasaje de criminalidad contra aquellos que arriesgaron sus vidas en el afán de dignificar un proyecto de nación que excluía a los que no pertenecían a la raza blanca.

Roberto Diago no se muestra ajeno a esa esta realidad, estudia en profundidad los resortes que mueven al racismo en la actualidad, se apega al reclamo de Frantz Fanon en *Los condenados de la tierra*. El pensador martiniqués en este texto hace un llamado a defender la nación como un todo, porque la cultura es solo



Instalación de la serie *El Rostro de la verdad*, 2013. Madera recuperada, dimensiones variables. Emplazada en *El poder de tu alma*, Centro Wifredo Lam, 2013.

un elemento de este conjunto. La psicología del colonizado no es algo que cambia de manera abrupta, la colonialidad habita en nosotros en una atalaya que no es fácil borrar. Adentrarse en la cultura de un país no es espejear un folklor vacío, es entender cuáles son las heridas que permanecen en el pueblo y asumir aquellos valores que pueden cooperar en la posible transformación social. Este artista analiza la forma en que permanece la marginalidad en nuestro contexto. Estudia el modo en que se conforman los barrios suburbanos que crecen de forma anárquica, sin contar con las condiciones urbanísticas ni con una infraestructura adecuada.

Los asentamientos informales que se han ido creando en la Isla responden a una desordenada emigración interna que en su mayoría viene de las regiones orientales para establecerse en la capital. Algo que es consecuencia de la inestabilidad en las producciones agrícolas a nivel del país, las diferencias crecientes entre el campo y la ciudad, además de la desigualdad en los suministros normados y de servicios básicos entre las provincias y La Habana. Cuando se analiza el color de la piel de las personas que viven en estas condiciones de vulnerabilidad, hay un porciento alto de ellos que son negros. Roberto Diago indaga en los conflictos de estas comunidades desde las micropolíticas que genera en sus obras. No sobreexpone las carencias, no emula con ellas. Es consciente que habla desde el estatus de poder que le concede el arte, mira a estos sujetos con reverencia y empatía. Habla de ellos a través del material, algo que vemos en una pieza como *El Rostro de la verdad*, instalación que fue parte de la exposición que promoví como director del Centro de Arte Contemporáneo Wifredo Lam y que contó con la curaduría de Marilyn Sampera. La pieza cubrió una de las salas más grandes del Centro Wifredo Lam, formando una empalizada gigante con las maderas de esas viviendas conocidas popularmente como llega y pon, aquí el material es clave para razonar sobre su significación, como lo pudo ser en las obras de Joseph Beuys. Sin embargo, Roberto Diago no está interesado en crear un código especial para comunicarse con el universo, parte de una realidad muy concreta. Este enjambre de madera se inscribe en los contornos más difíciles de nuestra cotidianeidad, se convierte en una arquitectura sin arquitectos, es un monumento a la resistencia de gente que edifica su morada con la misma improvisación de nuestros aborígenes, o de ese palenque que cobijó al cimarronaje cubano. Los palos se convierten en un mural multicolor que involucra al espectador en una escena de una visualidad multisensorial.

El Rostro de la verdad propone un recorrido inverso al que sugiere Donald Judd en un texto premonitorio como *Los objetos específicos*. El minimalista pone de ejemplo las composiciones poliédricas de Frank Stella para fundamentar la pérdida de eficacia de una típica pintura colgada. El objeto artístico no podía sostenerse en la pared y alerta sobre la nueva tridimensionalidad que asechaba al arte. En el caso de Diago parte de una serie de palos que se erigen en el recurso azaroso y povera de una morada de sobrevivencia y los convierte en una enorme instalación bidimensional. El artista intenta registrar la espontaneidad de un estoicismo que no cede antes los obstáculos que depara la vida.

Los queloides son otro de los símbolos que circundan la obra de este creador, es la referencia a la piel negra para hablar de la cicatrización como estereotipo de la discriminación racial. Esta asociación obvia que la tez blanca es proclive también a ese tipo de deformación cutánea, es la alusión a esas heridas históricas que ha dejado el paso de la colonización. El queloide muta de una pieza a otra de un modo diferente en la exposición del Centro Wifredo Lam, fue el elemento unificador de toda la muestra. Con un dramatismo excepcional lo observamos en una obra que nos conmocionó a todos, *El poder de tu alma*. Este artista se adentra en el lenguaje de la abstracción, recrea un relieve matérico en un tríptico de gran formato y totalmente blanco. Al concebir esta pintura el creador nos coloca frente a un ejercicio de extrañamiento, nos remite a Malevich y a ese clásico que es *Blanco sobre blanco*. A pesar de que Diago no se queda en el misticismo del artista de la vanguardia rusa, necesita indagar en otros saberes. El asunto no es apartar el arte del estado, la religión y la sociedad para buscar el sentimiento puro y evitar el giro anecdótico. Pensar sobre la racialización en la Isla se convierte en una acción reivindicativa que escruta las plataformas psicológicas y sociales que sustentan al racismo.

La pieza *El poder de tu alma* conduce al artista a seguir la línea investigativa de Frantz Fanon en otro de sus grandes libros: *Piel negra, máscara blanca,* en este texto el psiquiatra y filósofo martiniqués profundiza en los traumas psicológicos de la colonización. Presenta la imagen del negro como la construcción cultural que se hace a través de un sistema de paradigmas establecido por códigos y valores que emanan de los que piensan como blancos e imponen las jerarquías,



De la serie *El poder de tu alma*, 2013.
Mixta / Tela, 300 x 200 cm.
Emplazada en Centro Wifredo Lam, 2013.

se obvia lo «heterárquico» como sitio de convivencia e igualdad entre razas y géneros. En el desarrollo de este importante texto de Fanon se analizan los complejos de inferioridad del negro, fruto de las políticas excluyentes y se señala el modo en que se establecen las lenguas maternas europeas y las exigencias a estas personas marginalizadas para que hablen el idioma de las metrópolis con una fonética casi perfecta. Observa a la mujer negra que aspira a casarse con un blanco por blanquear o adelantar la raza y al hombre negro que pretende conquistar a la fémina blanca como signo de triunfo y afirmación patriarcal. El resultado de estas tesis encamina a Frantz Fanon a plantearse la destrucción de la máscara blanca y pensar en la necesidad de un pensamiento integrador que no conjure por la tonalidad de la piel y que favorezca la equivalencia participativa en todos los órdenes. El queloide estuvo presente en la serie *Pedazos de historias*, integrada por las costuras de soldaduras hechas en chapas tomadas de los suburbios citadinos o en la intervención final que hace con tela blanca en una de las habitaciones del Centro Lam que permaneció oscura. Esta disposición curatorial confirma que Diago no solo posee el oficio de la pintura y la escultura, cuenta con una argucia única para entender los reclamos del espacio.

Una de las instalaciones de más impacto en la producción de este creador es *Ciudad quemada*. La pieza tiene un amplio pedigrí, aunque es menester destacar el éxito que alcanzó al mostrarse en el Pabellón de Cuba en la Bienal de Venecia del año 2017. Esta obra tiene el espíritu de las Torres de Babel que se produjeron a lo largo de la historia del arte. Su forma originaria viene de las narraciones bíblicas y luego fue tomando cuerpo en las artes visuales a partir de la Edad Me-



Instalación *Queloide*, 2013. Tela / pared, dimensiones variables.
Emplazada en *El poder de tu alma*, Centro Wifredo Lam, 2013.



Instalación *Ciudad quemada II*, 2017. Madera quemada y estructura metálica, dimensiones variables. Bienal de Venecia, 2017.



Instalación *Ciudad quemada II*, 2017. Madera ensamblada quemada, dimensiones variables. Diago Bienal XIII, HB, Gran Teatro de La Habana, 2019.

dia, en ese período se tomó como referencia la forma circular del Coliseo romano. La concreción filosófica y arquitectónica se logra en el Renacimiento, etapa en que Brueghel el Viejo alcanza la forma que conocemos a través de los siglos y que ya es parte de nuestro imaginario.

Roberto Diago toma estas referencias para crear un discurso propio, esta pieza sustenta un manifiesto descolonizador. Es como si nos recordara el disparate bíblico de la Torre de Babel. Estamos perdiendo nuestros orígenes, no hemos aprendido a lidiar con ellos. Cuando languidecían las tesis de Francis Fukuyama sobre el fin de la historia apareció Samuel Huntington para intentar convencernos de que los conflictos geopolíticos habían sobrepasado el enfrentamiento de la Guerra Fría, nos aproximábamos a un choque de civilizaciones. George Bush en el discurso que hace justo después del ataque terrorista a las Torres Gemelas anunciaba el inicio de una guerra de civilizaciones. No obstante, este asunto fue visto por Aimé Césaire desde una perspectiva diferente con antelación. El poeta martiniqués es incisivo al alertar sobre el peligro de cerrar los ojos ante una civilización que está enferma, agonizando en su posible muerte. Advierte que Europa no ha podido solucionar dos asuntos cruciales: su relación con el proletariado y con las estrategias coloniales. Comenta además que la historia de invasiones y saqueos solo han servido para que el colonizado cale las mentiras del colonizador por medio del discurso de un sistema representativo que descansa en su propia hegemonía.

Los estudios genéticos que ha hecho Diago sobre su árbol genealógico demuestran su conexión sanguínea con Nigeria, desde ahí llegaron muchos esclavos que trajeron la lengua y la religión yoruba. Las fracturas que ha dejado la colonización en estos lares del planeta ha sido uno de los factores que ha propiciado el surgimiento de grupos de origen islámico en este territorio africano, nos referimos Boko Haram fundado en el 2002, ellos dominan la región noreste del país que incluye la cuenca del lago Chad. Según datos aportadas por Naciones Unidas, el extremismo de sus acciones ha causado más de 35,000 muertes con el desplazamiento de una cifra superior a 2,7 millones de personas. Una de las noticias que estremeció al mundo fue la cantidad de asentamientos que fueron quemados por estos fundamentalistas y la violación y secuestro de más de

doscientas niñas. El artista mira con dolor y perplejidad el modo en que se confirma el mito de Saturno devorando a sus hijos. Es la autodestrucción de uno de los lugares con más historia de ese continente. El artista transita por una inspiración parecida a la que tuvo Pablo Picasso cuando creó el Guernica. El malagueño no estaba haciendo una denuncia contra el fascismo, era un cuestionamiento a la brutalidad. Diago comprende que hay una franja geográfica en peligro que pertenece a nuestros ancestros y que la salvación es humana, es cultural. Trata de redimir ese drama desde su obra y con las posibilidades de sanación que brinda el arte.

Sin apelar al panfleto, en el 2004 el artista produjo una serie de cajas de luces que pueden ser una mirada más actual de las que hizo Sara Gómez con su filme *De cierta manera*. Roberto Diago pulsa el sentir de esos barrios donde todavía existen comportamientos sociales que no han sido atendidos en profundidad por las autoridades encargadas de encauzar estos asuntos. El entra sin pedir permiso en los estertores de esas comunidades y abre varias interrogantes. ¿Cuáles son los factores que facilitan la comisión de delitos? Conversa con un expresidiario quien defiende su personal posición sin compasiones, adscrito a un concepto de hombría que se configura en los ambientes autogenerados a partir de los guetos. Se detiene a observar la conducta de esos niños negros que se educan en la calle donde no es difícil vaticinar su accidentado paso por el sistema de educación. Este creador no quiere permanecer en la paz de su estudio y sale a buscar los conflictos, su sociología se disipa en las imágenes, el registro creativo de las historias que se le presentan no se identifica con las grandes hazañas épicas. El artista de manera sutil nos muestra las incongruencias éticas que pueden quedar en nuestro modelo social.

Roberto Diago examina pacientemente todo lo que ve a su paso, le llama la atención los medios gráficos en que se representa la propaganda política a través de los carteles que se despliegan en toda la ciudad, algo que contrasta con el diseño alternativo que aparece de manera fortuita y a modo de grafiti por nuestras calles donde los jóvenes se declaran el amor. Puede suceder también que nos encontremos ese trazo chapucero en una esquina llena de basura donde diga: «Prohibido arrojar basura» y luego la firma de la PNR. Lo que hace Diago es utilizar estos recursos para escribir textos hechos al descuido sobre yute enmarcados en bastidores. Uno de ellos dice: «España devuélveme a mis dioses», y más adelante añade: «Difícil no es ser hombre, es ser negro». La conjugación de estas dos oraciones nos detiene como si nos dieran un halón que nos obliga a frenar para sentir el peso de una historia y sus secuelas.



España devuélveme a mis dioses, 2000. Mixta / yute, 200 x 300 cm. Colección del artista.



Instalación *Altar del Hombre*, 2024. Mixta / madera, dimensiones variables.
Emplazada en Galería El Apartamento, La Habana, 2024.

El artista reclama una justicia histórica, su demanda no está enraizada en el odio, más bien es de meditación. A pesar de que Cuba es de las pocas comunidades afrodescendientes donde se conservaron las religiones que llegaron del África subsahariana y que estas se han ido enriqueciendo con el decursar del tiempo, se perdió el modo de representar a sus deidades porque los colonizadores españoles prohibieron su representación en los barracones. Esta política impidió que floreciera una figuración propia del panteón yoruba. Solo permanecieron los cantos, la danza y el tambor que se erigió en elemento etnográfico de incalculable valor que trasciende la exploración organológica. En la Isla los dioses cristianos se sincretizaron con los que nos llegaron de África, para luego asentarse en una iconografía que ha pasado a través de generaciones con el liderazgo de aquellos sacerdotes de las prácticas religiosas afrocaribeñas. Estos practicantes crean un templo doméstico que se distancia de la suntuosidad de las catedrales católicas. En la actualidad quedan muchos prejuicios en el clero local y en las altas autoridades del Vaticano para entender este tipo de mestizaje litúrgico. Diago nos hace saber que la discriminación del negro no solo se sustenta en el color de la piel, sino en el rechazo y en la cercenación de sus creencias.

Altar del Hombre es otra de las instalaciones de gran peso en la elaboración artística de Roberto Diago, la obra tiene deudas con *El cuidador de testa*, dibujo de gran valor en la obra de Chago Armada. Esta pieza en específico alberga un empaque que nos sumerge en las metodologías creativas de los artistas que impulsan su obra desde el continente africano. Utiliza el reciclaje de maderas de desecho recuperadas para construir una secuencia diferente. El busto con la cabeza más grande ha sido expuesto como escultura unitaria y ahora regresa en un guion instalativo. El artista retoma esa idea de Boris Groys de la reauratización de la obra de arte. La pieza funciona como un todo desde la polivalencia de los pequeños fragmentos. La pérdida del aura en el objeto artístico no se comporta como lo vaticinó Walter Benjamin, se reintegra en un nuevo discurso. *Altar del Hombre* funciona como un juego de ajedrez en el que nada es permanente. Hay rostros que se sostienen y otros son destrozados. Esta instalación trasluce la levedad que separa la vida y la muerte y lo circunstancial que puede ser nuestra relación con el poder. Los altares son coyunturales, ninguna premonición puede exponer la dialéctica entre el ascenso y el descenso a lo largo de la existencia. La fragilidad que nos asecha no es solo biológica, comparte los derroteros éticos a los que estamos sujetos. Este creador nos habla en esta poderosa instalación de una decapitación humana, pero también de los exterminios donde se conquista y se somete. Nos enseña el lado oscuro del ego, reafirma la visión de Kipling sobre lo absurdo que puede ser afirmar la creencia en la fama o en el fracaso.

Otras de las esculturas instalativas más relevantes en la carrera de Diago son aquellas que pertenecen a la serie *Paños mágicos* donde cala en los ritos

de la memoria espiritual de este país; la pieza alude a las alfombras que colocan los babalawo para sus consultas vinculadas al sistema de adivinación que es identificado como Ifá. Este es un acto sublime, pero no deja de trasmitir tensiones donde el que se consulta intenta redimir los problemas que obstaculizan su vida. De ahí que el artista intente rescatar a través del arte todas las posibles esperanzas que nos liberan del agobio en una convivencia que se torna difícil. Esta obra es polisémica, algunos ven las curvas de la isla, otros sienten que es la ola que rompe el filo de nuestras costas. *Paños mágicos* revela la utopía sanadora que embarga a este creador, es un signo de aliento, un acto de fe.

Después de un período relativamente largo en el que el artista puso en pausa la pintura figurativa apostando por formas abstractas, emergen nuevas imágenes en los lienzos de Diago. Este creador estiliza la imagen femenina de un tipo de mujer que encarna la mariana negra, nuestra Virgen de Regla nombrada en la Regla de Osha como Yemayá. Ella es la madre de los orishas, se asocia con la maternidad, el origen de la vida, la fecundidad, la monarca del mar y de las aguas saladas. El color que la identifica es el azul con gradaciones de



De la serie *Paños mágicos 5*, 2019. Maderas recicladas y alambres, dimensiones variables. Emplazada en Expo Homenaje, Galería Villa Manuela, La Habana, 2020.



El hijo de Yemayá, 2023. Mixta / tela, 200 x 150 cm.



S/T, 2023. Escultura de bronce, 59 x 46 x 24 cm.

tonos hacia el blanco. Es la principal protectora de las mujeres y el estandarte de la maternidad. La frase «Yeyé omo ejá», que en yoruba significa «madre con los peces como hijos», no solo representa el mundo acuático natural, sino que apunta un hecho fundamental de la vida humana, antes de nacer nadamos como peces en el líquido amniótico. Los hombres y las mujeres que dibuja Diago mantienen una estilización que no enfatiza las diferencias sexuales. Como mismo sucede con la Sikan de Belkis Ayón, los personajes de las pinturas de Diago, solo asoman sus rostros a través de sus ojos, como si la belleza estuviera mutilada en aquellos que son de color negro. Las gamas cromáticas no son brillantes, el pigmento aparece con sobriedad en la pintura y evade cualquier tipo de estridencias.

Estas telas de Roberto Diago funcionan como bocetos de las esculturas en bronce que comienza a trabajar en la etapa de la pandemia. Después de palpar las posibilidades de los materiales encontrados necesita lograr la esbeltez en sus configuraciones anatómicas a través de las calidades que ofrece uno de los componentes históricos en el progreso del lenguaje escultórico. Este tipo de composición puede tener sobre sus espaldas la sombra Modigliani, pero no sería acertado citar al intérprete. Diago sigue a Wifredo Lam, a Roberto Diago Querol y a Manuel Mendive en el hecho de un compromiso raigal y epistémico con el legado del continente africano.

En el momento en que terminaba este texto recibí una llamada del artista, quería que viera la instalación que ha producido para el Pabellón de Cuba de la 61.ª edición de la Bienal de Venecia.

La primera expresión que tuve al verla fue: «brutal», su título se torna inquietante, *Hombres Libres*. Quizás pudiera haber sido: Hombres y mujeres libres. En mis comentarios anteriores suscribo la tesis de que en la obra de Diago no hay una escisión que delimite al detalle los rasgos sexuales de sus protagonistas. En el imaginario popular el sincretismo entre las marianas y las féminas de los orichas les ofrecen un protagonismo especial a las deidades mujeres. Las muchedumbres que crea el artista sitúan a nuestros dioses en una aglomeración en que lo humano y lo divino son parte de un mismo núcleo. Esta pieza es una oda a la resiliencia de los perdedores de cualquier sociedad, ensalza a esos que se caen y que tienen la capacidad de levantarse.

Hombres Libres distingue a los humanos que han padecido algún tipo de segregación, intenta homenajear a los cimarrones que prefirieron morir antes de ser esclavizados y a aquellos que han batallado a lo largo de nuestra historia por una soberanía sin mediaciones. La obra lleva el malestar de nuestras heridas, vuelve sobre esa mezcla de ternura y agonía que observamos en *Huracán* de Wifredo Lam. En ambas piezas están los anatemas de una Isla que ha vivido desde su nacimiento en una constante tormenta. Ambos creadores se abren a un mar de citas y referencias donde puede estar la espada de Oggún o la esperanza de salvación que nos llega por medio de Eleguá. Diago, a través de esta instalación, conversa sobre esa solidaridad que pervive en los habitantes de este país a pesar de las carencias propias del actual contexto. En medio de las vicisitudes la gente se ayuda, intercambia su ropa, sus zapatos, una buena parte de los niños que nacen ya tienen un posible heredero. Cada componente de la instalación *Hombres Libres* se inscribe en la piel de esa Cuba actual. Los diferentes elementos que la componen conversan entre sí sobre la fortaleza que hemos tenido como nación en el devenir de nuestra historia, simbolismo que se manifiesta a través de cuerpos hechos con calzado usado o con el carbón de la cocina nacional. El uso de la madera y el metal, que recupera de los sitios donde se desechan, expresa la anarquía de un tipo de arquitectura que no necesita de los protocolos urbanísticos para crecer libremente con recursos refuncionalizados. El artista pretende que nos liberemos desde el safismo filosófico del feminismo contemporáneo que es parte de ese camino agotador que nos presenta la vida.

Cuando nos adentramos en estas piezas de Juan Roberto Diago Durruthy, podemos escribir otro grafiti que diga: «Europa devuélvenos la simbología que nos quitaste. Venimos de un monte infinito que queda en el centro de Calabar».



Instalación *Hombres Libres*, 2025.
Latón-hierro-alambre-madera,
Dimensiones variables.

NANCY MOREJÓN: «NADA NOS ES AJENO»

ENRIQUE UBIETA GÓMEZ

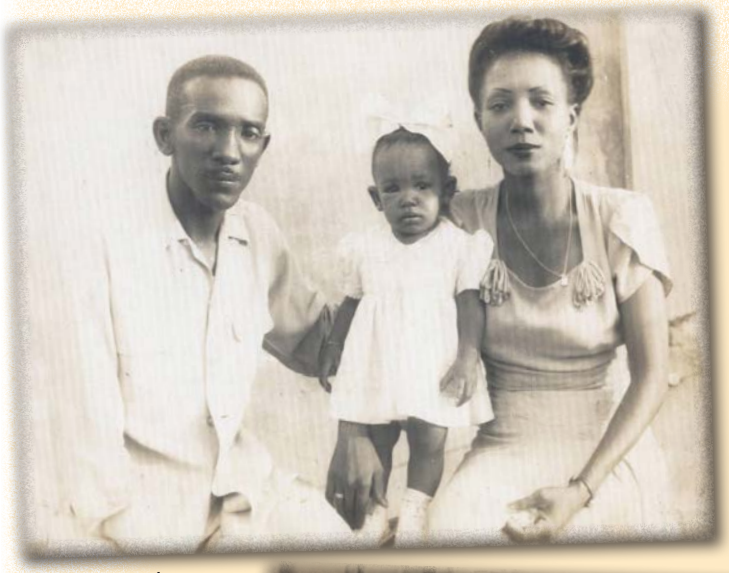


Nancy Morejón (La Habana, 1944) es una de las voces poéticas de Cuba más conocidas, traducidas y estudiadas en universidades de América y Europa. Ha recibido innumerables premios y homenajes, entre ellos el Nacional de Literatura. Cubana rellolla, disfruta la conversación, los recuerdos, la amistad… Poco a poco, no por lo que cuenta, sino por cómo lo cuenta, va revelando su fuerza interior. Hay que saber escucharla, porque elude los estereotipos cuando responde, extrae de la olla identitaria los más variados ingredientes y repasa con naturalidad los momentos de incomprensión, sin mencionarlos. La narración nos conduce al lugar de los enredos, y sigue de largo. Sus recuerdos, cocidos en chispazos de humor, brotan agradecidos, con la lúcida ingenuidad y la firmeza de una joven cubana de 81 años que eligió vivir en Cuba y defender su Revolución. Escucharla es una fiesta.

Fotos: Cortesía de Nancy Morejón.

Nancy, tu poesía expresa una clara identidad afrocaribeña y una cubanía esencial, ¿cómo logras hallar tu voz?

Me costó mucho trabajo. Las cosas no se dan así como así; en un proceso de cambios revolucionarios es muy complicado entender lo que a una le pasa, y lo más mínimo puede ser importante. Roberto Fernández Retamar y Adelaida de Juan fueron mis profesores en la Universidad de La Habana, junto a Mirta Aguirre, Camila Henríquez Ureña, José Antonio Portuondo, Marta Martínez en lingüística, Cira Soto, Graziella Pogolotti, que fue la tutora de mi tesis. Pero Roberto es un Dios para mí, porque él me abrió muchas puertas, consciente o inconscientemente. La escritura tiene que ver con la identidad de la persona, y yo siempre cuento esta historia: yo tuve un sueño; no es que yo sea surrealista o que defienda sus tesis, pero de Freud para acá hay que entender que la escritura tiene un carácter irracional y que en muchos casos se alimenta de los sueños. Yo tuve un sueño. ¿Cuál era ese sueño? Yo veía a una mujer negra en un barco enorme, luchando para sobrevivir con un mástil, y ella se agarraba para no caer al mar, y cuando desperté me dije, quiero contar la historia de esa mujer. Y escribí «Mujer negra», que como he dicho en otras ocasiones también es un poema más feliz que yo. Entonces se lo llevé a Nicolás Guillén, muerta de miedo. Porque en esa época los jóvenes no solíamos entregar nuestros manuscritos, y había mucho respeto. Yo me siento y él lo lee, estaba ahí en su oficina, la oficina oval, como la llamábamos, y se echa para atrás así, sin hablar, y yo me eché para atrás también en mi asiento y ahí, «Dios mío, ¿qué vendrá?». Se calló, no decía nada y, de pronto, después de ese silencio tan elocuente, me dice: «Es lo más importante que has escrito. Vamos a llamar a Roberto ahora para que lo publique». Estamos hablando del año 1975, principios del 75, que era el Año Internacional de la Mujer. Pero yo no lo sabía, después la vida te va enseñando. Y entonces bajé de 17 y H hasta la Casa de las Américas, para entregarle a Roberto «Mujer Negra», que salió en un número de la revista *Casa* del año 1975. Una cosa bien explosiva, bien interesante.



Con sus padres, 1945.



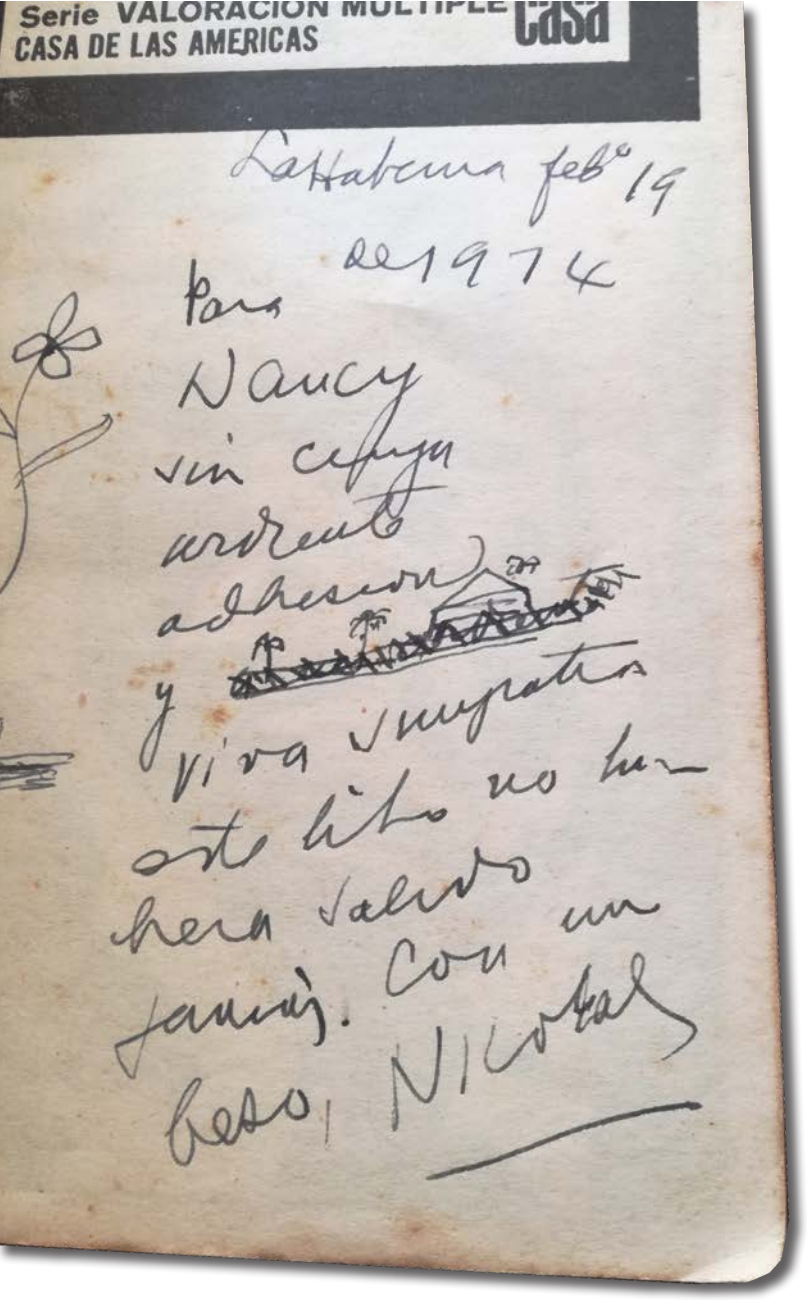
En el colegio Academia Laplace, 1952.

Durante una visita a San Juan de Puerto Rico en el año 1979, durante el gobierno de James Carter, participaba yo en un encuentro con estudiantes en la Universidad Interamericana, que era privada, y una muchacha joven, después que yo leo mis versos, levanta la mano y me pregunta: «Yo quisiera saber, usted escribió "Mujer Negra", ¿más como mujer o más como negra?». Bueno, ¿cómo podría separar ambas condiciones? «Yo escribí ese poema como Nancy Morejón», respondí. Pero uno no todo lo sabe, uno no todo lo sospecha, no todo lo puede comprender, que es lo más tremendo. Tú te vas haciendo. Ellos se quedaron muy impresionados con esa respuesta. Y les dije: «Si es un poema que sirve, si les sirve a ustedes aquí para sus luchas civiles, si es un poema que sirve para las luchas de identidad, mujeres o no, yo me siento satisfecha, que haya sido útil ese poema para eso. Pero yo no lo escribí pensando que iba a ser útil para eso. Yo conté un sueño, le di las dimensiones que yo creía que literariamente tenía que tener. Pero nada más, porque la literatura no la puedes reducir ni a un sueño, ni a una voluntad tampoco».

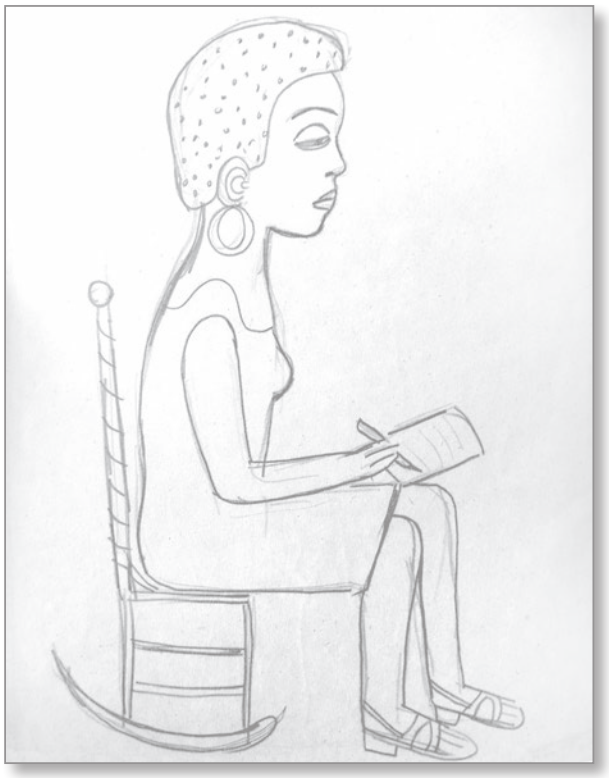
Mujer negra

Todavía huelo la espuma del mar que me hicieron atravesar.
La noche, no puedo recordarla.
Ni el mismo océano podría recordarla.
Pero no olvido el primer alcatraz que divisé.
Altas, las nubes, como inocentes testigos presenciales.
Acaso no he olvidado ni mi costa perdida, ni mi lengua ancestral.
Me dejaron aquí y aquí he vivido.
Y porque trabajé como una bestia,
aquí volví a nacer.
A cuanta epopeya mandinga intenté recurrir.
Me rebelé.
Su Merced me compró en una plaza.
Bordé la casaca de su Merced y un hijo macho le parí.
Mi hijo no tuvo nombre.
Y su Merced, murió a manos de un impecable lord inglés.
Anduve.
Esta es la tierra donde padecí bocabajos y azotes.
Bogué a lo largo de todos sus ríos.
Bajo su sol sembré, recolecté y las cosechas no comí.
Por casa tuve un barracón.
Yo misma traje piedras para edificarlo,
pero canté al natural compás de los pájaros nacionales.
Me sublevé.
En esta misma tierra toqué la sangre húmeda
y los huesos podridos de muchos otros,
traídos a ella, o no, igual que yo.
Ya nunca más imaginé el camino a Guinea.
¿Era a Guinea? ¿A Benín? ¿Era a Madagascar? ¿O a Cabo Verde?
Trabajé mucho más.
Fundé mejor mi canto milenario y mi esperanza.
Aquí construí mi mundo.
Me fui al monte.
Mi real independencia fue el palenque
y cabalgué entre las tropas de Maceo.
Sólo un siglo más tarde,
junto a mis descendientes,
desde una azul montaña,
bajé de la Sierra
para acabar con capitales y usureros,
con generales y burgueses.
Ahora soy: sólo hoy tenemos y creamos.
Nada nos es ajeno.
Nuestra la tierra.
Nuestros el mar y el cielo.
Nuestras la magia y la quimera.
Iguales míos, aquí los veo bailar
alrededor del árbol que plantamos para el comunismo.
Su pródiga madera ya resuena.

En ese proceso, por tus estudios del francés y del inglés, tuviste la posibilidad de adentrarte en el universo de las islas del Caribe.
Es muy importante eso, te agradezco la pregunta, muy interesante. Yo aprendí mucho con Graziella Pogolotti que, te repito, fue mi tutora de tesis. En realidad, yo iba a escribirla sobre Jean-Arthur Rimbaud que era mi poeta favorito, me encantaba. Y Graziella contentísima. Pero cuando se produce el primer Congreso de Cultura en el 68, ya había escogido a Aimé Césaire. ¿Por qué? Yo había comprado en la antigua Casa Belga de La Habana Vieja, donde está hoy la librería Fayad Jamís, la edición cubana de *Cuaderno del retorno al país natal,* de Césaire. Me fasciné. No solo porque tenía ilustraciones de Wifredo Lam y estaba traducido por Lydia Cabrera. Me llamó mucho la atención todo aquello. Era una edición, un cuaderno muy lindo, en español, es decir, estaba, y no lo sabía, ante la primera edición extranjera del *Cuaderno…*, y se hizo en La Habana. Pudo haber aparecido en Madrid, pero fue en La Habana donde apareció. Entonces decidí escribir sobre Césaire. Él había sido invitado al Congreso Cultural de La Habana. Y yo, que ya había publicado sobre su obra, no fui invitada. Pero Rogelio Martínez Furé, Sarita Gómez y yo nos encontramos con Michel Leiris, C. L. R. James, Aimé Césaire y Med Hondo en El Carmelo de Calzada. El Caribe, además de Aimé Césaire, ha generado hombres tan especiales como Frantz Fanon y Édouard Glissant —hace poco escribí y publiqué un artículo sobre Fanon. Yo conocí a su viuda aquí en La Habana. Él había muerto en el 61. Y aquel encuentro con Césaire ocurrió en el 68—. En aquella conversación se habló y se dijo de todo…, nos preguntaron tantas cosas… Entonces yo le digo a Césaire: «Maestro, estoy escribiendo mi ejercicio de grado



Recopilación de textos sobre Nicolás Guillén.
Compiladora y editora Nancy Morejón.



Retrato de Nancy Morejón hecho por Manuel Mendive.

sobre usted».Él se sorprendió. Yo era una muchacha y Graziella había defendido mi derecho a hacer esa tesis. Otros no lo hubieran aprobado; algunos dijeron: «Bueno, vaya para África a hacer eso». Oye tú, ¡no entender que la Martinica no es África! ¿Te das cuenta? Fíjate lo fuerte que es el proceso de colonización. No se concebía en aquella época. Defendí la tesis muchos años después, en el transcurso de los años 70. Sin embargo, había terminado mi licenciatura en Lengua y Literatura francesas en el año 1966. Con lo cual ya estaba abocada a hacer el ejercicio de grado. Y cuando le dije que lo haría sobre su obra, se quedó muy sorprendido. Fue un momento tremendo, en el que hablamos de tantas cosas, de tantos temas… Ya estaba Lydia Cabrera en el exilio, con una posición bastante anti-Revolución, vamos a decirlo así. Pero había sido ella la traductora de Aimé Césaire en nuestra América; era hija de Raimundo Cabrera y fue la mano derecha de Don Fernando Ortiz. Imagínate lo complicado que es todo.Es muy interesante también el vínculo que Lydia mantuvo con Francis de Miomandre, un escritor importante de la primera mitad del siglo XX en Francia, que reseñó y elogió los *Cuentos negros de Cuba* y que probablemente tuvo que ver con su edición francesa. Son cosas verdaderamente complicadas. Quería darte el dato también de que muchos años después, Eugène Palcy, la gran directora de cine martiniquesa, hizo un documental sobre Aimé Césaire y me pidió prestada la edición cubana del *Cuaderno…*, que resultó ser, además, como ya dije, su primera edición extranjera. Y nunca la he podido recobrar.

Frantz Fanon, el hombre que (nos) interrogaba

> «El deslumbrante pensamiento anticolonial de Fanon es, hoy, una guía insoslayable y, en aquel tiempo, fue capaz de iluminar la más difícil etapa de mi adolescencia».
>
> NANCY MOREJÓN, *Granma*, 20 de julio de 2025.

¿Conociste a Wifredo Lam?
Sí, lo conocí, pero no tuve una relación cercana con él. A quien



Nancy Morejón, Eliseo Diego, Alicia Alonso, Nicolás Guillén y Mirta Aguirre, 1978.

traté más fue a Lou Lam, su viuda. Yo estaba siempre de traductora trabajando en los eventos, así que los conocí en el Hotel Riviera. Los niños, los hijos de Lam y Lou, eran chiquitos. Vivían en Albissola Marina, en Italia. Y aunque nunca tuve un vínculo directo con él, he adorado su obra.

Quiero decirte de paso que ahora el MOMA, el Museo de Arte Moderno de Nueva York, inaugura en noviembre una retrospectiva de la obra de Lam y, en el catálogo, han tenido la gentileza de incluir el poema mío a Lam que se titula «Preguntas a Wifredo Lam». Ya está traducido al inglés. Estamos en la gestión para ver si es posible que yo pueda grabar el poema para la retrospectiva. Durante el tiempo de la exhibición se podrá escuchar mi voz.

¿De qué va ser cubana?

Imagínate, es una elección. Una nace sin saber dónde ha nacido, yo lo hice bajo esa condición, con desventaja, porque me terminé de hacer —en una incubadora— después que salí del vientre de mi mamá en un hospital llamado Maternidad Obrera. Con el tiempo una va empatando cosas. Yo soy la hija del chofer de Aracelio Iglesias. Mi madre y mi padre eran sindicalistas. Y cuando matan a Aracelio, mi padre era su chofer en aquel momento. No quiero entrar en cosas que forman parte de la historia de la política cubana porque son delicadas, pero sí quiero decir que una va desarrollándose, evoluciona y va empatando cosas hasta saber quién es una: entonces… me siento muy bien aquí, en esta Isla porque este es el aire que me nutre. Puedo haber conocido muchas ciudades que amo, muchos sitios en los que he recibido cariño —hostilidad también porque no hay que negar eso—; pero aquí he vivido, y desde el punto de vista espiritual nunca he salido de Cuba. Voy a un sitio y regreso, voy a otro y regreso, y nunca me he planteado vivir fuera de la Isla.

Yo empecé a viajar en 1979 —hay que respetar el derecho humano de la locomoción—, como te dije, bajo la administración de James Carter; fue cuando estuve en San Juan y allí aprendí muchas cosas, por ejemplo, de ahí parte mi comprensión de fenómenos como el de los cubanos que reconocieron a Cuba y que iniciaron el diálogo entre los Estados Unidos —donde vivían— y Cuba. Recuerdo a Lourdes Casal con la que había conversado durante el Diálogo de 1978; también había, entre los asistentes, un sacerdote del grupo al que llamaban el obispo Espinoza, que participó en el encuentro que tuvimos en el séptimo piso del ICAIC auspiciado por Alfredo Guevara —al que siempre he respetado mucho; ahora van a hacerle un tributo, porque a los muertos no se les rinde homenaje, se les rinden tributos—. Siempre he sentido ese respeto por

Preguntas a Wifredo Lam

Y, ¿quién vio a Li-Po sentarse,
añorando sus algas de Cantón,
sobre las ruedas de la ciudad,
posado, así, sobre el muro del Malecón
y sus madréporas?

Y, ¿quién presenció el aleteo de una paloma
entre los dedos de Ma'Antoñica Wilson?

Y, ¿qué hay en la mirada de aquel Taita
cuyo cuerpo tapiza la proa de un velero innombrable
sino una lluvia de azahares bajo la cruz del sur?

¿Quién los viera mejor sino tu pulso
perfumado por estas islas de coral?

De *La Quinta de los Molinos*, 2000.

el derecho humano de la locomoción, pero hubo incomprensiones, como asimismo ciertos malentendidos entre la Iglesia católica y el proceso revolucionario cubano. Era lógico…

A mí me bautizaron e hice la primera comunión. Mi madrina vivía en el barrio de Pogolotti (barrio obrero creado por la familia Pogolotti a inicios del siglo XX). Yo nací en aquel mundo de la cristiandad. Mi primera comunión la hice con una mantilla de Madrid, propiedad de los gallegos que me la prestaron y eran, exactamente, los encargados del solar situado en la calle Tenerife —donde pasó su infancia mi madre—, frente a una logia masónica chiquitica, que hay allí; fíjate qué mezcla tan tremenda; nosotros somos hijos de la mezcla. Hice la primera comunión con esa mantilla y, después, recibí clases de catecismo en la única iglesia gótica de La Habana, donde se juntan Reina y Carlos III. Iba a las clases de catecismo en esa iglesia; me llevaba una jamaiquina, Antonia, una negra jamaiquina azul —como se dice en el habla popular cubana—, espero no ofender a nadie con esa expresión. Entonces hice el catecismo con esta jamaiquina que era la que me llevaba y que hablaba «con acento inglés». Antonia me llevaba a esa única iglesia neogótica, amada por Alejo Carpentier, visitada por varios de los papas que han venido a la Isla. Allí escuché hablar, por primera vez, del monte Sinaí —para mí el monte sólo era la manigua—; allí conocí casi todos los valores del mundo cristiano y la historia de Cristo.

Hace poco vi, a propósito del genocidio que se perpetra en Gaza, un audiovisual interesantísimo sobre Cristo y Jerusalén, que siempre lo escribí con m, ahora resulta que lo escriben con n. En Turquía (ahora le dicen Turquiye), primero estuve en Ankara y luego en Estambul, donde existe una plaza —como la Plaza de las Cuatro Culturas de México— en la cual confluyen todas las culturas; ellos tienen una definición del mundo árabe y otra del mundo occidental, y reconocen ambas, algo que es muy importante.

Háblame de qué significó en lo personal y en tu desarrollo el grupo literario El Puente.

Bueno, yo pertenecí al grupo, y le agradezco mucho a José Mario Rodríguez. Cuando murió, hace ya unos años en Madrid, escribí unas palabras sobre él. José Mario pagaba de su bolsillo la impresión de los libros —que, por cierto, se hacía en una imprentica llamada Arquimbau, en la calle Obispo—, su familia tenía un buen nivel económico. Cuando muere Manuel Grant, destacado físico cubano, se suspenden las clases y algunas amigas, las alumnas de Graziella Pogolotti —que éramos Thalía Fung, Elsa Rodríguez Cabrera y yo— nos fuimos para Las Cañitas, un bar del hotel Habana Libre, porque no teníamos nada que hacer, y ahí estábamos tomándonos un café, cuando entra un hombre cuyo rostro tenía rasgos indígenas. Parecía un mexicano, bajito. Vino hasta la mesa nuestra y saludó a Elsa, porque habían estudiado juntos en el Instituto de Marianao y se conocían. Llegó, se incorporó al grupo y entonces Elsa es la que, literalmente, «me echa pa'lante», porque él estaba preparando una antología de poetas jóvenes. Elsa le dice: «Ella escribe poemas…, todos creen que está tomando notas en la clase, pero no, ella escribe poemas». A los dos días de aquel encuentro José Mario se apareció en la Escuela, en el famoso banco de la Escuela de Letras, para recoger poemas míos. Yo le di lo que había recopilado mi primo Ángel Roberto Hernández Riverend, a quien yo le he dedicado poemas, y así es cómo se publica mi primer cuaderno, *Mutismos,* en 1962, casi en plena Crisis de Octubre. Algo que siempre le agradecí. Nosotros entramos a la Escuela de Letras: Luisa Campuzano, María Elina Miranda, Marcia Castillo, Anubis Galardy, América Díaz, Sergio Chaple, Arnaldo Musa Pachá, Ana González Mora, Salvador Arias, Isidro Méndez, Enriquito Saínz de la Torriente, Talía, Elsa, entre otros, todos entramos un 14 de febrero de 1962, y no es que yo tenga tan buena memoria en eso de las fechas, sino que era un Día de los Enamorados…

¿Por qué el mito en torno al grupo El Puente?

Porque hay una cantidad de personas que estudian eso… Yo pienso que no todo el que estudia ese tema es un bandido ni mucho menos, ni quiere poner un negocio, pero se han puesto algunos negocios en relación con el tema. Empezaban los contactos de El Puente con Alejo Carpentier, que había sido nombrado director de la Editorial Nacional.

La portada de *Mutismos* es una de las más bellas que se pudieron haber hecho; el artista que la hizo fue Miguel Collazo, brillante narrador, una suerte de alumno de Oscar Hurtado, escritor emblemático de la ciencia ficción en la Isla. Collazo empezó a escribir ciencia ficción; se casó con una de las actrices fundadoras del Teatro Guiñol de Cuba, Xiomara Palacios, pero fue un hombre con una extraña vocación suicida. Lo intentó muchas veces, siempre fracasó, hasta un día que tuvo éxito y lo perdimos así. La portada de mi libro es un dibujo de corte abstracto; en aquel momento se discutía mucho sobre el arte abstracto. Son cosas que ahora entendemos, que ahora comprendemos. Era una portada bellísima, la verdad es que vivo muy orgullosa de esa portada, porque fue hecha en una editorial alternativa a lo que fue *Lunes de Revolución* y



Heberto Padilla, Nancy Morejón, Pablo Armando Fernández, Fayad Jamís, mujer no identificada y Roberto Fernández Retamar, 1967

Ediciones R. Eso sí lo tenían claro José Mario y después Ana María Simo. Ellos crearon, a conciencia, un medio de expresión, un vehículo de comunicación generacional, frente al gran fenómeno literario que ya era *Lunes de Revolución* y sus Ediciones R, donde trabajaba, por ejemplo, mi amigo Virgilio Piñera. Virgilio y yo fuimos muy buenos colegas; los dos hablábamos todo el tiempo en francés; él se sabía parlamentos completos de Molière, Racine, bueno, de *Fedra*, que era su obra preferida.

Háblame de los años 60…

Durante el velorio de Guillermo Rodríguez Rivera, no hace mucho, le conté al trovador Silvio Rodríguez algunos detalles sobre la noche en que estuvimos de guardia en la Escuela de Letras, en plena Crisis de Octubre: yo cantaba, como lo hacía mi abuela materna —que cantó con María Teresa Vera alguna vez— y Guillermo me acompañaba tocando la guitarra. La idea nuestra era esperar la tercera guerra mundial cantando boleros de César Portillo de la Luz, José Antonio Méndez, Jorge Mazón, el Niño Rivera y Marta Valdés. No olvido esa noche, porque la isla estaba rodeada de barcos de guerra —como ahora, que está la flota de Donald Trump en el Caribe—. Aquella madrugada, nosotros sin uniformes ni nada, con la ropa de todos los días y la guitarra en manos de Guillermo, estábamos esperando que el barco soviético rompiera el cerco de los barcos norteamericanos y se desencadenara la tercera guerra mundial, esa era nuestra idea. Tal vez hubiéramos podido morir todos. No se me olvida que los historiadores Hortensia Pichardo y Fernando Portuondo, un matrimonio de grandes investigadores, vinieron apertrechados con una cantidad de galleticas preparadas —era una cosa que se hacía con galleticas de soda, una especie de sándwich pequeño, como una medianoche, pero con galleticas— para todos nosotros. Así esperamos el inicio de la tercera guerra mundial, cantando esas canciones maravillosas. No vi acto más tierno y más desinteresado para defender nuestro país. Estábamos los estudiantes cantando cuando llegaron esos profesores con las galleticas preparadas para que pudiéramos pasar la noche. Realmente fuimos muy felices haciendo eso. Pero no pasó nada, pasó la Crisis de Octubre, pero nada más. «Somos uno, somos todos» esa era, más o menos, nuestra contraseña.

Hicimos muchas cosas también por amor a la patria. Porque fue la Revolución la que hizo posible mi formación académica, y no es demagogia lo que estoy diciendo, es mi historia personal. Mi padre no tenía dinero para pagar la matrícula del sistema

educacional que la Revolución hizo estallar; mi papá no tenía los cien pesos para poder pagar aquella matrícula, y todo cambió. Luego vino la alfabetización. Yo alfabeticé en La Habana. Te cuento. Yo suspendo la asignatura de francés que se daba en dos semestres en el Instituto y mis padres no dejaron que me fuera al campo, porque tenía pendiente sacar esa asignatura en un examen extraordinario, para poder graduarme de bachiller; porque en el plan Varona —que había diseñado Enrique José Varona— si tú escogías Humanidades tenías que aprobar la asignatura de francés y yo la había suspendido, en los dos semestres. Yo alfabeticé como a siete u ocho personas, pero siempre a gente de Los Sitios, el barrio habanero donde prácticamente nací; en esos meses lo único que hacía era alfabetizar y estudiar francés, hasta que me presenté al examen para terminar el bachillerato y obtuve la máxima calificación. Todavía conservo mi cartilla de alfabetizadora.

Cuando nací ochomesina, en Maternidad Obrera, pesaba dos libras y tres cuartos, y hasta que no me salieron todas las cosas que me tenían que salir para completarme, no salí de allí. Pero mi primer paisaje fueron Los Sitios, «asere boncó», como se dice en buen cubano. Entre mis alfabetizados estaba una española llamada Carmen que se había casado con un japonés y el apellido de su hijo era Tafai; y también una mulata santera, Kirika, que vivía frente a nosotros. Ayer les contaba a unos estudiantes de Minnesota que me conmuevo cuando recuerdo a Kirika, porque ella era una mujer de pueblo que tenía que buscarse su sustento día a día y, en cierta ocasión, me dijo: «Hoy no fui a un tambor para venir a la clase»; Para ella un tambor era un acto ritual muy importante en su vida y, sin embargo, vino a estudiar, quería aprender a leer y escribir. Eso es tan conmovedor… En el caso de la española yo me preguntaba y me decía, «qué cosa más tremenda, ella es una española y resulta que yo soy la que le enseño a leer y a escribir», ¿tú me entiendes? Son cosas muy fuertes, muy tremendas. Y no las puedo olvidar.



Junto a Leo Brower y al Comandante en Jefe Fidel Castro, 12 de enero de 1983.



Con Manuel Mendive y Rogelio Martínez Furé.

Diago, el joven

«El joven Diago, semejante al rayo que no cesa, nos trae la risa ya convertida en madrugada entre los pájaros: nos indica que los seres humanos solo somos una lágrima fija posada en el pétalo de una flor sostenida por el aire de las montañas: una lágrima bendecida por los astros y por nosotros mismos, que la elevamos al cielo para decir: "Aquí estamos"». (16 de mayo de 2002).

Pluma al viento, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2005, p. 152.



Con Miguel Barnet.



En el Instituto Cervantes, Madrid, verano de 2023.

Has colaborado en varios proyectos con el pintor Juan Roberto Diago Durruthy. ¿Te sientes identificada con su obra?

Diago es ante todo un gran fenómeno en el arte cubano contemporáneo, marcado por un ingenio y un sentido de la historia. Claro, Diaguito, imagínate, es divino, viene de una familia negra maravillosa. Su abuelo, Juan Roberto Diago Querol, que, por cierto, se suicidó en Madrid, en vísperas de inaugurar una exposición que había procurado la artista cubana Loló Soldevilla.Es una historia muy famosa, las razones son siempre un misterio, ni él, que es su nieto las conoce. Yo le pregunté, «eso no lo sabe nadie», me dijo.

Hago un paréntesis para decir que Loló y yo hicimos la zafra del 70 juntas en el central Hershey. Casi todos los días se analizaba la marcha de la zafra en el consejo de dirección, si alcanzábamos o no los diez millones, nos invitaban a sus reuniones y nos trataban con mucho respeto. Desde París, donde residió años, ayudó a todos los grandes artistas cubanos de esa época, incluido Lam; de todo eso me enteré yo durante la zafra del 70, porque vivíamos en la misma casa.

Estando en el central, en 1970, anuncian una exposición de Julio Le Parc y salimos de allí para la Casa de las Américas, a la sala Manuel Galich, para asistir a un conversatorio a propósito de una exposición del gran artista argentino. Tú sabes que para entrar a la sala tienes que abrir una puerta de dos láminas de madera, entonces entramos Poncito, el hijo de Fidelio Ponce, Lolocita y yo, pero cuando Julio Le Parc la divisó, exclamó: «¡Por favor, que todo se detenga, yo pido un aplauso para Loló Soldevilla, que fue quien me introdujo en el cultivo del arte cinético en París! ¡Yo no sabía qué era el arte cinético y ella me lo enseñó, y acaba de entrar a esta sala!». Todos los asistentes aplaudieron muchísimo. Después subimos al tercer piso para jugar y disfrutar de aquella extraordinaria muestra, tan lúdica como aleccionadora. Percibimos un especial sentido del arte, una liberación extraordinaria, así conocí a Le Parc a través de Lolocita en plena zafra del 70. Esa exposición fue un hecho connotadísimo en la historia de las artes plásticas del siglo XX.

Diaguito viene de esa familia y de otras familias que eran los Juncos, los Urfés, que eran intelectuales con una conciencia de su identidad como cubanos y como negros, por lo menos lo defendían mucho, y yo eso lo admiro enormemente. Mi primera noción de Diaguito, que es la que más me gusta a mí, la expresé en un texto especialmente escrito para un documental de la realizadora uruguaya Juanamaría Cordones-Cook, y lo escribí en Missouri, donde ella es profesora. Él empezó a salir al mundo de las artes plásticas con mucha fuerza, porque lo tiene colado en vena.

CARTA A NANCY MOREJÓN (INÉDITA)

FINA GARCÍA MARRUZ

Transcripción del original

Mayo 27 / 06

A Nancy Morejón
Ciudad

Querida Nancy:

Diversas causas –enfermedades familiares y compromisos de trabajo– me impidieron darte a tiempo las gracias por tu triple regalo: traerme unos ejemplares de la Antología y con ella un ejemplar de tu *Pluma al viento*, donde dedicas unas páginas a nosotros y a Eliseo, pero sobre todo otras que me han gustado especialmente, como las que dedicas a Marré, pues estoy entre los que nunca olvidaron *Los ojos en el fresco*, ni su ejemplar amistad con nuestro Rolando Escardó y con Fayad. Me gusta que le hayas dedicado ese homenaje, pues como él es de aquellos que sabemos no lo necesitan, uno se abandona a veces, y lo sabe como más de todo: dices bien, es un «inmenso libro», tanto más como que, como con tantas otras cosas inmensas, podemos pasarles al lado con tanta complacencia como abandono: tú lo dices mejor, al referirte a su candor y al insólito encuentro de la capacidad de ensueño (generalmente considerada distante de la realidad) y su acercamiento a lo esencial heroico y al «olor del orégano en los atardeceres del país», «esa extraña sustancia» que recorre lo comúnmente inadvertido.

No conocía tu prosa crítica, y me admira algo que ya me sorprendía en tu poesía, y es esa «netitud», esa «lisura del lenguaje», que uno aprecia tanto en la escultura africana y que le da una especie de elegancia, que tan pronto parece propia del arte primitivo como sorprende por la modernidad que alcanza: muchas de esas esculturas recuerdan a maestros del arte moderno. Y así también en la danza, en que la figura humana parece esculpida, como en esa obra maestra que es *Súlkary* [del coreógrafo cubano Eduardo Rivero]. (Al fin sabe la orgullosa ciencia occidental que en la Madre África nació el Hombre).

Me gustó también que escribieras sobre Georgina Herrera, aunque no conozco su obra: ni la he visto mucho en librerías, ni ella nos ha mandado ningún ejemplar, y veo que tiene mucho hecho. A mí también me gustó, desde el primer poema que leí de ella en una revista, su peculiar lenguaje: veo que coincidimos en algunas preferencias. Es una poetisa muy original, y tanto más cuanto ni lo pretende ni lo parece. Algo parecido a lo de Marré. Me vuelve a sorprender tu virtud de decir mucho con pocas palabras ese juicio que haces de Dulce María Loynaz, del todo sintético, que –no sé por qué– me recordó la manera precisa del padre de Cintio de hacer algunos juicios: dices, sencillamente: «No encontrará el que la escuche ni ampulosidad, ni acartonamiento». Y ahí está justamente el sentido de todos sus demás dones: la sencillez, «veracidad, tenacidad, fidelidad y ternura» que le reconocemos y le reconoces. En cuanto a Excilia es otra intensidad diferente de nuestra poesía, y te basta una palabra, «ciclón», para darnos su fuerza, su sorpresa, la majestad de su centro quieto y corporal turbulencia, que de pronto amanece, como nuestra historia, con gracia niña de abanico criollo recorriendo el dolor abuelo con su caricia.

De la poesía de Guillén das una buena información del interés despertado en Francia por su obra –que ya del juicio de Unamuno sabíamos, aunque creo que de lo que significa para ti has dado ya muestras suficientes–. Lo de Roberto, muy agradecible («Claro que no voy a contar historias sobre él»), pues algunos elogiantes se creen en la obligación de dar su biobibliografía completa a los que no irían a su homenaje si no conocieran lo esencial de ella. En un solo párrafo das una imagen de lo esencial de Roberto, «ese cubano de La Víbora», «ese Quijote tropical convocado por el fuego cívico de Rubén Martínez Villena», y hasta de su «frondoso sillón» con el que preside la Casa de las Américas. Él es siempre «*gentil, mon Dieu*!» como decía una vieja canción francesa, y un poeta completo.

Bueno, no te voy a reseñar el libro completo, que te sabes de memoria, y del que me falta leer algunas semblanzas de esos poetas caribeños que tan bien conoces, y de tantos otros de lengua inglesa o francesa, que no poseo como tú y me interesa conocer. Tu elogio de Martínez Furé es justísimo. Dice Sergio que es, entre otras muchas cosas, un sabio alemán, por lo minucioso de su búsqueda. Me gusta que entre esos dones señales el de compositor y cantante. Su voz es realmente de una «indescriptible belleza», como dices. La semblanza de Barnet, muy completa, la piedra fina y el pavo real, Rita Montaner y Esteban Montejo.

Te damos gracias por todo,
Tus Cintio y Fina

100 AÑOS CON FIDEL

SOBRE LA DISCRIMINACIÓN RACIAL

(Fragmento)

Conversación con los delegados al VI Congreso de la UNEAC
(Palacio de las Convenciones, La Habana, 5 al 7 de noviembre de 1998)

[...] Parecía que dándoles oportunidades a todos, abriendo todos los clubes aristocráticos aquellos a toda la población, el acceso a las playas, el acceso a las escuelas, el acceso a las universidades y a todo, todas las posibilidades, era el camino por el cual comenzaría a desaparecer la discriminación. Pero el problema es mucho más serio. Creíamos que, incluso, desapareciendo las clases, los explotadores y los ricos, iba a desaparecer también eso y se iba a crear la igualdad de oportunidades, la verdadera igualdad de oportunidades para todos.

Después se vieron otros fenómenos, que en la discriminación hay un aspecto social y cultural. Tú les das igualdad de condiciones a todos y resulta que hay sectores sociales que tienen muchos más niveles de cultura, de preparación, y entonces ellos educan a los hijos, tienen mejores viviendas, mejores condiciones para todo.

Esos sectores sociales, revolucionarios, incluso, y no ricos, ni terratenientes, ni industriales, ni nada de eso, influyen mucho en el desarrollo,

en la preparación, en la formación, en el acceso, porque después tú dices: «Por examen para ingresar en tal escuela». ¡Ah!, los hijos de los profesionales ingresan, los hijos de los vecinos aquellos de La Habana Vieja no ingresan, porque los de los profesionales tienen a los padres profesionales —hay muchos—, los repasan, les buscan un repasador. Entonces creemos que es muy justo que sea por expediente, pero aquel núcleo familiar tiene todas las condiciones para hacerlo y el otro núcleo no lo tiene, y nosotros observamos entonces, en los que tuvieron acceso a determinadas instituciones, que la proporción de personas con el color blanco —y sin racismo— es mucho más alta que la proporción de personas con el color negro.

Si vamos más lejos, a uno le duele terriblemente también, si ve imágenes de delitos y cosas, ver una proporción de personas negras más alta. Y yo sí que no creo en absoluto que eso sea un fenómeno genético ni mucho menos, porque pienso todo lo contrario *[Aplausos prolongados]*.

Realmente no esperaba esta reacción. Estaba reflexionando aquí en voz alta con ustedes, y estimulado precisamente por los temas que se están tratando en este congreso.

Son cosas que las he pensado, y allí en el Parlamento lo planteé, pero en Soweto también, con toda la fuerza posible; además, en Jamaica y en Granada, con toda la fuerza posible, y en Santo Domingo. Estuve hablando porque estuve viendo muchas cosas, hay muchas cualidades, y me he vuelto predicador de las cualidades de esas islas, de sus capacidades intelectuales, hasta de sus sistemas.

Ha funcionado allí el parlamentarismo mucho mejor de lo que ha funcionado en América Latina, en todas esas islas del Caribe, de origen africano, población negra, en su inmensa mayoría, donde los diputados son electos en los distritos. Allí tienen la escuela del distrito, después el Parlamento, y luego, cuando llegan al gobierno, incluso, ya tienen largos años de experiencia.

Tienen una capacidad intelectual extraordinaria. Los vi en una reunión en Santo Domingo, y lo vengo viendo hace mucho rato, cómo se expresan, qué precisión tienen, qué profundidad, qué capacidad. Voy a decir la verdad, y por eso tiene que ser esto reservado aquí entre nosotros, porque no es conveniente que nosotros hagamos comparaciones, pero es lo que he visto: son los más capaces políticos, los mejores polemistas; lo que he visto en esas reuniones, y he estado en unas cuantas: seriedad, preparación, bueno, he conocido a unos cuantos. Nuestros mejores amigos en el Caribe, en este hemisferio, son los países del CARICOM[1], todos estos países: Jamaica y todos los demás, y Trinidad y Barbados, son los mejores amigos. Fueron los que iniciaron la lucha contra el aislamiento de Cuba, ellos, junto con Torrijos y algunos más, hasta que rompieron el aislamiento, cuando nadie tenía relaciones con nosotros —después tuvimos el privilegio de estar en África y luchar, incluso, contra el *apartheid*—.

Entonces, he visto a aquellos hombres, su capacidad, su seriedad. Han sido los primeros en la lucha contra el bloqueo, porque esos, cuando se reúnen con Clinton, por ejemplo, le hablan con una claridad tremenda, una firmeza tremenda; firmeza y claridad que no vemos en otros dirigentes políticos, realmente. Y, además, le dicen todas las verdades y se las dicen en inglés *[Risas y aplausos]*, se las dicen en inglés, de manera que no necesitan ni traductores. Pero sé todas las conversaciones con Clinton, con el otro, todo eso.

Señores, nosotros hemos tenido la oportunidad de tener una valoración de esos hombres, con cualidades admirables, fabulosas. Pero, además, me di cuenta de otra cosa: hay hasta una especie de discriminación histórica, porque los esclavos fueron los precursores de la independencia de este continente. Sí, pero realmente la independencia quedó como cuestión de blancos, así, y no soy racista, ni blanco, ni negro, ni con comillas ni sin comillas *[Risas]*, no soy nada de eso, digo la verdad histórica. Eran los conquistadores, eran los dueños de esclavos, eran los dueños de todo.

Las guerras de independencia que se conocen de este hemisferio fueron las que iniciaron las clases dominantes, los criollos. En la propia Cuba, en el siglo pasado, no olvidemos, y de ahí surgió la idea del anexionismo, los dueños de las grandes plantaciones, las grandes riquezas, los grandes propietarios de esclavos eran los criollos. Por eso no querían la independencia, tenían miedo a que pasara lo que pasó en Haití. Todo eso ha tenido una gran influencia en nuestra historia, pero la historia habla de la independencia a partir de que los amos de esclavos empezaron a... Y, además, como un acto de lealtad al rey de España, cuando Napoleón invade y pone ahí a un rey. Como un acto de lealtad a Fernando VII, así empiezan las luchas, las juntas aquellas, que después se convirtieron...

¡Ah! los primeros libertadores venezolanos... A Bolívar lo derrota Boves, con los negros, los indios y los mestizos, que le organizó la lucha de clase. Antes de que Marx escribiera sobre la lucha de clase, ya un asturiano astuto la inventó en Venezuela, y acabó con la II República. Entonces fue cuando se inició el período en que Bolívar está en Jamaica, casi lo asesinan, entra en contacto con Pétion y Pétion le dijo: «Te ayudo», y le planteó con toda claridad... Bolívar era un libertador, realmente, y sus ideas eran independentistas y revolucionarias, y el juramento del Monte Sacro es cierto y el preceptor aquel, Simón Rodríguez, no es una leyenda, es real; pero él no era jefe ni siquiera en aquel momento, era un joven oficial. Aquella junta estuvo constituida por eso.

Bolívar era, realmente, un libertador y llegó fácilmente a la conclusión, aparte de la experiencia, porque la caballería aquella de los llaneros de Boves era imparable. En el libro ese de Uslar Pietri, *Las lanzas coloradas*, está bien clara la definición de aquel ejército y lo que hizo, porque aquel explotó las contradicciones entre los dueños blancos y los esclavos negros, los indios y los mestizos.

Se dan fenómenos de todas clases. Me topé allí en la Ciudad del Cabo un fenómeno: es la única ciudad que ganaron los racistas, o los antiguos racistas, vamos a hacer la ficción de que ya no lo son *[Risas]*. ¿Saben quiénes fueron sus aliados?, los mestizos. Les hicieron creer a los mestizos que el triunfo del ANC[2] significaba que ellos iban a perder propiedades, casas y todas las cosas, y los mestizos, en ese caso, apoyaron a los blancos.

Pero tiene esto una incidencia tremenda. Pero yo digo: la historia ha sido injusta; me di cuenta en el viaje por el Caribe, porque lo vi con más claridad que nunca, cuando empecé a buscar antecedentes.

Entonces ya en 1836, tremendas rebeliones contra la colonia inglesa, y en Barbados tremendas rebeliones. Ellos están reivindicando la historia y haciendo estatuas; pero mucho antes de que, incluso, en Estados Unidos los colonos ingleses se levantaran contra el coloniaje, se levantaron los esclavos, y aquí también lo hicieron. Fueron los precursores de la independencia de este hemisferio y la historia los tiene olvidados.

De todas esas realidades que yo he visto por ahí, cualidades extraordinarias, talento extraordinario, lo he visto, de eso hablé en Soweto con cierto cuidado —aquí puedo hablar con más libertad—, pero les pregunté. Yo decía que cuando ya había civilización en África —creo que Alfredo me habló incluso de alguna civilización—, la había en Egipto y en Mesopotamia; también la civilización, antes que en Grecia, empezó por otra zona. La escritura no empezó en Grecia.

En dos palabras: el arte y la cultura no empezaron en Grecia, la arquitectura no empezó en Grecia *[Aplausos]*. No es que quiera polemizar, sino medité cuando él dijo eso, asocié todo esto: había civilizaciones en Egipto, incluso; el lenguaje cuneiforme, el otro, los jeroglíficos. Todavía los chinos usan casi jeroglíficos y las culturas chinas y otras culturas...

Grecia hereda muchas cosas de aquellas culturas que se habían formado antes en lugares del Asia Menor, que es la actual Turquía y en aquella zona de la Mesopotamia. Las Siete Maravillas del Mundo estuvieron allí, incluso los famosos jardines colgantes aquellos que forman parte de ellos también y otras muchas cosas.

Hay toda una civilización de la cual habla la Biblia. Ahora, sin escritura los griegos no hubieran podido escribir la *Ilíada* ni la *Odisea*, y no la inventaron ellos, la tomaron de muchas cosas, se puede profundizar.

Cuando hablé en Soweto, les expliqué que cuando existían todas esas civilizaciones, no existía París, ni Madrid, ni ninguna de aquellas capitales y que eran regiones recorridas por hordas de los llamados bárbaros. En Europa lo que había eran bárbaros, hasta época ya entrada la era esta, todas aquellas tribus que venían, del este siempre venían todas aquellas tribus, todas aquellas invasiones.

Cuando hablaba en Soweto, el día de una sublevación contra el *apartheid* de los escolares negros de Soweto —una ciudad como de un millón de habitantes, satélite, allí estaban, una discriminación atroz, y los estudiantes fueron los primeros que se levantaron—, allí murió un niño, un jovencito —el nombre ahora no lo recuerdo en este momento *[Peterson]*, ellos lo conocen bien, tienen un monumento y allí se pusieron las flores—, digo: Si Einstein hubiera nacido en Soweto no habría sido Einstein, ni habría desarrollado la teoría de la relatividad ni esas cosas. Les decía: No hay más talento allá, no tenían más talento. Tuvieron una civilización, adquirieron un desarrollo tecnológico, pudiéramos decir, igual que la conquista de este hemisferio, que vinieron con unos arcabuces, unas flechas y unas ballestas. Si no se equivoca Colón y no se encuentra un hemisferio por el medio, termina en China



y lo liquidan; con doce caballos no conquistan a China como conquistaron a Cuba *[Risas]*. A Cuba la conquistaron con doce caballos.

Los que se hayan leído *El libro de Marco Polo* saben que en esa época —el verdadero, porque está el libro verdadero de Marco Polo y otro que es el libro que los yankis escribieron con fantasías sobre Marco Polo; me he leído los dos para no dejar de ver las barbaridades que esta gente hace, esas mixtificaciones de la historia— había cientos de miles de soldados de caballería. ¿Cuánto habría durado Velázquez, hasta Colón y toda esa gente, si no se equivocan y desembarcan en China? *[Risas*].

Yo estaba defendiendo una idea fuertemente y todas esas cosas que he dicho en distintos lugares se las he mandado traducidas a todos los dirigentes africanos, por todo el África y por todas partes, porque hay que librar una lucha tremenda.

Pero, en esencia, era esta idea: hay talento. Y no quise decir que más; pero ese niño tal vez hubiera podido ser un Einstein si hubiera nacido allá donde nació Einstein y no en Soweto, en medio del *apartheid,* sin saber leer ni escribir. Empezaron algunas escuelas para ellos, porque les convenía que aquella fuerza de trabajo semiesclava tuviera un poquito más de preparación.

Entonces, creo que la batalla contra la discriminación casi tiene que empezar por la historia, y ese tema se planteó allí, y hay que seguirlo examinando.

Después he pensado mucho en las realidades nuestras, he observado esto, pero con mucho dolor.

Miren, en Estados Unidos idearon las llamadas Acciones Afirmativas, en un momento dado, resultado de la lucha de Luther King y de todas esas cosas. Pero el hecho es que nosotros no hemos resuelto ese problema, esa es la verdad; y no es por falta de voluntad, ni mucho menos. Es que hay una cosa heredada, hay una cultura heredada, de todos aquellos, que fueron primero, ¿qué? Esclavos.

Después, bueno, la independencia se la dio Carlos Manuel de Céspedes hasta la mitad de la República. Las mayores plantaciones estaban en Occidente; pero ya le dieron un golpe tremendo. Los esclavos participaron mucho en la Guerra del 68. La esclavitud duró hasta 1886. ¿Qué fueron después? ¿Qué fueron? Estaban peor casi que cuando estaban esclavos. Cuando dejaron de ser propiedad de los dueños y se convirtieron en supuestos obreros asalariados, trabajaban dos, tres o cuatro meses y no le importaba al otro que se murieran de hambre, de enfermedad, ni de nada.

De muchacho pude ver los barracones esos de que hablaba el santiaguero, los vi; aldeas allí africanas, cómo era la vida y cómo vivían. En Birán había, allí vivían en forma de aldeas; en la United Fruit y en otros lugares, vivían en unos barracones, que los amontonaban a todos. Hasta la vida social. Podía haber grupos de ochenta o cien hombres, y dos o tres mujeres. Las mujeres eran comunes. No eran prostitutas; eran, sencillamente, las únicas dos, tres o cuatro mujeres que había allí. Así era.

Les digo que cuando se inician las plantaciones aquí —lo dije una vez en Santiago de Cuba en la última campaña de elección de diputados, yo recordaba lo que había visto—, los haitianos, los inmigrantes haitianos que trabajan en esos lugares, vivían peor que los esclavos.

¿Qué íbamos a esperar de ellos? ¿Ilustres, grandes eminencias, grandes intelectuales? ¿De dónde iban a salir, si no iban ni a la escuela? Y esa es la situación de la población negra en nuestro país, estoy absolutamente convencido de eso, ciento por ciento convencido.

Nuestra falsa ilusión fue la creencia de que la simple Revolución que lo cambiara todo, que cambiara el sistema de propiedad y lo socializara todo, y creara una ley de beneficio para todos, iba a poner fin a la discriminación racial. Y observo con tristeza cómo se prolonga el fenómeno, aun en medio de una Revolución tan radical como la nuestra. Entonces tenemos que hacer un examen de conciencia de verdad.

Yo pienso que una de las cosas más importantes, de la que vamos a sacar más beneficio... Creo que se van a sacar muchos beneficios de este congreso: todo lo que se dijo de arquitectura y de que no se americanizara todo esto, y que preserváramos los valores, que nos los estaban asaltando por veinte lugares...

Este tema, y habrá otros muchos más, no quiero decir, ni mucho menos, que sea el único, pero este tema va a ser de una utilidad tremenda para el país, para la Revolución y para el futuro, porque hay que crear una escuela sobre esto *[Aplausos]*.

Esos problemas no los tiene Jamaica, ni Trinidad, ni Barbados, ni nada de eso. En Trinidad hay más población indígena de la India, de aquella que estaba buscando Colón, por eso les pusieron indios a estos, y hay otros; pero ahí la mayoría de la población es negra, en Trinidad, en Jamaica, y allí no hay ninguna manifestación de discriminación.

Allí en esos lugares los blancos no son discriminados, tienen oportunidades, porque eran los sectores que tenían más riquezas; pero allí la inmensa mayoría es población negra y gobiernan con un sentido de la dignidad y de la justicia impresionantes, que uno lo puede apreciar allí. Un primer ministro lo mismo puede ser blanco, que puede ser negro: Manley, el padre de Manley, hasta la oposición. Ahora está Patterson y es admirable cómo se han ido desarrollando allí.

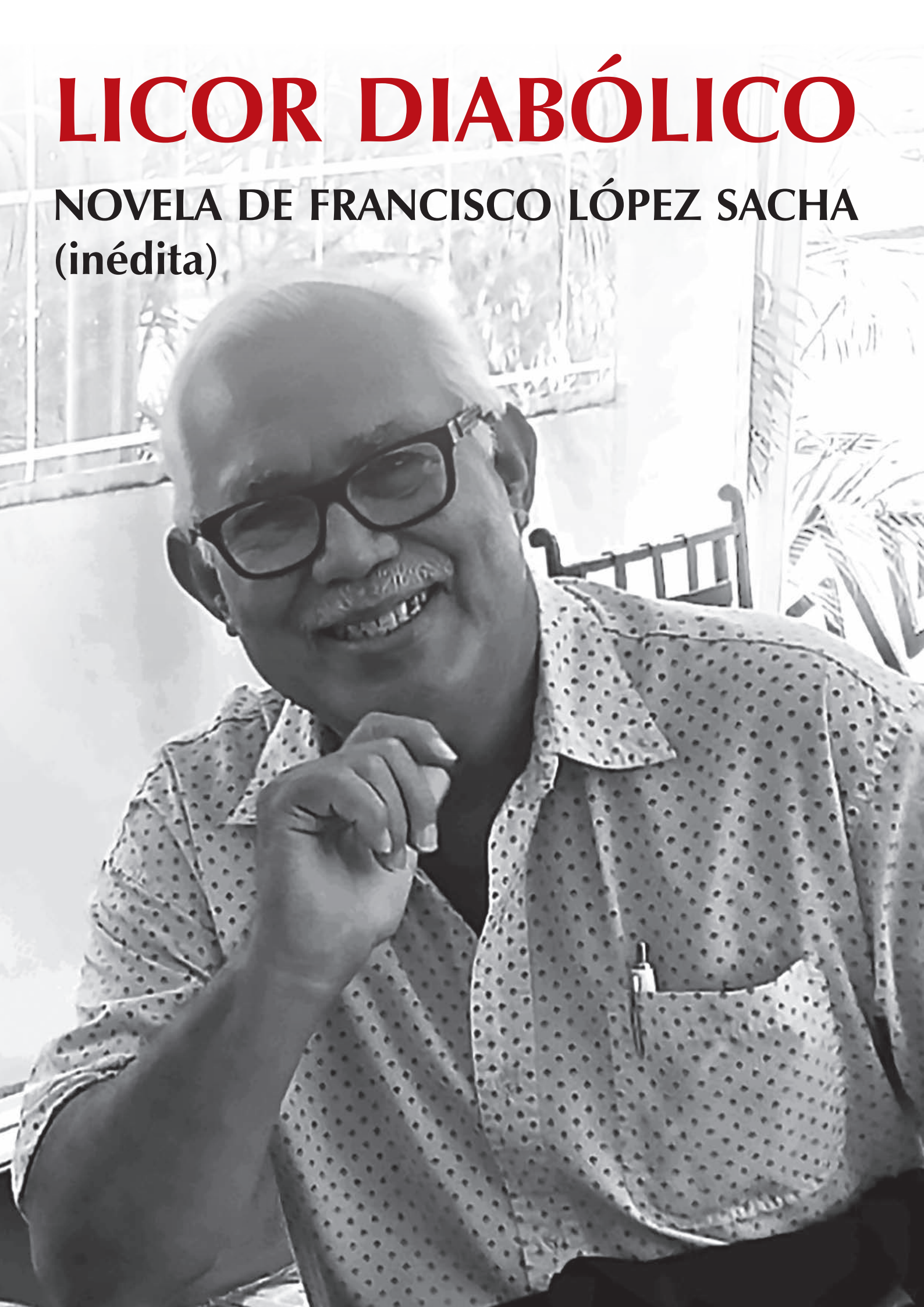
Estas son circunstancias diferentes. Entonces, nosotros que somos, como dicen ustedes, multiétnicos, multirraciales y multiculturales, incluso, en muchas cosas, tenemos que resolver este problema y debiéramos ser ejemplos en la solución de ese problema, que es serio. Y hay que decir, después de tantos años de Revolución, que nos hicimos ilusiones acerca de su naturaleza [...].

NOTAS

[1] Comunidad del Caribe.
[2] Congreso Nacional Africano.

LICOR DIABÓLICO

NOVELA DE FRANCISCO LÓPEZ SACHA (inédita)



Revolución y Cultura *ofrece la primicia de la novela inédita* Licor diabólico*, presentando el capítulo 1 de los doce que comprende. El escritor Francisco López Sacha la terminó de escribir el 4 de octubre de 2024, a escasos cuatro meses y días de su fallecimiento, y han sido los amigos y escritores Hugo Vergara y Senel Paz quienes la han custodiado y hecho la primera edición cuyo autor no pudo revisar; a su vez,* Revolución y Cultura *editó este primer capítulo. A ellos les agradecemos esta posibilidad, también a la familia, en especial a Sandra López, hermana de Sacha, y a la editorial Letras Cubanas, con quien el autor firmó un contrato para su próxima publicación.*
Las fotos incluidas en este dosier de homenaje son cortesía de Senel Paz.

Francisco López Sacha (Manzanillo, 1950-La Habana, 2025) fue un prolífico escritor de novelas, cuentos, ensayos, así como editor de narrativa y profesor de diferentes materias como Guion Cinematográfico, en la Escuela Internacional de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños; Pensamiento Teatral, en la Universidad de las Artes; Técnicas Narrativas, en el programa televisivo Universidad para todos, y otras. Entre sus obras podemos nombrar El cumpleaños del fuego *(novela, 1986, 1990),* La división de las aguas *(cuento, 1987),* Descubrimiento del azul *(cuento, 1987),* Análisis de la ternura *(cuento, 1988),* Variaciones al arte de la fuga *(cuento, 2011) y los libros de ensayo* Pastel flameante *(2006) y* Prisionero del *rock and roll (2017). Obtuvo el Premio Juan Rulfo con «Escuchando a Little Richard» (2000), el Premio de la Crítica 2017 con la novela* El que va con la luz *y el Premio Alejo Carpentier por el libro de cuentos* Dorado mundo *(2002) y la novela* Voy a escribir la eternidad *(2023). Fue presidente de la Asociación de Escritores de la UNEAC. Mereció la Distinción por la Cultura Nacional (1994) y la Medalla Alejo Carpentier (2021).*

Los designios de la Providencia
son inescrutables.
«Historia verídica», Julio Cortázar

CAPÍTULO 1

Por un error, que no se repetirá, la Divina Providencia dejó sin destino a Salvador Pérez Franco. El muchacho iba a nacer como todos —en la canasta del Tiempo—, pero el funcionario encargado de atenderlo se entretuvo tanto con el brillante porvenir del niño anterior, que se olvidó de él. Se trataba de un parto demorado, en el campo y a la luz de un quinqué. Como cualquiera tiene una debilidad, el adusto encargado de ese día, 19 de marzo de 1958, acarició el destino del primer niño, un pecoso que iba a poner fin a las conversaciones de Ginebra, y abandonó por completo a este otro, muchacho robusto de nueve libras de peso, amoratado ya por la falta de oxígeno, que nacería al borde de la carretera, en el remoto barrio de Palmas Altas, a las afueras de Manzanillo, en Cuba.

Entonces ocurrió lo irreparable.

El médico lo sacó de un tirón y el funcionario apenas tuvo tiempo de advertirlo. El Señor se volteó, atraído por el gemido, pero ya el médico le cortaba el cordón umbilical y lo ponía del lado de la vida.

La justicia no se hizo esperar.

El funcionario —de origen argentino, por cierto— fue separado de su puesto en el Departamento Destino y confinado a la Sección Azares, sin derecho a una silla en la corte y privado del voto en las reuniones del Cónclave Divino. Es decir, fue tronado, en el sentido literal del término. Ni siquiera pudo replicar. Una luz bajó desde lo alto, seguida por un ruido demorado y confuso, un choque en cadena como de piedras rodando, y lo paralizó. Fue un soplo luminoso que barrió con él a trescientos mil kilómetros por segundo, de acuerdo con el físico Albert Einstein, quien acababa de morir, como aquel que dice, en 1955, sin haber formulado del todo su teoría del campo unificado. De nada le valió su Premio Nobel, ni su advertencia al presidente Roosevelt. Salió del juego, bruscamente, como este otro que, de pronto, se vio rodeado de funcionarios desconocidos e ineptos, algo desaliñados, vestidos con pulóveres a rayas y pantalones mecánicos —como Elvis en su pésimo filme *El rock de la cárcel*—, quienes probaban, sin éxito, un balín más ligero en una Rueda de la Fortuna. Oh. Triste final, sin duda, después de haber trabajado con ahínco en la búsqueda de un destino mejor para los palestinos, los indonesios, los congoleses, incluso los argelinos, quienes ahora, por fin, comenzaban a librarse del colonialismo.

A pesar de todo, el funcionario fue amonestado con dulzura (después) y el Señor se conmovió por eso —tal es su infinita piedad— y le dejó su nombre (Norberto Zurbano), su casa de las nubes y su aureola de luz. Ahora podría trabajar, pero no decidir. En el fondo, lo verdaderamente maravilloso fue el suceso, pues el Señor, omnividente, omnipresente y todopoderoso, tampoco se había dado cuenta del brusco nacimiento en Palmas Altas, a las afueras de Manzanillo, preocupado como estaba por el problema de Berlín Occidental y por las teorías de unos físicos nuevos que hablaban del universo en expansión. Ya era tarde. El niño acababa de nacer y ahora tendría que vérselas por sí solo, sin destino, en el azar de su única existencia.

Apoltronado en su sillón Voltaire —apodado así no por su estilo, sino porque lo subió al cielo su querido Voltaire en 1778—, el Señor siguió, atento, el proceso del muchacho. Era el primer nacimiento en esas condiciones y la primera vez que alguien iba a tener, por fin, libre albedrío. El sinsentido de la vida del muchacho le proporcionaba una incógnita, algo verdaderamente excepcional para él, que lo sabía todo. El suceso le despertó una curiosidad tan grande que abandonó la lectura de *Armas nucleares y política internacional* (Henry Kissinger, 1957), que había llegado a sus manos por intermedio de un antiguo cadete de West Point, quien, antes de sufrir un colapso, se desempeñaba como agente de la CIA en Yakarta. Vamos, este sí era un problema, y no si Ahmed Sukarno se acostaba con una de sus asistentes, agente de la KGB, y se pasaba a las filas de los aliados contemplativos de la Unión Soviética. Oh, ah. Fue muy triste observar al Señor, sin su cayado de madera de cedro y sus lentes bifocales —regalo de su amantísimo Benjamín Franklin— dando vueltas y vueltas en redondo, con la cabeza en alto y la mirada perdida, apoyado en el sillón giratorio. Estuvo así tantísimos días, sin saber qué hacer. Debía prestar atención al resultado de la visita de Jruschov a Washington —todavía se pudo sonreír con una caricatura publicada en la revista *Bohemia* del cubano David, quien colocaba al líder soviético en una cama de colchón de agua viendo un partido de béisbol ante un televisor Dupont, 21 pulgadas, con un *hot dog* en una mano y una Coca-Cola en la otra, mientras miraba a cámara y afirmaba, con una sonrisa en los labios: «Verdad que uno habla boberías, caballeros»— y, sin lugar a dudas, debía tomar partido ante el cisma político que se avecinaba con el éxito de los barbudos en la Sierra Maestra. ¡Sia cará! «Este Fulgencio Batista, tan inepto —pensó— dedicado a la brujería y a los negocios, y no a lo que debe, ya es hora de que se caiga, pero de que se caiga estrepitosamente, y que ni siquiera los americanos lo puedan levantar». Oh. Los rusos y los americanos lo tenían demasiado inquieto con el asunto ese del muro de Berlín, y él, aunque debía estar al lado de los creyentes, así fueran protestantes, no se sentía tentado de favorecer a ninguno de los dos. Entonces tomó una decisión, como todas las suyas, acariciando su espesa barba blanca y deteniendo por primera vez el suave balanceo del sillón.

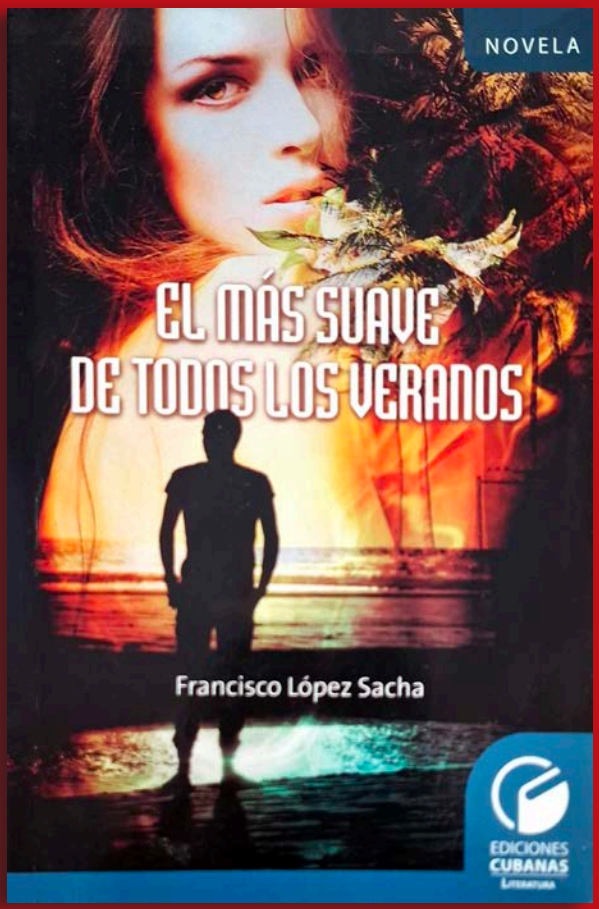
Ahora, para incomodarlos, para torcer el rumbo de sus inclinaciones perversas, iba a facilitar el triunfo de la Revolución cubana, introduciendo en el polvorín mundial un suceso

altamente explosivo. Oh, oh, oh, cómo poder hallar la forma de encontrar tu amor (Joe Price) en la versión al español del cantante argentino Billy Cafaro. Sí, haría eso, pero no ahora mismo. Debía conceder un margen de verosimilitud a la historia, digamos, hacer fracasar la ofensiva sobre la Sierra Maestra y conceder la gracia a las columnas de Camilo y Che, cuyo avance no sería interceptado en más de trescientos kilómetros, el tránsito de Las Mercedes y el Salto de Nagua al Escambray, para lograr después un triunfo fulminante de sus tropas sobre Santa Clara, crear un foco de preocupación en los americanos y una sutil esperanza en los soviéticos, y procurar eso que los marxistas denominan salto cualitativo, de «esta revolución es verde como las palmas», hasta la jocosa denominación de la derecha cubana, «esta revolución es como los melones, verde por fuera y roja por dentro». Oh. Será muy arduo el esfuerzo, con la tenaz oposición de los americanos. Será, por fin, una revolución socialista. El Señor, asombrado por lo que iba a provocar, se secó el sudor de la frente.

Bien, la suerte está echada, como le hice decir a Julio César a su paso por el Rubicón.

Bien.

Para que el tránsito no sea tan brusco, haremos que Nixon pierda las elecciones —y eso por el trato que le dio a Fidel durante la primera visita a los Estados Unidos— y suba de pronto un presidente católico, John F. Kennedy, lo cual será un escándalo para los círculos conservadores. No importa. Eso nos garantizará cierta mesura, cierta contemplación, a la hora de decidir una intervención militar directa. Los políticos —sobre todo Eisenhower, a quien apoyé durante la batalla de las Ardenas, cuando era general— creerán que pueden aplicar en Cuba la misma receta de Guatemala, pero se cogerán el culo con la puerta (perdón por la expresión). Los invasores —los gallardos luchadores contra el comunismo— serán derrotados en menos de setenta y dos horas. Oh, queridos, qué bochorno. Habrá un *impasse* hasta el año siguiente con tensiones ocultas entre las dos potencias —de paso, por casualidad, se impondrá la *chemise* entre las mujeres, y la guapita entre los jóvenes; también, la chamarreta entre los operarios y los mocasines sin medias entre los niños bien, y el Señor podrá escuchar «Blue Velvet», de Bobby Vinton, un clásico del *slow rock*, gracias a un pandillero nuyorican acribillado a balazos frente a un *jukebox* en un bar de Manhattan, quien no tendrá tiempo de sacar la pistola y



se irá de bruces contra el cristal del aparato y morirá en el instante mismo en que pulse con un dedo la sigla del disco escogido—. La melodía arrullará por un momento al Señor, mientras el alma del malevo finado asciende a su reino, y saltará en su sitio, en su sillón Voltaire, al escuchar, como de refilón, la propuesta soviética de instalar en Cuba una base de misiles de alcance medio a solo noventa millas de las costas norteamericanas. Epa, guapo. Esto puede ser más serio de lo que yo pensaba, pero mucho más serio.

Quedó en silencio, meditando.

La situación podría ser peor que la invasión nazi a Polonia, que la invasión japonesa a Manchuria, que el bombardeo atómico a Hiroshima y Nagasaki.

Tocó su talismán, una pequeña bolita de vidrio con una hojita escarlata en su interior, y decidió una brusca medida preventiva.

Bien, así ocurrirá en el futuro.

Por el momento, vamos a dejarlos sin comunicación inmediata. Todavía la ITT no habrá logrado la instalación de un teléfono rojo en la Oficina Oval, un hilo directo entre Washington y Moscú, de modo que durante trece días, en octubre de 1962, la incertidumbre de una guerra nuclear estremecerá el Kremlin, el Pentágono y el mundo. Ya vería el correcorre de funcionarios y asesores por los lóbregos

pasillos del Kremlin o por los soleados de la Casa Blanca. Ya vería la fiereza del primer ministro en el estudio de televisión y sus cuatro puñetazos sobre el buró y aún los Cinco Puntos en medio de la soledad más ingrata entre aliados y enemigos. Desde luego, pondría a su representante en la Tierra, el Papa Juan XXIII, de su parte, para no dejarlo completamente solo en su descomunal desafío. «Díganle a mi hijo Fidel que estoy a su lado». ¿Vencería? Sí, sin duda. Además —y yo soy el único que lo puede afirmar—, los designios de la Providencia son inescrutables (para que así conste se lo haré decir al narrador argentino Julio Cortázar en su pequeño relato «Historia verídica», que se publica ese mismo año de 1962. Nadie se dará cuenta, creo yo, de mi ubicua presencia, cuando una islita en medio del Caribe desafía al imperio más poderoso del planeta.

Me gusta, sí, me gusta eso, para que los americanos no se sientan tan cheches, ni los rusos tan fatuos. El problema será tan grave que no se va a resolver de inmediato, ni con una conferencia en Viena, ni con el viaje de U Thant a La Habana. La Crisis de Octubre —o la Crisis de los Cohetes— será una asignatura pendiente en la *politique* internacional. Habrá una reunión algún día. Por lo pronto, gritará Robert Kennedy, gritará Anastás Mikoyán, gritará Joseph Mobutu —con los años se llamará Mobutu Sese Seko, el leopardo que ruge en la cima de la montaña—, Konrad Adenauer y Charles de Gaulle. Sí, gritará el pipisigallo.

Vamos a dejar el problema latente, ahí.

Se levantó de súbito, soltó el cayado de madera de cedro del Líbano, regalo de Josué, y se dirigió al buró. Apartó la cortina de seda —de la China meridional, por supuesto—, tomó una decisión y apretó el dictáfono. «El caso de Salvador Pérez Franco tiene la prioridad Número Uno», tronó desde adentro, con su voz cuadrafónica.

¡Sia cará!

A partir de ese instante ya no tuvo sosiego. En principio, ordenó una tropilla de Ángeles de la Guarda para vigilar al recién nacido. Los tomó de todos los bandos y colores, los aceptó de izquierda, de derecha, negros, blancos, chinos y mulatos. Había ángeles prosoviéticos y ángeles pronorteamericanos; incluso, había ángeles procubanos, quienes tocaban el bongó a sus espaldas, en sus ratos de ocio, y leían a escondidas a Nicolás Guillén. El Señor lo sabía —el señor lo sabía todo—, pero a veces se hacía el chivo loco y confiaba algunas tareas a su jefe de Despacho. En este caso instruyó al funcionario para que los escogiera un poco al azar —como le ordenó el conde al capataz en aquella secuencia memorable de *La última cena*, Tomás Gutiérrez Alea, 1976—. El funcionario mostró su asombro al recibir la orden y se abstuvo, indeciso. «Vamos, vamos —lo conminó el Señor—, vamos, que no es para mañana. Escoja uno de cada grupo y ya está». El jefe de Despacho se ajustó la túnica y citó de inmediato al oficial de guardia, un moreno cetrino que estaba bajo sus órdenes desde el cruce de Moisés por el Mar Rojo. «Que los ángeles de la primera dotación acudan en tropel y formen en tres filas ante el Polígono». El moreno hizo un giro hacia arriba con su mano derecha y de improviso el cielo se nubló de alas. Todo fue como en un sueño.

El jefe caminó despacio por la vasta explanada, cercada de nubes, y escogió, al azar, a los más altos, los más jóvenes, los más simpáticos, sin distinción política o racial. «Vamos a cumplir una tarea —les dijo, sin alzar la voz—, quizás la más importante para el reino en esta época oscura. El Señor me ha dado facultades omnímodas y total libertad para ejecutarla. Confío en ustedes, sobre todo en ustedes, criaturas eviternas, que me acompañan desde la caída de Jerusalén». Los ángeles inclinaron la cabeza en señal de respeto y sumisión.

(Aquí ocurre un corte a la manera de Jean Luc Godard, vale decir; un corte donde no va, para darle la razón al cineasta francés Jean Pierre Melville, autor de cine negro, quien afirmaba que Godard no había creado nada, más bien se había dedicado a cortar alegremente, sin ton ni son. Aunque tal vez tenga razón, Nelson Rodríguez, el gran editor cubano, aconsejó a Tomás Gutiérrez Alea cortar a la manera de Godard las últimas escenas de *Memorias del subdesarrollo*, 1968, esa obra maestra del cine, y le quedó muy bien).

El tiempo del Señor es el de la Eternidad, y por eso los ángeles ajustaron mentalmente sus sentidos al pobre, escaso tiempo de la Tierra. Era la primera vez que se asignaba tantos Ángeles de la Guarda a un solo individuo. (La vez anterior le correspondió a Lavoisier para que pudiera culminar sus investigaciones sobre el oxígeno. De nada le valió: fue guillotinado por los jacobinos con el pretexto, dicho en alta voz por su ejecutor, de que «la República no necesita académicos»).

Pero Salvador era un caso único. Como se sabe, la distribución es de un ángel per cápita, es decir, a cada niño le toca uno, pero como este era un caso especial —«¡Un niño sin des-

tino, madre de Dios!»— el funcionario escogió a seis más para la noche, la madrugada y el amanecer. Uno para el cambio de pañales, otro para la hora de la papa, un tercero para las visitas, un cuarto para el medio ambiente, un quinto por si acaso y un responsable general de vigilancia para fiscalizar a los demás. Este jefecito, rubio y gordezuelo, estaba ahí, en la concreta, y cada amanecer debía informarle de cualquier novedad en la conducta del niño.

Así se repartieron las tareas y los ángeles comenzaron a trabajar. Salvador era rollizo y tierno, y parecía un querube, de manera que los enviados del Señor le tomaron afecto y, sin abandonar la vigilancia, se dedicaron a jugar con él. Esto provocó una nota de alarma, sobre todo en la madre. Ella entraba al cuarto, de puntillas, y sorprendía un murmullo, un gorjeo de notas finísimas y una como luz que rodeaba la cuna. Sin poder explicarse el fenómeno, corría a separar el mosquitero y a tocar a su hijo. Los ángeles guardaban silencio, conminados por aquel jefecito. La madre se calmaba, acariciaba al niño y cerraba de nuevo el mosquitero.

—Míralo como duerme —decía—, si parece un ángel.

Los traviesos serafines no podían contener la risa, revoloteaban por la habitación y afirmaban con sus rizadas cabecitas.

—Sí, sí, sí, es un ángel, un angelote, ha caído del cielo, uh.

La madre meneaba la cabeza.

—Aquí pasa algo raro; o este muchacho tiene un ángel de la guarda, o yo me estoy volviendo loca.

—No, no, no, reían los angelitos, no tiene un ángel de la guarda, tiene seis. Y por la noche tendrá seis más.

Después hacían silencio.

La madre inclinaba la cabeza, todavía intrigada, y se marchaba de espaldas a la cocina.

Por un rato los ángeles dejaban de cantar y solo revoloteaban sobre la cuna. Más tarde, porque eran muy jóvenes y estaban demasiado apegados al gusto de la época, a esas transiciones del *swing* al *rhythm and blues*, y del mambo al chachachá, volvían a entonar una canción, más bien una balada en el mejor estilo de los Four Seasons, quienes acababan de aparecer con sus voces finísimas, y su falsete, en el panorama de los músicos blancos aficionados al *rock*. (Los Platters estaban de moda, pero al Señor no le gustaban. Prefería a Los Cinco Latinos, argentinos, por cierto, quienes cantaban lo mismo, pero en español).

La tarea progresaba, a todas luces. Se trataba de evitar cualquier obstáculo que entorpeciera su desarrollo y, sobre todo, se trataba de evitar con esta vigilancia extrema que el niño sin destino interviniera en el destino de los demás. Por ahora, en la cuna, sus contactos con el exterior eran mínimos. Con su madre, en primer lugar, quien lo cargaba y lo arrullaba después de la primera toma y le cantaba la palmita de manteca; con su padre, enlace de Beto Pesant, en su entra y sale misterioso al amanecer —pertenecía a una célula del 26 de Julio—; con su tío, que vivía enfrente; y su abuelo, de sombrero de jipi y guayabera blanca, quien venía a verlo muy de mañana; e, incluso, su primo segundo, cantante de trío, quien imitaba descaradamente a Johnny Albino, el solista de Los Panchos, y solía mecerlo entre sus brazos con un bolero de Agustín Lara.

Mujer, si quieres tú con Dios hablar…

Para regocijo de su padre y de su madre, pasaron los primeros cuarenta y cinco días e, incluso, los primeros tres meses. Salvador crecía fuerte y sano, tenía una abundante melena castaña y solía reírse, sobre todo con su tío, quien le sonaba una maruga cada vez que enderezaba la cabeza y hacía el amago de gatear. Por esos días había comenzado la Ofensiva y estaba casi cerrada la carretera de Bayamo a Manzanillo, de modo que entraba a la ciudad muy poca mercancía. (Por mar resultaba difícil debido a las crecidas del Cauto y a la enorme cantidad de sedimento que se amontonaba en la entrada de la bahía, y por aire era más que imposible debido al tamaño de la pista, lo cual impedía el aterrizaje de aviones con mayor capacidad de carga). La madre ya no tenía leche suficiente —y eso que tomaba cocimientos de sagú, anamú y bejuco de boniato—, de modo que tenía que alternar la teta con leche evaporada (la leche maternizada no existía aún; ese sería un logro o una conquista de la Revolución).

La situación se tornaba muy tensa en todos los órdenes. Los casquitos vigilaban las orillas de la carretera y doblaban la guardia en el cuartel de los caballitos, a la entrada de la ciudad.

Al amanecer, el padre daba la vuelta por la curva de Faxas para no topar con el Punto de Control, caminaba de prisa por la Avenida de Zayas, doblaba por Plácido y entregaba los mensajes sobre el movimiento de las tropas a su enlace en la calle Maceo. De paso —y de regreso— compraba pastillas Valda, algodón y leche de magnesia en la farmacia de Matico,

frente a la casa donde hoy vive Cándido Fabré, para camuflar los cuarenta bulbos de penicilina, los vendajes y las botellas de alcohol de noventa grados que escondía en el doble fondo de la maleta de cartón. Después se retiraba muy campante hacia la Avenida de Zayas, pasaba el Roxy Club y El Manantial, se detenía frente a la fundición Bofill y se lanzaba a campo traviesa por la línea del tren. Al mediodía, o más bien a las once y media, otro enlace —negro retinto él— recogía las medicinas y las trasladaba hasta La Caridad, donde acampaban los rebeldes del capitán Fiallo.

Todavía era muy pronto para proponer un asedio a Manzanillo. Lo más que podían hacer los rebeldes era una trocha hasta Calicito, rompiendo monte, para establecer contacto con los enlaces de Celia Sánchez y, sobre todo, con el centro espiritual de Rafael Mas Quiroga, quien se encargaba de recibir las medicinas para hacerlas llegar a la Sierra.

El fracaso de la ofensiva los sorprendió a todos (menos al Señor) y de improviso las tropas rebeldes pudieron salir del monte y situarse a las afueras de la ciudad. La columna del Che atravesó el potrero de Faxas, perseguida desde lo alto por una avioneta de reconocimiento —el suceso fue real y lo vi yo, desde los escalones de mi casa, en la loma de Purísima. Nota del autor—, y la columna de Camilo llegó a Puente Guillén, atravesó los pantanos de la Mil Diez y se internó en los llanos de Camagüey, tal y como estaba diseñado en los planes del Señor. Con su visión estereoscópica —nada de visión de rayos X, como Superman— el Señor lo mismo seguía la construcción del túnel de Berlín Occidental a Berlín Oriental, que las maniobras de las columnas rebeldes en su tránsito invisible por los potreros y vaguadas de la provincia más llana del territorio nacional.

Mucho riesgo, carajo, mucho riesgo —llegó a pensar.

En esos días de finales de agosto y comienzos de septiembre de 1958, cuando el niño se apoyaba en la baranda de la cuna y daba allí sus primeros pasos, comenzó la batalla de Guisa y el asedio a Bayamo, y el Señor alternó la vigilancia del túnel, del niño y de sus díscolos guardianes con el desarrollo de las operaciones militares hacia Contramaestre y Maffo. Ahora sí estaba en su plenitud, y se movía inquieto, del buró a la sala de reuniones, de la antesala de su despacho al cuartico de desahogo, donde escondía las maracas, las claves, los timbales de su antigua afición por la música cubana, y donde había apartado una guitarra acústica, propiedad de Manuel Corona, para probar en ella el punteo futuro de «And I Love Her».

Así se comportaba en estos días, alterado también por la emoción, al ver cómo temblaban los soldados de Fulgencio Batista, y aún sus oficiales, y cómo Eisenhower reunía una y otra vez el Consejo Nacional de Seguridad para poner de acuerdo el Pentágono y la CIA. Unos pedían apoyar a Batista —los menos— ante el temor de una debacle total, y otros, los más audaces, crear una segunda fuerza de oposición para contrarrestar al 26 de Julio, a las guerrillas del 13 de Marzo y a los viejos comunistas del PSP. Eisenhower se paseaba de un lado a otro, atento a los informes de Jules Dubois —que había tenido el descaro inaudito de ir a Buenos Aires a indagar por el Che— y a las interrogantes del embajador Earl Smith, mientras continuaba el puente aéreo sobre Berlín, Sukarno manifestaba su simpatía por la URSS, Sékou Touré visitaba Conakry, se abría el Canal de Suez y China penetraba en el Tibet. Era demasiado. El Señor se debatía entre facilitar las armas a Batista, en particular las carabinas San Cristóbal, para que los rebeldes se las arrebataran y tuvieran suficientes armas y parque para su cadena consecutiva de victorias, o frenar con el mismo propósito las operaciones de resistencia —de escasa resistencia— del Ejército Nacional. Pero ya era muy tarde. Caían, uno tras otro, los enclaves militares en Las Villas —Fomento, Placetas, Cabaiguán— mientras el Señor, enardecido, convencido plenamente de que debía apresurar la fuga del tirano, tomaba partido por una victoria rápida de los rebeldes en la toma de Maffo y el edificio del BANFAIC, y en el asedio a Santiago de Cuba. Con ese fin facilitó la entrevista secreta entre Cantillo y Fidel en el central Oriente. (Por cierto, puso en la mente del general Eulogio Cantillo la necesidad de llevar un regalo, consistente en una botella de brandy español y un estuche metálico con seis tabacos Moya).

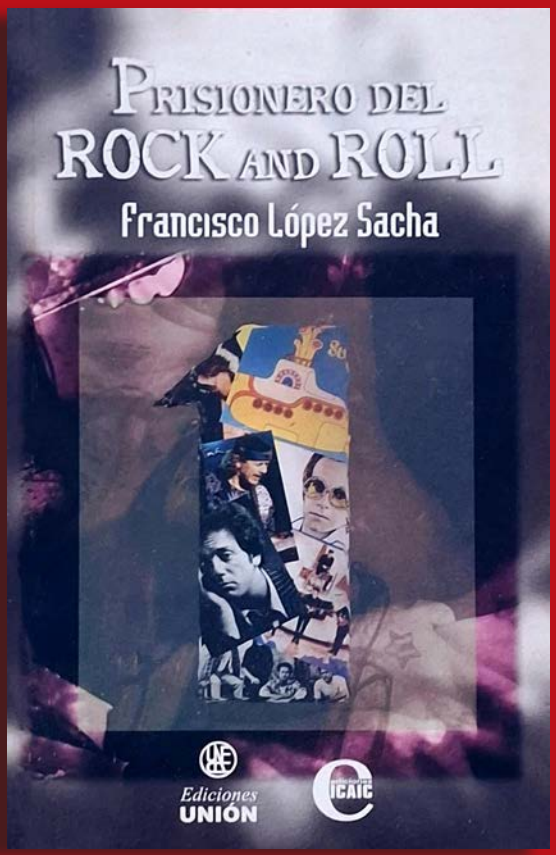
El Primero de Enero llegó de improviso. Todavía el Señor no se había recuperado del todo de la parranda celestial por el inicio del nuevo año cuando lo sorprendió —lo sorprendió de veras— la estampida en La Habana del dictador y sus acólitos, y la caída de Santa Clara en manos de las tropas del Che. (Hemos de revelar aquí la auténtica verdad sobre la absurda creencia de que el Señor nunca dormía y siempre estaba al tanto de todo. No era cierto. Y jamás lo sería. Así como el Señor

nunca pudo impedir la oscuridad, debido al giro natural del planeta sobre su eje imaginario, tampoco pudo evitar el cansancio físico, ni la angustia, ni algunos de los tormentos humanos, entre ellos, el sueño. Por eso se dormía, a veces, sentado en su sillón, muy de mañana, o a la tardecita, y disimulaba si entraba su jefe de Despacho, o el mozo de limpieza, con un gesto ensimismado de aguda concentración. Oh. Nadie se daba cuenta, solo él. Es necesario advertir que esa era su única debilidad, y debía soportarla a solas y en silencio. Solo en las horas permitidas de sueño, que eran más bien escasas, y secretas —horas de encierro para los demás—, el Señor perdía la omnividencia y se entregaba al descanso. Naturalmente, dejaba de guardia a un oficial con la orden expresa de tocar bien duro si ocurría algún suceso digno de su atención. Sin embargo, hemos de decir que esta madrugada el susodicho funcionario de guardia —etíope, por cierto— se dio a la bebida y aprovechó el jolgorio para tomarse media botella de Guayabita del Pinar, subida a la mansión celestial por un muertito reciente de Pinar del Río, de modo que el Señor se despertó cuando ya era un hecho consumado el vuelo de Fulgencio Batista hacia Santo Domingo y la marcha de Fidel hacia la loma de El Escandel para entrevistarse con el coronel Rego Rubido. Todo esto fue muy rápido y escapó a su control. Ni siquiera pudo impedir que la noticia se difundiera por todas las emisoras del país y que Cantillo, el mismísimo Eulogio Cantillo, intentara formar una Junta Militar, o Junta de Gobierno, con el magistrado Piedra como presidente.

Al cielo ascendió el rumor.

Le informan a Fidel que Batista se ha ido. Liberan en Isla de Pinos al coronel Barquín. Se abren las rejas del Castillo del Príncipe. El pueblo enardecido rompe los parquímetros en La Habana. Las milicias del 26 de Julio controlan las estaciones de policía. Fidel redacta un comunicado que es emitido por Radio Rebelde. ¡Alto el fuego en toda la República! No. No. No. De ningún modo. ¡Revolución, sí, golpe de Estado, no! Fidel, Raúl, Rego Rubido, Batista, Eisenhower, Earl Smith, Barquín. Gerolán, Gerolán, piden los soldados en el cuartel Moncada en cuanto Raúl los desarma y se reúne con ellos.

El Señor llamaba, clamaba, pedía más información hasta que supo que entre los citados a Columbia por Cantillo estaba el general Enrique Loynaz del Castillo, quien, al saber que Fidel estaba ajeno a todo, disolvió con un



gesto y un improperio mambí la tardía y fugaz componenda. «Me retiro, señores. Si Fidel no lo sabe, esta reunión carece de sentido».

(*Oh, qué sensación, no tener rostro y contemplar el mundo*, «El hombre de Maisinicú», Silvio Rodríguez).

El Señor percibió en ese instante un fugaz retroceso en el Tiempo, y de inmediato, sí, una progresión, al comprender que Enrique Loynaz era el único cubano vivo que había apoyado a José Martí y ahora mismo apoyaba a Fidel. «Estoy ante un acontecimiento histórico», se dijo, recordando a su querido Goethe.

Entonces comenzó a actuar.

Ya perfectamente recobrado y en sus cabales, facilitó la orden de la Comandancia General del Ejército Rebelde para que las tropas de Camilo Cienfuegos marcharan sobre Columbia y las del Che Guevara sobre La Cabaña; se concentró en El Escandel, permitió el nombramiento de Rego Rubido como jefe del Ejército y más tarde envió un emisario, vestido de verde olivo, con dos cananas terciadas y un fusil M1, para despejar el tráfico entre las lomas y la entrada a Santiago. Ahora sí.

«Esta vez los mambises sí entrarán en Santiago de Cuba».

El Señor se detuvo a contemplar cómo los oficiales rebeldes, encabezados por Fidel y por el presidente de facto, Manuel Urrutia Lleó,

subían los escalones del Palacio de y luego se acodaban sobre los balcones para saludar a la multitud que se reunió de prisa en la calle, frente a ellos. Así mismo observó la caravana de yipis y camiones con las tropas de Camilo y el Che que atravesaban la Carretera Central, la llegada de Raúl al cuartel Moncada, la salida del capitán Fiallo de los montes de La Caridad, la reunión del capitán Naum Mayle, jefe de la policía local, con los primeros milicianos del 26 en Manzanillo, el aterrizaje del avión presidencial Guáimaro en el precario aeropuerto de Santo Domingo, el cabezazo que metió Eisenhower, medio dormido, antes de dar por concluida la reunión.

(A Salvador le daban la segunda toma de leche evaporada y volvía a quedarse dormido).

Oh.

Sin embargo, en este largo día ocurrieron cosas que el Señor no previó. Esto no fue como el desembarco en Normandía —denominado injustamente como *El día más largo*—, o el encuentro de las tropas aliadas en el Rin, o la caída de Berlín. No. Aquí ocurrió una fisura, un tiempo coagulado, una extraña simultaneidad cuántica en la que cada suceso se iba por encima del otro, se daba de codazos —para citar a Peter Brook—, avanzaba y al mismo tiempo retrocedía y borraba por instantes la precaria línea del presente, era y dejaba de ser.

(El Señor se sintió confundido hacia el mediodía y mucho más al caer la noche. ¿Tendría que dar la razón a Max Planck y quitársela a su preferido Albert Einstein?).

No puede ser.

En Manzanillo, por ejemplo, todo fue muy rápido y confuso. Los rebeldes bajaron en camiones y subieron después por la loma de Maceo, y el Regimiento Militar n.º 6 Bartolomé Masó se rindió de inmediato / El capitán Fiallo se reunió con los representantes de las fuerzas vivas en la casona de madera situada en la esquina de Maceo y Pedro Figueredo / Las damas del Club de Leones prepararon comida para los rebeldes en la logia masónica, a media cuadra de allí / El joven oficial Alcides Núñez no quiso rendirse y soltó frente al Ayuntamiento una granada que no explotó / Los oficiales de la Cruz Roja, el Comisionado Llópiz, las damas, los masones, los niños limpiabotas, los antiguos casquitos, los policías desarmados, los milicianos del 26, los comandos católicos, los obreros en huelga, avanzan y retroceden, saltan de una esquina a otra, caminan, se detienen, gritan, se agrupan, se disuelven.

El padre de Salvador, en la periferia de la ciudad, había salido a la carretera con un brazalete rojinegro, pero regresó media hora después con dos jóvenes que portaban armas largas y traían la orden de impedir la fuga de algunos militares por el camino de La Sal. Hubo un continuo entra y sale por la zona de Palmas Altas y hasta un tranque de vehículos sobre el mediodía, escoltado por los pitazos del tren, detenido en la curva de Faxas, que llamaban a la huelga general. El alboroto impedía que se supiera con claridad lo que debía hacerse, mientras que las milicias del 26 se dedicaban a la caza de los chivatos del régimen, quienes eran capturados y remitidos al vivac. No hubo hechos de sangre, salvo una tenaz resistencia de algunos Tigres de Masferrer en el denominado Chalet Verde, que terminó dolorosamente con la muerte del comandante Horacio Rodríguez. El Señor no lo pudo impedir mientras trataba de salvar al joven oficial Alcides Núñez, herido en una pierna frente al Ayuntamiento, y ocupado también con las determinaciones de Eisenhower y completamente exhausto después de una madrugada sin dormir tras recibir la información oficial de la fuga da Batista y la noticia de la estúpida reacción de Tony Varona, quien debía crear una especie de tercera opción en la provincia de Camagüey.

No se pudo.

(Oh, queridos, no siempre se puede más).

Bien. Volvamos a la realidad. Vamos a dejar sin consulta al coronel Barquín, en Columbia, vamos a poner allí a Camilo Cienfuegos y vamos a iniciar el avance de Fidel hacia La Habana. Solo entonces salió el Señor de su recámara y abrió las puertas del cielo. (En vida solo lo intentarán, después, Julio Cortázar y Bob Dylan). Comenzaba otra jornada laboral en su abultado Plan de Trabajo.

Acababa de ocurrir un cambio, sin duda, un gran cambio. El Señor se frotaba las manos y ponía en marcha toda una estrategia para garantizar, sin mayores angustias, la victoria del Ejército Rebelde. Era tanta su alegría que permitió, días después, esa foto histórica, quizás tomada en El Cotorro, a la entrada de La Habana por la Carretera Central, de Camilo Cienfuegos al lado de Fidel, con el sombrero alón, que hace sombra sobre un ángulo de su rostro, el abrigo de piel de color verde olivo y la ametralladora Thompson apoyada en sus piernas, mientras Fidel abre la boca y mira hacia lo lejos. Camilo escucha, Fidel habla. (Las palabras no salen en la foto). Korda nos

deja la imagen más perfecta, la imagen que nadie vio, solo el lente y el mecanismo visual del fotógrafo. Clic. Fue un instante —casi un segundo—, ambos cambiaron de posición y aquella imagen desapareció; solo quedó la imagen icónica, el testimonio virtual de aquel encuentro.

Esa noche, 8 de enero de 1959, todavía bajo el impacto del triunfo, que mantenía al padre de Salvador apenas sin comer, apenas sin dormir, como escolta del comisionado Llópiz, el Señor envió unas palomas que se posaron en los hombros de Fidel. El símbolo sobrecogió al pueblo cubano. El Señor lo vio en picado, desde arriba, desde su altura inconcebible, a través de una luz blanquecina, en medio de un cielo despejado y frío, y se mantuvo a tientas toda la madrugada, velando el sueño de los rebeldes en Columbia, en La Cabaña, en el cuartel Moncada y en el Regimiento Militar n.º 6 Bartolomé Masó, a donde llegaba, con su paso cansino, el comandante Crescencio Pérez para hacerse cargo de la plaza militar.

Por cierto, ya el niño decía mamá y papá —clarito, clarito—, se soltaba de una baranda a otra y mostraba su primer diente de leche. Los ángeles cumplían su misión y hasta avisaban a la madre cuando el niño se hacía caca o tenía hipo. Era un aviso indirecto, aumentando la intensidad del olor que viajaba del cuarto a la cocina o incrementando el ruido de su respiración. Todo parecía natural, pero era provocado. A veces el llanto era muy intenso, sobre todo cuando los ángeles sabían que la madre tendía los pañales en los cordeles del patio, una larga extensión sembrada de matas de tamarindo y de guayaba, que lindaba al final con la caseta del excusado, una cerca de tablones podridos y la línea del tren. La madre daba media vuelta, dejaba la palangana con los paños húmedos y se despatillaba hacia el cuarto. Cuando caía la noche, se quejaba. Apenas podía tomar la sopa de ternilla con el cocido de garbanzos que su marido le exigía siempre y que era, en realidad, la única comida fuerte del día para él, una vez que regresaba de sus andanzas de la oficina del comisionado al cuartel, y del cuartel a los muelles para fiscalizar la entrada de los buques, y de los muelles a las casas de los notables de la ciudad, Pepito Corona, Mariano Bofill o el doctor Calafell.

Ese año hizo frío de verdad y llovió intensamente a comienzos de enero. Por encima de la casa y por toda la zona pasaron los aviones que bombardearon con juguetes las estribaciones de la Sierra Maestra, el central Estrada Palma y el pueblo de Yara, en la carretera de Bayamo a Manzanillo, más bien en los terrenos de la cárcel municipal, cerca de Las Novillas. Más acá, en Palmas Altas, en la mañana del 11 de enero —cinco días después del Día de Reyes— aparecieron algunas muñecas y algunas pistolitas de agua que nadie pudo recoger, tapiadas por la maleza, y que su padre encontró todavía en sus estuches de cartón y celofán. Una de esas pistolas fue el primer juguete que tuvo Salvador, junto a una maruga de goma que el niño se llevaba incesantemente a la boca para calmar la picazón en las encías. Ahora brincaba y no solo caminaba de una baranda a otra, gritaba cuando tenía hambre y se reía cuando su padre lo cargaba después de una perreta. Pronto fue necesario aumentar la cantidad de leche —leche fresca, de vaca, desde las vaquerías Holstein de Máximo Cubeñas— y poner bajo su mosquitero unos dados de madera en colores y un sonajero de plástico comprado en La Suiza que avisaba de los saltos del niño y de su peligrosa inclinación sobre la baranda de la cuna.

A finales de mes, o más bien en febrero, después de la visita de Manuel Urrutia a la ciudad, donde se le mostró el color marrón del agua que distribuía el acueducto, su padre le compró un mameluco azul marino de tela de mezclilla y lo sacó a pasear por el parque Céspedes. Salvador recordará después el olor almizclado de esa tela nueva, ese olor complicado entre el del tejido de algodón sin estrenar y el de los residuos de la naftalina, como algo que lo dejará inerme, impávido, así como el brillo colosal de las luces tornasoladas a lo largo de un paseo en redondo alrededor de la glorieta. Este será, en realidad, su primer recuerdo de la ciudad, su dorada gratificación fuera de su cuna y de su casa, su choque inicial con un mundo imprevisto de gente que pasaba y pasaba, y con la inmensa oscuridad nocturna fuera de ese espacio encantado, una vez que el padre lo montó en el yipi de la alcaldía y lo trajo de regreso por la Avenida de Zayas.

El cumpleaños transcurrió sin contratiempo alguno. Le hicieron una piñata de cartón con flequillos de papel y el dibujo en colores de un payaso. (El payaso estaba mal dibujado en la calcomanía y parecía más bien un personaje de Samuel Beckett). Ocho o diez niños, entre ellos su primo, halaron los cordeles de curricán y la lluvia inmediata de caramelos, bombones, confetis, pitos, sacapuntas y lápices de colores cayó en el suelo de cemento de la sala, donde él y los demás se revolcaron, muertos de la risa.

En esta ocasión el Señor se congratuló de que el niño no golpeó ni magulló a ningún otro y que su acción inmediata tampoco provocó un cambio de destino en ninguno de ellos. El *cake* se picó y Salvador probó el merengue con grageas y el relleno de crema de chocolate y almendras, y posó para su primera fotografía, que con una cámara Kodak le tiró Mario Publio Reyes Gavilán, amigo de su padre y dueño del Estudio Capri. La instantánea, montada meses después en marco plateado y cristal en el taller de Horacio P. Téllez, dejó para siempre la imagen de un niño asustado por el *flash* de la cámara; un niño de ojos claros que sonríe con asombro y temor, vestido con una camisita de guinga, un *short* de muselina y unas medias botas recién pintadas con tinta blanca.

Habrá otra foto —de mayo de 1959— a la salida del Teatro Manzanillo, en la que su padre lo lleva cargado y aparece junto al comisionado Llópiz, el capitán Manuel Piñeiro y el poeta Manuel Navarro Luna. Salvador solo recordará —y eso, a retazos— el intenso olor a dulces de La Dominica —olor que no podrá identificar fuera de allí, a panetela borracha, a pasteles de hojaldre, a natilla de coco— después de que su padre lo sentó junto a él en la esquina de una de las mesas y le dio a probar un pastel de guayaba acabadito de hornear. Hay un grupo de barbudos con fusiles Garand y un piquete de civiles con telas y pancartas desplegadas que hablan de la unidad de los trabajadores y de la Ley de Reforma Agraria. El Señor, atento siempre a los movimientos del niño, mirará con recelo este encuentro —al parecer, fortuito— en el que aparecerán mezclados los rebeldes, los líderes sindicales y los viejos comunistas, y mantendrá todavía una pareja de ángeles indecisos entre las torres de la iglesia y el tejado herrumbroso del hotel Plaza.

Cae la tarde y Salvador se echa a dormir sobre el hombro izquierdo de su padre, quien viste para la ocasión un flamante uniforme verde olivo que luce en sus hombreras las dos barritas plateadas de los grados de primer teniente.

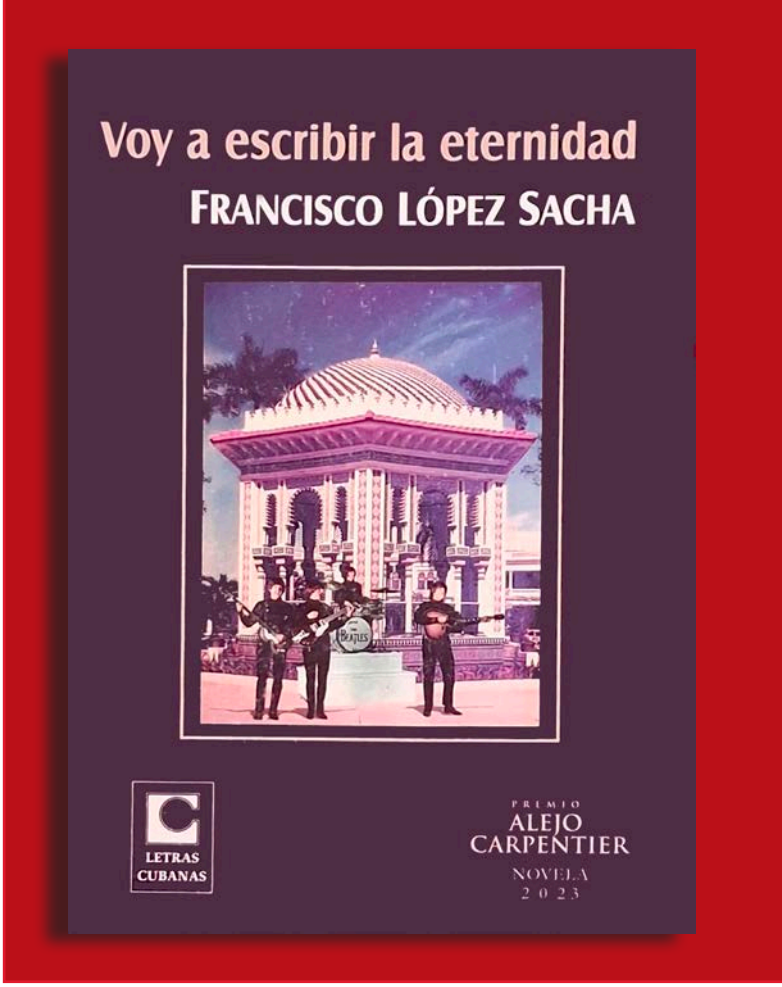
Ahora, en lugar de un fusil M1, portará una pistola 45 y un par de cananas de cuero ajustadas en el zambrán, y llevará una boina negra en el mejor estilo del Che.

Pronto ocurrirán algunos incidentes —volantes desperdigados por las calles, algunos petardos al amanecer— y el inicio de la quema de cañas por la zona de Yara, la aparición de algunas vacas sobre la línea del tren y el anuncio de grandes movilizaciones de campesinos en los latifundios recién intervenidos. Se anunciará por radio una colecta para la compra de tractores, el derribo de una avioneta pirata y la marcha de la caballería mambisa encabezada por el comandante Camilo Cienfuegos. Vendrá Fidel a la ciudad y hablará en la noche, en el parque Céspedes, frente al hotel Edén, con unas luces sobre su cabeza y cientos de personas apretujadas frente a él, y vendrá el Che Guevara en un yipi y hablará en el Gremio de los Panaderos. (El Che dijo que no iba a hablar, pero la gente le rogó que hablara, y el Che habló).

Salvador engordaba, y crecía. Su padre lo llevará cargado a todos estos encuentros, aunque ya puede caminar y hasta correr de la sala hasta el patio, de la acera de tierra hasta el bordillo de la carretera, de su casa a la casa de su abuelo —escapado—, y ya puede gritar mamá, papá, abuelo, primo, la leche, la papa, el carro, el yipi, el avión, el pan de gloria, el pru, y cuando tiene deseos, pipi, caca. Los ángeles se mantienen atentos porque ahora el niño se baja de la cuna y se esconde bajo la cama de sus padres y corre hasta la cocina y se emboca uno o dos plátanos fritos y se interna en el patio y se asoma a la cerca de tablones podridos cuando siente el pitazo del tren.

El verano caliente de ese año que parecía tan largo vino con la renuncia de Fidel al cargo de primer ministro y el cese de Manuel Urrutia como presidente y la concentración de campesinos en La Habana para celebrar el 26 de Julio. El Señor estaba eufórico, y también alarmado, con la ineptitud de Eisenhower, con las oscuras declaraciones de Jruschov respecto a Berlín y con el movimiento de los comunistas en Cuba, en Indonesia y en Brasil. Sin embargo, no todo era motivo de inquietud. Los ángeles guardianes tenían el control y el niño no daba un paso sin que él lo supiera. Al menos podía jactarse de ese conocimiento preciso. «Esto es lo más grave y nadie más que yo debe saberlo».

Desde finales de agosto, el niño camina y corre por toda la casa y es capaz de jugar a los escondidos. Ya sabe taparse la cara con la cortina del cuarto y destaparse después, y reír, aturdido. Su padre, al fin, ha podido comprar un radio, marca Philco, y el niño puede tararear el comienzo de «El ratoncito Miguel» y el final de «La múcura está en el suelo, mamá, y no puedo con ella», e incluso, el estribillo de la guaracha de moda, cantada por Pototo y Filomeno, *Yo renuncio, a que usted no renuncia, yo renuncio, a que usted no renuncia* (bis).



El señor observaba todo eso con alguna preocupación y meneaba la cabeza. Por lo pronto, no podía impedir el movimiento de tropas rusas hacia el oeste ni la crisis política en Katanga, pero tampoco podía cruzarse de brazos. Tenía que actuar de algún modo, tenía que impedir los desafueros rusos con sus países satélites y los brutales efectos de la política norteamericana en Cuba.

Llueve. Llueve mucho en septiembre, se inunda la zona del manglar y la crecida cubre el potrero de Faxas —que ya no es de Faxas ni de nadie— y llega hasta los límites del patio de la casa. Salvador sale desnudo a bañarse en su primer aguacero y brinca sobre la tierra del patio, y se salpica, y se ríe. Se empapa. Viene corriendo y se guinda del cuello de la madre, quien lo cubre con una toalla de felpa. En esos días comienza a comer solo y forma una embarrazón tremenda con el puré de frijoles colorados mezclado con trocitos de carne muy pequeños, y pide la leche a la hora de la leche, y la papa a la hora de la papa, y pide el jugo de naranja bien frío con zanahoria rayada. Su padre apenas lo ve despierto. Regresa muy tarde en el yipi, después de acompañar al capitán Leyte y al comisionado Llópiz a la granja de San Francisco, a nueve kilómetros de la ciudad, donde se experimenta con una cooperativa. El Señor está al tanto de las nuevas medidas agrarias y está muy de acuerdo con que la tierra sea de quien la trabaja, aunque sospecha que ese asunto de las cooperativas y las granjas estatales terminará en un desastre porque aún los hombres, y las mujeres, no están habituados a cuidar y a defender lo que no es suyo.

«Esperemos que esto no reproduzca el experimento soviético, ni el chino —piensa—. Esperemos que la ley agraria ponga al pequeño propietario donde debe, para que el desarrollo sea como en Francia, y haya abundancia, ahora que los americanos se van a oponer y a cerrar los negocios con Cuba». El Señor se acariciaba la barba, caminaba de una punta a la otra de su despacho y aprobaba la idea de crear las milicias campesinas y de comprar armas a Bélgica, un pequeño país neutral. El asunto de Berlín Occidental, y el control egipcio del Canal de Suez seguían preocupándolo, y hasta le parecieron exagerados y peligrosos los esfuerzos del mariscal Tito por crear una tercera opción para los países más pobres del mundo. «Ojalá no sea como la tercera opción de Tony Varona, que fracasó antes de empezar. Una opción como esta pone en guardia a los rusos y a los americanos, y tal vez favorezca el fin del colonialismo en todas partes. En realidad, el colonialismo nunca me gustó, ni cuando los atenienses crearon la Liga del Peloponeso, ese engome para sumar más tierras a su naciente imperio». Por supuesto, comenzaba a ser un hecho consumado y no podía evitarlo. Tito y Nehru se movían por su cuenta y se extrañó, al amanecer de un día de noviembre, del viaje subrepticio del comandante Raúl Castro para entrevistarse en El Cairo con Gamal Abdel Nasser.

Sin embargo, en esos mismos días, un nuevo y alarmante suceso lo sacó de sus cavilaciones. El Señor no supuso que un pequeño acontecimiento deportivo le traería tantas revelaciones a la vez. El juego de exhibición entre los equipos Almendares y Habana —los eternos rivales—, que se celebró en los terrenos de lo que luego sería el estadio de Manzanillo, atrajo a una gran multitud de fanáticos, quienes se sentaron en una elevación sin asfaltar, en la tierra pelada, para observar los lanzamientos de Camilo Pascual, el pícher estrella de los almendaristas. (El solo nombre de Camilo le provocó al Señor un acceso de lágrimas). Hasta allá fue el padre con Salvador, y ambos ocuparon una lomita detrás del *home*. El partido se inició con un cepillazo del primer

bateador, un jit del Almendares que estremeció las improvisadas gradas, y detrás vino otro, esta vez más largo, seguido de un estallido de júbilo en la multitud. El niño miraba y miraba y no podía comprender por qué corrían los peloteros después del batazo, ni por qué se deslizaban en segunda, en medio de una nube de polvo, para evitar que un miembro del equipo contrario los tocara con el guante, y un señor vestido de negro estirase los brazos y dijere ¡quieto! Tampoco podía comprender por qué el padre chiflaba, junto con los demás, cuando el pícher ponchaba, uno tras otro, a varios peloteros del equipo al bate, y mucho menos el rumor enorme que se levantaba en la multitud cuando lanzaba de nuevo Camilo Pascual. El padre estaba eufórico y levantaba los brazos. Bateaba Jorge Trigoura y metía un *home run* (jonrón, en cubano) y corría de prisa las tres bases improvisadas con saquitos de lona en las puntas del diamante, y se ponchaba el próximo bateador, y gritaban los *fans*—como ya lo hacían en el resto del mundo en los conciertos de Elvis Presley, Sacha Distel o Paul Anka, y nunca lo hicieron en Cuba, un poco después, durante los conciertos de Pello el Afrokán—.

Todo era muy nuevo para Salvador, lo mismo los gritos concertados de los almendaristas que enarbolaban un banderín azul con el símbolo del alacrán, que los gritos contrarios —pocos, en realidad—, de los partidarios del equipo Habana. Todo era nuevo, extraño, reluciente, como un faul en el octavo *inning* que mandó la pelota hacia atrás, hacia la multitud, y el padre cubrió al niño con su cuerpo y la pelota pasó por encima, rasante, y algo la detuvo y la dejó caer, y vino a morir exactamente a sus pies, en línea recta, como si de improviso hubiera perdido su velocidad de noventa y dos millas por hora y se desgajara con lentitud, como la antigua manzana de Newton. El padre se levantó airado y abandonó el juego. (Ahora nunca sabremos quién ganó). A la salida, mientras montaba en el yipi y sujetaba después al niño con una correa improvisada en el asiento delantero, percibió oscuramente que había ocurrido algo insólito que no tenía explicación para él. Algo, alguien, una extraña fuerza, había detenido la pelota, y el Señor, quien también miraba el juego sin entender nada, pues lo suyo era el fútbol o, a lo sumo, el sacute, no tuvo más remedio que prestar atención a un suceso inexplicable, incluso para él, pues la pelota no tenía destino, la movían los envíos del lanzador, o los batazos de *fly* al campo corto o al jardín derecho, o los raros movimientos del *short* al pasarla a primera o a segunda, o de tercera a primera, o en el vuelo del cubano Edmundo Amorós —apodado después San Salvador— que la atrapó junto a la cerca, en un descomunal estirón hacia arriba para darle la victoria a los Yankees de Nueva York en la serie mundial de ese mismo año. Sea como fuere, el Señor se enteró por aquel jefecito —por cierto, amante del béisbol, el *rock and roll* y el puré de manzanas— que ninguno de los miembros de la tropa de ángeles guardianes había intervenido en el incidente, de modo que llegó a la aterradora conclusión de que el niño sin destino comenzaba a influir sobre la lógica de los sucesos naturales y, aún peor, sobre el destino de todo lo demás.





SACHA POR SACHA

ARTURO ARANGO



«Estoy pasando unos días de gorrión y como de abulia en este mundo que no es mío, y me entristecen esas y otras cosas, es decir, esas tristezas y otras tristezas», escribió Francisco López Sacha el 30 de mayo de 1989. «Hay mucha tristeza porque la vida está en otra parte, y echo mucho de menos nuestras tertulias alrededor de nada o de una simple taza de café. Además, siempre había algo en el ambiente. Aquí, al menos para mí, no hay ambiente». La carta está escrita desde Washington D. C., una ciudad que describiría en algún momento «como Ciego de Ávila, pero con más luces», aunque, quizás por esas fechas en que lo asolaba esta tristeza, me envió una crónica preciosa sobre el florecimiento, a orillas del río Potomac, de los cerezos que el emperador Hirohito regaló a la capital de los Estados Unidos.

Las cartas de Sacha de las que fui destinatario durante el año y medio en que estuvo acompañando a su esposa de entonces, la noble Patricia Álvarez, en la Oficina de Intereses de Cuba, prolongaban conversaciones que se iniciaron una década atrás, en la habitación del hotel Plaza donde me hospedé durante un Encuentro de Talleres Literarios, y en la que una noche leímos cuentos y poemas que Sacha comentaba con su aire doctoral; continuaron a partir de 1982 en la oficina de la revista *Casa de las Américas,* donde estuve hasta 1991, y se extienden hasta hoy cuando compartimos café (ya casi nunca las extintas cervezas) en El Rapidito de la Escuela Internacional de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños.

El centro de esas cartas, como ha sido siempre el de nuestros encuentros, es la literatura. No es que estén ausentes la familia, los desconciertos en torno al país en que seguimos existiendo, y, ya a estas edades, también los achaques y los linimentos para consolarlos. Todo ello pasa, sin remedio, por la literatura, porque es el modo que tiene mi entrañable amigo (aún más que yo) de comprender «el tiempo que nos ha sido dado para vivir», como escribió el admirado Bertolt Brecht (citado, obviamente, por Sacha).

Por ejemplo, el 6 de septiembre de 1988 se «alegra mucho de que ya los muchachos [mis hijos] vayan a la escuela, sobre todo el menor», y esa oración le da pie para reactivar la memoria y hacer literatura:

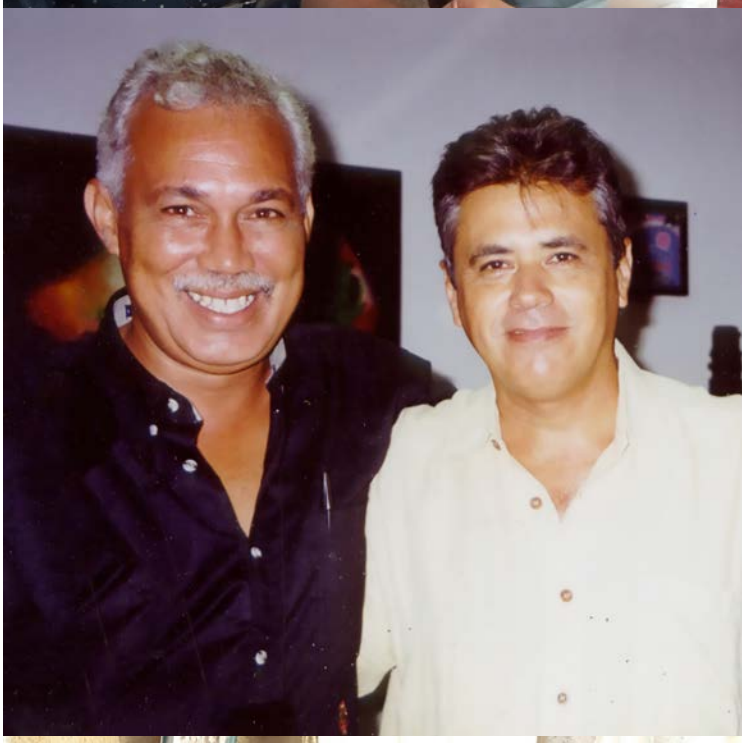
> La alegría más profunda de la que tengo memoria me la dio mi pase de segundo a tercer grado en el Colegio Bazán en 1958. Recuerdo con toda nitidez que mi madre quería que me tomara el café con leche y yo no podía tomarlo, embargado por la emoción, y mi padre, al otro extremo de la mesa, se dio cuenta y me dejó partir sin desayunar. «Mi padre fue por agua al pálido cenote y me lavó la cara sin llorar». (Roque Dalton: *Poemas).*

Varias cartas o párrafos comienzan con la frase «Volvamos a la realidad», que era, es su recurso para decir: Pasemos al universo donde las ficciones nos cobijan. Por esa frase suya titulé mi novela *El libro de la realidad.*

Nosotros, ese grupo de escritores de fidelidad insobornable, que es de los sostenes más firmes que me van quedando, somos el centro de algunas de esas cartas. El 15 de noviembre de 1988 dice que, «embarcados en esta quinta nave de los locos, yo en mi largo "Camino", tú en la tristeza sabatina, Senel en su "Tigresa" y Reinaldo en "Maniobras", nos parece que la vida es corta y queremos decirlo todo de un tirón». Tres meses antes, al comentarme un texto que le envié (no recuerdo cuál), me anima con énfasis desmesurado, en su mejor tradición: «Su carta es hermosísima y el párrafo excelente. Ya puedo hablar de un estilo Arango en la manera de contar». Se extiende en un minucioso análisis de lo que le hice llegar, y concluye: «Leí también un fragmento de la reescritura de *Un rey en el jardín* y ocurre lo mismo. ¿Será que estamos madurando ya?».

Junto con el de Senel, el nombre más mencionado es Abilio Estévez. En noviembre de 1988, pide que lo felicite por su cuento «La Tosca», que publiqué en *Casa de las Américas,* en el que «habla de un tiempo […] que me parece estupendamente conseguido. ¿Cómo sabe Abilio que la vida *era* así?». En el relato es crucial «la angustia del reloj, el deseo de vivir a destiempo para manifestar el rechazo a su época y a su monotonía».







Francisco López Sacha con Arturo Arango y Senel Paz.

Por la sección «Colaboradores / Temas» de esa misma revista supo que *Manual de las tentaciones* había ganado el premio de poesía Luis Cernuda. «Qué alegría», dice, porque Abilio «ha sido el más atacado de todos nosotros y cada uno de sus reconocimientos se convierten en una bofetada al rostro de aquellos que nunca ponen la otra mejilla». Sacha me cuenta que cierta vez pasó a Abilio un consejo de Manuel Moreno Fraginals: «Lo importante de la vida no es levantarse de un fracaso, sino levantarse de un éxito». Abilio «lo recordó frente al público aquella noche memorable de Teatro Estudio», en el estreno de *La verdadera culpa de Juan Clemente Zenea.*

En la misiva que cité al inicio, se retracta de algunos elogios desmesurados a *El general y su laberinto,* con los que, al parecer, no estuve de acuerdo. Esta vez percibe que «el error fundamental —que no hace "imposible" la lectura y que nos deja momentos de placer— consiste en pretender contar todo Bolívar con el uso del narrador-acotador, quien se encarga de recordar constantemente al lector que Bolívar fue un gran hombre y ahora está en las últimas». Al final, reclamándole a un crítico una lectura limitada a las «coordenadas ideo-temáticas de la novela» de García Márquez, se pregunta: «Pero la masa artística de la novela, ¿qué?», y lamenta que se olvide una advertencia de Somerset Maugham: «La novela no se lee como se lee un informe».

El lenguaje, las estructuras, los personajes, todo cuanto da forma a esa «masa artística» ha estado en el centro de nuestras conversaciones. En su inseparable máquina de escribir, teclea comentarios sobre la novela que está tramando: «nunca sospeché que pudiera hablar de mi propia vida con la literaturidad que le estoy dando», y de inmediato describe el proceso: «Primero sale una crema espesa que luego se destila, después de un duro trabajo. Entonces las claves se vuelven transparentes y se puede escribir de manera natural, sin sobresaltos, y la verdad va ordenando las oraciones».

En otra carta, del 23 de agosto de 1988, confía en que «la prosa se me está volviendo elástica y desenvuelta […]. Puedo decir más cosas en párrafos más cortos, sin dejar de ser lírico, arrebatado y filosófico, que es mi marca de estilo». Esa en que trabaja, me ha escrito el 7 de junio, «será una novela muy larga, apretada en el espeso jarabe de la nostalgia», y de inmediato: «Pretendo apresar un fragmento de eternidad o, para decirlo en el lenguaje de los biólogos, "la ontogenia repite a la filogenia",

es decir, el desarrollo de un individuo, o de una generación, repite el desarrollo de la especie». Me confiesa en el párrafo siguiente lo mucho que le cuesta cada cuartilla, porque quiere «un texto sencillo, aunque no directo», es decir, «sin una aparatosa demostración de dominio en el lenguaje», lo que resulta en extremo difícil para quienes fuimos «educados en el gusto y en la tradición de una vanguardia que estableció la subversión lingüística como mérito artístico». Aspira, en resumen, a «encontrar la transparencia, el delicado equilibrio entre el experimento y la tradición».

Las novelas que Sacha y yo escribíamos por entonces, dicho en palabras campesinas, no se lograron. O tal vez fueron enmascarándose dentro de otros textos, mutando, trasmutando, presionadas por contaminaciones y sucesos que no alcanzábamos a imaginar en aquellos años tardíos de la década del 80. Reconoce en una despedida, refiriéndose a los 70: «Éramos tan jóvenes. Y todo nos dolía tanto. Y mejor escribo todo eso en mi novela». Así hemos ido sobreviviendo durante tres décadas más, entre adjetivos y verbos, protegidos por páginas con las que nos cubrimos de los golpes y los dolores que con tanta frecuencia aparecen en esas cuartillas llegadas a La Habana desde Washington que, en la superficie, parecen siempre jubilosas, entusiastas.

Al cabo de un tiempo que ya va pesando lo suyo, van quedando un puñado de libros y, sobre todo, permanecen certezas a las que hemos sido fieles de por vida, que a la postre resultan tan importantes o más que la obra realizada. Nosotros, ese conjunto diverso y entrañable de amigos, estamos aún unidos, no importa por dónde anden nuestros cuerpos; somos idénticos y diferentes a quienes fuimos en los 70, en los 80, incluso en los 90, y estamos siempre «queriéndonos, nombrándonos».

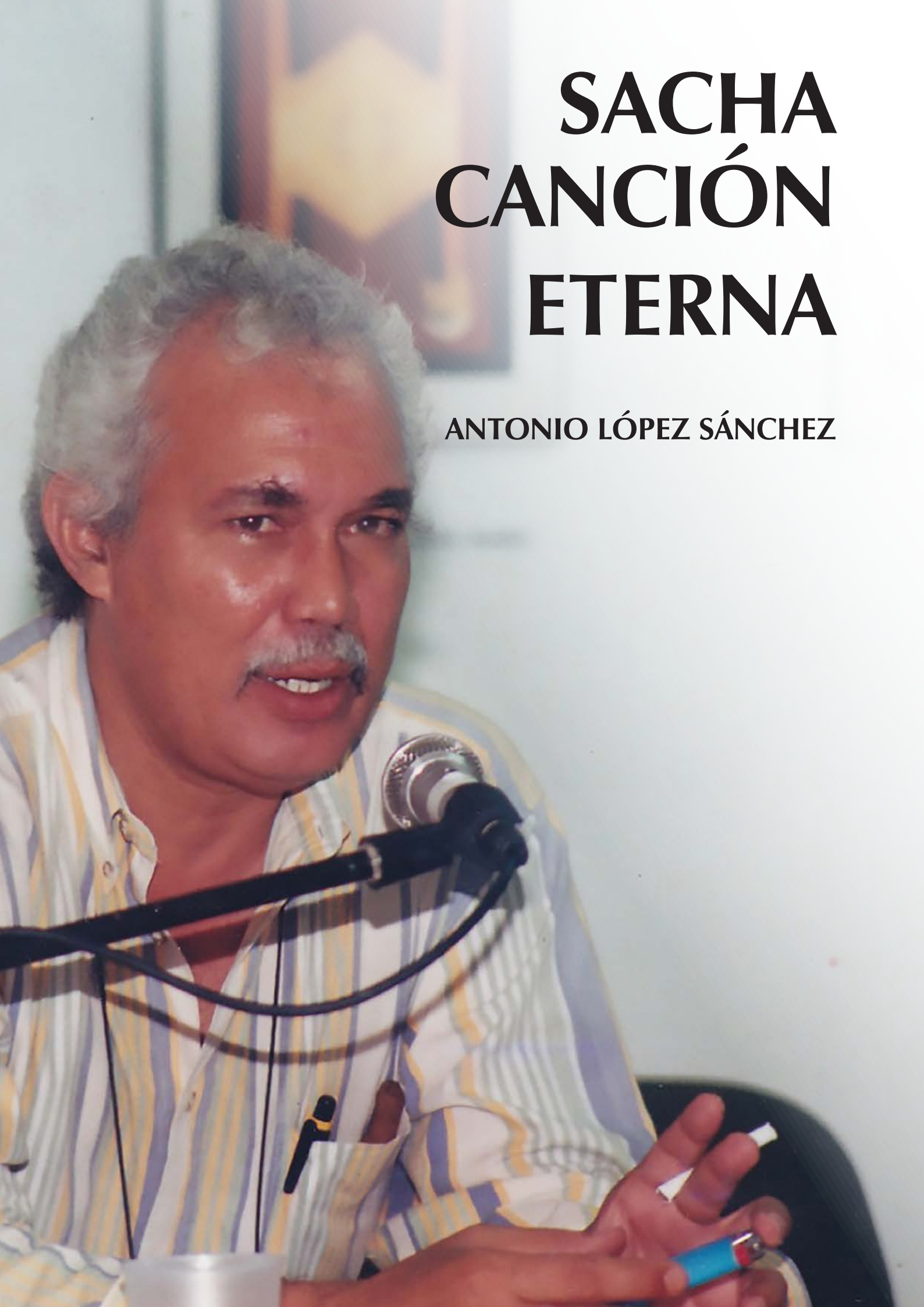
Hace poco más de cinco años, Omar Valiño me invitó a leer un texto en la celebración de los setenta años de Francisco López Sacha en la Biblioteca Nacional José Martí. Escribí entonces estas palabras, que terminan con la fecha en que mi amigo cumplió años: 28 de febrero de 2020.

De entonces a fines del pasado 2024, nuestras conversaciones y encuentros se prolongaron en los sitios habituales, con los asuntos de siempre. Antes de dar por terminada Voy a escribir la eternidad*, solía llamarme para que le escuchara leer fragmentos (a veces muy extensos) donde revivió su, nuestro Manzanillo natal. Me decía con frecuencia: «Tenemos que colocar a Manzanillo en el mapa de la literatura universal».*

En el comedor y en los pasillos de la Escuela Internacional de Cine de San Antonio de los Baños nos seguimos encontrando a menudo. Al verme, me saludaba siempre con la misma frase, tomada de un bocadillo de El hombre de Maisinicú: *«Arturete, esto se está acabando». Y esto, lo sabíamos los dos, era mucho, casi todo, nuestras vidas incluidas.*

En diciembre fue jurado del concurso de guiones inéditos en el Festival de Cine de La Habana y tuvo la felicidad de premiar a otro artista de estirpe manzanillera: Arturo Sotto. Mientras él aparecía entrevistado en la televisión, supe que se sentía mal, que padecía fiebres. Me ahorro el dolor de relatar los dos últimos meses de su existencia.

La muerte tiene dos maneras de dolernos. La inmediata: el golpe, el dolor insondable, el desconcierto. Peor, creo, es la segunda: la ausencia para siempre, el saber que la llamada no será respondida por su voz, el no tener a quién pedir el consejo que solo él podría darme, el caminar por espacios que creímos nuestros y en los que ya no estará más. Queda, sí, la necesidad de recordarlo, de continuar difundiendo su obra, la publicada y la que dejó inédita, hasta que el tiempo lo permita. A fin de cuentas, como escribió Eliseo Diego, Sacha nos dejó «el tiempo, todo el tiempo».



SACHA CANCIÓN ETERNA

ANTONIO LÓPEZ SÁNCHEZ

Francisco López Sacha fue, primero, el nombre de aquel cumpleaños del fuego. En ese libro singular, la voz de una casa narraba su historia. Sé que en ese asombro quedó la génesis de una de mis novelas de mucho más tarde. Aquel texto dejó rastros en un adolescente, voraz y desordenado lector, que por entonces no imaginaba la escritura en su futuro, salvo como placer y lectura.

Después de descubrirlo en una lejana tarde de descarga luego de un concierto, cantando una y otra y otra canción de Los Beatles, vaso de alegría en mano, me apareció otra fortuna. Sacha fue mi profesor en algún que otro posgrado y luego en las aulas del Centro Onelio.

Allí, además de con su sapiencia, su encanto único y carisma, fui ungido de sus conocimientos y magias. Junto con el Chino Heras, Eduardo Heras León, el otro también grande, el otro maestro, hacía una dupla de magisterio con dimensiones siderales. Sacha estuvo en los gateos iniciales de aquel proyecto. De aula televisiva, el caudal creció a ser todo un Centro de Formación Literaria, cuyos graduados somos hoy orgullosa y agradecida cofradía. El Centro Onelio fue una de las mejores páginas que escribió Sacha. Porque lo hizo en las nuestras, venideras, solo posibles a la vista del buen escritor y de la nobleza de quien desentraña el oficio para sus correligionarios de mañana.

Toda la literatura del mundo, hecha y por hacer, cabía en esas clases. En esas aulas del Onelio —lo veo, lo respiro nuevamente—, tuvo Sacha uno de sus mejores escenarios. Quien no lo disfrutó mientras repetía, casi actuaba, los inicios de *Cien años de soledad* o de *El viejo y el mar,* quizá se perdió un sorbo de universo. Sacha, memoria en ristre, con su voz ronca de humo y *rock,* nos dibujaba a Aureliano Buendía, nos hacía viajar en el tiempo, muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, y regresar al recuerdo del hielo, mientras explicaba la carpintería interna del oficio de escribir. Como un solo de guitarra, de acordes graves, tristes y persistentes como un *blues*, nos retrataba a ese pescador, solo durante días, a ese Santiago definitivamente «salao», que no lograba atrapar un pez. El viejo, solitario en el Golfo, tomaba vida en aquella voz. Era bote, oleaje, aparejos, angustia, como si Sacha pudiera cantar al recitar aquellos párrafos. Oírlo era, sí, bañarse en un mar de buena literatura, de devenir, de maravilla escrita que ahora nos transmitía su voz y pasión.

Otro encanto era verlo presentando un libro. Aunque algunas voces, entre admiradas o envidiosas (vaya usted a saber las flores o espinas que guarda cada quien) susurraban que no se leía los libros que presentaba, cada lanzamiento con Sacha era un suceso inefable. Allí era pasión, tribuno, crítico, sabio, lector hablando a otro lector. Un púlpito donde predicaba como convencido sacerdote de la literatura era su otro proscenio. Apenas en la edición anterior de la Feria Internacional del Libro de La Habana, esa que se le dedicó como autor homenajeado, tuvo este escriba la suerte de disfrutarlo. Presentaba *Encicloferia*, la novela inconclusa de Luis Rogelio Nogueras. A través de Sacha, no solo regresó Wichy y anduvo de travesuras en aquella sala. Además, vivimos las referencias, los guiños, el disfrute del paroxismo intelectual y del lenguaje que resulta ser esa historia. El escritor maduro que asentaba sus poderes, que descubría y estiraba el significado y valor de las palabras, ahora cobraba vida en la voz y la apasionada recomendación del presentador. Sacha fue el brujo que por una hora nos devolvió a Wichy y luego lo regaló vivo dentro de un libro. Sacha era un artista y cada una de sus presentaciones una obra de arte. El efímero valor de esa acción, casi un *performance,* quedaba perpetuado en los lectores que aceptaban y leían, con placer y más saber, el título presentado.

Como escritor no fue menos. Aunque nunca dejó de crear, sé de su alegría por haber logrado escribir una novela como *Voy a escribir la eternidad*. Era su novela, el retrato de su Manzanillo, el lúcido recorrido que buscaba derrotar olvidos, rememorar glorias y nombres, nombrar épocas y dolores y ausencias. Allí se desnudó, allí vació en palabras muchos de los demonios que quizá lo atormentaron y todos los ángeles que siempre lo rodeaban, y que siempre regalaba, pródigo.

Prescindo de enumerar los méritos de sus obras. Basta leerlas y ese disfrute, esas certe-

zas y preguntas que deja en sus lectores son el mejor premio. Comprender que un escritor, aunque siempre prefiera la próxima, siente el gozo y el alivio cuando sabe que ha escrito la novela de su vida, la historia deseada, es bálsamo y también orilla. El puente de la próxima obra no llegó a nacer esta vez. Pero como lector, y como escritor que soy, reconozco la fortuna de vivir el exorcismo bien logrado de hacer tangible la literatura propia. Por ende, me alegro al reconocer tal fortuna en las cuartillas que legan mis maestros.

Se va el cuerpo vivo, el Sacha carne y hueso, pero ahí queda el escritor. En sus páginas, en sus alumnos, en sus lectores sigue hablando mágico y vital Sacha. Con un sorbo de párrafos a su salud, la literatura brinda hoy por su partida. Aureliano, Santiago y Little Richard ya lo acompañan. En ese escenario fantástico, de guitarras y máquinas de escribir, debe haberle quitado un micrófono a John y, con ronca voz de ángel, seguro ya está cantando, o tecleando otra vez, la eternidad.



Basilia Bapastamatíu, Eduardo Heras León y Francisco López Sacha.

MI AMIGO SACHA

ELIZABETH DÍAZ GONZÁLEZ

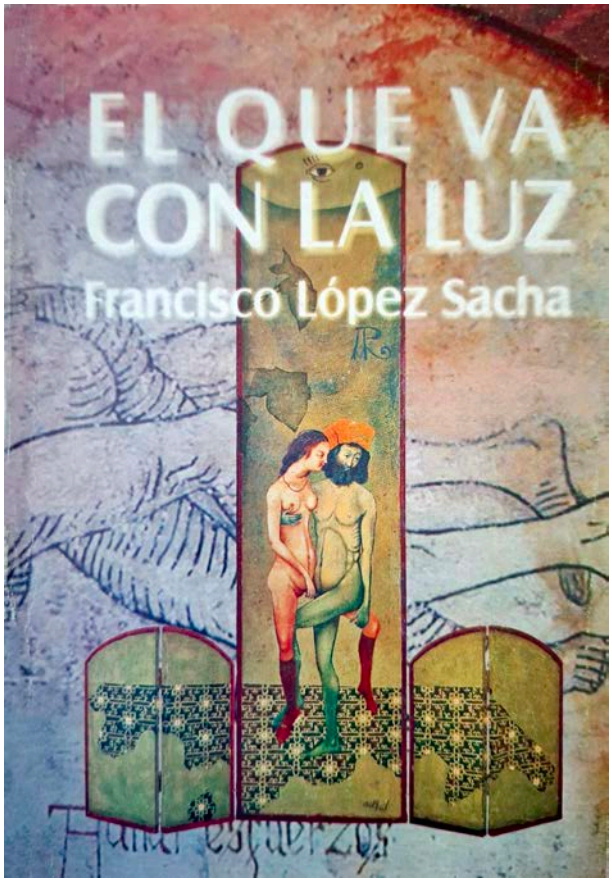


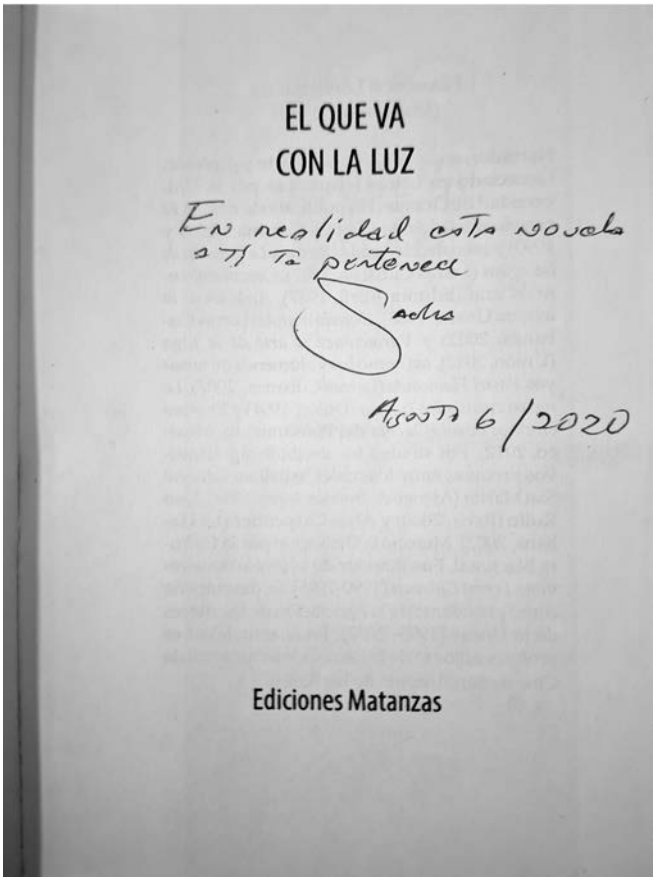
Esto es un retrato íntimo, personal, no una crítica literaria. Muchos recuerdos vienen por oleadas, cargados de tristeza y de pérdida, otras veces como amables fantasmas que conviven día a día con uno y se aparecen como sigilosos caballeros llevando una flor y una sonrisa. Son tantos los detalles que salen al paso para recordarte su persona…, en muchas ocasiones minucias. Un cantante de *rock* por la televisión, cantando en inglés, se superpone la imagen de Sacha, quien muchas veces también salía al teléfono diciendo frases o pedazos de canciones en inglés. Si hago frijoles blancos, ¡cómo le gustaban a Sacha los frijoles blancos!, él apuntaba que eran los preferidos, porque nosotros almorzábamos juntos muchas veces, en períodos casi una vez por semana, ya fuera en mi casa —siempre decía, y lo comentaba con otras personas, lo bien que yo cocinaba— o en su apartamento, unos espaguetis de rutina; yo por amabilidad le afirmaba que estaban buenos, hasta que no pude más y le dije que quería un bisté con arroz y frijoles. Bueno, los frijoles no pudieron ser, el arroz lo preparamos entre los dos en su olla arrocera, los bistés se los había adobado su hermana, según me dijo, y yo los cociné, además de plátanos llevados por mí, e hicimos una ensalada que supo a gloria por un poco de aceite de oliva que le quedaba a Sacha. También le gustaba invitarme una vez al mes a un restorán, a menudo con mi hijo, cuando alcanzaba la plata, cuando cobraba algún dinero o venía de un viaje. Hay muchos recuerdos gastronómicos, porque a Sacha le gustaba mucho comer y tomar cerveza, era un verdadero «jamaliche». Pero no le gustaba cocinar. Muchas veces me comentaba que su amigo Rivas —vivía en el piso superior o inferior de su apartamento en el mismo edificio— preparaba comidas, algo él le llevaba —sin cocinar—, y compartían el condumio.

Hablábamos de todo, de lo humano y lo divino, también discutíamos, yo parsimoniosa y él mostrando una pasión arrolladora que se traducía en un torrente de palabras. De música, el *rock* y Los Beatles, las dificultades cotidianas, la política, el cine, la literatura… En la época de la covid-19 hablábamos todos los días por teléfono del libro que estaba escribiendo, *Voy a escribir la eternidad,* aunque, según me comentó, lo había empezado hacía más de veinte años. Incluso el primer capítulo lo escribió mucho antes que los otros, eso me reconoció cuando le expuse que me parecía un poco diferente al resto. Me leía párrafos o capítulos enteros; yo estaba segura, y así se lo decía, que iba a ser su obra cumbre. Después, cuando ganó con esta novela el Premio Alejo Carpentier, en 2023, lo acompañé al acto, tiré fotos y lo celebramos más tarde ese día en un restorán, él me regaló el hermoso ramo de flores que le dieron. También en la época de la covid salíamos a veces a «forrajear» comida, recuerdo una escapada a Cojímar para comprarles pescados a los pescadores, allí pasamos la tarde en casa de Arturo Arango, quien nos *ordenó* quitarnos los nasobucos para poder conversar.

Fueron muchos los gestos de generosidad que tuvo conmigo, también con otros amigos y con su familia. Cuando recibía dinero, le gustaba repartir alguna cantidad. Sentía que era como un deber. Además de compartir sus conocimientos, su sabiduría, con quien acudiera a él, y en enjundiosas conferencias orales, en miles de presentaciones de libros y autores. Se le recuerda siendo jovial, alegre, simpático, de una gestualidad muy cubana, no obstante serio en temas que lo requerían.

Constantemente me admiraba su increíble memoria, le decía «Funes, el memorioso», recordando a Borges, pero en este caso sin perder la capacidad de generalizar. Una memoria que se destaca en *Voy a escribir la eternidad,* aun cuando también era espontánea, sin esfuerzo, en una conversación cualquiera, sin previa preparación, allí los datos salían como si fueran extraídos de ficheros binarios de una IA. Y la facilidad de palabras, de pergeñar —Sacha me hubiera censurado ese verbo— un discurso en segundos, de coger al vuelo un tema y hablar de él como si lo hubiera estado preparando de antemano. Él era esencialmente un fabulador. Si bien en alguna oportunidad, en lo conversacional, pudiera armar teorías sin fuerte basamento, por esa manía de fabular, hay que considerar que su armadura de ideas en la ensayística, de reflexiones originales, tiene un indudable valor; recuerdo, por solo citar un ejemplo, su texto dedicado a la cuentística de Cintio Vitier, «Cercanías, distancias, extrañezas: una valoración de *Cuentos soñados*», Premio Temas de Ensayo 2004, donde va a las esencias y realza el valor musical en las evocaciones, algo muy apreciado en su propia





obra. Su ensayística es algo por lo que también será reconocido.

Hay un libro suyo en el que sentí un cambio de estilo, una experimentación imaginativa, aunque seguía siendo Sacha, *El que va con la luz,* que inicialmente no me gustó por la profusión de la conjunción «y» —la primera versión digital—, y porque me declaró que el personaje principal era yo, Zabet, siempre cambiando los nombres, como ha hecho en casi todas sus novelas, si bien dejando un parecido. Yo me disgusté, porque el personaje es evidentemente masculino y por su amplia curiosidad erótica, y le manifesté que en todo caso era él mismo. Recuerdo la imagen de su cara cuando se lo dije, se sonrió y me repitió: «No, eres tú». En la dedicatoria del libro me puso: «En realidad esta novela a ti te pertenece». He releído varias veces esta pequeña novela y confieso que terminó gustándome, reconociendo su maestría, disfrutando el estilo, y advirtiendo que quizás lo que Sacha quiso fue regalarme un ángel enamorado del amor y el placer, sin embargo, decididamente, no soy yo, al menos eso creo. Nada que ver tampoco con los episodios descritos, aclaro para la posteridad, y sigo pensando que más bien el personaje fue sobre todo creado para lo que quería comunicar, animado bastante de su propia personalidad. Pero es algo a lo cual no tendrán acceso los críticos literarios.

El más suave de todos los veranos, su novela sobre el mundo editorial y un amor que muere, fue una deuda saldada con ese período de su vida, cuando fue jefe de una redacción en Letras Cubanas y tuvo un amor, del cual no me corresponde decir el nombre. Allí también aparezco —como también otros— como un personaje incidental, incluyendo mi nombre y apellido, a pesar de que le pedí que no me pusiera en la novela. No es de mis preferidas. Pero hay que hablar de sus cuentos, entre otros, *Dorado mundo* (2002), Premio Alejo Carpentier, con nueve cuentos incluidos, es una obra maestra. En una entrevista hecha por Antonio Paneque manifestó: «Creo que hay dos cosas que le dan unidad como libro: la preocupación por la música […] y la preocupación por la pérdida, cómo vamos dejando atrás la adolescencia, la niñez, la primera juventud, cómo se pierden ilusiones, cómo nos encontramos con circunstancias humanas y sociales de todo tipo en el trayecto de la vida».

Sus influencias literarias las declaraba haciendo énfasis sobre todo en dos escritores, Alejo Carpentier y León Tolstoi; admiraba enormemente *La guerra y la paz* y podía reproducir verbalmente de memoria pasajes

de esta novela. Ahora bien, un día me prestó como algo especial *Pastoral americana* —aún la conservo— del notable autor Philip Roth, novela de 1997, Premio Pulitzer, y no más comencé a leerla me doy cuenta de similitudes con el estilo de Sacha, principalmente en la descripción de un mundo, familiar y citadino, y sus personajes, como un todo vivo, respirando en la historia, más la inclusión de filiaciones autobiográficas. Se lo comenté y me lo confirmó.

Algo infantil lo protegía de la amargura, aunque como todo ser humano también tuvo etapas de infelicidad, de amores no correspondidos, otros sí correspondidos, muchos amores…; de etapas de vida difíciles, como cuando pasó tiempo viviendo en las calles porque no tenía casa, durmiendo en sillas de funerarias o de hospitales, o en casas de amigos, como su refugio temporal en el apartamento del amigo Roger Ávila, adonde fui a visitarlo una vez.

Ya habrán deducido que mi amistad con Sacha es de larga data, éramos muy jóvenes los dos cuando se apareció en la oficina donde yo trabajaba para enamorarme. Nos enamoramos y después se terminó. Pero seguimos invariablemente amigos, hasta la llegada de lo inevitable. Y la última etapa de nuestra amistad fue la más bella. Él me repetía los versos de Martí: «Si dicen que del joyero, tome la joya mejor…». Últimamente me confesó que tenía una amante oculta, de muchos años, que veía casi todas las semanas, a la que amaba, pero por determinadas razones no podía revelar más. Nunca me dijo el nombre, ni yo le pregunté. Y aunque Sacha fabulaba muchas cosas, me pareció cierto, le creí.

La última novela escrita por él, *Licor diabólico,* aún inédita, la hizo como en un rapto, desde que me contó la idea y el título hasta que la terminó, pasó un tiempo que subjetivamente me pareció de muy pocos meses, tenía prisa por terminarla. Como hacía cuando terminaba una obra, o la mayoría de veces, se la dio al amigo Hugo —Vergara— para que la digitalizara y editara, pues toda su vida escribió en máquina de escribir a pesar de tener una computadora. Tampoco tenía celular —creo que guardaba uno que no usaba— ni auto. Sacha era un desastre para las cosas prácticas de la vida.

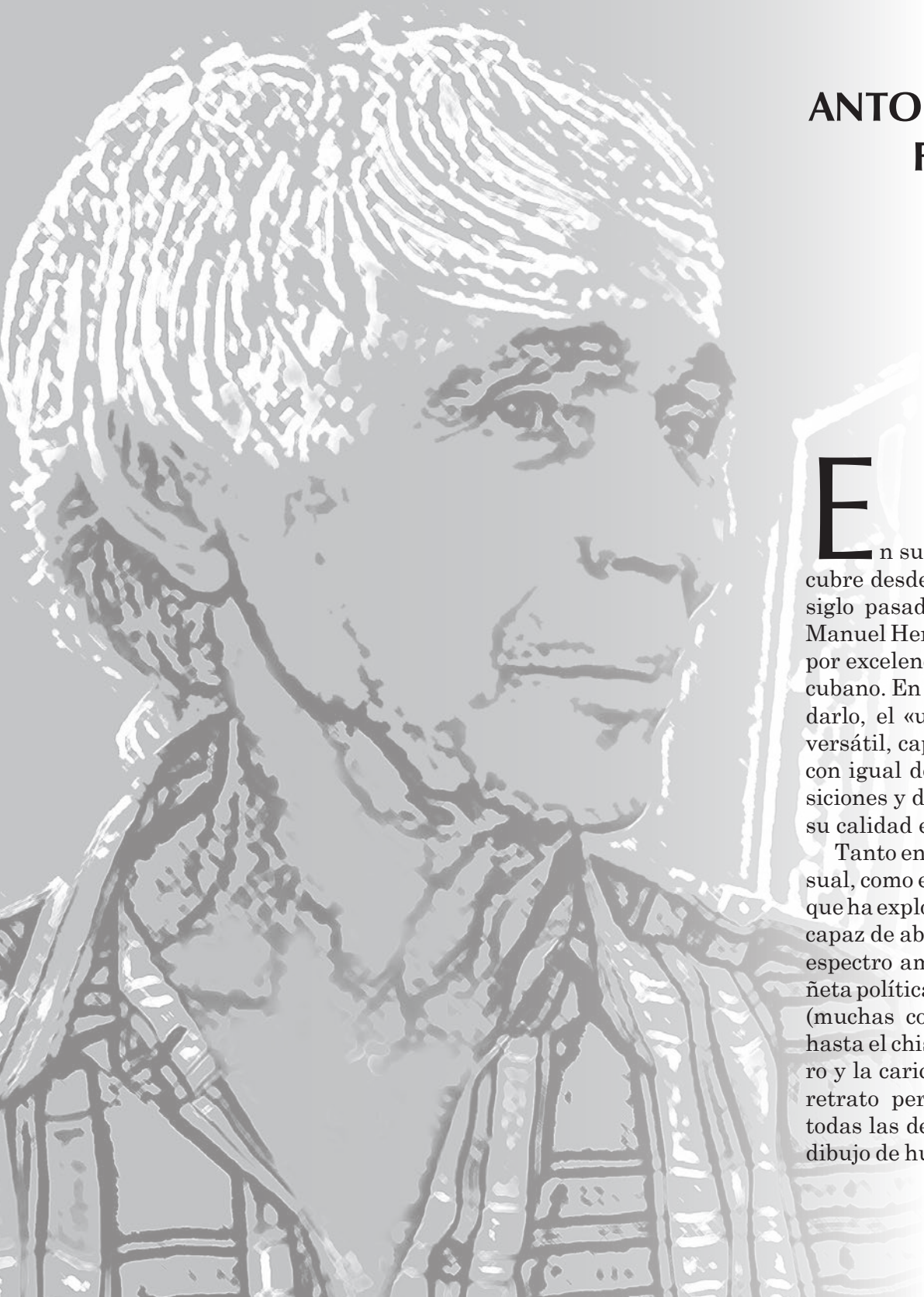
Como un mes antes o un poco más antes de ingresar en hospitales, me reveló que estaba padeciendo de un dolorcito en los riñones e iba a tomar antibióticos; le dije que no fuera loco y le insistí en que debía ir al médico, me comentó entonces que iba a llamar a Laidi —Fernández de Juan—, amiga y consejera médica, quien según su testimonio le había salvado la vida al procurarle su ingreso en un hospital hacía unos años, la primera vez que se enfermó del mal fatal, cuando había sentido un dolor pertinaz en el estómago. Después, la última vez que lo vi en su apartamento, ya se sentía francamente mal, le faltaba el aire. Su hermana había ido a acompañarlo. Fui a llevarle una «olla reina» que le había comprado en Galerías de Paseo, para lo cual me había dado el dinero. Yo se lo había sugerido, para ablandar los frijoles sin tanto problema y cuando yo fuera a su casa también poder hacerlos. Bajó a recibirme muy caballerosamente, bajo protestas de la hermana que temía una rotura del elevador y él tuviera que hacer el esfuerzo de las escaleras, pero nada pasó y yo no lo dejé cargar el paquete. Era un viernes de enero, según recuerdo, el lunes empezó su odisea de análisis y después hospitales. No dio tiempo para hacernos a la idea de que nos iba a faltar tan pronto, a su hermana Sandra le pasó lo mismo.

Muchas veces pronosticó que iba a terminar solo, me quiso decir sin compañera, en su casa y con su hermana, así fue. Sandra lo acompañó hasta el último momento. Poco tiempo antes de declararse la enfermedad me había pedido que fuera a vivir con él, yo no podía, entonces me dijo que él podía mudarse para mi casa. Se sentía solo. Estaba muy serio y sé que sentía como una premonición, su cuerpo le estaba tratando de comunicar algo. Recuerdo cómo, al salir de mi casa ya casi en la puerta, me preguntó qué hacía si tenía miedo de morir. Yo le respondí: «Vivir, vivir día a día como si fuera el último».

Para nosotros, todos los que lo quisimos, y para la posteridad, no habrá ese último día. Su presencia, sin dudas, ya «imanta» —palabra preferida por Sacha, por su teoría del «imán» en la primera página de un escrito, como Horacio Quiroga: «La primera palabra de un cuento, se ha dicho, debe ya estar escrita con miras al final»—, la literatura cubana, que no podrá prescindir de su figura. Dentro de sus obras estará, junto al testimonio de su época, su sonrisa, su picardía, sus grandes gestos con los brazos, su voz ronca cantando un *rock* en inglés, su mirada afilada y su bondad, su gran bondad para el ser humano. Sacha, querido, te extraño, te extrañaremos todos, siempre.

MANUEL Y LA BELLEZA CONSTANTE

ANTONIO ELIGIO FERNÁNDEZ (TONEL)



En su carrera longeva, que cubre desde los años sesenta del siglo pasado hasta el presente, Manuel Hernández es el «utility» por excelencia del dibujo satírico cubano. En el béisbol, cabe recordarlo, el «utility» es el pelotero versátil, capaz de desempeñarse con igual destreza en varias posiciones y de demostrar en todas su calidad estelar.

Tanto en el aspecto gráfico, visual, como en los temas y acentos que ha explorado, Manuel ha sido capaz de abarcar eficazmente un espectro amplísimo, desde la viñeta política de carácter editorial (muchas con ribetes sombríos), hasta el chiste costumbrista ligero y la caricatura personal como retrato perspicaz, pasando por todas las demás gradaciones del dibujo de humor. Su versatilidad

se nutre, en buena medida, de una actitud intelectual abierta, flexible, omnívora en cuanto a fuentes y referencias culturales, artísticas y literarias. Actitud que se expresa tanto en la diversidad de nudos o núcleos —la antigüedad grecolatina y sus mitos; los clásicos de la literatura infantil; el wéstern hollywoodiense; las historias bíblicas y sus protagonistas; eventos y personajes históricos, incluyendo artistas, científicos y filósofos, más un largo etcétera— desde donde irradian sus ideas, como en las sucesivas innovaciones y modulaciones técnicas y formales que —paradójicamente, si se quiere— han dado un sello inconfundible a sus creaciones.

El nombre y la obra gráfica de Manuel son inseparables de *dedeté*, memorable suplemento humorístico, fundado en 1969, del diario Juventud Rebelde. Es innegable que desde su arrancada y durante décadas sucesivas, este quincenario nucleó a una nómina estelar de caricaturistas cubanos, a la cual se sumaron, entre otros (si nos limitamos a la etapa inicial), junto al veterano Virgilio, los entonces más jóvenes Carlucho, Tomy, Torres, Juan Padrón, Hernán Henríquez, Janer, Lázaro Fernández y el propio Manuel. Este último, ya antes de unirse a *dedeté*, había incursionado como caricaturista e ilustrador en otras publicaciones, aunque su experiencia profesional era todavía limitada.

Establecido en la nueva publicación, y mientras viajaba todo el tiempo entre Matanzas y La Habana, Manuel demostró una madurez precoz, traducida en un estilo cada vez más propio que al evolucionar fue hallando su equilibrio, entre una sencillez casi básica, de trazos fluidos, a veces gestuales —texturas y marcas que en ocasiones parecen salidas del pincel, antes que de la pluma— y, por contraste, la elaboración compleja, meticulosa de muchas de sus imágenes, construidas con una arquitectura elegante de líneas que crean texturas y claroscuros a partir de un rayado virtuoso y con una técnica sólida, impecable en el empleo de tinta y plumilla.

Como sucede con la mayoría de los caricaturistas cubanos durante esos años, habría que distinguir entre las obras realizadas para ser reproducidas en un medio de prensa y aquellas otras hechas para ser exhibidas en un concurso o exposición, nacional o internacional. En las obras destinadas a ser colgadas en un salón o galería, Manuel podía desplegar sus ideas en un contexto formal y técnico más ambicioso y experimental, sin las limitaciones impuestas por las tecnologías de reproducción de la prensa cubana de la época.

Sus contribuciones —con frecuencia premiadas— a los salones de humorismo y a un sinnúmero de eventos nacionales, al igual que sus envíos a exposiciones como la Bienal de Gábrovo, el Festival de Knokke-Heist y otros concursos internacionales, en los que su trabajo fue repetidamente aclamado, eran de un formato mayor —al compararse con las obras hechas para la prensa— y podían presumir de un nivel mucho más refinado en cuanto a la atención a los detalles y la sutileza en los trazos. En las obras concebidas para ser expuestas, por demás, le fue posible incorporar el color —apelando sobre todo a la acuarela, los crayones o las tintas de colores—, un recurso expresivo que Manuel, como norma, manejó con sobriedad. De modo que las adiciones cromáticas, supeditadas al protagonismo de la línea, no se entendieron nunca como adorno ni empañaron la efectividad comunicacional de la imagen.

En sus contenidos, con igual precocidad, Manuel exploró rutas conceptuales novedosas. Como ejemplo, puedo destacar su facilidad para manipular mitos e historias de la antigüedad clásica, los que él trae a colación en chispazos de brillante parodia. Caben aquí sus incontables jugueteos con el encuentro entre Ulises y las sirenas, así como las referencias a figuras de la ciencia y la filosofía como Arquímedes, Sócrates, Platón y Diógenes… Y en un tono grave antes que hilarante, cabe también en este acápite su memorable representación de América Latina como un Prometeo cuyas entrañas son devoradas, en un ciclo que parecería infinito, por el águila imperialista.

Su capacidad para reducir la grandiosidad de lo mitológico a las proporciones nimias de lo cotidiano y mayormente intrascendente se encauzó también, de modo reiterado, en la representación de personajes y temas del wéstern estadounidense. Ese universo de ficción fue parodiado por el artista en una mezcla sui géneris en la cual se conjugan los estereotipos cinematográficos (el *sheriff* justiciero, los pistoleros flemáticos, la diligencia en peligro de ser asaltada…) con elementos costumbristas y de crítica social que apuntan a situaciones y conflictos propios de la actualidad en Cuba, en el momento en el cual las caricaturas vieron la luz.

Puede afirmarse, entonces, que Manuel desarrolló y afinó, a lo largo de su extensa trayectoria como caricaturista, un humor edificado en buena medida, aunque no exclusivamente, sobre la parodia y el anacronismo. Esta zona de su obra, donde aparecen y reaparecen Adán, Eva y la serpiente, la Caperucita Roja y el Lobo, Isaac Newton, Billy the Kid, y Prometeo, entre muchos más, podría entenderse también como un ejercicio constante de intertextualidad que, en manos del artista, se instrumentaliza como crítica mordaz enfrentada a las flaquezas morales y los comportamientos deshonestos de sus contemporáneos.

Y si ello no fuera suficiente, su talento como dibujante le ha garantizado, desde hace ya mucho tiempo, un lugar cimero en la historia del arte cubano. Su nombre no deberá faltar nunca en la lista de los dibujantes cubanos más sobresalientes y originales, no solo cuando consideramos el universo de la caricatura.

En cuanto al dibujo, Manuel formó parte de una avanzada en Cuba, al abrazar y adaptar a su estilo, gradualmente, durante los setenta, elementos de esa estética formalmente refinada y compleja, matizada de imaginería surrealista, de la cual son emblemáticos artistas muy influyentes internacionalmente en el universo de la sátira y la ilustración, al final del siglo veinte, como Roland Topor y Brad Holland. Menciono estos nombres y podría agregar otros, de artistas cubanos —José Luis Posada, Andrés Ugalde— contemporáneos de Manuel, cuya obra se difundió igualmente, en todo o en parte, a través de publicaciones periódicas. Entre todos ellos —cada uno inconfundible en su estilo personal— se pueden identificar conexiones raigales que van de la afinidad con el grotesco y lo onírico a la dosis eventual de expresionismo, siempre sobre la base de la línea y del dibujo a tinta y plumilla, con poco o nada de color. De otra parte, su obra toda me parece inseparable de segmentos muy significativos del arte cubano que alcanzó preeminencia durante los años setenta del siglo pasado. Me refiero a la tendencia enfocada en el universo rural y campesino, en el trabajo agrícola, y en la mitología del campo cubano.

Los paralelos biográficos y cronológicos entre Manuel y varios de los artistas más reconocidos de ese período —Ever Fonseca, Nelson Domínguez, Eduardo Roca (Choco), Tomás Sánchez, Flora Fong, Ernesto García Peña, *et al.*— son abundantes, y van desde el nacimiento fuera de La Habana, a veces en un entorno rural, a la formación en flamantes instituciones, educacionales o de otro tipo, y a la afinidad con una estética que se nutre, en no poca medida, de la visualidad y los temas desarrollados por algunas de las figuras más influyentes de la vanguardia cubana.

Cuando subrayamos el nivel excepcional de Manuel como dibujante, tendremos que recordar que durante esos mismos años setenta, mientras su estilo cristalizaba, el dibujo se convertía en un sitio de privilegio en el arte hecho en Cuba. Al observar de cerca este momento en el arte nacional comprobaremos —sin dudas, al menos en parte, por la influencia de maestros como Servando Cabrera Moreno— que la obra en papel y realizada estrictamente a tinta y plumilla gozaba de excelente salud: Rafael Paneca, García Peña, Choco, Juan Pablo Villar, Mario Gallardo, Isavel Gimeno, Nélida López y Gilberto Frómeta se cuentan entonces entre los artistas con una obra significativa en esta misma dirección. Todo esto me parece importante para comprender hasta qué punto Manuel es plenamente un artista de su época, más allá de su lugar prominente en la caricatura y en el dominio de las publicaciones periódicas.

Al ubicar a Manuel en el contexto artístico y cultural que le corresponde, ganamos claridad en lo concerniente a su trayectoria, sus preferencias y afinidades artísticas durante las distintas fases de su carrera, y las experiencias vivenciales y generacionales que desembocan en el momento actual de su obra. Su talento creador le facilitó el regreso a la pintura, que había sido uno de sus amores tempranos, así como transitar con naturalidad a la cerámica. Sin dudas que el dramatismo esencial en buena parte de su obra gráfica se ha atemperado, para dar paso a una expresión de otro tono: lo que domina hoy es una imaginería amable, hasta cierto punto afirmada en lo decorativo y de una belleza siempre efectiva. Son casi constantes las alusiones a lo rural y lo campesino, y la representación se arropa en un tono sosegado. Si aceptamos la noción convencional del estilo tardío como culminación de la obra de un artista y aplicamos este concepto a sus creaciones de los últimos años, deberemos reconocer que en esta etapa culminante Manuel parece haber encontrado la clave para una belleza armónica e inamovible. Una suerte de estado de gracia en imágenes, que él, laborioso y constante, comparte con generosidad, día a día, con su público.

El Premio Nacional de Artes Plásticas a Manuel es un acto de justicia histórica que debe enorgullecer a todos los que admiramos, sin prejuicios, el buen arte cubano. En él reconozco a una de esas figuras esenciales, y también incomparables, que la superficialidad en el estudio de nuestra historia ha despojado, a veces durante demasiado tiempo, de la notoriedad, la admiración y el reconocimiento universal que se merecen.

ADELAIDA VOTÓ ADELANTADAMENTE POR MANUEL

ISRAEL CASTELLANOS LEÓN



Como no todos conocen, el 23 de abril de 2024 se entregó a Manuel Hernández Valdés (Limonar, Matanzas, 1943) el Premio Nacional de Artes Plásticas: una distinción que el Consejo Nacional de las Artes Plásticas concede anualmente, desde 1994, a creadores visuales cubanos vivos, residentes en Cuba, por la obra de la vida y en virtud de su contribución al desarrollo de la visualidad cubana.

Para algunos, el entregado a Manuel resultó sorpresivo, a pesar de que ese multipremiado humorista había sido nominado en más de una ocasión y tampoco era el primero en recibirlo. Fue antecedido por René de la Nuez en 2007. Lo recuerdo con precisión porque fui parte del jurado que se lo otorgó. Allí coincidí con Adelaida de Juan, una de mis profesoras de Historia del Arte y autora de *La caricatura en Cuba*. Ella abogó mucho para que distinguiéramos al padre del Loquito, personaje que conocí gracias a ese libro de obligada consulta en la carrera. No sospechamos que aún le faltaba romper lanzas por otro: Manuel.

Uno de sus argumentos a favor de Nuez consistió en que su reconocimiento sería también para el humor gráfico, esa manifestación todavía subvalorada. Y tal ha sido, posiblemente, uno de los motivos por los que el otorgamiento de ese premio a Manuel no se acogiera con total beneplácito. Para muchos especialistas —sobre todo, conocedores del humorismo— no hay duda de su merecimiento.

Es el caso de Jorge A. Piñero, Jape. En opinión de ese humorista literario y escénico: «Manuel lo merece hace tiempo. Entre otras razones, por ser cofundador, en 1969, de una publicación tan relevante como *dedeté*. En este suplemento humorístico del periódico *Juventud Rebelde* se distinguió por su trazo ligero, síntesis de imagen y texto para transmitir el mensaje con una visión muy aguda e hilarante». Así me aseguró por WhatsApp el también redactor del *dedeté* y coautor —junto a Arístides Hernández, Ares— del volumen *Historia de la caricatura cubana*.

Ciertamente, en el *dedeté* —como en sus antecesores *El sable* y *La chicharra*— Manuel dejó una impronta muy profunda, significativa. Pero solo fue una parte de su largo y prestigioso historial artístico que incluye colaboraciones en importantes publicaciones cubanas y extranjeras, el manejo de diferentes géneros y registros humorísticos, la participación en numerosas y relevantes exposiciones personales o colectivas dentro y fuera de Cuba, y asimismo memorables galardones (inter)nacionales.

Entre estos se destacan: el Premio Nacional del Humor por la obra de la vida, la Medalla de Oro en la VI Bienal Internacional del Humor de San Antonio de los Baños, la Medalla Pablo Picasso de la Unesco en la Feria Internacional de Artesanía FIART 97, el Gran Premio en la VI Bienal Internacional del Humor y la Sátira en el Arte… Esta última se realizó en Gábrovo, Bulgaria, cuya Casa del Humor y la Sátira hizo una encuesta que clasificó a Manuel entre los cien mejores caricaturistas del mundo.

Otra voz autorizada para discurrir sobre Manuel, desde una perspectiva diferente y complementaria, es la del especialista en artes visuales Roberto Cobas. En un diálogo presencial, que terminó por WhatsApp, él aseveró: «El premio a Manuel fue muy merecido. Es una figura importante en la plástica cubana desde hace casi cuarenta años. Formó parte de una promoción de humoristas extraordinarios —Carlos Villar, Carlucho; Alberto Morales, Ajubel; Tomás Rodríguez, Tomy…— que hacía crítica social a la realidad cotidiana del país, aunque su nivel era internacional».

El reconocido curador, investigador, crítico e historiador del arte conoció personalmente a Manuel en una circunstancia inolvidable para ambos, la de la primera vez: «Tuve mucho trato con él cuando organicé su primera muestra personal en el Museo Nacional. Era 1987. Llevaba yo poco tiempo de trabajo allí y me la asignaron. Creo que mi vinculación con el dibujo animado, que traía de la Universidad, contribuyó a que me relacionaran con el humorismo. Después me encargarían otras exposiciones de grandes humoristas: las de Conrado Massaguer y René de la Nuez. Pero la de Manuel mantiene un significado especial para mí porque también fue mi primera curaduría».

No se designaba entonces así. Como «organización técnica» aparece en el catálogo de la exposición inaugurada el 4 de agosto en una sala transitoria del actual edificio de Arte Cubano. Según Cobas: «Se tituló "Manuel, el humor inmediato", porque su caricatura provocaba una risa inmediata. Sus obras, que estaban hechas para la prensa plana, fueron magnificadas por él en cartulinas de gran tamaño a las cuales agregó color. Eso las enriqueció más. También hizo algunas instalaciones, que llamaron mucho la atención, como la del féretro con la burocracia muerta. Él era muy ríspido con ese tema».

Manuel rompió con el preconcepto del bisoño Cobas sobre el comportamiento de los humoristas: «Fue interesante constatar que era muy serio con su trabajo. Se esforzó para que todo estuviera a la altura de un museo. Intenté hacer alguna broma pensando que él iba a responder con la risa fácil, pero no fue así. Tenía un sentido de la vida y del trabajo muy serio».

Obviando la de Manuel, el debutante curador tuvo una valiosa compañía. Como él mismo recuerda: «Estuvieron muy cerca Leonardo Padura, por amistad con el artista, y Antonio E. Fernández, Tonel, muy interesado porque ese humorista influyó en su obra inicial. Ambos dieron sus apreciaciones sobre la muestra. Además, Alejandro G. Alonso, quien era subdirector del Museo y todavía publicaba en *Juventud Rebelde*, escribió las palabras para el catálogo».

Alejandro, que también propuso la exposición, las tituló «Una ocasión especial para el humor de todos los días». En ellas definió el eje temático: «Hablamos del Manuel costumbrista, que representa una parcela importante, significativa de su quehacer; ni con mucho es la única área donde ha alcanzado éxitos sin cuenta, pero sí la seleccionada para esta muestra».

Por su parte, Cobas —que ha seguido trabajado como curador en el Museo y atendido varias de sus colecciones— lamentó «que no se hubiera adquirido entonces obras de Manuel. Tenían gran calidad, muy apropiadas para el nivel del Museo, que no posee ninguna de su autoría. Luego ese artista se consagró a la cerámica



Manuel ante una de sus instalaciones titulada: «Qué ocurrencia, morirse ahora, cuando le iban a dar un viaje al extranjero...». Foto: Expósito.

y la pintura de tema campesino…». Y quien nunca antes había relatado su primera experiencia curatorial concluyó: «No sé qué tipo de exposición se le hará en esta institución por el Premio Nacional de Artes Plásticas».

Ahora bien, más allá de la mítica suerte del principiante, él y Manuel tuvieron la buena fortuna de que dicha muestra fuera objeto de varias reseñas críticas, entendidas como valorativas. Leí algunas laudatorias; también una crítica, en el sentido de señalar lo considerado negativo. Procedió como la que hacía Manuel…, pero sin su sentido del humor. Con el título «Directo al rostro», se publicó precisamente en *Revolución y Cultura* (n.º 10/87). Su autor, José Antonio Évora, elogió la exposición en general y reconoció el talento gráfico de Manuel. Aunque también lanzó un *¿jab?* al empleo de «instalaciones humorísticas» que, a su juicio, eran una suerte de alternativa y «un mimetismo inútil e inexpresivo como procedimiento» (p. 74).

Para ese colaborador, más reconocido como crítico de cine y teatro: «Los objetos empleados […] no tienen en sí mismos ningún valor estético y el hecho de que se unan para transmitir una idea (un chiste) que encuentra su mayor grado de síntesis en el dibujo, les pone en sentido inversamente proporcional al de la función que debe cumplir el arte. Guajiro al fin, Manuel cayó en la trampa que a todos tiende la solemnidad del Museo» (p. 74). La graficación del texto con algunos de los dibujos expuestos ilustró también la preferencia del opinante, nacido en Sagua La Grande y que en el propio 1987 publicara un libro acerca del relevante humorista gráfico Juan David, muy valorado —sobre todo— por sus excelentes caricaturas personales sobre papel.

No vi la muestra. De manera que no soy un receptor histórico sino informado.[1] Como tal, discierno que Manuel trató de recrear obras previamente publicadas y hacerles otra puesta en escena a través del «humor volumétrico» que entroncaba con las instalaciones, tan novedosas para esa época en Cuba. Este creador, que no estaba ajeno a las dinámicas artísticas del momento, también tenía el consabido referente de Marcel Duchamp y su urinario expuesto en una galería neoyorquina bajo el título *Fuente* (1917). Con la gran *¿boutade?*, ¿broma? de ese *ready-made*, Duchamp sentó el precedente de que bastan la elección del artista y el espacio consagratorio de exhibición para considerar el potencial estético-artístico de una obra, fuera un objeto manufacturado o industrial. Eso creo recordar de la asignatura Arte del Siglo XX que me impartieron las profesoras

María E. Jubrías y María de los Ángeles Pereira el año anterior a la expo que tratamos.

Manuel, además, ya había exhibido varias veces en el Museo —como parte de muestras colectivas— entre la década de 1970 y la siguiente. La más inmediata a su exposición individual fue la II Bienal de La Habana desplegada allí en 1986. Ignoro si la controvertida experimentación funcionó para él mismo. De cualquier forma, no utilizó las propuestas instalativas o de humor volumétrico. Su proyección fuera de la prensa se enfocó más hacia la pintura de caballete o mural y al dibujo sobre cerámica. A esas manifestaciones aludió Cobas y, de modo más amplio, igualmente lo hizo una citable entrevista que vio la luz también en esta revista (*RyC*, n.º 2/98).

«Manuel». Así de simple y elocuente la tituló el gran entrevistador Jaime Sarusky, quien en apenas cuatro páginas logró un enjundioso acercamiento, aderezado con anécdotas humorísticas e iluminadoras sobre la vida y obra del creador: su infancia en el campo, sus primeras inquietudes expresivas con el fango, sus estudios inconclusos en la matancera Academia Tarascó, su relación con el humorismo… Allí encontré, además, revelaciones sobre la operatoria de Manuel que no he leído o escuchado en otro momento ni lugar. Entre otras, que ha tratado de ser muy cuidadoso con el empleo del triángulo en el humor: la víctima, quien hace el chiste y quien se lo ríe. Que ha procurado evitar el divorcio entre el dibujo y la ocurrencia humorística. Que ha recurrido al lenguaje verbal cuando el visual no ha bastado. Que ha preferido sugerir en vez de explicitar. Que hay diferencias entre su humor urbano y el rural, siendo este más irónico y socarrón. Que el humor gráfico lo estresaba, por la exigencia intelectual y la presión de la entrega inmediata para varias publicaciones. Que la pintura lo relajaba, por implicar una remisión a sus orígenes, al campo, a la felicidad un tanto idílica…

El inicio de aquella entrevista parecía una conclusión. De acuerdo con Sarusky:

> Aún estamos lejos de reconocer con toda justicia la importancia social y cultural del humorismo, sobre todo el gráfico; el papel que han desempeñado sus más destacados artistas, quienes por la propia esencia crítica que trae consigo toda manifestación humorística, han influido en el desarrollo de las ideas y en el afianzamiento de nuestra identidad. Y todo ello en un país donde su ejercicio es cualidad inseparable de nuestra gente; es escudo y arma tan afilada que no lo limita frontera alguna y trasciende el tiempo y las circunstancias, al punto de que se manifiesta hasta en los más dramáticos instantes.
>
> A pesar de la proyección eminentemente social del humorismo, o quizás por ello mismo, cada cultor es un intérprete y le imprime a su obra el sello indeleble de su personalidad, de su particular visión de la vida, del mundo y de sus contemporáneos. Creo que la obra de Manuel […] ilustra como pocas estas reflexiones (p. 52).

Este humorista volvió recientemente a *RyC*. No a sus páginas sino a su galería Espacio Abierto. Lo hizo cuando se inauguró la muestra colectiva «Diálogos», conformada por obras pertenecientes a la colección de la revista. Entonces vi al Premio Nacional de Artes Plásticas detenerse ante dibujos de su autoría que tal vez no recordaba e inicialmente debieron de servir como ilustraciones. Quizá rememoró otra exposición de grupo organizada por la misma publicación y en la cual también tomó parte: «Revolución y Cultura: de la imprenta a la galería» (1978), desplegada en el Centro de Arte Internacional —actualmente galería La Acacia—. De todas formas, sirva el dato para evocar la antigua relación de Manuel con esta revista, la cual celebra por partida doble: la investidura del artista con el Premio Nacional de Artes Plásticas y el hecho de haberlo postulado para tal distinción.

Que lo recibiera, fue un empeño de una colaboradora de *RyC*: Adelaida de Juan (La Habana, 1931-2018). «Me voy a morir sin ver a Manuel premiado», la oyó decir alguna que otra vez Odette Bello cuando ese artista no trascendía la candidatura. La primera ocasión que Adelaida votó por él fue a partir de una propuesta de Alejandro G. Alonso, director entonces del Museo Nacional de la Cerámica Contemporánea Cubana, en cuya colección también hay piezas del artista. Pero Adelaida se aseguró de expresar su postura con palabras que no pudiera llevarse el viento: «Mantengo mi voto por Manuel» (*La Gaceta de Cuba*, n.º 5/2015, p. 12). Y aunque, lamentablemente, no pudo hacerlo efectivo ella misma, otros votaron de manera unánime por él casi un decenio después. ¿Justicia poética? Más vale tarde que nunca, como dice el viejo refrán.

NOTA

[1] Agradecimientos a Caridad Blanco y Odette Bello por la valiosa documentación facilitada para este trabajo periodístico.

HUMOR GRÁFICO

A cargo de Ares








¿CÓMO VAMOS A RESPONDER A LA CRÍTICA QUE NOS HICIERON POR EL MAL TRABAJO DE LA EMPRESA?
CON UNA BUENA CONSIGNA...
MANUEL


ESTABA ASUSTADO, CREÍA QUE EL EQUIPO ERA DE NUESTRA EMPRESA, PODEMOS DORMIR TRANQUILOS.. NO ES DE NOSOTROS
MANUEL


ESTÁ INFLANDO LA PLANTILLA, ES CASADO...
MANUEL


BUSCAMOS DROGAS
¿NO LES ALCANZA LA QUE TIENEN EN U.S.A.?
US ARMY
MANUEL

DE LA INDUSTRIA CULTURAL A LA ECONOMÍA CREATIVA EN CUBA: EVOLUCIÓN Y CONCEPTUALIZACIÓN ACTUAL

IVÁN BARRETO GELLES
LIS CUESTA PERAZA



Ilustración: Zardoyas

El acceso a la cultura es un derecho humano fundamental, pero la producción y difusión de bienes culturales ocurre en gran medida a través de un sector industrial conocido hoy como **industrias culturales y creativas (ICC)**. Este sector abarca medios de comunicación, moda, artesanía, diseño, artes escénicas, publicidad, arquitectura, patrimonio, música, cine, televisión, videojuegos, edición, programas de computación interactivos, entre otros campos creativos. Dada su diversidad, cabe preguntarse cómo puede este sector contribuir a la dinámica del crecimiento económico sin perder su esencia cultural.

A primera vista podría parecer que, desde una perspectiva económica convencional, las ICC no generan los motores típicos del crecimiento (como desarrollos tecnológicos o incrementos de productividad). Sin embargo, muchos de sus actores están profundamente involucrados en la innovación tecnológica, la inversión en capital humano, la eficiencia operativa y la reinvención de modelos de negocio, convirtiendo a la creatividad en un catalizador económico. De hecho, se estima que el sector cultural y creativo aporta en torno al **3% del PIB mundial** y alrededor del **6% del empleo global** (unos 50 millones de puestos de trabajo). Las industrias creativas se perfilan así como un **sector estratégico** en la economía del siglo XXI, combinando la generación de riqueza con la producción simbólica y cultural.

Analizar el caso específico de las ICC en Cuba es un desafío a la luz de contextualizar la teoría y práctica de estas industrias en el resto del mundo y su aproximación desde el contexto cubano.

Las teorías sobre industrias culturales y creativas han recorrido un largo camino desde que Adorno y Horkheimer las definieran con escepticismo hace más de siete décadas. Aquella «industria cultural» monolítica y alienante de la posguerra se ha transformado, en la era digital, en un complejo ecosistema de industrias creativas que abarca desde el patrimonio más tradicional, hasta las tecnologías más innovadoras. En el proceso, el concepto mismo se ha enriquecido: ya no evoca solo estandarización y dominio ideológico, sino también creatividad, emprendimiento e incluso empoderamiento cultural de diversas comunidades. Por supuesto, persisten las advertencias sobre la mercantilización de la cultura —la necesidad de garantizar que el valor simbólico no se subordine al valor de cambio—, pero hoy entendemos mejor que economía y cultura pueden y deben coexistir en una relación de beneficio mutuo. Las ICC vinculan la imaginación artística con la estructura industrial avanzada, y de esa tensión creativa surgen tanto productos comerciales exitosos como avances en la expresión cultural de la sociedad.

En la actualidad, las industrias creativas contribuyen al crecimiento económico no solo de manera directa (PIB, empleos, exportaciones), sino también indirectamente al impulsar la innovación (tecnológica y social) y al mejorar la imagen y cohesión de las naciones en un mundo globalizado. Países y ciudades que invierten en su sector cultural cosechan dividendos financieros y asimismo un capital cultural que atrae turismo, retiene talento joven y fortalece la identidad local. Un enfoque equilibrado de políticas públicas —que entienda la doble naturaleza de las ICC como bienes económicos y culturales— puede lograr que este sector sea sostenible sin perder su alma. Como afirmó Víctor Fowler, estimular y regular el desarrollo de las industrias culturales «sobre la base del respeto a la historia, la memoria, los valores e identidad de los territorios, además de impulsar la reactivación de sus economías, permite abrir nuevos espacios de producción cultural, diversificar mercados y revolucionar nuestra idea de lo que es una "industria cultural" y sus posibilidades».

En definitiva, las industrias culturales y creativas se han consolidado como eje central de la vida contemporánea, entrelazando el derecho de todos a la cultura con las dinámicas del mercado global. Comprender su evolución y su funcionamiento en estos momentos resulta esencial para cualquier sociedad que aspire a un desarrollo equilibrado, donde la prosperidad económica vaya de la mano con la riqueza cultural y la inclusión social.

Analizar las particularidades históricas, políticas y sociales que condicionan el desarrollo de las industrias culturales y creativas cuba-

nas, así como las oportunidades y desafíos que enfrenta Cuba para integrar la creatividad en su modelo de desarrollo es un reto al medir cómo los conceptos aquí expuestos cobran vida en un escenario nacional concreto, demostrando una vez más que la cultura, además de derecho y patrimonio, es también una industria vibrante con un papel clave en el futuro económico y humano de nuestra sociedad.

Históricamente, la política cultural cubana estuvo enfocada en la promoción estatal de la cultura, con énfasis en la identidad nacional, la masividad de la cultura y la preservación del patrimonio, pero el tema de la economía siempre estuvo presente.

Desde 1976 Armando Hart, al asumir la creación del Ministerio de Cultura, emprendió la tarea de organizar un sistema de instituciones culturales asociadas a la economía del país, consciente de la importancia y a su vez enorme complejidad que tenía el hecho de que la producción espiritual se constituyera en una fuente de riquezas económicas. Ya en 1978 declara en la IX Reunión de Ministros de Cultura de los Países Socialistas:

> Nuestro desarrollo cultural debe servir también, en cuanto sea posible, como una fuente de recaudación interna y como una vía para adquirir divisas. Además del principio estrictamente cultural que no puede subestimarse, deben tomarse también en cuenta criterios de costeabilidad. Y estos dos aspectos son perfectamente conciliables. Para importantes renglones de nuestra producción y creación artística esto es factible. Realmente, las limitaciones que tenemos en este orden están relacionadas con la base material de nuestro desarrollo cultural y con la organización de la producción artística. Siempre tomando en cuenta lo esencial: la importancia que la cultura en su concepción más general (y dentro de ella el arte) tiene, como memoria histórica, como fenómeno de la conciencia social y como forma de adquisición y transmisión del conocimiento humano. Independientemente de estas trascendentales misiones, el arte no tiene por qué renunciar a su importancia económica.

Hasta los años 90, las instituciones culturales públicas (ministerios, consejos nacionales, casas de cultura, etc.) fueron prácticamente los únicos actores en la producción y gestión cultural. Sin embargo, a medida que se reconoce internacionalmente el concepto de industrias culturales, Cuba comienza a incorporar estas nociones a su realidad.

A inicios de los 2000 aparecen en Cuba los primeros estudios que abordan la economía de la cultura. Investigadores cubanos, al tanto de la discusión global, introducen la noción de «industrias culturales» en el debate nacional. Un hito importante se da a mediados de la primera década con los trabajos de la economista Tania García Lorenzo, pionera en este campo en el país. En 2005, García Lorenzo publicó análisis fundamentales —por ejemplo, «Una mirada a las industrias culturales y creativas en Cuba»— donde insistía en que la política cultural debía complementarse con una política económica de la cultura. Propuso diseñar un ciclo económico integrado que fuera desde la creación artística hasta el consumo cultural, cubriendo producción, distribución y comercialización de la cultura. Esta autora definió por primera vez en Cuba las industrias culturales con un enfoque sistémico, adaptado al contexto cubano, y fue también quien introdujo la categoría de «emprendimiento cultural» (alrededor de 2008) para describir las iniciativas artísticas autogestionadas emergentes fuera del sector estatal tradicional. Su visión planteaba que tales emprendimientos independientes tienen un gran potencial para diversificar la oferta cultural y dinamizar el sector.

Hacia 2013, la noción de emprendimiento cultural había ganado suficiente espacio como para que se celebrara un seminario nacional: «Emprendimientos culturales y desarrollo local». Durante esos años se multiplicaron eventos académicos y debates en Cuba sobre cómo compatibilizar el desarrollo local, la gestión cultural y la iniciativa de creadores privados o comunitarios. Entre 2015 y 2020, diversos investigadores cubanos —en colaboración con el Ministerio de Cultura y otras entidades— elaboraron marcos teóricos que conectaban las industrias culturales y los emprendimientos con indicadores económicos concretos (ingresos generados, empleos creados, aporte al PIB, etcétera). Incluso se diseñó un sistema de indicadores de desempeño cultural para medir cuantitativa y cualitativamente el impacto económico y social de proyectos culturales. Todo esto evidencia un reconocimiento creciente de que la cultura puede y debe medirse también por su contribución al desarrollo.

Hoy en día, el debate en Cuba sobre las ICC sigue evolucionando. Voces autorizadas desde

el Ministerio de Cultura, el Instituto de Investigación Cultural Juan Marinello y la Universidad de las Artes (ISA), como las de Fowler, Pellón, Triana, Cuesta, Barreto, León Jacomino, entre otros, continúan profundizando en estos temas. Recientemente (años 2021-2022) se han realizado eventos convocados junto con organismos internacionales (por ejemplo, la OEI [Organización de Estados Iberoamericanos]) para discutir la industria cultural en el contexto cubano actual. En dichas discusiones se enfatizan aspectos como: el reconocimiento del trabajo cultural comunitario y de base; el protagonismo de la cultura popular tradicional en la identidad; la importancia de la formación artístico-profesional de los recursos humanos; las posibilidades del turismo cultural y académico; la necesidad de nuevas plataformas digitales para la difusión cultural; la creación de equipos multidisciplinarios (promotores, investigadores, creadores) para proyectos; la creación de mapas y catálogos de industrias culturales a nivel territorial; y la incorporación de criterios de sostenibilidad en la economía creativa.

Vale la pena señalar que, según estudios realizados, el sector cultural en Cuba (incluyendo artes y deporte) ya realiza un aporte económico significativo: se estima que representa alrededor del 4,3% del producto interno bruto del país (PIB).

Sin embargo, aún persiste el desafío de reconocer formalmente a los emprendimientos culturales como actores económicos plenos, así como de actualizar los esquemas de gestión para proporcionarles incentivos y acceso más equitativo a recursos. En otras palabras, Cuba cuenta con prácticamente todas las industrias culturales tipificadas (patrimonio cultural, artes, medios de comunicación, diseño, servicios creativos, nuevos medios digitales, turismo cultural, etc.) pero muchas de ellas requieren un mejor entramado jurídico e institucional para prosperar.

Ya no se trata de seguir remarcando desde una crítica de lo que no se ha hecho, sino de describir una realidad económica: la cultura se produce y distribuye mediante industrias especializadas, y esas actividades legítimamente forman parte del tejido económico y social hoy en franca crisis en nuestro país. La noción de «industrias culturales» adquirió presencia explícita en políticas públicas y debates académicos, aunque parte de la comunidad académica y muchos decisores conservan la sombra de sospecha que le imprimieron sus opositores originales.

Diversos autores proporcionaron definiciones clásicas de industrias culturales durante este proceso de aceptación del término. Por ejemplo, el antropólogo Néstor García Canclini definió las industrias culturales como «el conjunto de actividades de producción, comercialización y comunicación en gran escala de mensajes y bienes culturales que favorecen la difusión masiva —nacional e internacional— de la información y el entretenimiento, y el acceso creciente de las mayorías». Esta definición destaca la capacidad de las industrias culturales para llevar contenidos culturales y de entretenimiento a amplias audiencias, democratizando su acceso más allá de élites cultas. Por su parte, el economista Ramón Zallo las concibió como «un conjunto de ramas, segmentos y actividades auxiliares industriales productoras y distribuidoras de mercancías con contenidos simbólicos, concebidas por un trabajo creativo, organizadas por un capital que se valoriza y destinadas finalmente a los mercados de consumo, con una función de reproducción ideológica y social». En esta visión, Zallo subraya la **estructura económica** (ramas industriales, capital, mercado) sin ignorar la función social e ideológica que estos bienes simbólicos desempeñan. Ambos enfoques reflejan cómo, entre 1980 y 1990, se comienza a entender que la cultura popular se produce en masa con criterios comerciales, pero al mismo tiempo se reconocía su importancia en la configuración de valores, identidades y comportamientos colectivos.

Vale mencionar que los límites entre lo «cultural» y lo «no cultural» nunca han sido absolutos. David Hesmondhalgh y Andy Pratt (2005) advierten que la mejor manera de definir coherentemente las industrias culturales es asumir que las fronteras entre la producción simbólico-artística y otros tipos de producción son porosas, provisionales y relativas, viéndolas según el vínculo entre las funciones utilitarias y las no utilitarias de los bienes simbólicos. En otras palabras, un libro, una película o una canción cumplen simultáneamente funciones artísticas (no utilitarias) y comerciales o prácticas (utilitarias), y el énfasis relativo de cada dimensión puede variar. Lo «cultural» no es una categoría fija inherente a ciertos productos, sino un conjunto de usos y valores simbólicos que pueden residir en muy diversos bienes y servicios. Esta visión matizada reconoce, por ejemplo, que un programa de televisión o un videojuego tienen componentes estéticos y de entretenimiento (no utilitarios) que coexisten

con objetivos comerciales o informativos (utilitarios). Por tanto, cualquier intento de trazar una línea rígida entre cultura y comercio está condenado a la ambigüedad; más bien hay que entender cómo interactúan ambas facetas en cada producto cultural.

A partir de los años 90, el discurso internacional evolucionó desde hablar de *industrias culturales* hacia el concepto más amplio de *industrias creativas* y **economía creativa**. Este cambio reflejó tanto transformaciones tecnológicas como nuevas valoraciones sobre el papel de la creatividad en el desarrollo económico.

El término *industrias creativas* implicó así una positivación del concepto: liberó al sector del halo crítico que rodeaba a las «industrias culturales» y lo vistió con un ropaje más glamoroso, asociado a la innovación, la tecnología y la globalización cultural. Hablar de creatividad resultaba más aceptable y menos ideológico que hablar de cultura masiva. De hecho, esta transición lingüística coincidió con ideas como la de la «clase creativa» de Richard Florida (2002), quien sostuvo que las ciudades capaces de atraer a trabajadores creativos —artistas, diseñadores, científicos, emprendedores culturales— obtenían una ventaja en la economía posindustrial por su mayor capacidad de innovación. Ser una «ciudad creativa» se volvió un objetivo de políticas urbanas en todo el mundo, implicando inversión en arte, diseño, patrimonio y calidad de vida cultural como motores de desarrollo económico.

Junto a *industrias creativas*, emergieron conceptos próximos, aunque con matices diferentes, como «economía creativa», «industrias de contenido» o «industrias protegidas por el derecho de autor». Todos estos términos comparten el núcleo de valorizar la creatividad humana como insumo principal, pero ponen el acento en distintos aspectos. La economía creativa suele entenderse de manera más amplia, abarcando el ciclo completo de creación, producción y distribución de bienes y servicios basados en conocimiento, creatividad y capital intelectual. Incluye no solo las industrias creativas comerciales sino también el patrimonio cultural, las artes tradicionales y actividades creativas en general que aportan al desarrollo económico.

Por su parte, la expresión «industrias de contenidos» se popularizó para enfatizar la convergencia entre las telecomunicaciones y los medios de comunicación en la era digital. Investigadores como Cosette Castro definen las industrias de contenidos como «las que incluyen la producción de contenidos en múltiples plataformas digitales, con nuevos lenguajes y formas de interacción, posibilitando una participación activa del público». Este término surgió ante la incapacidad del antiguo concepto de «industrias culturales» de abarcar fenómenos recientes como Internet, los dispositivos móviles, la interactividad y la distribución global instantánea de información. En esencia, las industrias de contenidos engloban a cualquier empresa que produzca **contenidos digitales** —desde un periódico en línea hasta una *app* de videos móviles— enfatizando la tecnología y la convergencia mediática como rasgos definitorios.

Pese a las diferencias semánticas, todas estas nociones (industrias culturales, industrias creativas, economía creativa, industrias de contenidos) «comparten un núcleo común: la creatividad que da origen a los bienes y servicios», conectando dimensiones abstractas como la cultura y el arte con esferas concretas como la industria, la economía y el mercado. Todas articulan la producción simbólica con la generación de valor económico, usualmente bajo el amparo de la propiedad intelectual (*copyright*). La UNESCO, buscando una definición operativa amplia para fines estadísticos, propuso en 2009 entender el conjunto de industrias culturales y creativas como «aquellos sectores de actividad organizada que tienen como objeto principal la producción o la reproducción, la promoción, la difusión y/o la comercialización de bienes, servicios y actividades de contenido cultural, artístico o patrimonial». Este enfoque pone el énfasis en el contenido cultural/artístico de los bienes o servicios (ya sea patrimonio heredado o creatividad contemporánea), así como en todas las funciones de la cadena productiva necesarias para que esos bienes o servicios lleguen del creador al público y al mercado. Vemos aquí que la definición de la UNESCO integra tanto la dimensión productiva-comercial (produce, distribuye, comercializa) como la esencia cultural intrínseca del producto. Incluye expresamente el *patrimonio* y los contenidos *artísticos*, recordándonos que la creatividad abarca desde la tradición (ej. artesanías, folclore, monumentos) hasta la innovación más vanguardista (diseño digital, multimedia interactiva).

En síntesis, para la segunda década del siglo XXI las ICC son reconocidas como un sector variado pero cohesionado por la creatividad y el contenido simbólico. Sus fronteras se han

expandido para incluir ámbitos antes insospechados (moda, gastronomía, turismo cultural, deportes de espectáculo, etc.), reflejando un mundo donde prácticamente toda actividad con dimensión estética o de entretenimiento puede organizarse industrialmente. Esta expansión conceptual también tiene un correlato político: muchos países han creado ministerios, planes y políticas específicas para las industrias creativas. Las industrias creativas han pasado a la agenda del desarrollo, vistas ya no como un lujo, sino como un sector capaz de generar oportunidades económicas y al mismo tiempo fortalecer la identidad y el tejido social.

Una característica distintiva de las industrias creativas es su dinámica de mercado peculiar, donde la relación entre oferta y demanda desafía los esquemas tradicionales. En la mayoría de industrias convencionales, se suele decir que «la demanda manda»: las empresas intentan producir *lo que el público quiere*. Pero en las industrias culturales y creativas, a menudo **la oferta precede a la demanda**. Es decir, el público no sabe que «quiere» una obra artística o un contenido innovador hasta que este es creado y puesto a su disposición. Como han señalado analistas del sector, el trillado mantra empresarial de «Dar al público lo que pide» puede ser un autoengaño en el ámbito cultural, porque el público no puede desear experiencias que aún no existen, bajo la lógica de «acertar uno de cada diez intentos».

Otro rasgo económico de las ICC es que, a diferencia de industrias tradicionales donde el consumo de un bien lo agota, en los bienes culturales rige la potencialidad de la *reproducción infinita* a coste marginal casi cero (sobre todo en la era digital). Una vez creada una canción o un programa de computación, se puede copiar y distribuir ilimitadamente por medios digitales. Esto ha trastocado modelos de negocio enteros (piénsese en la música y el cine frente a la piratería o la transmisión en directo *[streaming]*) y ha obligado a buscar nuevas vías de monetización, a menudo mediante la explotación de la **propiedad intelectual** (licencias, derechos de autor, suscripciones). También ha propiciado la aparición de grandes plataformas globales (Spotify, Netflix, YouTube, etc.) que gestionan la distribución y agregan audiencias mundiales, con marcadas intenciones, generando economías de escala impensables en la era analógica. Al mismo tiempo, la digitalización abrió la puerta a que creadores independientes puedan difundir sus obras sin depender de estructuras industriales tradicionales: hoy un músico puede distribuir su álbum en línea globalmente desde su casa o un escritor autopublicar un libro electrónico, erosionando en parte el control que tenían los grandes intermediarios.

Sin embargo, esta democratización tecnológica no elimina la lógica de mercado, solo la transforma. Las industrias creativas de hoy conviven con gigantes del entretenimiento y la tecnología —multinacionales que integran contenidos y plataformas— a la vez que compiten con la miríada de **prosumidores** (productores-consumidores) individuales generando contenidos en redes sociales, blogs, pódcasts, etcétera. La llegada de las TIC (tecnologías de la información y las comunicaciones) marcó el inicio de una «segunda comunicación» caracterizada por la eliminación de las barreras de tiempo y espacio, y por una comunicación **interactiva, horizontal y en tiempo real**. En este entorno, la distinción tradicional entre emisores (productores) y receptores (público) se difumina: el público puede ahora participar activamente en la creación o reconfiguración de los productos creativos.

En suma, las industrias creativas operan bajo condiciones de incertidumbre crónica, alta competencia por la atención, rápidos ciclos de innovación y una tensión constante entre la creatividad artística y la rentabilidad económica. Su mercado es de naturaleza *experiencial*: vende experiencias simbólicas cuyo valor percibido es subjetivo y *a posteriori*. Esto las obliga a estrategias singulares (diversificación de portafolios, mercadeo intensivo de símbolos, integración vertical con plataformas de difusión, etc.) para sobrevivir y prosperar. A pesar de estos desafíos —o gracias a ellos—, el sector creativo se ha consolidado como un motor económico viable.

Más allá de su faceta económica, las industrias culturales y creativas tienen profundas repercusiones sociales y culturales. Los bienes culturales no son mercancías cualesquiera; traen consigo significados, valores, visiones de mundo. De hecho, uno de los debates centrales en torno a las ICC es cómo equilibrar la mercantilización de la cultura con la preservación del valor simbólico e identitario de los contenidos. No es casual que los productos de las industrias culturales estén vinculados a cuestiones como la identidad nacional o local, la diversidad cultural, la cohesión social o la inclusión de distintos grupos.

Las industrias culturales se han convertido en vehículos privilegiados de difusión cultural

en la era moderna. Gracias a ellas, manifestaciones antes restringidas a élites o a entornos locales pueden alcanzar audiencias masivas. Esto tiene un efecto **democratizador del acceso a la cultura**: actividades culturales que históricamente eran presenciales y limitadas (teatro, conciertos, exposiciones) hoy llegan a millones mediante grabaciones, retransmisiones o adaptaciones mediáticas.

El núcleo del negocio de estas industrias consiste en transformar contenidos culturales —valores simbólicos— en valor económico, pero ello no implica que el contenido pierda su valor cultural; al contrario, al convertirse en objeto comerciable encuentra canales para llegar a más personas. En esencia, las ICC actúan como **mediadores** entre la creación artística y el público mayoritario: les añaden valor económico (permitiendo su producción sostenida y difusión amplia) al mismo tiempo que transmiten ideas, historias y estéticas que enriquecen el imaginario social.

Por supuesto, esta **dualidad cultural-económica** viene acompañada de tensiones. Críticos de corte más radical temen que al considerar la cultura como «un sector más» de la economía se la reduzca a mera mercancía o simple entretenimiento trivial. De hecho, en foros internacionales se ha debatido si las decisiones sobre bienes culturales deben dirimirse exclusivamente en instancias comerciales (como la Organización Mundial de Comercio) o si requieren espacios de reflexión cultural específicos, dado que están en juego valores simbólicos y diversidad identitaria. Se insiste en que las políticas culturales deben velar por que la lógica del mercado no aplaste expresiones minoritarias o no rentables, pero culturalmente importantes (por ejemplo, lenguas indígenas, cine de autor, música tradicional). Es el clásico conflicto entre la **lógica mercantil** y la **misión cultural**: cómo lograr que las industrias culturales sean sostenibles económicamente sin sacrificar la pluralidad y profundidad de sus contenidos.

Aun así, muchos observadores destacan el potencial positivo de las ICC para las sociedades. No solo generan empleo y crecimiento, sino que pueden ser palanca de desarrollo humano. La UNESCO ha resaltado que la cultura —y por ende las industrias basadas en ella— contribuye a la educación, la inclusión social, la expresividad de las comunidades y hasta a la resolución de conflictos al tender puentes de diálogo. En contextos locales, invertir en industrias creativas puede revitalizar centros urbanos (distritos culturales, polos de diseño, festivales) fomentando el turismo cultural y el orgullo cívico. También se argumenta que una economía creativa vibrante estimula la **innovación social**: al desafiar lo convencional y proponer narrativas nuevas, las artes y la cultura invitan a pensar diferente, lo cual puede repercutir en otras esferas (por ejemplo, en la innovación empresarial o el activismo social).

Un aspecto notable en las ICC contemporáneas, de la cual no escapa Cuba, es la creciente importancia del **emprendimiento cultural**. Frente a la retracción de presupuestos municipales destinados a la cultura, la pérdida de la vitalidad financiera de muchas de las empresas del sector y a la disrupción tecnológica, en algunos lugares han surgido intenciones de emprendedores creativos, muchos de ellos artistas reconocidos, que lanzan proyectos culturales independientes —sellos discográficos pequeños, eventos, festivales, editoriales artesanales, compañías de teatro alternativo, desarrolladores independientes de videojuegos, empresas emergentes de contenido digital, etc.—. Esta figura del «artista-emprendedor», que combina pasión creativa con habilidades de negocio para sacar adelante sus proyectos en el mercado, solo mencionar a Arnaldo el Talismán con el Piña Colada, Jorgito Karamba con Artemisa Mestiza y Waldo Mendoza con el Chocolate con Café en Guantánamo, son ejemplos de esta nueva clase creativa emprendedora como agente de transformación artística y económica. Ya son muchos los proyectos que permiten vislumbrar la configuración de un ecosistema creativo con impacto económico tangible, revalorizando territorios, barrios y atrayendo turismo y en algunos casos inversión. Estos emprendimientos culturales, bien estudiados y apoyados, pueden generar más empleos, rehabilitar espacios (por ejemplo, antiguas zonas industriales convertidas en centros culturales) y diversificar la oferta cultural para la comunidad.

Para ello es necesario aprovechar con inteligencia y creatividad el proceso de transformación socioeconómica orientado a lograr mayor eficiencia económica, que incluye también a las empresas del sector de la cultura, sustituir importaciones y potenciar las exportaciones, abarcando los bienes y servicios culturales, así como articular de forma complementaria a los actores económicos estatales y privados que contienen las actividades y potencialidades culturales del territorio.

Para ello, el país ha definido estrategias de gobierno centradas en la autonomía municipal,

la autonomía empresarial (tanto estatal como privada) y una mayor participación ciudadana en la gestión del desarrollo territorial, escenario que en su conjunto se aspira sea aprovechado por todos para promover y desarrollar las ICC autóctonas del territorio.

Esta transformación económica y sociocultural que vive el país y que genera caldo de cultivo propicio para el desarrollo de las ICC aprovecha (o debe aprovechar) los tres pilares fundamentales que sustentan el perfeccionamiento de la gestión de gobierno:

– Investigación e innovación como motor del progreso también en el orden cultural y artístico y de nuevas formas de gestión de la cultura.
– Comunicación social como industria creativa para involucrar a la población y divulgar valores de identidad cultural y unidad participativa en torno al proyecto social eminentemente cultural que defendemos.
– Transformación digital para modernizar procesos, trasparentar y ampliar el alcance la producción, socialización, distribución y comercialización de bienes y servicios culturales dentro y fuera de Cuba.

Contamos para nuestra acción con documentos programáticos que guían esta transformación, tales como la Conceptualización del Modelo de Desarrollo Económico y Social Cubano, el Plan Nacional de Desarrollo Económico y Social 2030, y los Lineamientos de la Política Económica y Social del Partido y la Revolución; en todos ellos se reconoce a la cultura como eje transversal del desarrollo sostenible del país y como un bien común conquistado desde 1959. La propia Conceptualización del Modelo… menciona explícitamente la necesidad de desarrollar integralmente las industrias culturales de modo que aporten tanto al enriquecimiento espiritual de la población como a la economía del país. Esto implica seguir considerándola no como un gasto social, sino como una inversión estratégica que puede generar ingresos para el desarrollo nacional, imprescindibles en estos tiempos de arreciamiento del bloqueo contra el país, con sus grandes impactos en el sector de la cultura y las debilidades en la gestión de la política cultural en todos los niveles.

Es menester pasar del discurso a realmente otorgar a la cultura una nueva centralidad desde la base, y no solo desde la mirada al sistema empresarial existente hoy, debemos encontrar las vías para establecer una real y estrecha relación entre las expresiones de la cultura con las comunidades de las que emerge para que pueda contribuir tanto al bienestar individual como al comunitario. Así, surge una nueva forma de entender la cultura desde la perspectiva de bien común: la principal riqueza del país es su cultura y su gente, por ello debe convertirse esa riqueza en desarrollo y prosperidad desde una concepción cubana de industrias culturales y creativas reconocidas por su compromiso social, identidad y capacidad de competir en el mercado cultural global.

Bajo esta óptica, el proyecto cubano garantiza que las expresiones culturales no se mercantilicen en detrimento de su valor; por el contrario, se promueve que la cultura se convierta en un renglón estratégico de la economía para sustentar, en primer lugar, la propia cultura. Es decir, generar valor económico a partir de la cultura sirve para sostener y enriquecer la vida cultural de la nación. De esta forma, en la gestión de gobierno desde lo local, la cultura deja de verse como subsidio o gasto y pasa a entenderse como inversión rentable en términos sociales y económicos. Si entendemos que en Cuba la mayor riqueza es cultural, seamos coherentes y acabemos de aprender a exportar esa cultura y transformarla en desarrollo económico sin perder su esencia.

Organizar estas industrias y desarrollarlas en Cuba, debe ser resultado de la innovación, creatividad y fuerza económica local, cumpliendo varios criterios:

– Generar ganancias sociales y económicas, enriqueciendo tanto espiritual como materialmente a la comunidad.
– Desarrollarse de manera sostenible y amigable con el entorno, respetando la naturaleza y el patrimonio.
– Fomentar la cohesión social y la participación ciudadana, actuando como capital social que fortalece el tejido comunitario.
– Convertir la comercialización de productos creativos en motor de crecimiento, sin por ello diluir el significado simbólico y el valor cultural que conllevan.
– Mejorar la calidad de vida de sus participantes, contribuyendo al crecimiento económico del territorio.
– Potenciar el concepto de «ciudad creativa». La mayoría de nuestras ciudades provinciales y municipales integran cultura y creatividad en su historia y desarrollo. En ellas existe una concentración de personas

creativas, voluntad política y liderazgo, diversidad humana con variedad de talentos, una cultura organizacional de mentalidad abierta, fuerte identidad local, espacios e instalaciones urbanas adecuados y abundantes oportunidades de creación de redes de colaboración. ¡Hay que sacar a la luz esas potencialidades!

Dicho de otro modo, el impacto de las ICC en Cuba no contrapone el ámbito económico contra el desarrollo social, la identidad de la cultura local y nacional y la promoción de valores sociales. Se trata de un enfoque integrado donde los activos creativos (el talento, la propiedad intelectual, la tradición cultural, la innovación) son la base para impulsar el crecimiento cultural y económico.

En este sistema de hacer economía de la cultura, interactúan tres elementos clave: las ciudades creativas (gobiernos creativos), los creadores (es decir, la comunidad de artistas, creativos, los que practican y desarrollan expresiones del arte, la religión, ciencia y tecnologías que originan nuevas ideas) y las industrias culturales que se generan, estatales o no. Ya no se trata solo de reorganizar empresas tradicionales del sector de la cultura bajo un nuevo rótulo, más bien, la creatividad emerge como motor de modelos de negocio innovadores y de nuevas arquitecturas institucionales estatales, cooperativas de arte, proyectos de desarrollo local, proyectos de artistas y otras formas de organización de la creación artística que puedan surgir. Su importancia radica en que permiten conectar la creación y la innovación cultural con la estructura económica, sirviendo de puente entre la economía de la cultura y la sostenibilidad de vida cotidiana cada vez más próspera.

Este despliegue del potencial de las industrias culturales y creativas (ICC) en Cuba implica enfrentar ciertos retos, pero también aprovechar oportunidades emergentes.

Entre los retos principales está la necesidad de una gestión cultural eficiente, modernizar los modelos de gestión de las instituciones culturales para hacerlas más ágiles, sostenibles y orientadas a resultados, sin perder su misión social. Otro reto radica en el acceso a financiamiento, muchos proyectos y emprendimientos culturales carecen de vías claras para financiarse. Obtener capital inicial, créditos o inversionistas representa un desafío en el contexto cubano, donde tradicionalmente el Estado financia la cultura, por ello otro reto importante es lograr en el menor tiempo posible que los productos culturales cubanos compitan internacionalmente en términos de calidad, mercadotecnia y distribución, elevar estándares, conocer tendencias globales y establecer alianzas que abran puertas en otros mercados, siempre navegando contra limitaciones como el acceso al mercado financiero global como expresión del bloqueo estadounidense. Un reto, de mayor importancia, es concretar en las estrategias provinciales y municipales de desarrollo local las potencialidades culturales de cada territorio, como eje de desarrollo al que tenemos que apostar, y en este propósito tienen gran responsabilidad las direcciones provinciales y municipales de cultura, la UNEAC y hasta los propios artistas a los que les corresponde tener una participación más activa en la conformación de esas estrategias. Y, por último, la necesidad de zanjar las discrepancias de concepción y puntos de vistas entre Cultura y Turismo para realmente unir fuerzas en una estrategia de promoción de turismo cultural, en sus diversas variantes como potencialidad de país más allá de sol y playa.

Entre las oportunidades que deben ser aprovechadas está el proceso de digitalización que vive el país, el cual permite llevar la cultura cubana a audiencias globales a bajo costo. Plataformas de emisiones en directo *(streaming),* redes sociales y herramientas de comercio electrónico brindan la posibilidad de difundir creaciones locales a escala internacional y generar nuevos ingresos, si colocamos las ICC entre las prioridades de este proceso. Otra oportunidad es la sostenibilidad y valor de marca país. Existe una tendencia mundial hacia productos y servicios alineados con valores sociales, identidad local y sostenibilidad, entonces la cultura cubana, por su autenticidad y riqueza, puede beneficiarse de esta tendencia, proyectando una imagen que atrae turismo cultural e interés por bienes creativos «marca Cuba», que combinan calidad artística con valores sociales. Y una de las principales oportunidades es el talento humano formado, consecuencia de un sistema robusto de enseñanza artística. Contamos con un capital humano altamente calificado en el ámbito cultural (artistas, técnicos, profesionales formados en escuelas de arte y universidades). Esa base de talento es un factor favorable para desarrollar emprendimientos creativos. Además, la formación técnica especializada en áreas creativas y la amplia tradición educativa en las artes proporcionan las habilidades necesarias para

innovar en contenidos. Por último, la existencia de políticas de investigación, desarrollo e innovación aplicadas a lo creativo-cultural; la promoción de la educación profesional en arte y gestión cultural; un creciente marco legal para la propiedad intelectual; y la gobernanza institucional que ha empezado a reconocer nuevos actores (como cooperativas y pequeñas empresas). Todo ello sienta bases para que las ICC florezcan.

Hoy conviven en Cuba variadas formas de organización económica en el sector cultural:

– Empresas estatales de la cultura: Grandes instituciones estatales (editoriales, disqueras, productoras cinematográficas, compañías escénicas, etc.) que operan con un modelo empresarial socialista.
– Cooperativas no agropecuarias de artistas: Formas asociativas de propiedad colectiva donde creadores (por ejemplo, artesanos, diseñadores, músicos) se unen para producir y comercializar juntos.
– Proyectos artísticos independientes: Iniciativas autogestionadas por artistas o promotores, a menudo de alcance comunitario o local, que funcionan de manera relativamente informal, pero articulan redes culturales.
– Proyectos de desarrollo local culturales: Proyectos impulsados con apoyo de gobiernos municipales u organizaciones locales, que usan la cultura como motor del desarrollo comunitario (por ejemplo, festivales locales, casas culturales autosustentadas).
– Trabajadores por cuenta propia en cultura: Figuras de emprendedores individuales (músicos, instructores de arte, promotores, artesanos) que ofrecen servicios culturales de manera privada.
– Micro, pequeñas y medianas empresas (mipymes) culturales: Recientemente autorizadas, permiten a emprendedores creativos constituir negocios privados o mixtos en sectores como producción audiovisual, diseño, programas de computación culturales, etc.
– Empresas mixtas de la cultura: Asociaciones entre entidades cubanas (estatales o no) y capital extranjero para emprendimientos culturales específicos.

Todos estos actores producen, distribuyen o consumen bienes y servicios culturales, tomando decisiones en un entorno cada vez más orientado al mercado, pero con particularidades propias del modelo cubano, entre ellas están:

– Innovación y creatividad: La intersección entre arte y gestión ha permitido generar productos y servicios novedosos que, sin comprometer la autenticidad, encuentran nuevas formas de expresión cultural.
– Modelos de negocio y financiamiento alternativo: Se han desarrollado esquemas de financiamiento adaptados a la realidad económica. Se exploran vías como *crowdfunding* (micromecenazgo por el público interesado), fondos de embajadas o ONG especializadas en industrias creativas, e incluso alianzas público-privadas donde empresas patrocinan eventos o proyectos culturales a cambio de responsabilidad social o publicidad. Todo esto busca generalmente apoyar las iniciativas culturales sin comprometer su integridad artística.
– Impacto social y comunitario: Muchos de los emprendimientos creativos exitosos miden su logro no solo en ganancias, sino en transformación social. Generan empleo en comunidades locales, capacitan a jóvenes, revalorizan espacios públicos y fortalecen el tejido comunitario mediante la participación activa de la gente. Se alinean, y lo hacen saber, con valores de inclusión, educación y mejora del entorno social.

Estas iniciativas logran:

– Revalorizar espacios locales: Sitios públicos olvidados o infrautilizados son regenerados y puestos al servicio de la comunidad, conservando su valor histórico, pero dándole un uso contemporáneo.
– Regenerar el tejido comunitario: Los espacios recuperados se convierten en puntos de encuentro, donde el bienestar de las personas es central. Al involucrar a vecinos en la gestión, se crea un nuevo sentido de pertenencia hacia el territorio, basado en el diálogo intercultural y el respeto mutuo.

Reconocido o no, en materia de ICC se refleja que la apertura gradual a nuevos actores económicos (cooperativas, cuentapropistas, mipymes) ha ido diversificando las formas de gestionar y monetizar la cultura y sus expresiones artísticas, y cada vez es menor la participación estatal en la producción, distribución y comercialización del arte; sin abandonar el principio de que el Estado, a través del ministerio de Cultura, rige la organización e implementación de la Política Cultural del Estado y del Gobierno, aunque evidentemente

tiene que producir un cambio en la forma de desempeñar su papel rector de la actividad.

Mirando hacia el futuro, Cuba concibe la cultura como pivote de un desarrollo sostenible y multidimensional, tal como se concibe en sus documentos programáticos y sugieren las organizaciones internacionales (UNESCO, entre otras). Esto implica abordar la sostenibilidad de la cultura en varias dimensiones interrelacionadas:

– Dimensión económica: El sector cultural puede funcionar como motor de crecimiento económico y como herramienta de atracción turística utilizando su oferta cultural (festivales, museos, patrimonio histórico) para atraer inversiones y visitantes. Cuba, con su rica tradición artística, busca aprovechar esta dinámica para impulsar economías locales. La clave está en generar riqueza con la cultura sin reducirla a mercancía banal, sino resaltando su autenticidad como valor agregado.
– Dimensión social: La cultura en contextos comunitarios tiene un impacto directo en el bienestar de los ciudadanos. Participar en actividades culturales mejora la calidad de vida, ofrece espacios de recreación sana y fomenta la cohesión social. En Cuba abundan los ejemplos de proyectos culturales con efectos positivos en comunidades vulnerables —desde talleres de teatro para niños, hasta proyectos de hiphop comunitario— que fortalecen la autoestima colectiva y sirven incluso de herramienta terapéutica. En el caso cubano, es común incorporar a jóvenes, ancianos y grupos vulnerables en proyectos culturales como parte de la agenda de desarrollo humano.
– Dimensión cultural e identitaria: La cultura, particularmente la vinculada al patrimonio inmaterial (tradiciones, folklore, conocimientos locales), tiene la capacidad de construir imaginarios colectivos en los que las personas se reconocen. En Cuba, proteger la identidad cultural ha sido por décadas una prioridad. Ahora, en un contexto de economía creativa, se renueva la visión: la identidad no es algo estático, se alimenta de la interacción con el mundo y la innovación, pero debe ser puesta en valor, sin perder su raíz, logrando conectar con las nuevas generaciones y mercados. Se entiende que lo importante no es inventar una expresión cultural artificial, sino lograr que el propio grupo la asuma como signo de identidad y la proyecte hacia afuera. Incluso elementos del patrimonio pueden revalorizarse a través del turismo cultural y las industrias culturales y creativas.

En palabras simples, la cultura no es solo un derecho, sino también una oportunidad para innovar, generar ingresos y transformar comunidades. Ese es el principio que guía la nueva visión de las ICC en Cuba.

La experiencia cubana muestra que es posible aunar la prosperidad económica con la vitalidad cultural. Las industrias culturales y creativas cada vez más dejan de verse con suspicacia (como intentos de mercantilizar el arte) para asumirse como herramientas clave de desarrollo sostenible.La cultura, insertada en la economía, se convierte en fuente de riqueza material a la vez que fortalece la identidad y la cohesión social.

Como señaló Víctor Fowler, es necesaria «una política que estimule y regule el desarrollo de las industrias culturales, tanto a nivel local como global, basada en el respeto a la historia, la memoria, los valores e identidad de los territorios, así como en la protección de las poblaciones vulnerables, impulsando la reactivación de sus economías. Ello abre nuevos espacios de producción cultural, diversifica mercados y transforma la circulación, valoración y consumo de estos productos, revolucionando nuestra idea de lo que es una industria cultural y sus posibilidades».

Convertir la creatividad de los cubanos en proyectos culturales económicamente exitosos reporta ganancias que se reinvierten en la sociedad y aseguran la continuidad de nuestras tradiciones y expresiones artísticas. Cuando la cultura genera desarrollo, se cierra un círculo virtuoso: la prosperidad económica lograda alimenta a su vez la producción cultural, elevando el bienestar espiritual y material de la nación.

Sin pretender cerrar el debate, ya es un hecho evidente que la política cultural cubana está transitando hacia integrar objetivos económicos. Esto se alinea con la visión del líder histórico Fidel Castro, quien ya en 1993 —en plena crisis económica— afirmó: «partiendo de los escasos recursos que tenemos en nuestro país, tenemos que desarrollar las producciones de la inteligencia, y ese es nuestro lugar en el mundo, no habrá otro». Esta frase, pronunciada durante la inauguración de un centro científico, trasciende al ámbito cultural: indica que el conocimiento, la creatividad y la inteligencia deben convertirse en una de las principales palancas del desarrollo cubano.

Cuba transita, pues, hacia una etapa en que creativos, gestores, comunidades y Estado trabajan de la mano para que la riqueza cultural —forjada por su gente a lo largo de la historia— se traduzca en prosperidad compartida. Manteniendo siempre la premisa de que la cultura es alma e identidad de la nación, las industrias culturales y creativas se proyectan como un pilar estratégico para alcanzar la sociedad soberana, independiente, próspera, sostenible y culturalmente plena que el país anhela.

Bibliografía

Adorno, T. & Horkheimer, M. (1988). *Dialéctica de la Ilustración*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana. (Edición original de 1947; se cita la edición en español de 1988).

Castro, F. (1993). «Discurso en la inauguración del Centro de Biofísica Médica». Santiago de Cuba. (Discurso pronunciado en 1993).

CEPAL & OEI (2012). *Economía creativa y desarrollo cultural en Iberoamérica*. Madrid, España: Organización de Estados Iberoamericanos.

Consejo de Ministros (2017). Plan Nacional de Desarrollo Económico y Social 2030. La Habana, Cuba: Gobierno de Cuba.

Cuesta, J. (2021). «Actores económicos emergentes en la cultura cubana». La Habana, Cuba: Instituto Juan Marinello.

Currid, E. (2007). *The Warhol Economy: How Fashion, Art, and Music Drive New York City*. Princeton, NJ, USA: Princeton University Press.

Del Corral, M. (2005). «Las industrias culturales: valor añadido y diversidad». En: *Hacia nuevas políticas de desarrollo de las industrias culturales*. Madrid, España: Organización de Estados Iberoamericanos. Disponible en: dialnet.unirioja.es.

_____ (2012). «Las industrias culturales como motor económico y cultural». París, Francia: UNESCO.

Florida, R. (2002). *The Rise of the Creative Class*. New York, NY, USA: Basic Books.

Fowler, V. (2020). «Industria cultural». *Granma*, 25/5/2020. La Habana. Cuba.

García Canclini, N. (2002). *Las industrias culturales en la integración latinoamericana*. Buenos Aires, Argentina: Eudeba.

García Lorenzo, T. (2008). «Industrias culturales en Cuba: retos y oportunidades». La Habana: *Temas*, 54(2), 45-62.

Hesmondhalgh, D. & Pratt, A. C. (2005). «Cultural Industries and Cultural Policy». *International Journal of Cultural Policy,* 11(1), 1-13. Disponible en: researchgate.net.

Lebrún Aspíllaga, A. M. (2014). «Industrias culturales, creativas y de contenidos». Lima, Perú: UNIFÉ, *Consensus*, 19(2), 46-56. Disponible en: oibc.oei.es.

Lipovetsky, G. (2002). *La era del vacío*. Barcelona, España: Anagrama.

McRobbie, A. (2015). *Be Creative: Making a Living in the New Culture Industries*. Cambridge, UK: Polity Press.

Naciones Unidas (2008). Creative Economy Report 2008: The Challenge of Assessing the Creative Economy. Ginebra, Suiza: UNCTAD/United Nations.

Oficina del Historiador de La Habana (2018). «Informe anual sobre gestión patrimonial». La Habana, Cuba: Oficina del Historiador de La Habana.

Partido Comunista de Cuba (2017). Conceptualización del Modelo Económico y Social Cubano de Desarrollo Socialista. La Habana, Cuba: Partido Comunista de Cuba.

_____ (2021). Lineamientos de la Política Económica y Social. La Habana, Cuba: Partido Comunista de Cuba.

Pellón, L. (2020). «Exportación cultural y marca país en Cuba». La Habana, Cuba: Instituto Superior de Arte (ISA).

Subercaseaux, B. (2002). *Cultura y desarrollo: aportes latinoamericanos*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.

Touraine, A. (1997). *¿Podremos vivir juntos?* Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.

UNCTAD (2010). Creative Economy Report 2010: Creative Economy, a Feasible Development Option. Ginebra, Suiza: Naciones Unidas. Disponible en: unctad.org.

UNESCO (2009). Marco de estadísticas culturales de la UNESCO. Montreal, Canadá: UNESCO–Instituto de Estadística. Disponible en: oibc.oei.es.

_____ (2013). «Culture: Key to Sustainable Development». París, Francia: UNESCO.

_____ (2017). «Red de Ciudades Creativas: Directrices para la innovación cultural». París, Francia: UNESCO.

Zallo, R. (1988). *Economía de la comunicación y la cultura*. Barcelona, España: *Anthropos*.

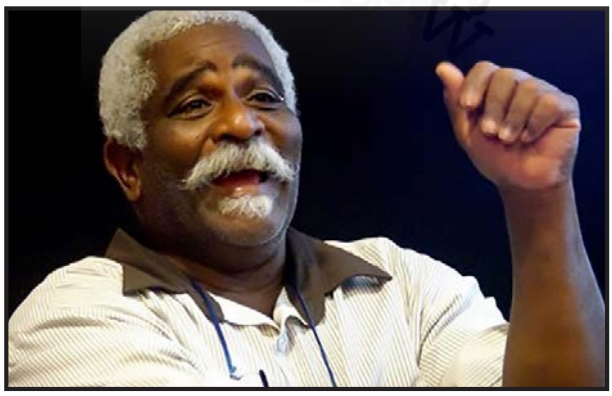
¿QUÉ SIGNIFICA PARA USTED HOY SER UN INTELECTUAL COMPROMETIDO CON SU TIEMPO?

Una pregunta y muchas respuestas, todas constreñidas al espacio de una cuartilla. En esta ocasión, parece simple. Es una pregunta que regresa ante cada nueva generación de intelectuales. En los años 60 y 70 era un tema debatido en Cuba con la participación de destacados escritores. Por supuesto, el compromiso o la toma de posición pueden darse desde la derecha o desde la izquierda. El derrumbe del socialismo europeo revitalizó la polémica y enfrió las posiciones más radicales. Pero el mundo no deja de moverse. Hoy el panorama es complejo: ascenso del fascismo; utilización cínica, consciente, de la mentira; idiotización de amplios sectores de la sociedad; descreimiento en la política tradicional. Mientras el genocidio del pueblo palestino es observado con indiferencia por los poderosos, capaces de castigar incluso cualquier atisbo de protesta, y se prolonga injustificadamente la guerra fratricida en Ucrania, el imperialismo, desesperado ante su declive, prepara una agresión armada contra Venezuela. América Latina, tantas veces violada en su integridad, ¿soportará en pleno siglo XXI semejante afrenta?

¿Qué significa hoy ser un intelectual comprometido con su tiempo?, ¿debemos velar solo por la calidad de nuestra obra?, el compromiso ¿se extiende más allá de nuestro bienestar o el de nuestra comunidad?, ¿dónde están las fronteras del deber? Doce intelectuales responden.

1
VÍCTOR FOWLER

(LA HABANA, 1960).
POETA Y ENSAYISTA.



Gracias por la pregunta y todo cuanto moviliza.

Lo primero a decir es que entiendo el «compromiso» (así, sin necesidad de apellido explicativo) como la posición interpretativa, la orientación espiritual, emocional y anímica que se funden en el mantenimiento de una postura antimperialista, anticorporativa, antihegemónica y antiburguesa radical. Me refiero a una posición que no se conforma con tratar de entender el mundo, sino que —en idéntica línea que el viejo Marx— se orienta y propone transformarlo. En cuanto a la transformación, ello no puede sino significar el inmenso desafío de luchar contra los condicionamientos propios (de cualquier rezago burgués, explotador y divisivo) a la misma vez que contribuir y ser parte del proceso de transformación general de una sociedad que —en el caso de cualquier espacio de socialismo— se propone ser igualitaria, enemiga de toda injusticia, traer consigo formas nuevas de solidaridad —entre los habitantes del país y hacia el mundo—, así como una sociabilidad inédita.

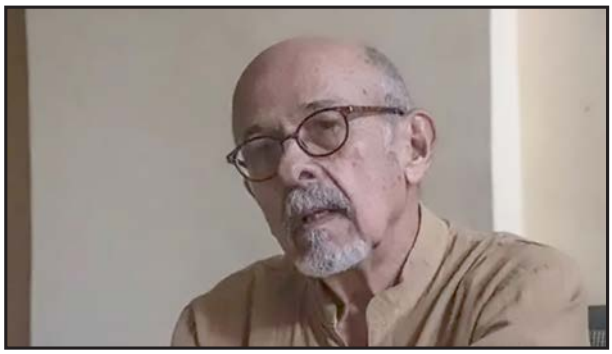
El compromiso es luchar contra toda miseria del pasado, sea esto en sus formas más evidentes (cuando, por ejemplo, hay un enemigo militar a las puertas o una contrarrevolución organizada y operante), pero también en las más filtradas y larvales, en reproducción y mutaciones constantes; desde este punto de vista, todo cuanto impida la eclosión de la potencia humana del sujeto de la Revolución (aquel en cuyo nombre se moviliza el esfuerzo de cambio de la Historia) es parte del resabio, rezago, rémora, lastre que debe ser eliminado/superado para que la igualdad no se fundamente en decretos y fuerza, sino en convicción y conexiones en un tipo de solidaridad nacida del encuentro entre el nuevo ser y la nueva conciencia.

Pero conciencia entonces significa una extensión planetaria, una mirada que ahonda y clava raíz de país, mientras se lanza en busca de solidaridades planetarias. Compromiso es ir mucho más allá del territorio, preguntar a las estructuras y entender qué es una sociedad igualitaria, su gesto desmesurado en contra del egoísmo de la posesión, es asumir que la respuesta al sufrimiento y la desposesión acumulados está en reconstruir la totalidad y no una parte. En este sentido, el compromiso nos lleva a entender que el orden del capital no puede sino seguir generando desigualdad y dolor, con toda la enormidad de máscaras, retórica, movidas parciales o puntuales con las que la catástrofe es minimizada.

Entiendo, entonces, el compromiso como la acción de siempre manifestarme (intentarlo, al menos...) en contra de la deshumanización, la marginación, la exclusión y el silenciamiento; en otras palabras: sentir, investigar, compartir, enseñar, discutir, transformar, luchar, participar y favorecer la participación, entregar solidaridad, conocer, buscar y proteger al que sufre y, en la suma y desarrollo de todo ello, ser consumido.

2
RAFAEL HERNÁNDEZ

(CABAIGUÁN, CUBA, 1948).
POLITÓLOGO, PROFESOR, ESCRITOR.
AUTOR DE LIBROS Y ENSAYOS SOBRE EE. UU, CUBA, SOCIEDAD, POLÍTICA, CULTURA.
DIRIGE LA REVISTA *TEMAS*.



Ojalá yo supiera lidiar con un problema como este en doscientas cincuenta palabras de una cuartilla. Me limitaré a bordearlo desde dos puntos. El primero, entender que el rol de intelectual no es una categoría prefijada, sino una relación social. En dos dimensiones inextricables: hacia el conjunto de la sociedad y hacia el sistema político, con los que se relaciona de manera explícita y consciente. Aquí viene al caso la condición de intelectual orgánico, que tanto se simplifica. Digamos que Gramsci habría calificado a Robert Oppenheimer —«el padre de la bomba atómica»— como intelectual orgánico al sistema imperante en su país, identificado con sus objetivos en la guerra contra el fascismo. Sin embargo, en esa condición pudo ser cuestionado luego por voces representantes del Estado y de corrientes políticas dominantes en su momento y hasta tildado de desleal; aunque su conciencia de científico comprometido le dictaba advertir el peligro de la escalada nuclear. O sea, que ese rol de intelectual orgánico también puede operar en el límite de las dos dimensiones. Lo cual se relaciona con mi segundo punto, que un político e intelectual como Alfredo Guevara definía como condición revolucionaria: la lucidez. Y obviamente no se coloca al margen de opiniones políticas, pero sí exige reconocer y analizar los problemas que nos rodean, en el mundo y aquí adentro. Lucidez pública, que no se limite a reflejar el sentido común prevaleciente en la sociedad o entre los que se ocupan profesionalmente de la política. Que no pretenda colocarse por encima ni por debajo, sino desde una visión ecuánime, fundamentada y «crítica de todo lo existente». De ahí su posible aporte a una tarea mayor, que nos rebasa a todos: la creación de una cultura política nueva.

3
RICARDO RIVERÓN ROJAS

(PLACETAS, CUBA, 1949).
POETA, PERIODISTA Y EDITOR.



Ser un intelectual comprometido con su tiempo es una afirmación casi tautológica. Resulta imposible no serlo. Lo verdaderamente definitorio es la naturaleza del compromiso. Los capitalistas viven plenamente comprometidos con un tiempo que valida la apropiación, por cualquier medio, de las riquezas creadas por otros. Quienes aspiramos a una sociedad menos asimétrica nos comprometemos con un tiempo que deberá ser otro, porque implica empatía con cada integrante de la especie, así como la brega constante, desde lo legal y lo ejecutivo, para propiciar en igualdad de condiciones el disfrute de las bondades del planeta. La palabra socialismo sigue sonando como el llamado al compromiso con una época de plenitud, aún imprecisa e inestable, pese a toda la épica laboriosa y la inteligencia que apoyan los trabajos para su concreción.

Pero ser un intelectual comprometido con el tiempo del socialismo, aún por concretarse en toda su plenitud, constituye también, para mí, una convocatoria lírica en la que confluyen todas las realizaciones del arte y el pensamiento humanos, sin importar el compromiso de quienes lo generaron. Todo lo que el hombre ha pensado con la belleza como propósito, toda la espiritualidad vertida en la historia se despliega cuando leemos en el tiempo la razón por la que nos involucramos en la destilación de momentos cargados de realizaciones plurales.

Entender el tiempo que nos fue asignado y desprendernos de egoísmos conduce al compromiso de superar muchos siglos de configuración del pensamiento individualista. Marchar a tono con la empatía es lo justo. No esperar

grandes recompensas materiales, el signo mayor. Lograrlo implica mucho trabajo y capacidad de invención, rechazos y reevaluaciones constantes. La actitud de otros hombres puede interferir en el guion de nuestras vidas, pero al final siempre nos salva el compromiso con una masa humana que, para su propio bien, intensifica y remodela cada día su capacidad de cambio según lo demanden las circunstancias.

4
OMAR VALIÑO

(SANTA CLARA, 1968).
CRÍTICO Y TEÓRICO TEATRAL. DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL JOSÉ MARTÍ.



Fe en la Cuba de la Revolución.

El amor incondicional por Cuba es parte mayor, e imprescindible, de la responsabilidad intelectual hoy. Aquí y ahora, por supuesto. Aunque nunca ha sido fácil estar de ese, de este, lado, en el presente es más difícil.

Para mí, sin cortapisas, ese amor incluye en el ADN la Cuba resultante del proceso de la Revolución cubana. Con conocimiento de su historia, de sus herejías, de sus ciclópeos proyectos, de sus grandes alcances y también de sus contradicciones y sombras.

En definitiva, un amor con militancia, asentado en una conducta honesta. Con indoblegable capacidad crítica, pero sin regalar jamás la queja al enemigo. Mucha información y análisis en todos los ámbitos con «sentido del momento histórico».

Estar preparados para no ser engañados ni manipulados. En medio del maremágnum de la guerra cultural, mediática o no, ser profundos hasta en la valoración de ciertos productos baladíes, porque forman parte «esencial» del ecosistema cultural y social.

Trabajar, participar, ayudar. En definitiva, creer, con Fidel, que el pueblo cubano vencerá.

5
LAIDI FERNÁNDEZ DE JUAN

(LA HABANA, 1963).
MÉDICO Y ESCRITORA.



En el sentido machadiano, significa estar a la altura de las circunstancias. Es más difícil estar a esa altura, la de los acontecimientos históricos, que permanecer al margen de ellos. Una vez establecidos los códigos éticos que regirán nuestra vida de ciudadanos comunes (antes de ser intelectuales) y afianzada la verdad como brújula insobornable, más allá de cualquier creencia (recordemos a la poeta Lizette Reese: «La fe va encendiendo velas por todas partes, pero la verdad aparece y las va apagando»), asumir la responsabilidad de ser intelectual es ya un compromiso, una postura, quiérase o no. En el caso de los escritores —como bien señaló el mexicano Juan Villoro: «La tierra de un escritor es algo nebuloso. ¿Dónde comienzan sus fronteras, ¿dónde cesa su deuda con los otros?»—, se establece inexorablemente el compromiso de ser cronista de su tiempo, la voz de muchos, el constructor del relato de una época. En el caso particular de Cuba, país sometido a múltiples noxas externas e internas, ser intelectual significa el deber y el derecho a preservar la verdad por encima de cualquier riesgo, lo cual contempla la dicotomía de defender conquistas reales, ingeniar ficciones, sin dejar de asumir actitudes críticas. La idea de que somos un bloque monolítico, sin contradicciones ni discrepancias, es tan pueril como falaz. Los intelectuales somos, debemos ser, cuestionadores, incisivos, inconformes, y no laudatorios ni cómodamente instalados en nuestro ego, en nuestra obra acrítica, ni en nuestro comprensible anhelo por la trascendencia. En otras palabras: sin concesiones ni renuncias a un código moral que se basa no solo en nuestras particulares convicciones, sino también en nuestras emociones (intrans-

feribles pero elocuentes). Ser una intelectual significa para mí la constante observación de cuanto me rodea, y el peso de ser capaz de erigir un responsable reflejo, que muestre, como las caras de un espejo, ángeles y demonios, aciertos y despropósitos, la belleza y lo grotesco. En fin, la esencia de la verdad. (Agosto, 2025).

6
AGUSTÍN LAGE

(LA HABANA, 1949).
MÉDICO Y CIENTÍFICO. HÉROE DEL TRABAJO DE LA REPÚBLICA DE CUBA.



Uno no se acostumbra a que le llamen «intelectual». Prefiero el concepto de Gramsci de que: «Todos los hombres son intelectuales, pero no todos tienen en la sociedad la función de intelectuales». Entonces lo principal no está en la construcción de ideas, sino en la función que le damos a esa construcción, es decir, en el compromiso social.

Y ese compromiso parte de la comprensión sobre cuáles son los problemas fundamentales de «su tiempo». El compromiso pertenece al campo de la ética, y eso no cambia con el tiempo. Los problemas fundamentales de la sociedad son los que cambian en cada momento histórico. Vivimos en un momento regresivo en el campo de las ideas, en el que siglos de pensamiento y lucha por la justicia social parecen ahogarse en la marea de la ideología del capitalismo neoliberal, y siglos de pensamiento y lucha por la soberanía de los pueblos parecen ahogarse en la globalización de la economía y la homogenización de las culturas; ambas tendencias reforzadas por la derechización de la política. Es con la resistencia a esas tendencias reaccionarias, y también con la construcción de alternativas viables, con lo que hay que comprometerse.

Cuba tiene mensajes que dar al mundo exterior e ideas que reforzar en lo interior. Hay que dar ambas batallas, porque son la misma batalla. Tenemos las armas del pensamiento cubano y de nuestra historia, usémoslas bien. Hay que decir, y demostrar, que no necesitamos abrirles espacio a las desigualdades sociales para promover desarrollo económico. Hay que decir, y demostrar, que la economía del siglo XXI se construye a partir del conocimiento, de la educación y de la ciencia. Hay que decir y demostrar que la participación política se construye a partir de la cultura.

Compromiso con su tiempo significa acudir cada día a la convocatoria que nos hizo José Martí al decirnos: «De pensamiento es la guerra mayor que se nos hace. Ganémosla a pensamiento».

7
BELINDA SÁNCHEZ RAMÍREZ

(LA HABANA).
BIÓLOGA Y CIENTÍFICA. DIRECTORA DE INMUNOLOGÍA TUMORAL DEL CENTRO DE INMUNOLOGÍA MOLECULAR DE LA HABANA. HEROÍNA DEL TRABAJO DE LA REPÚBLICA DE CUBA.



Vivimos una era en que las bombas sustituyen a los juguetes y la vida de miles de niños se trunca sin piedad; una era en que el imperio de varios siglos continúa mostrando su cara feroz y sus intenciones de perdurar hasta la locura. Aquellos que tuvimos la suerte de nacer en una nación soberana, con la dignidad como regalo más preciado, no podemos hacer menos que denunciar la masacre, mostrar solidaridad, exigir respeto por la vida de cualquier persona y ser absolutamente antimperialistas.

Enfrentamos momentos muy difíciles en nuestra Cuba. El bloqueo, cada vez más criminal, ha hecho mella en la nación, dificultando cada espacio esencial de nuestras vidas. Y junto al bloqueo, nuestros propios errores han sido y son una realidad que tenemos la obligación de mirar con urgencia, de aceptar, analizar, entender y desenmascarar. Cuba es de todos los cubanos y más aún de quienes hacen cada día por ella. Salvarla es responsabilidad de los que creemos sinceramente que el ser humano

y no el dinero es lo más importante. Es responsabilidad de quienes mantenemos el amor intacto por nuestra historia, por quienes nos regalaron la libertad de ser, y por los jóvenes y niños que merecen ser felices en la patria que los vio nacer.

Como científica mi compromiso mayor es con la verdad y mi gran motivación es sentirme útil. La responsabilidad, la honestidad y la ética deben ser parte indisolubles de nuestras vidas.Hurgar en el conocimiento pretérito para generar conocimientos nuevos no tiene propósito mejor que realizar el nuevo saber en soluciones concretas que ayuden a la vida de los cubanos. Nuestro aporte fundamental a Cuba es justamente a la salud. Y esa realización en un país como el nuestro, asediado y pobre, solo es posible lograrlo poniendo amor en lo que hacemos, con estudio constante, consagración sin límites al trabajo, en dinámica constante que nos permita insertarnos en el mundo, sin el cual no podríamos avanzar. Los tiempos actuales nos llaman a intensificar cada vez más la colaboración científica, internacionalizar nuestras investigaciones, lo cual requiere de un científico cada vez más maduro e integral. Como revolucionarios responsables de nuestra tarea, debemos ser conscientes de la importancia que tiene formar a las nuevas generaciones y hacer todo lo posible porque encuentren en Cuba su felicidad, que pasa, entre otras, por la posibilidad de desarrollarse como profesionales. La emigración es uno de los problemas más graves que enfrenta la nación, y la ciencia no ha escapado de esa triste realidad. Revertirla es responsabilidad de quienes seguiremos apostando por Cuba, porque Cuba necesita de los cubanos, y sobre todo necesita del talento joven, que es sin dudas el llamado a mantener en permanente avance y revolución a la Revolución.

Considero que hay una máxima que debiera acompañarnos a todos los seres humanos: hacer lo que se dice y decir lo que se piensa. Abrazarla conduce a la coherencia y nos hace creíbles. Solo siendo «de verdad» podremos formar valores en otros, porque la ejemplaridad no es un lema a esbozar, sino una actitud ante la vida que los revolucionarios debemos asumir. Mantener en alto como una bandera la dignidad que la Cuba revolucionaria nos legó es nuestra responsabilidad. Y para defender esa bandera hay que tener la valentía de mirar los problemas de frente, asumir nuestro compromiso y ser humildes para poder vivir al lado de los humildes. Es de las enseñanzas más lindas que nos dejó Fidel. Ser buenos aprendices de esa verdad nos hará sin dudas mejores seres humanos y Cuba será eterna.

8
LLANISCA LUGO

(LA HABANA, 1978).
ACTIVISTA SOCIAL. COORDINADORA DE SOLIDARIDAD INTERNACIONAL DEL CENTRO MEMORIAL MARTIN LUTHER KING JR. DIPUTADA A LA ASAMBLEA NACIONAL.



Un intelectual comprometido con un proyecto de izquierda es alguien que debe estar dispuesto a correr riesgos, a ir contra el sentido común, a padecer el aislamiento por los grandes centros de poder y del *saber*; es alguien que en determinadas circunstancias pone en riesgo su propia vida.

Los proyectos que están en disputa hoy no son precisamente diseños que los intelectuales hacen para, desde ahí, elegir un camino de contribución tranquila al mundo deseado. Los proyectos en disputa están condicionados por la hegemonía imperialista de los procesos de producción y concentración de riquezas en el mundo, por la expansión de las fronteras del capital. Un despliegue cultural colonizador que consienta esta dominación es crucial para ellos. En ese plano obra el intelectual.

En otro sentido, un intelectual comprometido tiene que empeñarse en trascender la descripción del horror y la interpretación del momento, que suele inundar la producción intelectual de la crisis que vivimos, y adelantar propuestas, en un ejercicio permanente de imaginar cómo se traduce nuestra interpretación de la realidad en caminos de superación en el corto plazo, en los próximos pasos, en lo inmediato, en ese lugar donde vive la gente que muchas veces ya no encuentra espacio, voz, referencia en las fuerzas de la izquierda. Todo proyecto es defendido por una clase que produce su propia intelectualidad. El intelectual comprometido con un proyecto de liberación es fruto de ese proyecto, de sus

procesos y tareas. No se produce a sí mismo en aislamiento, es resultado del sistema de relaciones sociales, de una experiencia social. Reconocernos históricamente condicionados en la apuesta por un proyecto revolucionario implica sentirse parte de una tradición, de un colectivo y en comunión con el sujeto que protagoniza las transformaciones, el pueblo.

El espacio colectivo, la organización de la que la intelectualidad se siente parte, son espacios de afirmación, cuidado y producción de la obra intelectual, para disputar las expresiones de mercantilización y de sacralidad de la propiedad privada como semilla de todo mérito.

Los desafíos mediados por la realidad interpretada colectivamente hacen del intelectual orgánico un habitante de tensiones, desde las que se entrega, movilizado por una imagen de mundo fraterno creado con el sudor y el trabajo diario de todo el pueblo.

Me parece que hay que recuperar ser ejemplo y no es imponiendo una falsa moral, en apariencias que corresponden con discursos; ser ejemplo es lograr la síntesis entre los intereses de clase y las necesidades y deseos, entre las condiciones de la realidad y las formas de anticipación del proyecto en la vida cotidiana.

Un intelectual comprometido debe entenderse como un aprendiz permanente. Un aprendiz dispuesto a transformar su visión del mundo, sus actitudes, sus propios esquemas interpretativos de la realidad. En ese sentido las críticas a los errores son posibilidades de crecimiento de la obra, no amenazas. Entonces no puede haber miedo al error y a la interpretación del error. No puede haber miedo a la crítica, no puede haber miedo al disenso, no puede haber miedo al debate, a la confrontación, al desacuerdo con las ideas, porque eso enriquece un proyecto desde el campo intelectual. No deberíamos apostar a crear sacrosantas verdades, sí hay que ir acumulando y construyendo certezas, pero tenemos que tener el oído, los pies, la sensibilidad muy puesta en el momento que vivimos, las complejidades y contradicciones de ese momento, porque si bien es importante sentir orgullo de pertenecer a una tradición de la historia de la humanidad, a un símbolo del que nos sentimos portadores, herederos, también es muy importante saber que precisamente ese orgullo y ese deber con esa tradición, exige de nosotros creatividad, innovación, pensamiento crítico en cada circunstancia.

Un intelectual, ese sujeto individual o colectivo que se moviliza en el campo de la ciencia, la cultura, la política, con la capacidad de producir sentido, de influir en la conducción de la sociedad al servicio de un proyecto, no se gradúa con diplomas, se construye cada día en la praxis revolucionaria.

9
JOSÉ BRITO CORDERO

(SANCTI SPÍRITUS, 1991).
DRAMATURGO, ACTOR Y DIRECTOR DEL GRUPO TEATRO ADENTRO.



Hay una Cuba que se acelera en medio de un proceso de diversificación forzada hacia realidades cada vez más enajenantes y estratificadas. Es notable el ascenso de las diferencias de clases y el agotamiento de las personas ante fenómenos de toda índole. Pensar cuesta trabajo, también sonreír, ayudar al otro, solucionar necesidades básicas, soñar… Justo de frente a lo tenebroso, que se anuncia lleno de incertidumbre y asperezas, ser un intelectual en la Cuba de hoy conlleva una carga especial.

Implica entender que no existen solamente dos caminos, como generalmente se nos impulsa a mirar: el camino de los que solo piensan y actúan con los bolsillos y el estómago, y el camino de los que deciden cerrar los ojos ante la crisis y pretenden que, por medio de frases estiradas y reflexiones en detrimento de la realidad, se puede obviar el dolor y la preocupación que merece este tiempo.

Con los primeros, solo se puede hablar de la miseria apabullante y los dolores del pasado que se embeben en el presente y se anuncian para el futuro. Para este grupo de personas, nada tiene sentido y habitamos el peor de los países posibles. Para el segundo grupo, la crisis que se vive es una estrategia de mercado, y el daño cultural que está aconteciendo no implica riesgos considerables.

Ser un intelectual hoy implica escoger muy bien las batallas en las que se quiere trabajar, puesto que, en momentos de guerra (de todo tipo), resulta saludable y conveniente no desperdiciar el tiempo y las energías en adentrarse en procesos generadores de conflictos que no llevan a lugares productivos, y

sí en potenciar la solidaridad y la cooperación desde los espacios en los que se construye el país. Las redes sociales sirven para estimular esos enfrentamientos y procesos complejos.

Ser un intelectual hoy implica saber en qué lugar se está y pensarlo desde la comunidad. Lo comunitario como estrategia para empoderar pequeños proyectos que comprometan personas en causas especiales; causas que enciendan el alma y que equilibren la injusticia circundante. Además de las grandes búsquedas de la ciencia moderna, un intelectual hoy debe aprender y enseñar a mirar, tocar, habitar, empatizar, pensar y sentir con las manos y la cabeza antes que con la vanidad y el egoísmo.

10

FERNANDO BUEN ABAD DOMÍNGUEZ

(CIUDAD DE MÉXICO, 1956). CINEASTA, PROFESOR Y PERIODISTA.



Significa lucha. Entiendo mi tiempo como todo el tiempo de la historia humana. Entiendo lo que soy y lo que sé, en el presente, como producto colectivo desarrollado en el pasado, y que la vida toda, en particular la de las ideas, es indisoluble del compromiso con el futuro. Significa transparentar todo tipo de financiamiento de la intelectualidad.

Atender y entender la lucha de clases para actualizar las herramientas de Marx y Lenin (sucedáneas y conexas) en las batallas actuales. Luchar contra la lógica maniquea que hemos visto en muchos escenarios como el relato de resignación ante un mundo sombrío donde la única luz posible son los mercados y sus fetichismos, con oscuridad teórica, política, filosófica y humanística muy peligrosa.

Significa luchar, con la mayor creatividad posible, contra estos grupos, endógenos y exógenos, que han sido históricamente farsantes, adalides de falacias de todo tipo, y que son realmente Caballos de Troya de iniciativas desmoralizantes, dilatorias y anestésicas. Todos ellos campos de operaciones, de la «guerra cognitiva», la «batalla cultural» que la burguesía alienta como nuevos aportes a su «progreso».

Significa empeñarse en lograr un trabajo semiótico revolucionario que nos permita leer con mayor nitidez las perversiones de que son capaces las burguesías y sus músculos mediáticos. Pero más allá de lo esencialmente analítico, ser capaces de ofrecer medios, modos y relaciones de producción de sentido para renovar críticamente, integralmente, la base semántica de los pueblos, refrescar lo valioso y desmantelar lo tóxico. También con autocrítica rigurosa.

Significa entender cómo, en otra época, cuando ellos se sentían más poderosos, más seguros y más impunes, reclutaban a sus intelectuales que se mostraban como los referentes del programa de dominación burguesa, y ellos decían tener las tesis del nuevo Estado neoliberal. Por ejemplo, Octavio Paz, que comerciaba con su propia figura como un adorador de la economía de mercado: él hizo encuentros y congresos con intelectuales cómplices de todo el mundo para eso, para «hermosear el capitalismo». Como se lo dijo Adolfo Sánchez Vázquez.

Significa fijar posiciones ahora, cuando la derecha vuelve a dar vuelo a su discurso «neonazifascista», con vociferaciones recalentadas, que tienen un sabor rancio de odios largamente trabajados y como lógicas simplonas otro mesianismo, «el Salvador soy yo», que no es más que un viejo síntoma, un signo añejo muy claro de su desesperación y de su anorexia intelectual.

Significa, todo el caso, subir al escenario, al podio, y ser portavoz legítimo del vocerío popular, del clamor social que desde la base está impulsando una agenda que hoy ya es inexcusable en el mundo entero, porque tenemos índices gravísimos de la destrucción del planeta que están costándonos a la humanidad. Sumarnos a la lucha por explicar y entender en colectivo que estamos caminando al borde de un abismo y que ignoramos las fortalezas que nos salvarán si las organizamos. Las huelgas obreras, las organizaciones campesinas, las organizaciones indígenas, las organizaciones estudiantiles, las organizaciones de científicos y artistas que están hoy en pie de lucha, en el planeta entero, deberían ser la carne, el alimento fundamental de aquel que sube a pronunciar un discurso y que debería tener la carga ética de ser portavoz de esto, y en ese discurso construir un escenario que nos defina a todos qué lugar ocupamos para sumarnos a la batalla destinada a derrotar todas esas malignidades históricas. Significa entender dónde y quiénes están escribiendo la historia actual de la lucha revolucionaria.

11
TELMA LUZZANI

(BUENOS AIRES, 1951).
PERIODISTA Y ESCRITORA.



El intelectual comprometido cree tener una misión… y tal vez la tenga con sus contemporáneos y con los que vendrán. En mi caso, la ilusión es ser una soldada en las batallas por la guerra cultural: disputar el sentido de las palabras y de los silencios; desnudar el núcleo oculto de las frases hechas y las metáforas maliciosas; luchar para cambiar la realidad y por la única verdad que es el triunfo del humanismo. A veces me siento Sísifo, pero mi convicción es profunda: tenemos razón y el triunfo será nuestro.

12
PASCUAL SERRANO

(VALENCIA, ESPAÑA, 1961).
PERIODISTA Y ENSAYISTA.



El debate sobre el compromiso de los intelectuales es de largo recorrido. Hace más de veinte años, en 2002, el dramaturgo Alfonso Sastre lo planteaba en un breve librito de la editorial española Debate bajo el título *Los intelectuales y la utopía*. Ese texto generó una rica discusión en el portal rebelion.org, con reflexiones y colaboraciones de varios intelectuales: Carlo Frabetti, Santiago Alba, Octavio Rodríguez Araujo y yo mismo. La editorial cubana Ciencias Sociales tuvo la gran idea de reproducir todo ello en un libro con el título *La batalla de los intelectuales. Nuevo discurso de las armas y las letras*. Allí se incluyó el texto de Debate y nuestras reflexiones, además de otros escritos relacionados con el tema de Sastre.

En mi opinión, es evidente que todo lo que allí se señalaba sobre la necesidad del compromiso del intelectual está vigente. En realidad, siempre ha de estarlo, porque no se puede entender una sociedad viva, dinámica, sin unos intelectuales implicados en los problemas de los ciudadanos. En realidad, es como deben estarlo también los ciudadanos, las asociaciones, los sindicatos, los gremios o los partidos políticos.

Hoy Europa y gran parte del mundo vive tiempos de retroceso ideológico, o mejor dicho de avance de ideologías reaccionarias y ataques a derechos y libertades que creíamos consolidadas. Unos le llaman avance de la ultraderecha, otros, fascismo. Igualmente, también hay diferentes criterios en cuanto a las razones de ese avance. No es el motivo de estas líneas indagar en ello. Pero sí quiero señalar dos elementos novedosos del compromiso intelectual en estos tiempos.

El primero es que sería un error asociar compromiso intelectual con posiciones progresistas, liberadoras y de justicia social. Al igual que sucedió en los albores del fascismo del siglo XX, existe una importante intelectualidad que opera en el marco de la derecha y ultraderecha, que sirve a los poderosos, que amenaza a los pueblos y que socava décadas de avance de derechos sociales y libertades. Es un error, por tanto, pensar que las embestidas de la ultraderecha se limitan a torpes movimientos de iletrados y masas analfabetas, pues también hay un compromiso intelectual que sirve a la reacción.

El segundo elemento es que vivimos un momento tecnológico caracterizado por la simplicidad, la espectacularidad, la posverdad y la emoción. Todos ellos son elementos que circulan en dirección contraria a la intelectualidad tal y como la hemos entendido históricamente, es decir, asociado al análisis, la reflexión y el rigor.

En conclusión, el intelectual comprometido con nuestro tiempo al que aspiramos no ha de ser cualquiera, deberá servir a los intereses de los más débiles y enfrentarse al poder. Pero también tendrá que operar en un marco tecnológico adverso, donde la mentira, el escándalo y el insulto burdo se sitúan por encima de la intelectualidad.

Cada tiempo histórico se caracterizó por determinadas adversidades para el intelectual comprometido. Estas que he citado son las de nuestro tiempo.

CRECIMIENTO ECONÓMICO Y EQUIDAD SOCIAL: LAS FUNCIONES DE INTERMEDIACIÓN DE LA CIENCIA Y LA CULTURA

AGUSTÍN LAGE DÁVILA

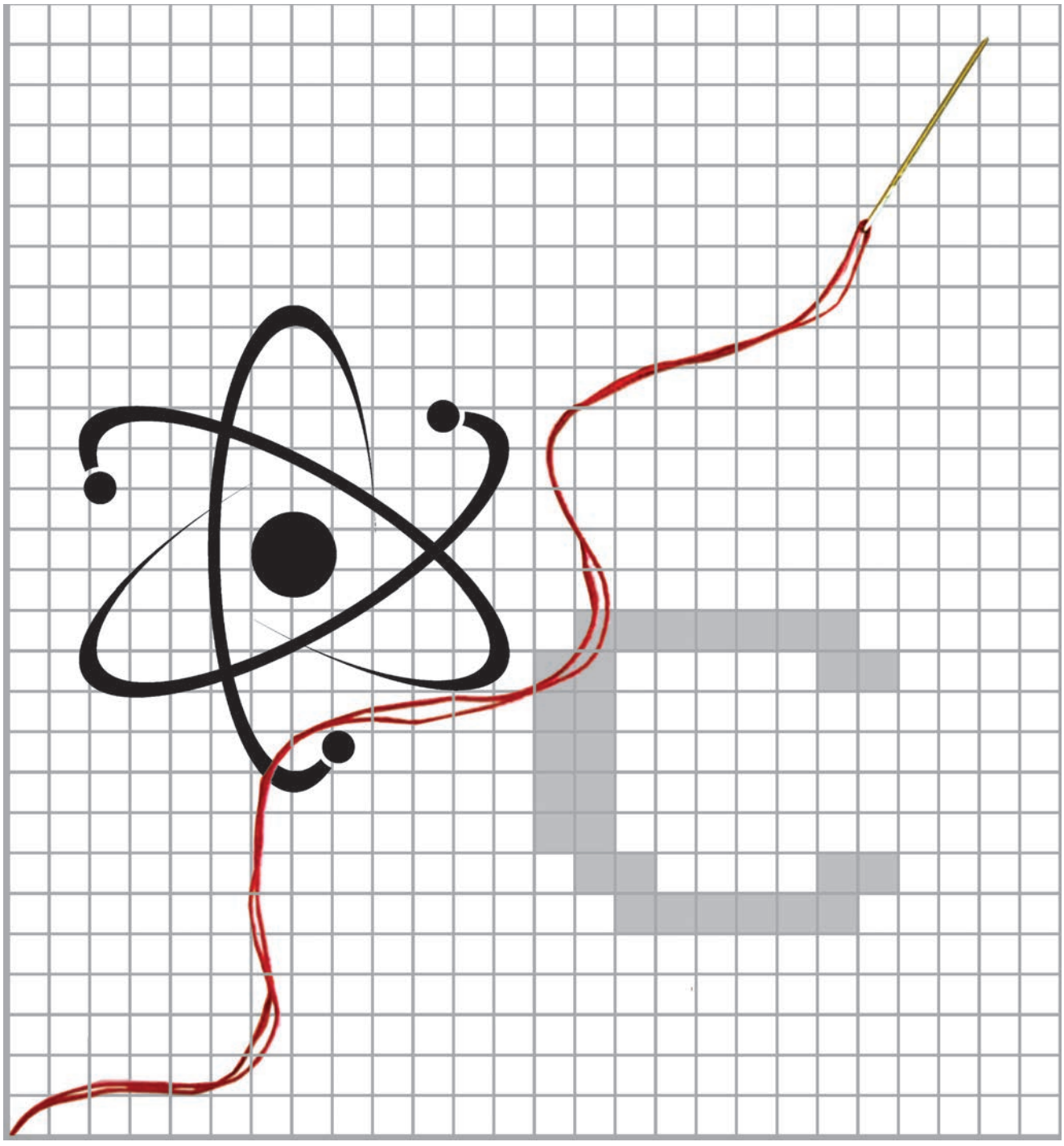


Ilustración: RRV.

I. Propósito: las tareas pendientes

Cada generación libra sus batallas e intenta en ellas, conscientemente o no, mejorar el mundo. Y cada generación deja sus «tareas pendientes», aquello que intentó alcanzar y no alcanzó, atrapada en las inevitables estrecheces de la vida, que dibujan el espacio de lo posible. Pero en esas tareas en las que no se logra dejar una obra completa, siempre se deja una visión superior sobre lo que hay que hacer para completarla.

Tenemos el deber de pensar y explicar eso, para que los que vienen después utilicen (y mejoren) nuestras ideas. Para ello hay que asumir la osadía y el riesgo de intuir lo que debe hacerse ahora, e identificar dentro de todo lo que hay que hacer cuáles son las tareas más importantes.

La disyuntiva es esta: o se limita uno en el lenguaje tratando de evitar reacciones alérgicas que modulen el impacto de lo que se dice en la práctica inmediata, o se dice lo que se piensa, tal como se piensa, y se confía en que los que vendrán después sabrán ajustarlo mejor a las condiciones concretas del tiempo que les toque vivir. Lo primero puede llegar a ser oportunismo callado, lo segundo podría llegar a ser inmodestia irresponsable. Pero es mejor lo segundo.

II. El «proyecto Cuba»

Los seres humanos, todos, somos «entes históricos». Lo que pensamos y hacemos tiene la marca de lo que se pensó y se hizo antes, por muchos seres humanos y colectividades previas. Martí lo dijo así: «Los hombres son productos expresiones, reflejos. Viven, en lo que coinciden con su época o en lo que se diferencian marcadamente de ellas; […] no es aire sólo lo que les pesa sobre los hombros, sino pensamiento [...]». (1)

Los cubanos de hoy, y también los de mañana, somos hijos de un proyecto de país, cuyas ideas fundacionales vienen del siglo XIX, cuando Cuba comenzó a pensarse a sí misma. La nación cubana no se define por una etnia, ni una religión única, ni una comunidad lingüística, ni un territorio de conquista. No hemos llegado hasta aquí por procesos deterministas («leyes») o coyunturas de la historia. Somos una nación construida durante más de doscientos años, con sacrificio, heroísmo y pensamiento, cohesionada por un proyecto de soberanía y justicia social.

La cultura, el acceso al conocimiento y a la capacidad de construir conocimiento verificable (la ciencia) han estado siempre en las raíces de la nacionalidad cubana, podemos verlo sintetizado en el pensamiento de Félix Varela, de José Martí y de Fidel Castro. Ahí está su componente cognoscitivo. Y su componente ético está en el apego a la justicia social, ese «sol del mundo moral» como lo llamó José de la Luz y Caballero. Pero vivimos en un mundo con una historia de colonialismo, que dio lugar más adelante al capitalismo y sus consustanciales relaciones de depredación entre seres humanos y naciones, y en ese contexto la construcción histórica de los cubanos ha debido enfrentar siempre agresiones y dificultades. El proyecto de nación cubana y sus raíces éticas son hoy los mismos, pero las amenazas y los desafíos han ido cambiando en cada momento, estos dibujan el espacio de lo posible. Los hombres políticos conquistan el espacio de lo posible, pero no lo crean. La expansión del espacio posible pertenece a la cultura.

Cuando interpretamos desde esta perspectiva la guerra económica que nos hace el gobierno de los Estados Unidos, resulta evidente que es precisamente el «proyecto Cuba» lo que pretenden bloquear, un proyecto de desarrollo social y económico, basado en la justicia social, en la ciencia y en la cultura. En este momento de las primeras décadas del siglo XXI, el debate sobre «lo posible» en el proyecto de la nación cubana está muy marcado por la economía. En realidad, se trata de una polémica mundial, no de un problema cubano, aunque en Cuba y ahora tiene importantes especificidades.

La crítica de derecha a los experimentos de socialismo en el siglo XX, en los años

de la Guerra Fría, utilizó mucho la idea de la supuesta superioridad del capitalismo sobre el socialismo, para producir bienes y servicios, en el que las desigualdades sociales que inevitablemente surgen se puedan controlar mediante una buena política de impuestos. Los economistas que defienden esta idea (y aquí los hay también) se equivocan al querer analizar la economía como un sistema cerrado en el interior de cada «Estado-nación», cuando se trata, y cada vez más es así, de un «sistema-mundo», en el que la riqueza de unos presupone la pobreza de otros.

En el caso de Cuba esta idea de la superioridad del capitalismo funciona como una profecía auto-cumplida, pues intenta sustentar la ineficacia de la economía socialista en un país sometido durante más de sesenta años a un bloqueo económico, comercial y financiero de efectos extraterritoriales. Esa comparación no resiste el más elemental análisis científico. En el caso de Cuba esa política de bloqueo ha sido aplicada con fuerza, con continuidad y con odio. Y tendríamos que preguntarnos ¿por qué? Si fuese verdad que el sistema fracasa económicamente, ¿cuál es la razón de ese especial esfuerzo y hasta desesperación en hacerlo fracasar?

Por supuesto que la hostilidad del gobierno de los Estados Unidos contra Cuba no tiene ninguna justificación moral y desde el punto de vista ético es una vergüenza. Algo así como la esclavitud en el siglo XVIII («es la gran pena del mundo», dijo Martí); la deuda de Haití, el holocausto nazista y el bombardeo atómico de Hiroshima en el siglo XX, o el genocidio en Palestina ahora. El bloqueo contra Cuba es una guerra de reconquista, la que se les quedó pendiente desde la Enmienda Platt en 1901. La misma que enunció hace doscientos años (1823) John Quincy Adams, entonces secretario de Estado (después presidente en 1825), cuando dijo: «Esas islas de Cuba y Puerto Rico, por su posición local, son apéndices del Continente Americano, y una de ellas, Cuba, casi a la vista de nuestras costas, ha venido a ser de trascendental importancia para los intereses políticos y comerciales de nuestra Unión». (2)

No es un hecho aislado. Los procesos sociales que vemos a nuestro alrededor (y en los que participamos todos de una forma u otra) son siempre parte de procesos mayores, y esto hay que entenderlo bien para que nuestras ideas y actitudes no queden atrapadas en visiones locales o coyunturales. La capacidad de conectar los acontecimientos es uno de los principales atributos de la inteligencia y la cultura del hombre.

El bloqueo a Cuba también es parte de un proceso mayor: es parte de un diferendo histórico entre ambos países que tiene más de doscientos años. Sus raíces están en el surgimiento de ambas naciones, de los Estados Unidos y de Cuba.

La independencia de las 13 colonias británicas que dieron origen a los Estados Unidos fue proclamada en 1776 y reconocida por Gran Bretaña en 1783. En momento posterior la frontera oeste fue el rio Misisipi. A partir de ahí continuó la expansión territorial: en 1803 negociaron con Francia la adquisición de Luisiana; en 1818 acordaron con Gran Bretaña la ocupación conjunta de Oregón; en 1819 adquirieron de España la Florida; en 1845 anexaron Texas, lo cual provocó una guerra con México. Al vencer en esa guerra en 1848 duplicaron su territorio al adquirir California, Nuevo México, Arizona, Utah y Nevada. México perdió la mitad de su territorio. En 1867 le compraron a Rusia el territorio de Alaska. En 1898 anexaron Hawái. Luego, como consecuencia de la guerra con España, ocuparon Puerto Rico y Filipinas. Todo ese proceso de expansión se detuvo en Cuba, isla que venían intentado adquirir con ofertas a España desde décadas antes.

A mediados del siglo XIX surgía en la Isla un movimiento anexionista. La heroica lucha del pueblo cubano en sus guerras de independencia, por más de treinta años, y las victorias del Ejército mambí en la manigua redentora hicieron imposible la anexión. Para el proceso de expansión territorial de los Estados Unidos, Cuba quedó como su «tarea pendiente». Hay que subrayar, además, que nunca se trató solamente de un diferendo territorial. Se trataba, y se trata también hoy, de conceptos diferentes sobre la sociedad humana.

Los Estados Unidos emergieron como nación manteniendo primero la esclavitud (que no fue abolida sino ochenta y dos años después de la independencia) y luego impulsando un capitalismo industrial que incubó agudos conflictos sociales. El proyecto de república «con todos y para el bien de todos» de Martí era bien diferente de la imitación del capitalismo estadounidense.

Hoy, bien entrado el siglo XXI, las raíces profundas de la guerra económica contra Cuba ya no están en una expansión territorial, que ellos no necesitan, ni en el acceso a recursos naturales de los que nosotros tenemos escasos y que tampoco ellos necesitan para su diferendo económico actual con China y otros países.

Se enfrentan dos concepciones diferentes de la convivencia humana, de la organización de los hombres para la vida social y el trabajo, y de la distribución de sus frutos.

La creencia básica del capitalismo es la construcción de prosperidad material basada en la propiedad privada y la competencia entre los hombres. La nuestra se basa en la creatividad movida por los ideales de equidad y solidaridad entre las personas, incluidas las generaciones futuras. Ese es el problema esencial: todo lo demás, incluso el bloqueo, son sus expresiones particulares. La guerra de imágenes y la ofensiva mediática diseñadas contra Cuba y puestas en marcha en los últimos años, que hemos visto con espanto por su contenido de mentira e incultura, es sólo el más reciente capítulo de un diferendo histórico largo.

Si hiciéramos el esfuerzo de intentar disecar el por qué para ellos es tan importante destruir la experiencia social cubana, quizás en ese análisis pudiéramos encontrar pistas sobre los mensajes que Cuba puede sembrar en el mundo y guías para el actuar de los cubanos, ya que este proceso desborda el marco de un problema binacional.

El nexo entre lo que sucede en Cuba y los problemas mundiales lo apreció también José Martí en toda su profundidad, desde el siglo XIX. En el Manifiesto de Montecristi (1895) escribió: «La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo». (3)

Ahora, ciento treinta años después, ¿Cuál es ese servicio oportuno que el heroísmo juicioso de Cuba puede prestar al equilibrio aún vacilante del mundo? ¿Cómo se proyecta ese diferendo histórico hacia el siglo XXI?

III. Los cambios del siglo XXI: ¿coyunturas o tendencias?

El crecimiento de la riqueza material y la justicia en la distribución de esa riqueza han estado en el centro de los debates políticos y de las revoluciones durante siglos, y lo siguen estando. Lo que va cambiando es el contexto en el cual ocurre esa lucha.

El siglo XX estuvo marcado por el modo capitalista de producción, por la economía industrial y por la consecuencia de ambos en la expansión de las desigualdades sociales, dentro de los países y entre países.

Aceptando el riesgo de la excesiva simplificación (que es inherente al reduccionismo de las ciencias naturales), el capitalismo puede ser definido como la combinación del libre intercambio de mercado en la búsqueda de ganancias, con la propiedad privada sobre los medios de producción y el empleo de trabajadores asalariados contratados a través de un mercado de trabajo. (4) La defensa de que ese sistema puede producir y distribuir más bienes y servicios se apoya en la idea de que cada individuo «al perseguir su propio interés, a menudo promueve el de la sociedad con mayor eficacia que cuando realmente pretende promoverlo». Es una idea de 1776. Así lo escribió uno de los principales teóricos del capitalismo liberal, Adam Smith. (5) Esta es la idea de la «mano invisible del mercado», reforzada más recientemente por la ideología neoliberal. Hoy cada vez menos gente cree en eso. La historia ha demostrado ampliamente que el capitalismo es una máquina de generar desigualdades. Montañas de datos demuestran cómo la concentración de la riqueza ha aumentado en el mundo en tres siglos de capitalismo. (6) Eso, o peor, es lo que quieren para Cuba quienes manipulan en las redes sociales las realidades cubanas y los que les pagan. En todas las sociedades desiguales siempre ha habido una pequeña élite que se beneficia de las desigualdades y las intenta perpetuar.

Las desigualdades producidas por el capitalismo global mostraron una tendencia creciente durante el siglo XIX. Esta tendencia se interrumpió por las grandes tragedias de las dos guerras mundiales del siglo XX, y entonces, en las tres décadas siguientes a la Segunda Guerra Mundial, se produjo una contracción de las desigualdades, conducida por las políticas del «Estado de Bienestar» implantadas por la socialdemocracia europea, en no poca medida presionada por el ejemplo de justicia distributiva de la URSS y el campo socialista. Las políticas de esos treinta años en los países capitalistas desarrollados incluyeron en combinaciones diferentes: nacionalizaciones, educación pública, sistema público de salud e impuestos progresivos. Son precisamente estas las políticas que los ideólogos del capitalismo les critican hoy al discurso de izquierda en sus propios países. Esas políticas, aun sin llegar a plantearse superar el capitalismo, le impusieron límites durante un tiempo a

la expansión de las injusticias sociales. Pero después todo volvió a cambiar, y no para bien. Las desigualdades volvieron a crecer a partir de los años 80 como consecuencia de las políticas neoliberales infligidas por los gobiernos de Ronald Reagan en los Estados Unidos y de Margaret Thatcher en el Reino Unido, etapa que se conoce como «la revolución conservadora».

En América Latina las impusieron a través de las dictaduras militares, principalmente en el Cono Sur, y se ampliaron las desigualdades a niveles indecentes. En esa misma etapa, Cuba las redujo.

Las desigualdades sociales tienen un componente de diferencias «entre países» y otro componente de diferencias «dentro de los países». Actualmente las desigualdades entre países son el componente principal, pero cuando se explora la distribución de la riqueza al interior de las sociedades se aprecia también un incremento de estas, especialmente en los países de menor desarrollo. Y no se trata solamente de desigualdades en la riqueza. Estas se convierten también en educacionales. En los Estados Unidos, por ejemplo, hay una clara relación entre la probabilidad de acceso de un joven a la educación superior y el nivel de ingreso de sus padres: el acceso a la educación superior es apenas 20 % para las clases más pobres, y llega a 90 % para los más ricos. La desigualdad en el acceso a la educación propaga las desigualdades sociales a las próximas generaciones. (6)

La desigualdad **dentro** de las naciones fue la que Marx pudo estudiar en su época. Pero a ella se suma, en los últimos ciento cincuenta años, una creciente desigualdad en la distribución de la riqueza **entre** las naciones. Ese ensanchamiento del foso de riqueza que separa las economías del norte y las del sur se debe a la acción de dos grandes fuerzas: las nuevas tecnologías y la globalización de la economía.

La economía mundial ha cambiado mucho en las últimas décadas: ahora es mucho más tecnológica (economía del conocimiento) y mucho más global (economía interconectada).

El término «Industria 4.0» se empezó a utilizar en Alemania en el año 2011, aunque otros utilizan expresiones equivalentes, como «Cuarta Revolución Industrial», capturando la idea de la aparición y expansión reciente de nuevas tecnologías que deben producir cambios profundos en el mundo industrial. (7) Se trata de tecnologías «habilitantes» (tecnologías que generan otras tecnologías) tales como la inteligencia artificial, el procesamiento de grandes masas de datos *(big-data),* la conexión de maquinarias industriales a Internet a través de sensores, la robótica, la manufactura aditiva (impresión por capas en tres dimensiones), la computación «en la nube», las nanotecnologías, los nuevos materiales, la «energía inteligente», la biología sintética y otras, que tienen en común el uso intensivo de la informática y las telecomunicaciones en los procesos industriales. Se le llama a todo esto «Cuarta Revolución Industrial» para distinguirla de la primera que fue impulsada en el siglo XVIII por la máquina de vapor y la mecanización; de la segunda, guiada a principios del siglo XX por el uso de la energía eléctrica y los combustibles fósiles; y de la tercera, en la segunda mitad del siglo XX, que involucró la electrónica y las tecnologías de la información y las comunicaciones.

La inteligencia artificial es una «tecnología de la inteligencia» que busca reproducir o incluso superar las capacidades del cerebro humano para el procesamiento e interpretación de información, e incluso para la creatividad, y transformar los pensamientos humanos en códigos que sean leíbles por las computadoras.

La biología sintética es un paso más allá de la ingeniería genética del siglo XX. Las técnicas de ADN recombinante permitieron leer el código genético y clonar genes para obtener sus productos en escala industrial; pero en el momento actual, y a partir aproximadamente del 2012, una tecnología genética llamada CRISPR permite editar y sintetizar nuevas secuencias genéticas. En lenguaje simple, permite hacer genes que no existen en la naturaleza. La inteligencia artificial y la biología sintética se potencian mutuamente en un lazo de refuerzo positivo.

A ello se suma el potencial de **automatización de la Robótica**, incluidos los robots agrícolas que abren opciones de agricultura y riego de precisión. Los robots impactan ya en la industria con **tecnologías de manufactura aditiva**, guiadas por inteligencia artificial y usando nuevos materiales, diseñados a partir del conocimiento de la estructura de la materia en escala de nanómetros **(las nanotecnologías).**

Otro componente importante de la cuarta revolución industrial es la aparición de nuevas **tecnologías energéticas**, nuevas formas de generar, almacenar y distribuir energía. (8)

Marx, Engels y Lenin vivieron entre la primera y la segunda revoluciones industriales. No conocieron la tercera, y mucho menos la cuarta. Pero sí vieron las conexiones entre los

cambios tecnológicos (las fuerzas productivas) y las relaciones entre los hombres para la producción, la importancia de vincular las luchas por una sociedad más justa con los esfuerzos de desarrollo tecnológico y de actuar revolucionariamente en ambas direcciones.

El otro proceso que interactúa con el cambio tecnológico es la llamada «globalización de la economía». (9) Implica que una parte creciente de los ingresos nacionales hay que obtenerla en el comercio exterior. Ya no es la economía de principios del siglo XX en la que el valor del trabajo se expresaba en productos y servicios que eran consumidos principalmente en el interior de las naciones. Ahora el valor del trabajo depende cada vez más de la aceptación y del precio que reconozca el mercado mundial. Se construyen cada vez más cadenas transnacionales de productos y servicios, y esas conexiones ocurren en todo el ciclo de desarrollo de los productos, no solamente en la comercialización de productos terminados.

La globalización no tiene marcha atrás. Es un proceso objetivo impulsado por las nuevas tecnologías, que permiten escalas muy grandes de producción, y por el desarrollo del transporte y las comunicaciones a nivel global. A pesar de coyunturas y oscilaciones en la política mundial, no habrá una «des-globalización». Para Cuba, los ingresos en divisa, el «cuello de botella» principal de nuestra economía hoy, dependen de nuestra capacidad de insertarnos en el mundo. Y será así cada vez más.

Ambos fenómenos, globalización y cambio tecnológico se refuerzan mutuamente. Mientras mayor es el contenido de ciencia y tecnología en el valor añadido de un nuevo producto o de un servicio, más difícil es que el costo pueda recuperarse en una demanda doméstica, necesariamente pequeña. Hay que buscar la rentabilidad en el mercado externo.

Las nuevas tecnologías permiten globalización y esta facilita el acceso a nuevas tecnologías en un «lazo de retroalimentación positiva». Pero nótese que también puede este lazo convertirse en un «círculo vicioso», si el retraso tecnológico no permite la inserción en la economía mundial y la desconexión del mercado mundial no permite acceder a los recursos necesarios para actualizar la tecnología. Así, la interacción entre tecnología avanzada y globalización está conduciendo a una gran bifurcación en la economía mundial, en que algunos países pueden seguir la pendiente del desarrollo mientras que otros siguen atrapados en el subdesarrollo. (10)

Ambos fenómenos, globalización y cambio tecnológico, no son coyunturales. Son tendencias que van a continuar. Para Cuba esta realidad significa que la economía necesita crecer. Para ello no basta con ahorrar, ser eficientes, controlar y distribuir bien: hay que crecer, especialmente en bienes y servicios que puedan cerrar su ciclo económico en las exportaciones y la inserción en cadenas globales de valor. Esto quiere decir también bienes y servicios con un alto contenido de ciencia, tecnología e innovación.

Y todo esto exige la continua construcción de equidad social. La equidad social no es una consecuencia del desarrollo económico, es un prerrequisito para ese desarrollo (nos referimos al no capitalista), y a ella no se llega espontáneamente desde la economía. Hay que construirla desde la política. Los niveles elevados de desigualdad socioeconómica no son un accidente de la economía de mercado, son inherentes a los mecanismos básicos del funcionamiento de los mercados.

IV. Las ecuaciones sociales

En 1928 el pensador marxista peruano José Carlos Mariátegui escribía: «…no queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica». (11)

La Historia coloca frecuentemente a los procesos políticos ante disyuntivas en las que hay que escoger entre caminos aparentemente divergentes o superar la disyuntiva con una pregunta más relevante. Ahí radica la creatividad.

En Cuba, al discutir las estrategias económicas del momento actual surgen varias de estas disyuntivas:

> ¿Cuál es el balance adecuado entre eficiencia económica y equidad social?
> ¿Cuál es el balance adecuado entre centralización y flexibilidad adaptativa?
> ¿Cuál es el balance adecuado entre gradualidad y urgencias?
> ¿Cuál es el balance adecuado entre aceptación audaz de riesgo y prevención responsable de las consecuencias?
> ¿Cuál es el balance adecuado entre estabilidad fiscal y pleno empleo?
> ¿Cuál es el balance adecuado entre estímulo a la inversión extranjera y protección de la soberanía?

Los cubanos nos situamos con nuestras actitudes y opiniones ante cada problema

concreto en uno u otro extremo de estas polarizaciones, o en el elusivo justo medio. El camino que tomemos en estas encrucijadas dibujará nuestro futuro.

Finalmente, ¿habrá que escoger entre crecimiento con desigualdades o justicia social con carencias materiales? ¿Habrá que escoger entre la planificación rígida que sacrifica la creatividad en aras del ahorro a corto plazo y la descentralización amplia de la gestión que permite explorar alternativas de crecimiento, pero que a su vez puede abrir espacios para el despilfarro y la corrupción?

La buena noticia es que esas dicotomías pueden ser superadas. Son falsas disyuntivas, pues el balance óptimo está mediado por la tecnología y por la cultura. (12)

La motivación y la constancia en la labor de científicos y tecnólogos, la manera en que escogen los problemas a abordar, la creatividad que sean capaces de desplegar al formular las hipótesis de trabajo, su apego o no a los paradigmas dominantes en cada rama de la técnica, su actitud ante las anomalías que siempre surgen en los resultados, su disposición o rechazo a la transdisciplinariedad al abordar situaciones complejas, el balance adecuado ente competencia y colaboración, y su compromiso con el impacto social de lo que hacen son fenómenos culturales que influyen en el desarrollo tecnológico de manera independiente a la rigurosidad en el dominio y uso del método científico para evaluar con objetividad las diversas hipótesis y estrategias posibles.

Encontrar la respuesta correcta a una pregunta científica o a una opción tecnológica es un proceso objetivo que responde a métodos de pensamiento estructurables pero la formulación de esa pregunta científica u opción tecnológica es un proceso intelectual diferente, creativo, con muchos componentes de intuición no estructurable y vinculado a las motivaciones y valores de los científicos. Así apreció José Martí este doble carácter del proceso intelectual de la ciencia: «Toda ciencia empieza en la imaginación y no hay sabio sin el arte de imaginar, que es el de adivinar y componer. La imaginación es como una iluminadora, que va delante del juicio, avivándole, para que vea lo que investiga». (13)

En el nivel «macro» de las estrategias nacionales para el desarrollo socioeconómico también hay determinantes culturales. Según la definición de la UNESCO: «La cultura debe considerarse como el conjunto de rasgos distintivos espirituales, materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan una sociedad o un grupo social y que abarcan, además de las artes y las letras, estilos de vida, maneras de vivir juntos, sistemas de valores, tradiciones y creencias». (14) Ese conjunto de rasgos distintivos espirituales, de sistemas de valores, de maneras de vivir juntos, influirá mucho en los balances que podamos lograr en cada momento entre eficiencia económica y equidad social, entre centralización y flexibilidad adaptativa, entre gradualidad y urgencias, entre aceptación del riesgo y prevención de consecuencias, y otras tantas «ecuaciones sociales» que surgen a cada paso.

Una de las áreas de impacto social de la cultura está precisamente en la capacidad que tengamos para librarnos de uno de los males que han lastrado otros experimentos de socialismo: la burocracia.

El comportamiento humano se modula mediante la cultura o mediante procedimientos preestablecidos y de cumplimiento obligatorio, o con ambas cosas. Mientras más fortaleza tengamos en uno, menos necesitamos del otro, en ambos sentidos.

La burocracia es esencialmente una forma de pensar y actuar en la que los procedimientos son más importantes que los objetivos. Se acepta posponer o limitar objetivos a cambio de ser estrictos en el cumplimiento de los procedimientos establecidos; se penaliza mucho a quien no cumple los procedimientos y se penaliza poco al que vive disciplinadamente, pero con objetivos limitados. Esto se conoce como «riesgo asimétrico». Poco a poco lleva al abandono de los objetivos audaces. Y eso es muy peligroso en momentos históricos donde se necesita mucha creatividad social, como hoy en nuestra querida Cuba socialista.

Cuando una empresa o un proyecto es simple, los objetivos y los procedimientos se suelen alinear bien. Entonces el paradigma burocrático genera el atractivo de trabajar dentro de un sistema de reglas y regulaciones formalizadas, bajo la jerarquía de funcionarios impersonales. Pero a medida que las tecnologías y la propia sociedad se hacen más complejas, el paradigma burocrático comienza a generar anomalías, que se van acumulando hasta que no es posible ignorarlas más. En las últimas décadas los procesos económicos se han hecho más complejos, entendiendo por «complejo» a la participación de muchos componentes, la cantidad de interacciones entre un componente y otro, y el carácter no lineal de muchas interacciones, todo lo cual condiciona que el sistema muestre

«propiedades emergentes» (buenas o malas) que no se pueden deducir del comportamiento por separado de cada una de sus partes. Esto se ve más claro en las «empresas de alta tecnología», que deben internalizar investigación científica, cambiar frecuentemente sus productos líderes, crecer por discontinuidades más que por mejoras incrementales, cultivar la experimentación y la creatividad de sus trabajadores, y responder a las demandas de mercados también cambiantes. Son un punto de observación privilegiado para ver fenómenos, y experimentar alternativas.

El desarrollo de la física en los siglos XVIII y XIX llevó a una «concepción relojera del universo», predecible, cognoscible y movido por leyes inexorables. De ahí surgió después una especie de concepción relojera de la economía y de las empresas. En su momento fue un avance, pero también habrá que superarla.

El modelo económico y social que los cubanos estamos construyendo requiere un modelo propio de la empresa estatal socialista, actor principal de nuestra economía, y el espacio de lo posible para este modelo económico depende del contexto científico-técnico y cultural que hayamos podido construir, simultáneamente.

Esta empresa tendrá que saber manejar las contradicciones que inevitablemente surgen entre el crecimiento y el control; entre la audacia en los objetivos y la disciplina en los procedimientos; entre la creatividad y la racionalidad de la planificación. Hay que encontrar el punto óptimo en estos balances, y lo más interesante es que ese óptimo no es el mismo para todos los sectores de la economía, ni para todas las etapas. La burocracia es una fuerza que nos empuja hacia un extremo en estos balances y, en consecuencia, nos aleja del Socialismo. Es un intento de conseguir con regulaciones y control los comportamientos humanos que no se han conseguido con la cultura. Así funciona la cultura intermediando la relación entre el crecimiento económico y la justicia social.

La construcción del contexto cultural que potencie nuestro desarrollo está también amenazada y esa amenaza a la cultura y los valores atraviesa y complejiza todos los problemas económicos y sociales. Son retos que no se pueden enfrentar «con las armas melladas del capitalismo» (como nos decía el Che), ni con ingenuidades pasivas ante las deformaciones (las espontáneas y las diseñadas) a las que nos conducen los tsunamis de banalidades, noticias falsas, deconstrucciones históricas, apelación a reflejos primitivos, y celebración de individualismos, y a donde nos llevan las industrias de la desinformación y las llamadas «redes sociales» (algunas más bien antisociales). Habrá que emprender esta tarea en un contexto de crecientes conexiones económicas, políticas, mediáticas y culturales con el mundo en toda su diversidad, las cuales pueden ser enriquecedoras, pero también retadoras y pueden operar diluyendo la cultura cubana. Igualmente, a lo que sucede con las tecnologías y con la industria, los modelos del siglo XX ya no bastan para los retos del siglo XXI. Este desafío ha crecido a tal velocidad que ya no es posible encontrar referentes históricos válidos sobre cómo enfrentarlo (el campo socialista europeo no los encontró). Nos demandará mucha creatividad y muchas conexiones con nuestras propias raíces históricas. De ello depende también la propia ciencia: las aptitudes cognitivas humanas solo pueden desarrollarse en el seno de una cultura que las produjo, las preservó y las trasmitió.

V. La inserción internacional

Uno de nuestros grandes desafíos está en la inserción internacional de la economía**.** Las nuevas tecnologías y la globalización son las dos fuerzas que están cambiando las economías en el siglo XXI, incluyendo en estos cambios su capacidad de construir equidad social (o de amplificar desigualdades) y los desafíos culturales y contradicciones que traen. Para los países pequeños la capacidad (económica, tecnológica y cultural) de manejar esas contradicciones es especialmente determinante. Su viabilidad económica depende cada vez más de su inserción en la economía mundial. Su soberanía depende de la solidez de su cultura. Los fundadores de la nación cubana vislumbraron esos retos muy tempranamente. La nación cubana surgió, desde su misma fundación, con una vocación de inserción en el mundo. Y también formó siempre parte de la estrategia de los enemigos históricos de la nación cubana impedir esa inserción. Lo hizo el colonialismo español primero con leyes de monopolio que ataban a la metrópoli el comercio exterior, y lo hizo el imperialismo norteamericano después; ahora lo hace con el brutal bloqueo comercial, económico y financiero contra el pueblo cubano.

Como país pequeño que somos, nuestra supervivencia depende de que salgamos victoriosos de esa batalla. Quien construye puentes, ayuda,

quien construye muros o inercias temerosas, estorba.

La inserción creativa y diversa de la economía cubana en la economía mundial la intentamos desde los primeros años de la Revolución mediante el esfuerzo de diversificación industrial impulsado por el Che; la intentamos después, a partir de 1972, con la incorporación al Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) de los países socialistas, proceso interrumpido en los 90 por la desaparición de la URSS y del propio CAME; y lo intentamos de nuevo a partir del 2010 con la creación de la CELAC, proceso afectado también por el ascenso de gobiernos de derecha en América Latina.

Y hay que intentarlo otra vez ahora, en el contexto marcado por la globalización de la economía y la cuarta revolución industrial. Estos procesos entrañan una compleja mezcla de oportunidades y riesgos para todos los países, pero especialmente para los países pequeños.

En la misma medida en que las nuevas tecnologías generan productos y servicios con mayor contenido de conocimientos, estos contienen un componente mayor de trabajo pretérito, que depende a su vez de la formación del capital humano y de la inversión en investigación científica. Las economías pequeñas no tienen un mercado doméstico grande que funcione como atractor de nuevas tecnologías. Tampoco tienen un producto interno bruto grande que funcione como base fiscal (impositiva) para financiar un sector presupuestado grande, que incluye la educación y la ciencia. Nuestra batalla económica deberá diseñar e implementar, con mucha creatividad, una estrategia de inserción en la economía mundial, en ese contexto.

¿De qué manera injertarnos en el mundo, como reclamaba Martí, en el nuevo contexto económico y tecnológico? Los procesos históricos operan a escalas de tiempo que rebasan el lapso de una vida humana. No hay que dejarse aplastar por la complejidad. De lo que se trata es de entender nuestro momento, e identificar y asumir lo que tenemos que hacer en él. Tener «sentido del momento histórico» (expresó Fidel) y «cambiar lo que debe ser cambiado». Necesitaremos:

Reindustrializar al país con tecnologías avanzadas de la cuarta revolución industrial y aumentar el peso de producciones y servicios de alto valor agregado en nuestro PIB.

Aumentar el espacio, hoy todavía muy pequeño, de productos y servicios de tecnología alta y media en nuestro comercio exterior y fortalecer la inserción de nuestro aparato productivo en cadenas globales de valor, y en las partes de mayor valor agregado de esas cadenas.

Fortalecer nuestro ecosistema productivo con nuevas empresas estatales, que sean basadas en tecnologías avanzadas y además exportadoras. La experiencia mundial indica que hay una relación inversa entre el tamaño de las empresas y su capacidad de innovación.

Dejar atrás la confusión entre la propiedad estatal, que debe prevalecer siempre en las empresas estratégicas, y el tamaño de la empresa, que debe acomodarse a las nuevas tecnologías y a las oportunidades de inserción internacional.

Capturar los conceptos de «empresa de alta tecnología», de mipyme estatal de base tecnológica y de entidades de interfaz (con las atribuciones que les permitan crecer) en el ordenamiento jurídico que estamos construyendo; y hacer que la letra de estas leyes refleje el consenso social y moral sobre el tipo de economía que queremos construir.

Fortalecer las conexiones de nuestras empresas con universidades y centros científicos.

Desplegar más empresas cubanas y mixtas en Cuba y en el exterior, especialmente con tecnologías avanzadas. Nuestra inserción en la economía mundial tendrá que ser una «inserción distribuida» con acciones en muchas y muy diversas empresas. Cada empresa estatal con posibilidades de inserción internacional debe tener su propio plan para construir un esquema externo. El precio que se paga por centralizar es cancelar opciones y exploraciones. Una red de asociaciones externas para una empresa es un activo, igual que si tuviera más edificios o más equipos, y es un atractor de nuevas negociaciones.

Formar las nuevas generaciones de jóvenes empresarios del socialismo en Cuba.

Desarrollar una economía así e insertarnos en el mundo así, a pesar del bloqueo, puede ser parte de la contribución que hagamos a «la firmeza y trato justo de las naciones americanas y al equilibrio aún vacilante del mundo», a lo que nos exhortaba hace ciento treinta años el Manifiesto de Montecristi.

VI. ¿Qué hacer?: Las mipymes estatales y la nueva industrialización

Quienes venimos del sector de la Biotecnología traemos la experiencia de la construcción de un sistema empresarial estatal a partir de gru-

pos científicos que estaban antes en el sector presupuestado, de conectar las empresas con el sector académico, de generar patentes, de convertir la ciencia en productos y servicios novedosos y exportarlos a más de 40 países, de enfrentar las barreras regulatorias a las exportaciones, de crear y administrar empresas mixtas en varios países, y de negociar activos intangibles. Fidel Castro condujo esa experiencia con visión estratégica y atención al detalle, y ello nos dota no solamente de un nuevo sector de la economía con nuevos productos y servicios, sino también, y quizás principalmente, de un aprendizaje de gestión y conducción por el Estado del desarrollo socioeconómico. Esa práctica, que data ya de más de 40 años, es exitosa, no carente de errores de los que aprender, pero esencialmente exitosa.

La experiencia a que nos referimos genera también visiones sobre temas económicos que son diferentes a las que tienen otros compañeros que provienen de otros campos del saber y de la práctica, y eso es bueno. Los debates están ocurriendo con mucha intensidad, incluso con manifiesta ansiedad. ¿Por qué? Porque percibimos que nos estamos acercando a puntos de inflexión y bifurcaciones que marcarán nuestro futuro, y marcarán especialmente cómo nos vamos a insertar en el mundo.

En los momentos de bifurcaciones se toman decisiones rápidas sobre los caminos futuros, decisiones que pueden generar irreversibilidades. Y se toman recurriendo al arsenal de ideas disponibles, que vienen de mucho tiempo antes. La calidad y sabiduría de ese arsenal de ideas, y el consenso que sean capaces de generar, es determinante.

Esas ideas conciernen a muchos aspectos interactuantes de ese gran sistema de vasos comunicantes que es la economía. Especialmente importante son las conexiones con la permanente polémica de las relaciones entre estabilización macroeconómica y transformación productiva, polémica en la que ambas posiciones extremas son ciertas: la de los que dicen que sin estabilización monetaria no hay transformación productiva posible y la de los que dicen que sin una transformación productiva, que multiplique las capacidades de exportación, ninguna estabilización macroeconómica será sostenible.

La realidad es que tenemos que ocuparnos de ambas cosas a la vez, ¿cómo lo hacemos?

La estabilización macroeconómica, aun si la logramos exitosamente, solamente puede ser sostenible si se acompaña de una profunda transformación productiva. El equilibrio macroeconómico es condición necesaria, pero no suficiente.

La transformación productiva debe lograr un incremento de los ingresos en divisa. Como país pequeño que somos y seremos, el éxito de nuestra economía depende de una inserción exitosa en la economía mundial. Y hay que lograrla con productos y servicios de alta tecnología, es decir, de alto valor agregado, provenientes de la ciencia, la tecnología y la innovación. No la lograremos con productos primarios, ni con maquila de bajo contenido innovador. La actividad exportadora tiene que ser diversificada. No iremos muy lejos con pocos productos, aunque tengan mucho volumen. Para lograr eso tenemos que aumentar la densidad empresarial de la economía.

Todavía avanzamos lento por este camino. Han surgido nuevas empresas, y las necesitamos, pero en su mayoría no son estatales, no son mayoritariamente para la producción, no son de alta tecnología y no son exportadoras. Esta es una realidad que hay que cambiar. Tendremos que crear nuevas empresas como una vez creamos aceleradamente nuevas escuelas y nuevos hospitales. Es parte de la imprescindible construcción de institucionalidad en el proyecto social cubano. Si lográramos, y hay que lograrlo, incubar muchas nuevas empresas estatales tecnológicas y exportadoras ¿Cómo las vamos a gestionar? Esta es otra enorme área que demanda creatividad.

En la historia capitalista en Cuba la colonización española impuso un modelo de monoproducción y monoexportación concentrado en productos primarios, y gestionado por empresas de la metrópoli. (15) Luego en la neocolonia yanqui el modelo se repitió: azúcar, ron, tabaco y gestión en manos de los monopolios norteamericanos. Pero también la experiencia socialista de nuestras relaciones con la URSS, si bien nos permitió recuperar para el pueblo el control de la economía, hacer grandes inversiones de infraestructura, crecer y lograr los indicadores sociales que hoy nos enorgullecen, desde el punto de vista de la gestión empresarial impuso un modelo de uniformidad de procedimientos, planificación material y dirección vertical administrativa que correspondía (con cierto éxito en el campo socialista europeo) a las tecnologías de producción de la segunda revolución industrial, pero no a las fuerzas productivas de la cuarta revolución industrial que se nos viene encima.

Necesitamos una economía de alta tecnología porque nuestros recursos naturales exportables son escasos y nuestra demanda interna es pequeña. La necesitamos además porque nuestra fuerza de trabajo envejece, en gran parte como consecuencia de nuestro propio desarrollo social. Necesitamos nuevas empresas con nuevas tecnologías, pequeñas, pero de propiedad estatal adhiriéndonos con firmeza al principio refrendado por nuestra Constitución de que: «La empresa estatal socialista es el sujeto principal de la economía nacional». (16)

El pueblo sabe que si un día renunciáramos a la función central de la empresa estatal socialista como forma principal de la economía, estaríamos implícitamente renunciando a la justicia social y muy posiblemente también a la soberanía nacional. Las presentes y futuras generaciones de cubanos no pueden cometer ese error fatal. Fidel alertó de ese riesgo, alto y claro, y reiteradamente. La empresa estatal es el contexto organizacional concreto en el que se expresan la propiedad social, la distribución del producto social de acuerdo al trabajo y la planificación en función de elevados objetivos sociales.

Las empresas estatales, aunque a algunos les sorprenda esta afirmación, tienen sus raíces dentro del mismo sistema capitalista. Es la consecuencia natural de dos procesos: la socialización de la producción y la separación entre propiedad y gestión. La propiedad socialista de todo el pueblo es una continuación de estos procesos, ya sin las trabas derivadas de la propiedad privada. Es lo que Marx previó al intuir que las formas básicas de un sistema socioeconómico maduran dentro del sistema que le precede.

A los dos procesos objetivos de socialización de la producción y de independencia entre propiedad y gestión se adiciona en el último medio siglo otro fenómeno, que es el de la internalización de la investigación y el desarrollo tecnológico en las propias empresas. (17) Surgen así empresas que invierten una parte importante de sus recursos en investigar nuevos productos y procesos, que sustituyen sus productos por otros mejores con mayor frecuencia que la industria tradicional, que protegen sus conocimientos con patentes y se involucran en frecuentes transacciones sobre activos intangibles (patentes y otros), y que emplean una fuerza de trabajo de alta calificación.

En América Latina las pequeñas y medianas empresas, que son privadas, asumen el 67 % del empleo, pero solamente contribuyen al 25 % del PIB. (18) Ello indica que se concentran en actividades de relativamente poco valor agregado. La inversión privada no se dirige usualmente a actividades de riesgo y recuperación a largo plazo, como suelen ser las tecnologías novedosas.

Es en las empresas estatales donde tienen que expresarse mejor las ventajas del socialismo para el desarrollo tecnológico. Este camino no tiene mapas ni manuales, y no está exento de incertidumbres, pero la emergencia de empresas tecnológicas estatales es un proceso que no se puede dejar a la espontaneidad. Nuestras leyes, varias de ellas en construcción, tienen que crear un contexto facilitador, pero el despliegue de un ecosistema de empresas estatales tecnológicas requiere impulso y conducción, hasta que despegue por su propia dinámica interna.

Es la tarea que conduce ahora la nueva generación al frente del Partido y del Estado, con sus políticas basadas en la Ciencia y la Innovación, en la comunicación social y en la informatización de la sociedad. Estos tres pilares de la gestión de Gobierno en Cuba, en los cuales ha insistido en varias de sus recientes intervenciones el presidente de la república Miguel Díaz Canel, no son tres tareas separadas o yuxtapuestas. Al contrario, son tres estrategias interactuantes que capturan los nuevos roles de la cultura y la gestión del conocimiento en las sociedades humanas actuales. Conocimiento que es preciso construir por nosotros mismos y hacerlo parte de la cultura general del cubano, incluyendo el uso de las tecnologías modernas para captarlo, interpretarlo y hacerlo circular.

Se trata nada menos de guiar la nación hacia la construcción de una sociedad del conocimiento y de la cultura.

Será una tarea compleja, pero, como dice una canción de Silvio, «hay buenas semillas en el valle desde ayer», no nos faltarán líderes que capturen las esencias complejas de esa tarea y siembren estrategias, y jóvenes preparados y audaces dispuestos para la cosecha.

VII. ¿Qué hacer?: La formación de los jóvenes empresarios del socialismo

El despliegue de una nueva industrialización basada en empresas estatales, de tecnología avanzada e insertadas de manera distribuida en la economía mundial, es una tarea que tiene

al menos dos componentes: la construcción de un contexto jurídico que permita y fomente el surgimiento de este tipo de empresa y la preparación de una vanguardia de actores que las van a dirigir, es decir, los jóvenes empresarios del socialismo. Necesitaremos muchos jóvenes que sean los empresarios de las nuevas empresas socialistas, jóvenes que se dispongan a aceptar los enormes desafíos a la inteligencia y a la voluntad, que plantea la gestión de empresas en la era de la globalización y de la cuarta revolución industrial.

El carácter capitalista o socialista no está en las formas de gestión empresarial, que tienen componentes técnicos, sino en las formas de propiedad y de apropiación de los resultados del trabajo, cuya esencia es ideológica. Hay que saber separar en nuestros conceptos y actitudes a «la empresa» como unidad económico-social que integra elementos humanos, materiales y técnicos en función de ofrecer bienes y servicios, y «la empresa capitalista», cuya función es extraer plusvalía para que se la apropie el dueño privado.

La globalización de la economía construye cada vez más interdependencias entre las economías de diferentes países, arma cadenas globales de valor y obliga a muchas empresas, aun las más pequeñas, a pensar en mercados externos y competitividad global. Por otra parte, la creciente conexión entre la ciencia y la producción demanda mayor diversidad de productos, que son rápidamente remplazados por productos nuevos, incrementa el componente de los activos intangibles y la gestión del conocimiento en vida de las empresas, y comienza a borrar la vieja separación entre el sector presupuestado y el sector empresarial. También demanda exploración de formas empresariales y de gestión nuevas, además de audacia en decisiones cuyo impacto es poco predecible.

La industria gigante de procesos estandarizados y dirección vertical funcionó bien para la economía industrial del siglo XX, en el capitalismo y en el socialismo, pero se adapta mal a las producciones dinámicas y flexibles del siglo XXI. Tendremos que crear nuevas empresas como una vez creamos aceleradamente nuevas escuelas y nuevos hospitales. Es parte de la imprescindible construcción de institucionalidad en el proyecto social cubano. Y evitar que la aspiración de reforzar los controles sobre las empresas nos conduzca poco a poco a desear que haya pocas, para controlar mejor. Ya ha sucedido antes. Entre el crecimiento y el control, hay que privilegiar el crecimiento (aunque sabemos que necesitamos ambos).

La misión principal de los jefes y funcionarios debería ser emprender y fomentar, no solo controlar. Si permitimos que se conforme en la economía una visión en la cual la función de fomento queda en el sector privado, y entonces el sector estatal quedaría para regular y controlar, le estaríamos regalando al sector privado la función de emprendimiento, y eso es un suicidio político.

Las pequeñas empresas privadas (y esto es una experiencia de muchos países) tienen un espacio en la economía, pero no suelen lanzar proyectos a largo plazo y tecnológicamente complejos, que impliquen competitividad a escala global y manejo de incertidumbres. Esas son funciones del Estado en la economía. (19) La intensidad tecnológica de la producción y las exportaciones determinará el balance óptimo entre propiedad privada y propiedad estatal.

Nuestros jóvenes empresarios del socialismo serán personas profundamente comprometidas con Cuba y con su proyecto socialista de soberanía y justicia social; que tengan esa especial combinación de humildad personal y ambición intensa por el desarrollo de su organización (no por el enriquecimiento personal); que sepan al mismo tiempo preservar y comunicar los valores esenciales, pero también estimular el cambio y la experimentación; que sepan formular objetivos audaces y motivadores, pero asimismo construir procesos y exigir disciplina en los procesos y desempeño cotidiano. Profesionales que brillen «a través del brillo de sus subordinados», no del suyo propio. Líderes que dirijan con el ejemplo, así como con su capacidad de comunicar, convencer, entusiasmar y movilizar la voluntad de la gente, y que construyan un ambiente empresarial en que cada trabajador sienta que crece cada día.

Las empresas estatales son una construcción tecnológica, pero también deben ser una construcción cultural. El carácter «global» de una pequeña empresa estatal cubana solamente será sostenible si se apoya en la cohesión interna que genera la cultura. Los jóvenes empresarios deben ser también los constructores de esa cultura.

Tenemos jóvenes así, y no son pocos. Son la «arcilla fundamental de la obra» que apreció el Che Guevara desde su ensayo *El socialismo y el hombre en Cuba*. (20) Jóvenes empresarios del socialismo que saldrán del pueblo, para servir al pueblo.

VIII. El desafío de las velocidades

Fidel se caracterizaba a sí mismo con esta expresión: «…milito en el bando de los impacientes, y milito en el bando de los apurados, y de los que siempre presionan para que las cosas se hagan y de los que muchas veces tratan de hacer más de lo que se puede». (21)

Y es que una revolución es siempre un esfuerzo colosal por ensanchar el espacio de lo posible, y hacerlo rápido, muy rápido. Esa definición era válida en 1967 y lo es también ahora, porque en la complejidad de las sociedades humanas siempre coexisten procesos de diferente signo, y el avance o el retroceso dependen de las velocidades relativas de esos procesos.

Los pensadores sociales se esfuerzan por identificar los procesos que están en marcha y por predecir hacia donde pueden llevarnos de continuar las tendencias actuales, pero es mucho más difícil predecir a qué velocidades esos procesos ocurrirán. Y de esas velocidades relativas depende todo.

Estamos siendo testigos (y actores) de transformaciones en el modelo económico cubano, que incluyen dos procesos paralelos y complementarios: el del aumento de la autonomía operativa de las empresas estatales y el del surgimiento de pequeñas y medianas empresas, tanto estatales como privadas. Hay en marcha también un proceso de promoción, aún con dinámica insuficiente, de la inversión extranjera.

Simultáneamente, es evidente el proceso de ampliación de las funciones de la Ciencia, la Tecnología y la Innovación en el proyecto social cubano. Este tiene innegables conexiones, y debe tener más, con los tres procesos antes mencionados.

Pero también estamos presenciando procesos de signo regresivo como el deterioro de la infraestructura industrial (se aprecia claramente en los recientes problemas de generación eléctrica) y de erosión del capital humano, consecuencia de décadas de bloqueo. ¿Cuáles de todos esos procesos ocurrirán con mayor velocidad y terminarán determinando el resultado conjunto? No lo sabemos, aunque la respuesta depende en gran medida de nosotros mismos. Las economías, y en sentido más amplio las sociedades humanas, son sistemas muy complejos, que evolucionan bajo la presión de muchísimos factores, no pocos de ellos con efectos «no-lineales». Lo que sí sabemos, sin la menor duda, es en qué sentido tenemos que trabajar los revolucionarios cubanos (es el «optimismo de la voluntad» que reclamaba Gramsci). (22)

El surgimiento de emprendimientos de relativamente menor riesgo, y de menor valor añadido, ocurre casi espontáneamente a partir de actores privados, mientras que el surgimiento de empresas de base tecnológica, especialmente con tecnologías novedosas y complejas, contiene incertidumbres y mayores plazos de recuperación, y debe ser guiado por actores estatales. Ahí es donde decenas de grupos de trabajo, que hoy están en el sector académico presupuestado, tienen que asumir el reto de generar empresas estatales de alta tecnología, y ese debería ser un proceso determinante en la transformación de nuestras fuerzas productivas, si logramos que ocurra a suficiente velocidad.

El socialismo requiere de fuerzas productivas desarrolladas, y estas tienen que surgir de la ciencia y el capital humano sembrados en Cuba por décadas de construcción social revolucionaria. Pero sepamos que este es un proceso de desarrollo que debe competir, en sus velocidades, con otros procesos de signo regresivo. Y que cada uno de nosotros se apunte en el bando de los apurados.

En nuestra nación soberana hay que demostrar que podemos construir una economía basada en el conocimiento, capaz de insertarse con éxito en los flujos mundiales de intercambio de bienes y servicios de alta tecnología, y de conocimientos; capaz de nutrir la expansión continua de nuestro capital humano y el perfeccionamiento de nuestra equidad y justicia social.

Las funciones históricas del Estado-nación soberano no están agotadas para el siglo XXI, como gusta decir a los ideólogos imperialistas del concepto de «soberanía limitada». Más bien sucede lo contrario: las funciones del Estado-nación soberano hacen hoy más falta que nunca, porque en la coyuntura dada por la desaparición del campo socialista europeo, seguida del rápido agotamiento del modelo de globalización neoliberal capitalista, se requiere urgentemente de la exploración de nuevas alternativas, que sean capaces de combinar desarrollo económico basado en el conocimiento, sostenibilidad y justicia social; alternativas que deben ser a la vez localmente diversas y globalmente conectadas.

Nuestro «modelo» se construye a mano, día a día, en todos los espacios de nuestra sociedad. Cada uno de nosotros tiene tareas en esa obra, pues ella contiene la construcción de conexiones

eficientes entre nuestros centros científicos y nuestras empresas, el aumento de la productividad del trabajo, la rapidez y eficiencia de las inversiones, el despliegue del enorme potencial de los Centros Universitarios Municipales para influir en el desarrollo socioeconómico de los territorios, el aumento y diversificación de nuestras exportaciones y de su contenido en productos y servicios de alto valor añadido, el aumento de la producción de alimentos, el cambio en la matriz energética hacia fuentes renovables, el perfeccionamiento continuo de nuestro sistema educacional y otras, en las cuales podemos vernos todos reflejados.

El despliegue de la inserción internacional de las empresas cubanas, especialmente de las empresas estatales de alta tecnología, es un componente central del esfuerzo económico de hoy, así como también demanda conducción intencional y un umbral de velocidad, para que pueda ser catalizador del desarrollo.

Todo esto no se hace solo: tenemos que hacerlo nosotros y sobre la base de la cultura cubana construida desde hace siglos. Hay que sembrar la confianza en que lo podemos hacer, pero también hay que comprender, con mucho realismo, que no tenemos todo el tiempo del mundo para avanzar despacio. Es la dinámica relativa de esos procesos, a veces contradictorios, la que definirá nuestro futuro.

Y todos somos responsables de que prevalezcan, en sus velocidades, los procesos de signo positivo que refuerzan nuestra soberanía y nuestro socialismo.

IX. Se puede

Frecuentemente se tiende a describir la realidad cubana actual en términos de dificultades, problemas, riesgos o a lo más, desafíos. Y hay razones para eso: décadas de guerra económica han retrasado nuestro desarrollo, tenemos carencias, falta de energía, medicamentos y alimentos, deterioro de las infraestructuras tecnológicas, serias limitaciones en el acceso a las divisas que limitan la capacidad de compra y la confianza para movilizar inversiones. Y todo eso en un contexto de cambio tecnológico, que demanda precisamente mayor capacidad inversionista, y de globalización de la economía, que demanda más y mejores conexiones con la economía mundial. Enfrentamos una guerra informativa, sumada a las dificultades reales, para crear escepticismos y presiones migratorias en generaciones que no pudieron participar directamente de la pasión constructiva y las certezas de los años 60, los 70 y los 80. Son las excusas de los fatigados, que, aunque se apoyen en fenómenos reales, no dejan por eso de ser lo que son: excusas para la desconfianza, la lentitud y la fatiga.

Pero el áspero contexto actual contiene también oportunidades. En las supuestas bondades de la economía neoliberal de mercado ya cada vez menos gente en el mundo cree. La hegemonía política y económica de los Estados Unidos y sus súbditos se deteriora aceleradamente ante el empuje de las economías emergentes del sur y sus nuevas alianzas. Las nuevas tecnologías de la cuarta revolución industrial dependen más del capital humano que de economías de escala producto de grandes inversiones, y eso amplía el espacio de desarrollo posible para países pequeños que sean capaces de construir una cultura de justicia distributiva, cohesión social e igualdad de opciones educativas.

Tenemos experiencias concretas en proyectos que contienen no solamente productos y servicios, sino también aprendizajes de gestión empresarial que hay que seguir capturando en nuestras leyes y extendiendo a otros sectores.

En todo lo que hagamos, tenemos que oponernos con firmeza a la expansión de desigualdades sociales, aunque vengan con la apariencia de racionalidad económica. En las desigualdades sociales (que se nos han ido creando porque los mecanismos de mercado siempre crean desigualdades) hay líneas rojas que no se pueden traspasar, niveles de desigualdad que no se pueden permitir, aunque nos cueste inflación.

La cultura nacional cubana tuvo siempre, y cultivó desde hace siglos, un bajo nivel de tolerancia ante las desigualdades y las injusticias. Hay que mantenerlo así. Uno de nuestros mayores intelectuales revolucionarios del siglo XX, el Dr. Armando Hart Dávalos, reflexionando sobre este tema decía: «La fuerza de la cultura cubana se deriva de que nació, creció y se desarrolló a favor de la justicia […]. El reto principal de nuestra modernidad se halla en situar la educación, la ciencia y la cultura en el centro mismo de las decisiones acerca de los programas de desarrollo económico». (23)

Nadie ha dicho que la batalla por el crecimiento económico y la defensa de la justicia social (al mismo tiempo) será una batalla fácil. Hay que enfrentar poderosos adversarios. También están aquellos que no son enemigos intencionales, a veces ni siquiera enemigos conscientes, pero estorban. Ahí están los capturados

por las doctrinas económicas neoliberales; los que perdieron la fe y el entusiasmo, pero hacen «peso muerto»; los arrogantes que no escuchan; los burócratas que buscan refugio en «lo que está establecido» y hacen resistencia a cualquier innovación, técnica o gerencial; los lentos, los reticentes a «cambiar lo que debe ser cambiado».

También los enfrentó Martí cuando preparaba la guerra necesaria e insistía en que «La obra es de ahora, y extraordinaria, y hay que atenderla ahora, con un esfuerzo extraordinario», (24) y sugería esto en su ensayo de 1995 «A la raíz» (25): «¡Y a lo que estorbe, se le ase del cuello, como a un gato culpable, y se le pone a un lado!».

Bibliografía

1. Martí, J.: *Obras completas*, vol. 13, p. 21, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
2. Adams, J. Q.: *Lectures on Rhetoric and Oratory, 1810,* Facsimile Ed. Scholar's, Facsimiles & Reprints, 1997.
3. Martí, J. y M., Gómez: Manifiesto de Montecristi. Disponible en: http://www/josemarti.cu/wp-content/uploads/2014/07/DP011.pdf
4. Olin-Wright, E.: *Como ser anticapitalista en el siglo XXI,* Ediciones Akal, S.A., Madrid, 2020.
5. Smith, A.: *An inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nation,* W. Strahan & T. Cadeli, London, 1776.
6. Piketty, T.: *Capital in the Twenty-First Century,* Harvard University Press, Cambridge & London, 2014.
7. Schwab, K.: *The Fourth Industrial Revolution,* World Economic Forum, Ginebra, 2016.
8. Suleyman, M. y M. Bhaskar: *La ola que viene. Tecnología, poder y el gran dilema del siglo XXI,* Penguin Random House, Ed. Barcelona, 2023.
9. Lage, A.: *Globalización y sociedad del conocimiento,* Editorial Academia, La Habana, 2021.
10. Duménil, G. y D. Lévy: *La gran bifurcación,* Ediciones Katz, Madrid, 2015.
11. Mariátegui, J. C.: *Defensa del Marxismo,* Revista Amauta, 1928.
12. Lage, A.: *La osadía de la ciencia,* Editorial Academia, La Habana, 2018.
13. Martí, J.: *Obras completas,* edición crítica, t. 19, p. 300, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2011.
14. UNESCO: Declaración universal sobre la diversidad cultural. Adoptada por la 31.ª Sesión de la Conferencia General 2001, París, Francia. Disponible en: https://unesdoc.unesco.org/ark/48223/rf0000127160
15. Limia, E.: *Cuba entre tres imperios: perla, llave y antemural,* Ediciones Boloña, Oficina del Historiador, 2011.
16. Constitución de la República de Cuba, Gaceta Oficial n.º 5, Extraordinaria, 10 de abril de 2019.
17. Lage, A.: *La economía del conocimiento y el socialismo. Preguntas y respuestas,* Editorial Academia, La Habana, 2015.
18. Comisión Económica para América Latina: *Estudio Económico de América Latina y el Caribe 2024,* Editorial CEPAL, Santiago de Chile, 2025.
19. Mazzucato, M.: *El estado emprendedor. Mitos del sector público frente al privado,* RBA Libros S.A., Barcelona, 2014.
20. Guevara, E.: *El socialismo y el hombre en Cuba,* Semanario Marcha, Montevideo, 1965.
21. Castro, F.: Discurso en el acto de inauguración de la presa Vietnam heroico en la Isla de Pinos. Disponible en: www.cuba.cu/gobierno/discursos/1967/es/f120867.e.htlm
22. Gramsci, A.: *Cartas desde la cárcel* (1929), edición crítica del Instituto Gramsci, Ediciones ERA, Ciudad de México, 1975.
23. Hart, A.: *Cultura para el desarrollo. El desafío del siglo XXI,* Universidad de Antioquia, Colombia, 2004.
24. Martí, J.: «Carta a los presidentes de los clubes en Cayo Hueso» (junio 1892), *Obras completas,* vol. 4, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991.
25. Martí, J.: «A la raíz», *Obras escogidas,* t. 3, p. 252, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002.

ALFREDO ZALDÍVAR

HIJO DE CAÑA

(Del libro inédito ***Carga pesada***)

A mi padre
A Maylan Álvarez

I
El pesador de caña.
El pescador de caña.
El pensador de caña.
Padre de caña mío.

Era en un chucho nombrado Sojo Tres
con la escuelita del maestro Tabares,
la tienda del padrino Piferrer
y la grúa de mi padre,
arco de triunfo
por el que entraban y salían a la intemperie
los trenes,
los carritos de la reparación,
la ambulancia,
la mercancía, los libros, las revistas.

Era un camino férreo y frágil de caña sin dulzor.
Todo iba sobre ruedas, nada iba sobre ruedas.
Un único camino para el ir y venir, nunca para avanzar.



Si no te gusta, Juan, échale azúcar
o simplemente exprímete la caña,
el guarapo de caña fresquecito,
del plantón a tu boca.

Si no te gusta, vete.
Si no te gusta, arranca.
Si no te gusta, aguanta.

Mi padre era de caña.
Mi padre era de báscula.
Mi padre era de juicio.

Pensaba en mí cuando esperaba.
Las chirriantes carretas tiradas por los bueyes llegaban con su hijo.
Era su hijo quien cortaba la caña y la estibaba.
Su hijo accionaba la báscula,
la enorme grúa se movía con su hijo.
Su hijo era de caña.
Calculaba las arrobas de hijo y las sumaba.
Era su hijo *el tiempo muerto* y *el día de quincena.*
Partían las locomotoras arrastrando vagones
llenos de hijo hacia el central.
Ya no hay central,
pero de todas formas yo parto cada día.

II
Mi padre en la neblina del portal
sacando cuentas en el aire con su dedo índice,
esperando el pitazo del tren en la estación más próxima
para ensillar su jaca
y salir a buscar a mi hermana que bajará en el paradero de Cedrito.
Mi hermana que estudia en la universidad y va a ser médico.
«Quién me lo iba a decir»,
piensa mi padre que ni siquiera pudo terminar la primaria.

De dónde vino ese afán por saber que vivía en mi padre…
Aquellas noches en que todos jugaban dominó
mientras él y mi tío discutían de aritmética
y se retaban a resolver problemas del libro de Baldor.
De dónde habrá sacado aquel *Manual de Ortografía*
con el que nos obligaba a aprendernos las normas.
De dónde el *Atlas Universal* y los libros de Geografía o de Historia
para advertirnos del mundo y sus quimeras.
Lo veo leyendo y releyendo sus revistas *Bohemia,*
las que coleccionaba con fervor.
Lo veo frente a Valero,
el enigmático anciano argentino de barba larguísima
que un día apareció con su tablero de ajedrez
y le mostró lo irreal que era su mundo.

III
Mi padre, el pesador,
en aquel caserío alrededor de un chucho de caña nombrado Sojo Tres.

Mi padre, diestro en cálculos,
hacía las cuentas ajenas a su pobre bolsillo

que siempre le cuadraban.
Mi padre, diestro en cálculos, hacía las cuentas de su pobre bolsillo
que nunca le alcanzaban.
Llegan las carretas cargadas de caña desde los cortes,
pesamos la caña mi padre y yo,
la estibamos con la grúa hasta los vagones.

Y parten las locomotoras con su caña y sus ruidos
rumbo al central fantasma que se llamaba Preston
que se llamaba Guatemala,
que ya nadie lo llama.

IV
Viví tan solo trece años contigo.
Me has hecho tanta falta.
Oigo en sordina ese tres que tocabas de niño,
que no te oí rasgar y suena en mis oídos.

Padre, tú has sido mi aliento,
el largo paso de un tren
que sigue pidiendo andén
porque no encuentra el momento
de bajar, ni fundamento
para alcanzar tu bagaje.
No encuentro, padre, el coraje
para decirte: ya estoy,
para decirte: ya soy,
y sigo hacia ti mi viaje.

V
Yo esperaba mi acostumbrado libro de regalo
cuando cumplí diez años,
pero esa mañana tomamos el tren hasta el puerto de Antillas,
en la bahía de Nipe.
Mi padre quería que conociera el mar, los barcos.

Esto no cabe en ningún libro, dijo mirando al horizonte.
Es más inmenso que los campos de caña, pensé yo,
pero no dije nada.
Aún no he dicho nada.
Estoy anclado junto a aquellos barcos.
Hoy solo intento,
palabra tras palabra,
verso a verso
meter el mar que tú me regalaste
como el campo de caña más inmenso del mundo
en las hojas de un libro interminable.

PIEDRAS

I
¿Yo recogí esta piedra junto al Canímar, con Johann, una tarde
o fue junto al San Juan, por la mañana, con Gisela?

Recogí piedras con Laura en el Danubio, ¿O era en el Misisipi?
Metíamos la mano en las aguas heladas
y gritábamos ante la risa de Lissette y Judith.
¿O eran Mabel y María Elena las que sonreían?

Yo recogía con Lázaro y Frank Pablo en la Sierra Maestra,
piedrecitas de un río salvaje,
mientras saltábamos sobre rocas enormes
que solo podía cargar en la memoria,
¿o fue todo en un sueño?

¿Fue en Banff, en las montañas de Alberta, con Estévez,
bajo el otoño canadiense,
cuando la nieve solía derretirse y las ardillas jugaban en mis pies,
que descubrí esta piedra?

¿Robé estas lajas de un viejo monasterio abandonado del Valle del Silencio
en Ponferrada, con Ramiro
o son de las montañas de Monserrat a donde fui con Carmen Romaní?

Confundo las piedras que recogí en el Valle del Yumurí con Arístides
con las que hallé con Jacqueline en aquella excursión de humo y espolones.

Y las piedras de la línea del tren,
¿las recogí con mi padre junto a la grúa de Sojo
o fue en el Paradero de Camarones con Camilo?

Las piedras de los bosques de Euskadi que encontré con Idoia y Emilio
se mezclan con las de los frondosos campos de manzana de Lleida
a los que me llevaron Elionor y Francés.

Guardo piedras volcánicas que no sé distinguir si fueron un regalo de Marjorie
o las encontré cuando subí con Marigloria a la laguna de Cuicocha.

¿Escogí estas piedras con César en Socucho
o fue en Gibara con Rami, Edith y Amalia?

¿Fue con Ricardo que encontré esta estalactita en Bellamar?
¿Es esta, acaso, la piedra de Viñales que me regaló Nelson?

¿Las piedras del Cañón del Colorado que recogí con Margaret
serían las que dejaron un dibujo de Bárbara, muy rojo, tatuado en mi camino?

Fue con Luna Pantoja con quien robé a escondidas
piedras del bosque fósil de Najasa.
Lo recuerdo muy bien porque ella aún no había nacido.

II
Junto en un cuenco, regalo de Michel, sobre mi mesa de *pallet,*
las piedras del camino, las armas del camino.

Dicen que las piedras rodando se encuentran.
¿Han rodado hacia mí o he rodado hacia ellas?
¿Hemos rodado ambos?
¿Soy otra piedra?
¿Quién contempla a quién?
¿Cuido de ellas o ellas cuidan de mí?

Lo sé.
Ya no son tan hermosas
como en el río, el bosque, la cueva, la montaña.

Cuando algo es arrancado de su sitio ya jamás será igual.
Por eso no quisiera salir de mi hábitat, ser trasplantado.

Siento arrepentimiento de mi indolencia, mi egoísmo.
Quizás por ello mi memoria no es fiel
o falta a la verdad conscientemente,
confunde sitios y personas,
aunque recuerda intacta su belleza, su arresto, su silencio.

III
Hermanas, amigas, amantes, frágiles como alas son mis piedras.
Peso muerto en el recuerdo de otros. Carga pesada en la memoria mía.

ADELANTAR LA RAZA

Para mi madre, Julia Rosa, la Negra

Para Margaret Randall,
por aquella historia del pelo malo

I
Se llamaba Jacinto
y era un negro de África el padre de mi abuela,
el que casó con Rosa mi bisabuela blanca
la muchacha bonita de largo pelo lacio
la del retrato ovalado en el salón
a la que cada día mi abuela ponía flores blanquísimas.

Del bisabuelo Jacinto nunca vi una foto
no sé si había alguna en un cajón
quizás nunca se retrató.
Tampoco supe si fue esclavo o nació libre.
Tan solo oí decir *sotto voce* que era un negro de África
que *lo negro* de la familia venía de él
de *allá*
y que era implacable.

Mi abuela aunque nació
allá en el año 95 y por las selvas del Mayarí
y poco pudo vivir de aquella guerra
se decía mambisa
quizás porque su padre realmente lo fue.
Mi abuela con su piel blanca
sus labios finos
su largo pelo negro
nada lacio como el de su madre
pero siempre estirado
siempre recogido
en un moño o una trenza sobre la nuca.
Mi abuela como Cecilia Valdés *parecía blanca*
casó con hombre blanco hijo de portugueses,
y tuvo diez hijos de todos los colores.

Aindiados de piel canela y pelo negro y lacio.
Aindiados de piel canela y pelo suavemente encrespado.
Unos de piel blanca o canela y *pasa.*
Otros de piel cobriza y *pelo enano.*
Unos de piel muy blanca y pelo crespo
y otros de piel muy blanca y pelo lacio.

Todos podían *pasar por blancos.*
Éramos una familia *blanca*
con sus pequeñas manchas
pero *blanca.*

Nunca se habló de raza en la familia
jamás oí la palabra *mestizo*
la palabra *mulato*
y mucho menos la palabra *negro.*

Hembras y varones escogieron libremente sus parejas
jamás hubo una orden al respecto
nadie arregló un casorio
pero todos se casaron con *blancos* y *blancas.*
Estaba sobrentendido.
Había que *adelantar la raza.*

II
Y la familia se *blanqueaba se blanqueaba se blanqueaba*
hasta que *El galleguito*
pelado siempre al rape
llegó a la adolescencia y añoró una melena.
Un buen día regresó de la beca con un peinado *afro*
ante el escándalo de la familia.
Esto nos delata repetían.

Recibió duras reprimendas
algunos comentábamos con sorna
que se le había desatado *la pasión*
pero él exhibía orgulloso su *espendrú.*

Y la familia se *blanqueaba se blanqueaba se blanqueaba*
hasta que un día la niña rubia como su padre
la de ojos muy azules y luengas guedejas
la mejor muestra del blancor de la familia
la que exhibían como estandarte
notó que sus bucles se hacían rebeldes.

Solo las negras de la cuartería
con su peine caliente y sus tenazas
pudieron desde entonces alisar su cabello.

Eran los bisnietos y tataranietos del abuelo Jacinto.
Así de fuerte era el negro africano.
Le había salido *la maldición* a la familia.

III
Todas las guerras
de todos los bandos
contra ese descalabro de la humanidad.

Guerra fría contra la mezcolanza de las razas
contra esa oscuridad que solo trae rezagos
y trata de imponerse frente al mundo blanco.
Guerra fría contra la ignominiosa interracialidad.

Guerra caliente de peines y tenazas contra *el pelo malo*
a riesgo de quemadas afecciones letales pérdidas del cabello.
Guerra química contra *el pelo malo*.
Días y noches en los laboratorios mezclando y combinando
buscando las fórmulas para un *desriz* que alise
que imite el cabello de los blancos.

Inversiones enormes para lograr productos prodigiosos
para que todo sea civilizado
para acabar definitivamente con el *pelo malo*.

Guerra económica contra el bolsillo de los negros
productos casi mágicos
peines tenazas artefactos electrónicos
cursos de gran estilo de alta gama contra el *pelo malo*.
Sofisticadas peluquerías para el *pelo malo*.
La queratina milagrosa contra *la maldición*.
Todo costoso y sumamente caro para el bolsillo de los negros
porque hay que envenenar al *pelo malo*.

IV
Mi padre iba a casarse con Blanquita
la niña bien tan *blanca* como él decía su madre.
Pero mi padre se enamoró de Julia Rosa
la más morena de los diez nietos de Jacinto
a la que con todo cariño llamaban *la Negra*.

Pocas veces visité a mi abuela *blanca*
solo yo acompañaba a mi padre algún triste domingo.
No tuve tiempo de quererla.
Jamás mi madre y mis hermanas visitaron su casa.
Ella jamás nos visitó.

Algunos de mis tíos paternos
fueron amables y cercanos
y sus hijos nuestros primos queridos
pero las tías hembras eran demasiado *blancas*.
Nunca las visitamos.
Nunca nos visitaron.
No tuvimos tiempo de quererlas.
Mi padre había *atrasado la raza*
y eso era imperdonable.

Casi en su lecho de muerte,
en un hospital del Mayarí
rodeábamos a mi padre
mi madre mis hermanas y yo
cuando llegaron las hermanas *blancas*.
Nos saludamos con la cortesía que se saludan los extraños.
Agradecíamos que vinieran a despedirse de mi padre
que tanto añoraba a su familia.
Vi el brillo de sus ojos cuando las vio entrar.

Nos miraban sin discreción alguna
nos examinaban sin pudor.
Éramos el cuerpo del delito
La mácula en su estado inclemente
La maldición que había que increpar.

Pensé que sacarían una cruz de madera para reprendernos
o cruzarían sus dedos ante nuestros diabólicos rostros.

Entonces una de ellas consultó a la otra en voz muy baja
y finalmente como si hubiera sido la única intención de su visita
señalando a mi hermana de piel más blanca
ignorando su tinte rubio
y el perfecto *desriz* que alisaba su pelo
dieron su veredicto
—Esta es la única que salió a nosotras.

V
Tiran de mí por ambos lados.
De una parte los que quieren *adelantar la raza.*
De la otra los que no quieren que *retrasen la raza.*
Y siento el mismo miedo
ese miedo ancestral que carcome a ambas partes
el cepo el latigazo el hambre el bocabajo
el destierro el desgaire la orfandad
el no saber ser libre

VI
Y aquí estoy
bien atado
de pies y manos
soportando
esperando
que mi cuerpo y sus cuerpos
de un lado y otro
vayan consiguiendo
su mismo y único color.

VII
Si me pelo *al rape*
pareceré blanco.
Si me paso el peine caliente
pareceré blanca.
Si me afeito la cabeza
pareceré blanco.
Si me recojo el pelo y me pongo una pamela ancha
pareceré blanca.
Si me pelo muy corto
antes de que mi pelo comience a rizarse
tendré *pelo enano*, como decía mi tío,
y pareceré blanco.
Si me desrizo
pareceré blanca
Si me pongo un pañuelo de pirata
pareceré blanco.
Si me tiño de rubio
pareceré blanca.
Si duermo con una media en la cabeza
pareceré blanco.
Si me hago *la queratina*
pareceré blanca.
Si me hago *la queratina*
pareceré blanco.

Pareceré.
¿Pareceré?

LA CONDICIÓN DEL ESPEJO: RECONSTRUIR EL PALIMPSESTO

JORGE ÁNGEL HERNÁNDEZ





Un palimpsesto es un antiguo manuscrito que conserva huellas de una escritura anterior borrada artificialmente, según lo define el diccionario de la Real Academia Española. Las vicisitudes sufridas por el poema *Espejo de paciencia*, de Silvestre de Balboa, le dan categoría simbólica de palimpsesto, sin que en rigor lo sea. Entrados en la segunda mitad del siglo XX, Lezama Lima y Cintio Vitier redimensionaron esa categoría como identitaria y le otorgaron una nueva condición para nuestra nacionalidad, proceder coherente con la mirada origenista hacia la cultura cubana.

El manuscrito original de *Espejo de paciencia* fue entregado en 1608 al obispo Juan de las Cabezas Altamirano, el héroe épico del texto, por lo que es obvio que fue escrito antes de esa fecha, mientras Balboa se desempeñaba como escribano público en la villa de Puerto Príncipe. Varios historiadores aseguran, sin pruebas, que el canario no participó en los acontecimientos descritos, aunque él y sus esclavos eran culpables de practicar comercio de rescate, lo que aparece documentado en los papeles de la época. La documentación, que es el opio irremediable de los historiadores, da constancia además del secuestro del obispo junto con el canónigo Francisco Puebla y del rescate de este último por los vecinos de Bayamo, la mayoría implicados en el comercio ilegal con cuanto marinero surcara las costas de nuestra Isla, fueran piratas, corsarios, hugonotes, luteranos o herejes.

La aplicación estricta y radical de la ley contra todos los implicados en el contrabando, por parte del teniente general Melchor Suárez de Poago, conllevó a una crisis que metía en serio atolladero a los habitantes de Bayamo y,



por extensión, al gobierno indiano. Este es el panorama referente al que se enfrenta la singular novela *La condición del espejo*, de Antonio Rodríguez Salvador, publicada por Letras Cubanas en 2019, varios años después de que el autor la concluyera. Propongo recorrerla en dos de sus interesantes perspectivas: su relación con la Historia y sus recursos discursivos.

I. Novela e Historia

Veamos los hechos según los documentos:

El gobernador de la Isla comisionó en 1603 al teniente general Melchor Suárez de Poago para investigar y castigar a quienes incurrían en el comercio de rescate. Para ello comandaba a cincuenta arcabuceros, quienes metieron en prisión a ochenta reos, condenados a muerte por el propio Poago, y castigaron brutalmente a muchos más. Se rebelaron de inmediato doscientos bayameses, decididos a impedir que trasladaran a los apresados a La Habana o a Santo Domingo, donde debían cumplirse las sentencias. Luego de refugiarse en los campos, se apostaron en los caminos para interceptar cualquier intento de traslado de los prisioneros. Se encargaron, en tanto, de alertar a la Real Audiencia de Santo Domingo —con rango superior a la habanera—, cuyos letrados tomaron conciencia del peligro político que representaba esta medida, aceptaron que el impetuoso teniente general se había extralimitado y decidieron que los culpables fueran juzgados por los jueces ordinarios de la villa de Bayamo y no por la Audiencia de La Habana.

La condición del espejo toma al pie de la letra este suceso y lo recrea literariamente, creando caracteres e intrigas, según lo exige una novela. Se tomará el autor la legítima licencia de «llenar ciertos vacíos de información» con breves biografías o vivencias concretas que atribuye a estos personajes. Algunas, incluso, difieren de lo que se ha demostrado a través de documentos e investigaciones.

En 1604 —cuenta la historia ya documentada—, el pirata francés Gilberto Girón (así lo escribirá Echeverría en 1838, aunque la escritura anterior que da apertura al palimpsesto pone Xiluerto Giraud, o Xiron), se adentra hasta las cercanías de Bayamo, en el hato de Yara, y secuestra al obispo Juan de las Cabezas Altamirano junto a Francisco Puebla, canónigo administrador de los hatos de Yara y vicario de la Catedral de Santiago de Cuba. Retiene al obispo durante cinco días y lo deja en libertad a cambio de mil cueros de res, casabe y doscientos ducados, según las cartas del prelado y los autos de los más ilustres ciudadanos que financiaron su rescate. Fray Francisco permanecerá un mes en prisión, hasta que los vecinos de la villa de Bayamo salen a rescatarlo y decapitan al pirata. Por tanto, mientras el obispo fuera pragmáticamente cambiado por víveres y dinero, y liberado de inmediato a pesar de ser la pieza clave de presión de los secuestradores, fue fray Francisco el verdadero rescatado. Curioso, pero de ello dan fe autos y cartas de los implicados, con muchas y sospechosas coincidencias en sus declaraciones. Lo corroboran investigaciones hechas por varios historiadores en el Archivo General de Indias, de Sevilla, España; en el Archivo General de la Nación, de México, y en el Archivo Nacional de Cuba. Sin embargo, y a pesar de las pruebas encontradas, los historiadores no han podido determinar quién fue ese feroz francés cuyos veintiséis hombres, bien armados y acostumbrados al combate cuerpo a

cuerpo, solo consiguieron matar a una persona, justamente a un indio, de los veinticuatro vecinos que les hicieron frente. Los testimonios resaltan la cobardía de los piratas, o herejes, en contraste con el valor irracional de los rescatadores.

Ante tanta sospecha, el autor de *La condición del espejo* asume en este punto el giro relativo de la posmodernidad y cambia la perspectiva hasta ahora conclusiva de la Historia, tanto en sus documentos literarios como en aquellos que gozan de valor para fundamentar los hechos. En la novela, el secuestro del obispo Juan de las Cabezas es una farsa, creada como estratagema por esos «ilustres» ciudadanos de Bayamo para reivindicarse con el rey y revertir su culpa de contrabandistas con un acto épico, de encendido patriotismo monárquico. En acertado uso de recursos genéricos de la comedia de equívocos, con los que pone en crisis la relación Historia-ficción, la trama novelística que en verdad se desarrolla será diferente a la planificada por sus propios personajes, tornando la farsa previa en hecho real. De ahí que los falsos secuestradores del obispo no cumplan su misión de secuestrarlo y sea el pirata Gilberto Girón quien a la postre lo haga.

Estos cruces entre Historia y ficción que la novela actualiza, no se presentan como un batiburrillo más de los tantos asumidos sin rigor literario por entusiastas de la era post, sino como reconstrucción positivista y lógica, rayana en lo dialéctico, del trasfondo que el autor intuye antes de decidirse a escribirlo. Los estudiosos de la sociocrítica, permítanme el apunte, aseguran que este es el punto de partida de cualquier texto literario, especialmente del relato. Se mezclarán así datos de certeza histórica con aseveraciones de pura ficción. Al hacerlo, Rodríguez Salvador cumple la tarea de no dejarse las costuras visibles, seguro de que lo importante es cómo avanza el lector a lo largo de la historia narrada, dejando para después, o para nunca, las comprobaciones relativas a la Historia real.

Por su parte, los investigadores han determinado ya que cuatro años después de estos secuestros, el canario Silvestre de Balboa y Troya de Quesada entregó al obispo Juan de las Cabezas un poema épico, en octavas reales, en el que relata estos sucesos heroicos. Lo tituló *Espejo de paciencia* y lo consideró un regalo, un acto de agradecimiento al prelado quien merecía más, según el literato.

Silvestre de Balboa Troya y Quesada nació en Las Palmas de Gran Canaria, el 30 de junio de 1563. Emigró a Cuba en 1592 y se avecindó en la villa de Puerto Príncipe hasta su muerte entre 1644 y 1649. Se casó con Catalina de la Coba, descendiente del colonizador Vasco Porcallo de Figueroa y de una hija de un cacique taíno. Tuvo con ella siete hijos. Ejerció como escribano público *de facto* en Puerto Príncipe desde 1600 hasta 1621, fecha en que por fin el Consejo de Indias le concede la confirmación de este oficio que la Corona le negara en 1608 por estimar que había pagado poco por el puesto. Se le implicó en el contrabando, por lo que se le impuso una multa de 648 reales «por sí y sus esclavos», aunque quedaría exonerado gracias a la amnistía de 1607. Es posible, como sugieren varios historiadores, que no participara en ninguno de los eventos que narra en *Espejo de paciencia,* pero sí conoció a los involucrados. Si, como sugiere Rodríguez Salvador en su novela, cuanto narra el poema es una invención, es obviamente imposible que participara en hechos falsos, salvo en el propio acto de falsearlos. Se ha documentado además que Balboa fue parte de la tertulia literaria de su pueblo de origen, en Canarias, lo que podía reproducirse, quizás con menos exigencia, en Puerto Príncipe.

En *La condición del espejo*, Silvestre de Balboa aparece en el capítulo 3, en prisión, por contrabando y con grilletes que le han provocado una infección en la pierna. Sueña con conquistar el amor de una mujer que solo le ha brindado sexo y que, al ser estrictamente pragmática, anula el valor de la poesía y le reclama el de la solvencia económica, posponiendo el enlace que él sigue añorando. Se ha enterado allí, por cuchicheos de otros reos, que se prepara un secuestro del obispo Juan de las Cabezas Altamirano y trata de usar esta valiosa información como moneda de cambio. Su salvación le llega, en cambio, porque los más ilustres ciudadanos de Bayamo, implicados en el comercio de rescate, necesitan a un poeta para consagrar la farsa épica que preparan con el objetivo de librarse de las culpas y reivindicarse ante el rey con una acción patriótica y gloriosa. El esperpento social que han inventado exigía ser secundado con un texto que remedara la Araucana de Alonso de Ercilla, de moda en ese entonces. También aquí el autor apela a la lógica positivista y asegura que su trama avance según la farsa que él mismo ha reconstruido.

De acuerdo con la historiadora Cruz-Taura, Silvestre de Balboa se integra a:

> …una hazaña en defensa de España, acción de la que no podía escribir una relación propia al rey porque no había sido testigo del hecho. En cambio, por conocer a fondo a sus participantes, sí podía cantar/contar sus vivencias. Intérprete de lo que ocurría a su alrededor, Balboa escribe una epopeya que indirectamente revela las tensiones internacionales



Semblanza de Silvestre de Balboa.

del momento, incluyendo la fragmentación entre cristianos —católicos y protestantes— y las rivalidades entre las naciones europeas. En el ámbito local, estas tensiones afectaban incluso a los habitantes de las villas más remotas del imperio y, desde luego, se manifestaban en la piratería y el contrabando. Más allá del secuestro y rescate del obispo Juan de las Cabezas, otros hechos ocurridos entre la victoria bayamesa de 1604 y la entrega del poema al obispo, cuatro años después, revelan un contexto mucho más amplio en el que el vecino-escribano-poeta Silvestre de Balboa compuso sus octavas reales.[1]

El novelista Rodríguez Salvador «resuelve» varios de los misterios que circundan a la obra de Balboa mediante un arma infalible del autor de ficciones: la reconstrucción a su antojo de la Historia. Al imaginar, a cuenta y riesgo de novelista, el ambiente que rodea al secuestro y la escritura del poema, reescribe esa Historia, confusa y fragmentariamente conocida a lo largo de siglos de investigaciones, especulaciones y falsos rumores, y a su manera reacomoda los hechos, desmitificando no solo el heroísmo aludido en el poema épico, sino el suceso aceptado por los historiadores. En *La condición del espejo*, el secuestro del obispo produce y reproduce varios actos de representación, todos concebidos para disimular culpas y obtener prebendas, desde planificar el falso rapto, hasta enfrentarse a un secuestro verdadero que, en el positivismo lógico de la ficción, será inducido por uno de los cómplices de las representaciones. La ambición del pirata lo llevará a la trampa que teje el taimado Jácome Milanés, personaje histórico, de origen florentino, que, en la novela, trama la farsa del secuestro. Solución de autor, como decía, a esos «vacíos» que el historiador no puede llenar solo con evidencias y mucho menos con suposiciones. Este señor, en la vida real, será el autor de uno de los autos enviados al rey posteriormente, lo que se toma como testimonio creíble de lo sucedido.

Para su trama, hilvanada sin conceder veracidad a esos autos, Rodríguez Salvador no acude a la parodia, ni siquiera a la sátira, aunque mucho de satírico se encuentre en el discurso narrativo y lo paródico aflore en numerosas circunstancias de ese mismo discurso. Apuesta por reconstruir a su albedrío cuanto históricamente se registra, o se documenta, amparado quizás por ese contexto posmoderno que liberara al relato de normas de respeto (normas que tampoco tuvieron en cuenta Rabelais o Voltaire, por ejemplo). *La condición del espejo* propone sus propios sucesos, aunque su lógica no atomice caóticamente el referente histórico y ofrezca un estatuto más lógico y creíble, según el punto de vista de la fábula. A partir de este elemento estructural, el autor fabula a su albedrío, demostrando que conoce múltiples detalles del contexto, interno y general, en que su trama se inserta. Abundan los datos que dan fe de investigaciones serias de fondo, lo que tributa a las hipótesis que Rodríguez Salvador se atreve a reconfigurar, humorismo mediante.

Quizás, y esto es apenas una petición de juicio de lector, no apreciación de crítico, hubiera sido más feliz no resolver la trama con la norma habitual de la tragedia griega, cuya fórmula de fuerza mayor desciende a reordenarlo todo. Al concluir la novela de este modo, su autor «devuelve» al obispo la pragmática que rige el argumento y se reconcilia, indirectamente, con el referente histórico que restituyó a su antojo.

II. Novela y discurso literario

Partiendo de un ejercicio discursivo de introspección del obispo de Santiago de Cuba, fray Juan de las Cabezas Altamirano, *La condición del espejo* define varios contextos que serán esenciales a la obra: argumento, cadena de sucesos, referentes sociorreligiosos y giros lingüísticos propios de la época. Pero no basta con subvertir la Historia para que el relato contenga valores literarios apreciables. Lo que llamamos prosa, aún antes de Molière, ha sido renombrado por los estudios semióticos como discurso, ramificando en él las artimañas lingüísticas y narrativas que un autor puede poner en marcha y dando pie a infinidad de lecturas de la obra.

No es este el escenario para deconstruir el ingenio discursivo, pero sí es posible, al menos, enumerar los más sobresalientes, con la esperanza de que la crítica, y la academia, ambas aún perezosas y tardías en nuestro panorama nacional, se enteren de obras importantes que merecen mejores recepciones de su parte.

1.º Rodríguez Salvador hereda la perspectiva de reflexión de la novela de la modernidad y la coloca en el giro relativo posmoderno del libre albedrío con respecto a lo histórico. Imbrica así, sin alardes formalistas, lo mejor de ambos aportes.

2.º Salpica con modismos lingüísticos de época los diálogos para crear la ilusión de que los personajes se expresan del modo en que lo hicieran a inicios del siglo XVII. Ardua tarea de la que sale victorioso en la mayoría de las escaramuzas.

3.º Acentúa el tono descriptivo coloquial con dicharachos y refranes que cumplen funciones mucho más profundas que las de parodiar los modos del habla, pues sirven de base a la conducta de los personajes y a la credibilidad de sus acciones. Con frecuencia, estos axiomas sentenciosos se integran a las circunstancias del relato y dan constancia de una cierta prepotencia sabichosa de los caracteres descritos.

4.º Desliza fundamentaciones de época en las descripciones, de modo que la lectura tiente lo menos posible a mirar desde el presente, apoyando, una vez más, el contexto sociocultural histórico. Así establece una relación de distanciamiento alternativo con los tópicos emergentes de la posmodernidad, como advertido de que muchos, después de la alharaca de la novedad, se convertirán en sedimento literario.

5.º Usa el humor sin cortapisas, desde la escatología rabelesiana hasta la promiscuidad posmoderna. Ello sin suplantar la descripción con lo jocoso. Los nombres de los colegas de tertulia de Silvestre Balboa, por ejemplo, coinciden con los nombres de escritores y artistas espirituanos. La cadena de padecimientos estomacales del secuestrado obispo, para añadir otro ejemplo, que parece suceder en un nivel actancial, gira hacia un punto clave de su desenlace, respondiendo a la lógica positivista que une el conjunto de recursos discursivos y aportando nada menos que el motivo del cierre del relato. En concreto: el obispo decide que el héroe ejecutor del salvaje pirata será el esclavo Salvador Golomón, debido a que este ha matado, con cocimientos, la culebra que alteraba su ciclo digestivo. Personaje y autor, en armonía perfecta, «resuelven» un absurdo que espera aún por una explicación más lógica. (Discurso literario y referente histórico resultan, una vez más, incompatibles).

6.º Las figuraciones del sentido que dan a la narración un permanente tono literario, parecen más un ejército de apoyo, infantería modesta y aplastante, que una caballería empenachada, presta a impresionar a sus rivales, esos lectores que desconfían del texto hasta que no lo hagan suyo. Hay giros lingüísticos y tropológicos, pero no se envanecen con su aparición, dejando al estudioso, más que al lector que se complace solo en el disfrute, la labor de entresacarlos.

7.º El narrador omnisciente se adueña del plano subjetivo de todos los discursos que dialogan en el texto, concediendo a cada uno la parte que le corresponde. La armonía descriptiva que genera evita así los saltos bruscos del extrañamiento y da unidad a la estructura de sus modulaciones internas. Un reto interesante para quienes se animen a abordarlo desde la narratología.

8.º Puesto en la piel discursiva de Silvestre de Balboa, autor de *Espejo de paciencia* y personaje histórico que se ha ganado el derecho a la posteridad, el autor de *La condición del espejo* le «regala» apócrifos de su propia autoría y redimensiona así los valores literarios de la poesía de Balboa.

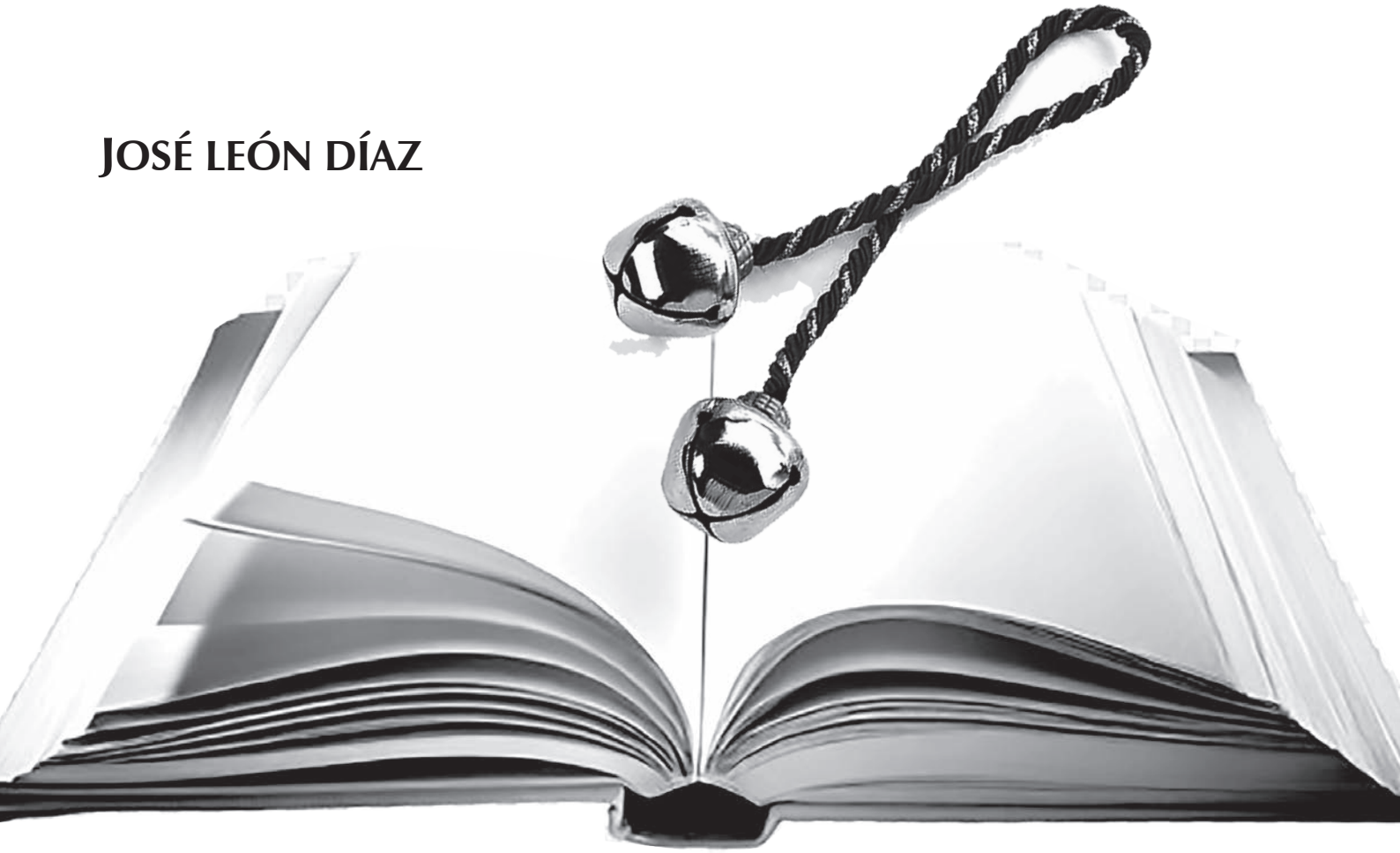
Cada uno de estos ocho aspectos, de conjunto con la reconstrucción histórica que en la primera parte señalamos, da tela analítica por donde cortar. Lo principal, que es la novela, trepidante en no pocos pasajes, ha salido a la luz pública y espera, con la ejemplar paciencia del espejo, las miradas del otro.

NOTA

[1] Graciella Cruz-Taura: *Espejo de paciencia y Silvestre de Balboa en la historia de Cuba,* Iberoamericana, Madrid, 2009, p. 36.

CRÍTICA LITERARIA: APUNTES MIRÁNDONOS EL OMBLIGO

JOSÉ LEÓN DÍAZ



Cuando el cruce de discursos se vuelve un apasionado deporte en el ciberespacio, y la crispación resulta una aparente vía razonable y económica hacia la notoriedad, vale la pena, en ocasiones, regresar a esa frase de Balzac: «Volvamos a la realidad», refiriéndose el gran escritor, por supuesto, a la literatura. Bueno, es una opción personal. Pero la realidad, es decir, la literatura cuenta con una poderosa aliada: la crítica literaria, y justo a ella quiero dedicar estas líneas.

Resulta que en días recientes, aligerando gavetas, encontré los borradores de una charla que ofreciera en un Coloquio sobre la Crítica Literaria celebrado en el Centro Dulce María Loynaz. Su fecha, junio de 2019, me daba la sensación de estar ojeando casi un incunable. Me separan de esas cuartillas experiencias traumáticas como pandemias, crisis económicas, apagones..., bueno, todo eso que desborda las redes y más acá. Un detalle curioso, sin embargo, es que entonces comenzaban a

cobrar fuerza las publicaciones digitales en su lenta navegación por el ciberespacio cubano. A la luz de todo lo anterior, veamos qué puedo sacar en claro unos años después. Decía entonces:

> Tal vez la crítica literaria cubana sea de las que más se miran el ombligo. No pasa cierto tiempo sin que se ausculte a sí misma y muestre mayor o menor satisfacción con lo hallado. En dichas pesquisas, constata que ella forma parte de un sistema, de una serie de eslabones en el que cada cual debe aportar lo suyo. Cuando alguno (o todos, que puede ser el caso) no funciona bien, el problema entonces sería *sistémico*. O tal vez, para parafrasear una expresión que hace cierta fortuna en otros ámbitos: la crítica literaria en ocasiones puede encontrarse en medio de un encadenamiento productivo o no.
>
> No voy a detenerme en esto más de lo necesario. Es sabido que las publicaciones culturales constituyen el eslabón final de ese sistema. Y porque confluye en sus páginas, ellas, a la manera de un muestrario, permiten ver las disfunciones de tal sistema. Una visión que también puede hacerse a la inversa. No es difícil para el lector entrenado descubrir cómo la institución (o sea, las editoriales) no realiza, o no puede realizar del todo, un trabajo de promoción adecuado. Olvida, o se le dificulta, el simple acto de acercar los libros y sus autores al público. Resulta un tanto errática la distribución, pues conocemos de sobra cómo libros de una provincia solo pueden comprarse en otra según el criterio o el pedido de determinados funcionarios; muchas editoriales, además, no cuentan con catálogos…, por consiguiente, se hace difícil el acceso de los críticos a los libros.
>
> Un crítico no puede comprar de su bolsillo todos los títulos, sin mayor referencia que la nota de cubierta, la solución para él en estos casos es ir al seguro, o sea, concentrarse en autores conocidos. Así el caldo se recocina, se desconoce a escritores y tendencias emergentes, en fin, resultará imposible la tantas veces exigida jerarquización. Por último, pero no menos importante, ¿dónde están los sitios en que publicar sus reseñas y ensayos y poder, si no vivir, al menos sobrevivir gracias a su publicación?

Dejémoslo por ahora ahí, con la relativa digitalización posterior algunos de los enunciados anteriores parecieran extraídos de la señalética de un parque jurásico. Mas, si miramos el panorama desde un punto de vista funcional, todavía arrastramos lastres ya observados en sucesivas auscultaciones: ausencia o retraimiento de algunas figuras de prestigio en el ejercicio de la crítica; precariedades en el oficio, como el aislamiento o la no retroalimentación respecto de otras manifestaciones culturales, se hacen más visibles; falta de valoraciones profundas o polémicas en muchas ocasiones. Quizá esta sea una de las claves (una desoladora, por cierto) de la crítica literaria en los medios cubanos, pues un pensamiento crítico debe ser por definición polémico, que se entienda esto como la expresión de un pensamiento innovador, capaz de romper o dialogar con cuanto le antecede y con los contextos nacionales o foráneos.

Me preguntaba, además, en esos borradores de 2019, ¿existe una crisis del oficio o es una continuada desmotivación?, ¿cómo pueden influir en ello las publicaciones culturales? Nuestras revistas, que no son tantas como pareciera a primera vista, aquejadas por la reducción (o en muchos casos desaparición) de sus salidas y tiradas, debido a la escasez del papel, y luego por la dispersión en medio del océano de información y desinformación del ciberespacio en las publicaciones digitales, han disminuido su carácter facilitador del pensamiento crítico. Al no propiciar a los críticos, en lo práctico y en lo académico, una remuneración aceptable o una ventana internacional, el efecto es más que predecible: quienes ejercen la crítica buscan preferentemente la visibilidad en el exterior. No deja de resultar paradójico la publicación en el extranjero de grandes ensayos e investigaciones de estudiosos cubanos, lo cual es muy bueno, pero al mismo tiempo su ausencia de este lado dificulta el acceso a dichas obras de su lector natural.

En 2019 parecía que la emergente prensa digital era la llamada a procurar parte de las soluciones a algunos de los problemas arriba mencionados. Se consideraba que se convertiría en el sitio ideal para que carenaran, al menos, reseñas motivadoras para los lectores. Algo de eso ha ocurrido en los años que siguieron, pero según mi criterio no han cumplido con las expectativas. Entonces, y al igual que hiciera en aquella charla, me apoyaré en la trayectoria de *Revolución y Cultura*.

Concebida en sus inicios como un medio de promoción o divulgación del Consejo Nacional de Cultura, y luego del Ministerio de Cultura, con el tiempo, sin embargo, sus propósitos fueron cambiando. Sin necesidad de hacer un recorrido por los más de sesenta años de existencia de *RyC*, solo voy a apuntar que tras aquellos momentos fundacionales siguió, entre 1967 y 1971, una etapa en la que pudiéramos llamarla como «una revista de revistas», bajo la dirección de Lisandro Otero, cuya intención era difundir entre nosotros la actualidad y evolución del pensamiento allende los mares,

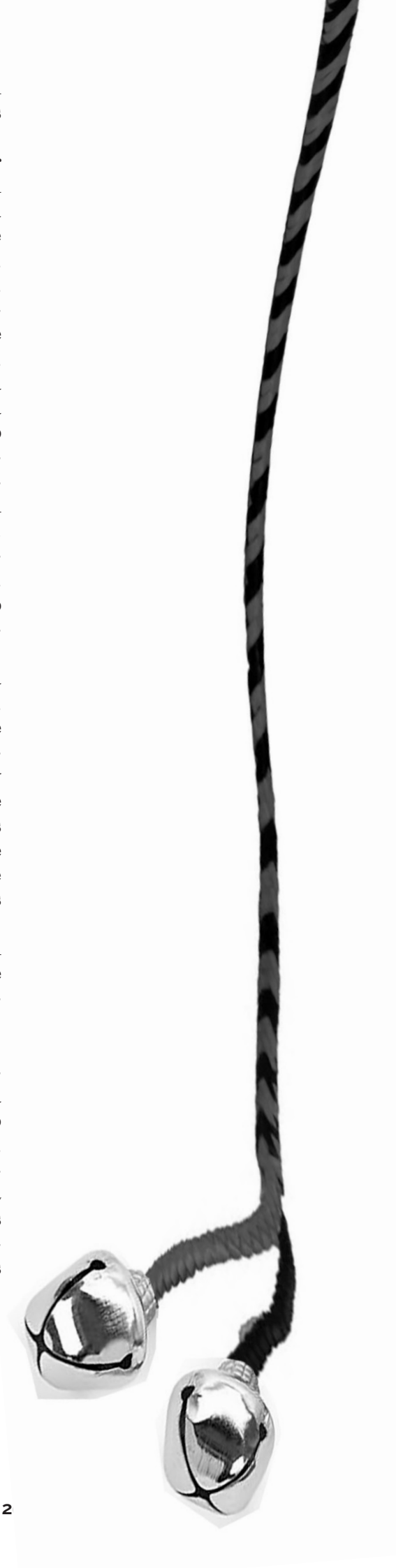
sin faltar el referido a la crítica literaria. Más tarde, a partir de 1972, comienza a ocuparse de la actualidad cultural en la Isla. Atravesando todos esos años que han recibido calificativos de diversas opacidades, fue la crítica llegando a sus páginas, cargando en no pocas ocasiones con las limitaciones propias de la época. Y aunque no era la literaria tal vez la predominante, su presencia justificaba, por ejemplo, que entre 1991 y 1992 se publicara una encuesta a once críticos y escritores a cargo de José Antonio Michelena. Dicha experiencia fue reiterada quince años después a varios de los mismos autores y algunos otros más, y así se conformó el libro *La crítica literaria cubana entre el fuego de dos siglos* (Ediciones Matanzas, 2010). No es difícil comprobar que muchos de los temas que seguimos debatiendo hoy están recogidos en dicho volumen. Se me ocurre entonces la pregunta: ¿por qué continuamos de manera casi similar los debates sobre muchos de esos tópicos tantos años después, qué causas persisten detrás del desfasaje o desajuste entre la crítica y la creación literaria?

Respuestas debe haber muchas y exceden el marco de este comentario. Vale más, tal vez, proponer alternativas o soluciones. En ese sentido, mencioné en mi charla de 2019, cómo en tiempos entonces recientes *RyC* había venido ofreciendo la visión de estudiosos y académicos, cubanos y extranjeros, sobre diversos temas literarios, nuestros o no. Dicho con otras palabras, la publicación había pretendido, si no establecer puentes, al menos abrir ventanas. Sin embargo, para sorpresa nuestra, no alcanzamos la visibilidad y la repercusión esperadas entre los lectores y críticos del patio. Una lección que se deduce de lo anterior, quizá no aprendida, es la necesidad de reeducarnos todos en el respetuoso espíritu de la polémica, un empeño en el que deben insistir los medios, las revistas.

Finalmente, ¿qué pueden hacer las publicaciones, situadas al final del sistema aludido al inicio, para que la crítica sea todo lo relevante y visible que se merece? ¿Y cómo, en medio del más que concierto, desconcierto o aluvión de información que genera internet, donde no todo brilla? Dada su posición, lo primero, por supuesto, sería mantener el criterio de hondura en el oficio, de búsqueda o hallazgo de nuevos derroteros y, de ser posible, que generen reacciones complementarias o contestatarias en los lectores. Retroalimentación. Para ello adelanto esta sugerencia, es necesario influir, orientar, incitar la crítica, poseer un amplio conocimiento del medio, encargar trabajos a especialistas… En otras palabras, asumir una posición de liderazgo. Además, la crítica es lo suficientemente importante como para no dejarla del todo en manos del azar y menos de la improvisación. De lo contrario, pronto deberíamos preparar una segunda secuela de la encuesta de Michelena, quizá le sonría similar éxito al de algunas series televisivas.

Quisiera cerrar estas líneas con las mismas palabras con que hace seis años lo hiciera en el mencionado coloquio sobre la crítica:

> En algún punto, algún momento, la continuidad de la crítica literaria cubana se vio interrumpida. Si así fuera, considero que las revistas culturales, entre ellas *Revolución y Cultura*, más que muestrarios de aciertos y desaciertos, pueden ser todavía herramientas valiosas para retomarla.



UN CABARET EN SEDICIÓN

OMAR VALIÑO



Fotos: Heydi Montes de Oca.

Al terminar agosto, vi en Santa Clara *La salvación. Un cabaret de posguerra*, espectáculo con texto y dirección de José Brito Cordero, quien ha liderado allí, por más de una década, el grupo Teatro Adentro.

Entre noches lluviosas, se hicieron sitio en El Mejunje, de Ramón Silverio, puesto que no conciben la obra para un teatro al uso, sino para un espacio donde se pueda desplegar con naturalidad las características de un cabaret, tanto en la escena como en el auditorio. Logran así, además, una explícita cercanía con los espectadores, búsqueda que todavía puede resultar más productiva y riesgosa para ambas partes.

El espectáculo es incisivo. El tal cabaret de la ficción deviene cárcel donde el trío de actrices protagonistas está condenado a repetir los sufrimientos de la guerra. Pero he aquí el hallazgo: no se refieren tanto al ruido de ametralladoras o explosiones, aunque está presente y hasta lleva el nombre quemante de Gaza, como

al bombardeo pseudocultural de música sin valor, sea de un género u otro; a la saturación comercial de la vida y a la representación continua de las personas para su imagen en las redes.

La flecha de *La salvación*... apunta contra la enajenación. Esa conviviente que ya casi nadie mienta por su categoría. En ese sentido, es una puesta rara entre nosotros. Inmersos en el «factor Cuba», no suelen verse los procesos sociales y políticos más allá «de la maldita circunstancia del agua por todas partes».

Paradoja mediante, el espectáculo habla de la Isla, de nosotros. Su material es nacional. O es el resultado de la interacción entre el estado del mundo y su impacto aquí a nivel ideológico.

La elaboración teatral refuerza esas ideas sin intentar un sermón pedagógico. Se baila, se canta, se bebe, se proclama, se escucha música... a un ritmo vertiginoso. Lugar venido a menos, la visualidad huye de lo bonito, es agreste, hostil en ocasiones. Como espejo que deforma la imagen para vernos mejor. Las actrices Elieter Navarro, Wendy Oliva y Verónica Medina, indiscutibles constructoras de la acción, destacan en su ejecución, pero, sobre todo, en la conciencia de su condición entre la realidad y el artificio, junto a Andrés Castellanos y Dorian Díaz de Villegas.

Al estilo de la pauta brechtiana, *La salvación. Un cabaret de posguerra* conjuga diversión e ideas, subraya gestos y vínculos, fustiga comportamientos anquilosados, en particular la cosificación de la mujer, invita a ampliar la mirada y a ver interrelaciones más allá del ombligo. En su título define esta época que vivimos, pero le responde con un cabaret en sedición.







«EL ESTADO IDEAL DE UNA REVISTA ES EL DE NO CONCLUIR NUNCA...»

Palabras de presentación de la revista *Revolución y Cultura* (N.º 1 de 2025)

VÍCTOR FOWLER

Para un actor del campo literario hay pocas cosas tan encantadoras, divertidas, problemáticas, cortantes, colmadas de puntillosidad, capaces de provocar rupturas catastróficas o alianzas que sobreviven a la distancia o la muerte como lo es la del nacimiento, hechura y vitalidad de una revista. El hecho de trabajar en ella, de ser parte de su núcleo o Estado Mayor, constituye un privilegio y la oportunidad para mil aventuras: un regalo.

Al contar con una cantidad limitada de páginas, la revista obliga a la selección inteligente, lo mismo que al uso permanente de balanzas y cálculos, a veces terribles en sus consecuencias. Además, no son solo las páginas, sino la dimensión (en la alianza de tamaño y profundidad, acomodamiento, tránsito calmado o sacudida cultural) de los textos que en la revista confluyen y, además, para colmo, la clasificación que merecen según el tipo. Ensayo, poema, artículo, nota de presentación, simple comentario, imagen fotográfica, ilustración, cada material no solo transmite sentido, sino que teje redes con el resto para dar nacimiento a un verdadero mundo.

Súmese, a lo anterior, el hecho de la serialidad que —al menos hasta la aparición de los espacios de Internet con actualización diaria— hacía aún más interesante,



desafiante y emparentado con la operatoria militar el arte de confeccionar e instalar revistas en eso que llamamos «el campo literario». Es decir, en medio de competiciones sin número, envidias y recelos, debates iniciados o por desarrollar, enfrentamientos agrios (a veces por una línea de verso o simple palabra), ataques salvajes que solo se proponen destruir. Por tal cosa, la revista transcurre y tiende lazos en el corazón mismo de un fascinante campo de batalla donde, a su vez, también florecen la amistad de alianzas bellas como enlaces de amor, el respeto entre colegas, la humildad, la entrega y esa vocación de descubrimiento que hace de cada nueva aparición el equivalente de un salto hiperespacial: rastreando el pasado, encajando cuñas al presente y queriendo ver (y fabricando) futuros.

Todo esto en la multiplicidad y complejidad que implica ser obra (compilada, dirigida, organizada) de un grupo de personas preciso; es decir, desde una diferencia inevitable con todos aquellos que no disfrutan de la misma posibilidad (lo que ya instaura determinada oposición dialéctica), a lo cual hay que agregar otra disparidad, esta de índole territorial (dado que la revista es construida en un lugar determinado: pueblo, ciudad, provincia, país), más el idioma en el cual se elabora y aún habría que sumar ese tremendo filo divisor que son los ideales ideológico-estéticos, sociopolíticos, éticos y culturales de quienes la hacen.

La revista es un sueño, una intervención aventurera en la circunstancia, una locura, una carrera encima de una cuerda floja (ni suelo hay debajo, sino vacío y olvido, pura desaparición cuando se fracasa), una permanente bomba nuclear de carácter cultural que, mientras más riesgos entrañe, más atractiva se tornará: es decir, una fiesta.

Guardo como tesoro, en archivo digital, los números de *Revolución y Cultura* del año 1967 (1.º de octubre, donde se anuncia como «revista quincenal»; 15 de octubre y 30 de noviembre, en los que ya se avisa que será «revista bimestral»). Y no ceso de asombrarme y disfrutar cuando los releo, porque son un corte a la época, una propuesta de abordaje o entrada a un tiempo efervescente, una turbina de cambios que transformaban (revolucionaban) la sociedad toda, y su cultura, en los campos más diversos. No ceso de asombrarme, repito, de la cantidad de ambición que hay en esas páginas porque todo está ahí; sobre todo en el mismo número de apertura donde podemos encontrar: la vocación tercermundista; el mundo soviético del que hablaban las memorias de Iliá Ehrenburg; el riesgo de seleccionar un canon de nueva literatura encarnaba en la publicación de textos de los entonces jóvenes Jesús Díaz, Miguel Barnet, Fayad Jamís y Jaime Sarusky; las artes plásticas contaban con un texto sobre la pintura de René Magritte; el teatro con Bertold Brecht y Émile Copfermann; Luis de Pablo con la música y Arnold Haskell escribía sobre «Ballet del mundo en La Habana».

A diferencia de la ordenada sucesión de ejemplos de las acciones acometidas por la Revolución dentro del campo cultural

cubano, organizadas en una especie de vitrina, típica de otras publicaciones del momento (que, como *INRA* o *Pueblo y Cultura*, parecían seguir el modelo de la célebre *Life*), esta desbordaba de búsquedas e inquietud, ansias de conocimiento, deseos de contacto y ganas de pelea, parecía estar hablando en dirección al futuro y, por ello, es que esos viejos números nos siguen pareciendo tan increíblemente jóvenes, animados de una energía creadora que era la mejor sangre de la Revolución cubana misma.

No en vano, junto a lo señalado de este primer número, el anuncio nos preparaba para textos próximos que se dedicarían a temas que, en el nivel global, no solo destacaban entre las grandes incógnitas del momento, sino que invitaban a que nos sumergiéramos en territorios y conflictos (sociales, políticos, ideológicos y culturales) que ya demostraban ser decisivos para la humanidad: la llamada «revolución cultural» china; el debate sobre «el papel de los intelectuales»; el estructuralismo francés; el movimiento de «lucha por los derechos civiles» en la sociedad estadounidense; la condición tercermundista y el riesgo, siempre, de elegir figuras, obras y estilos posibles de identificar con el canon de la literatura nacional dentro de una revolución triunfante, que se había transformado en proyecto socialista en un país del subdesarrollo.

No tengo que decir —pues imagino que se sobreentiende— de qué lado está depositado la totalidad de mi entusiasmo, en lo que trata de la significación y lugar de las publicaciones periódicas; a la misma vez, es evidente el tipo de devenir que desearía para esta *Revolución y Cultura* renovada a cuya presentación asistimos hoy.

Creo que dos bloques son medulares en esta revista que renace: el intercambio de opiniones expertas que se acercan al controvertido tema de la modalidad musical llamada «reparto» y sus contextos hoy; tan aguda cuestión que el título invita a «un debate sobre cultura y sociedad en Cuba». Aquí toca recordar que una revista es también una unidad guerrillera que —junto con la ambición de textos resplandecientes y definidores— acciona a la manera de una inmensa llave con la que «abrir» puertas a determinada cuestión álgida; valga la precisión para esto del «reparto», bien que bien incita a seguir analizando y discutiendo nuestro presente (musical, cultural y social).

Y el otro bloque, estructurado alrededor de una simple pregunta (¿Cuál es el reto más importante que enfrentan hoy los marxistas?), igual contiene numerosos momentos merecedores de horas y horas de discusión; en ocasiones una línea que pasa con rapidez, en otras un sustantivo o adjetivo, la cuestión del marxismo (su definición, existencia y condiciones de supervivencia y reproducibilidad) se torna más aguda, amarga e hiriente en tanto más se reproducen, refinan o incluso enseñan (de manera entre grotesca, cínica y salvaje) sus instrumentos e intenciones de dominación global las élites del capital.

Lo bueno de las revistas es que su misma velocidad y serialidad propone —en forma implícita— que los intercambios continúen luego de que la lectura termina; incluso se puede aventurar que la insatisfacción es parte del pacto secreto que hacemos con autores y editores, pues lo que concluye la lectura —en un cierre que no es sino comienzo y expansión del conocimiento— es el impacto y eco multiplicado en comentarios, diferendos y/o acuerdos posteriores (en realidad, mejor, los diferendos). Por tal razón, el estado ideal de una revista es el de no concluir nunca, pues cada número nos lleva a una nueva entrada/salida hacia el interior de la realidad que nos rodea; así, en la misma medida en la que aumentan la complejidad de la visión y las interpretaciones, surgen nuevas posibilidades de transformación de la existencia: en nuestro caso, la búsqueda de aquello que Martí, el mejor de los nuestros, definió como «la mayor justicia posible».

Además de estos dos bloques que acabamos de destacar, la publicación trae un interesantísimo material testimonial sobre el proceso de investigación y creación para la película *El hombre de Maisinicú*; unos (más, o siempre, caramba) poemas-poemas, de los buenos, de primera, de José Luis Serrano, mago como ninguno en esto del rimar profundo; una linda entrevista al «Guille» Vilar, ese clásico, viajero de submarino y rebelde-radical musical-social; una sección sobre la pasada Bienal de la Habana; un cuento de Jorge Ángel Hernández y más.

Cualquier presentación de una revista, y esto sí es un problema, termina siendo horrible cuando se intenta comentar cada uno de los textos que en ella aparecen; o sea, que, junto con todo lo dicho, la mejor forma de terminar el discurso es solicitando un voto de confianza.

Créanme, vale la pena leer-adquirir este número y estoy seguro (espero, quiero) que los que vayan saliendo, se pongan todavía más gozables.

AUTORES

AGUSTÍN LAGE DÁVILA
(La Habana, 1949). Médico y científico. Investigador y profesor titular. Fue durante 25 años director del Centro de Inmunología Molecular de La Habana. Es asesor del presidente de BioCubaFarma. Héroe del Trabajo de la República de Cuba. Diputado a la Asamblea Nacional.

ALFREDO ZALDÍVAR MUÑOA
(Sojo Tres, Holguín, 1956). Poeta, narrador, ensayista y editor. Ha publicado más de veinte libros de poesía, ensayo, novela y antologías. Premio Nacional de la Crítica Literaria (en varias ocasiones), Premio Nacional de Edición (2012). Ostenta la Distinción por la Cultura Nacional. Fundó en 1985 Ediciones Vigía. Actualmente dirige Ediciones Matanzas y la revista homónima.

ANTONIO ELIGIO FERNÁNDEZ (TONEL)
(La Habana, 1958). Artista, crítico y curador de arte. Licenciado en Historia del Arte en la Universidad de la Habana. Profesor de Artes Visuales y Teoría en el Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Columbia Británica, Vancouver, Canadá. Ha expuesto su obra extensamente desde la década del setenta, incluyendo su participación en las bienales de La Habana, Sao Paulo, Berlín y Venecia. Sus artículos y ensayos han sido incluidos en antologías, catálogos y publicaciones periódicas de Cuba y otros países.

ANTONIO LÓPEZ SÁNCHEZ
(La Habana, 1973). Periodista, poeta y narrador. Ha publicado novelas de fantasía y horror, así como libros de ensayo y entrevistas sobre la Nueva Trova. Como periodista ha trabajado y colaborado en diversos órganos de la prensa nacional.

ARTURO ARANGO ARIAS
(Manzanillo, Granma, 1955). Narrador, ensayista y guionista. Sus cuentos y novelas abordan diversas problemáticas de la sociedad contemporánea. Fue director de la revista *Casa de las Américas*, subdirector editorial de *La Gaceta de Cub*a y titular de la Cátedra de Guion en la Escuela Internacional de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños. Sus últimas novelas son *No me preguntes cuándo* (2018) y *Límites y escombros* (2023). Tiene la Distinción por la Cultura Nacional (1996) y es miembro de la Academia Cubana de la Lengua.

ELIZABETH DÍAZ GONZÁLEZ
(Güines, Mayabeque, 1951). Editora, periodista, profesora universitaria y poeta. Fue directora de la Editorial Arte y Literatura y de las revistas *Revolución y Cultura* y *Opción*, de la cual fue fundadora. Autora de los poemarios *Vivir caminando al borde* (1990) y *Pájaros de la luna* (1998). En 2018 publicó *El libro del editor*, Premio Nacional de la Crítica de ese año. Recibió el Premio de Periodismo 26 de Julio en entrevista (1996). Premio Nacional de Edición (2018).

ENRIQUE UBIETA GÓMEZ
(La Habana, 1958). Investigador, ensayista y periodista. Autor, entre otros, de los libros *Ensayos de identidad* (1993), *La utopía rearmada* (2006) y *La isla posible* (2022). Recibió la Distinción por la Cultura Nacional (2002) y la Medalla Alejo Carpentier (2021). Dirige desde 2024 la revista *Revolución y Cultura*.

ISRAEL CASTELLANOS LEÓN
(Bayamo, Cuba, 1966). Crítico de arte, periodista, museólogo e investigador cultural. Redactor de la revista *Revolución y Cultura*.

IVÁN BARRETO GELLES
Doctor en Ciencias de la Educación y máster en Pedagogía. Productor y realizador de audiovisuales educativos. Director general de Informática y Audiovisuales en el Ministerio de Educación. Jefe de redacción de la revista ISArte. Actualmente es Vicerrector de la Universidad de las Artes de La Habana.

JORGE A. FERNÁNDEZ TORRES
(La Habana, 1965). Historiador y crítico de arte, curador de exposiciones. Licenciado en Historia del Arte, Universidad de la Habana, y desde 1999

profesor de Estudios Teóricos en la Universidad de las Artes de Cuba. Ha sido director del Centro de Arte Contemporáneo Wifredo Lam y de la 12.ª Bienal de La Habana (2015). Actualmente dirige el Museo Nacional de Bellas Artes.

JORGE ÁNGEL HERNÁNDEZ PÉREZ
(Vueltas, Villa Clara, 1961). Narrador, poeta, ensayista, sociólogo y editor. Dirigió la revista *Umbral* y fundó y editó *Hacerse el cuerdo*, publicación de crítica de la UNEAC. Premio Oriente José Soler Puig de novela (2001), Premio Bolívar-Martí del Alba Cultural (2008). Publicó en 2025 la novela *El festival de la muerte* y *Mis años con Julia Roberts*, Premio Alejo Carpentier de cuento. Obtuvo la Distinción por la Cultura Nacional (2004).

JOSÉ LEÓN DÍAZ
(La Habana, 1962). Poeta, narrador y periodista. Fue integrante del grupo humorístico Nos y Otros. Ha publicado *Solo por un tiempo*, cuentos, y los poemarios *Continuación del laberinto* y *Otras islas de la espera*, Premio Regino Boti (2015). Es subdirector de la revista *Revolución y Cultura*.

LIS CUESTA PERAZA
(Holguín, 1971). Licenciada en Pedagogía, máster en Ciencias Pedagógicas. Dirigió el Centro Provincial del Libro y la Literatura en Holguín. Es directora nacional del Grupo de Eventos y Cultura-Turismo en el Ministerio de Cultura.

NANCY MOREJÓN HERNÁNDEZ
(La Habana, 1944). Poeta, ensayista y traductora. Premio Nacional de Literatura por el conjunto de su obra (2001). Medalla Alejo Carpentier (2021). Fue directora del Centro de Estudios del Caribe de Casa de las Américas. En la actualidad dirige la revista *Unión* y es miembro de la Academia Cubana de la Lengua. Merecedora de innumerables premios por su obra literaria, entre otros títulos suyos vale recordar *Piedra pulida* (Premio de la Crítica, 1986), *Cuerda veloz* (2002), *Carbones silvestres* (2006), *Poética de los altares y otros ensayos* (2017), la antología poética *Cantares. Cien poemas de Nancy Morejón* (2015) y el ensayo *Nación y mestizaje en Nicolás Guillén*, Premio Mirta Aguirre (1983).

OMAR VALIÑO CEDRÉ
(Santa Clara, 1968). Crítico, teórico teatral, profesor y editor. Desde inicios de los años noventa ha publicado libros de investigación y ensayo, así como numerosos artículos, que testimonian los vínculos entre teatro y sociedad en la Cuba actual. Fundó y lideró durante veinte años la Casa Editorial Tablas-Alarcos. Premio Nacional de Periodismo Cultural del Ministerio de Cultura (1998). Recibió en el 2000 la Distinción por la Cultura Nacional. En la actualidad dirige la Biblioteca Nacional José Martí.

VÍCTOR FOWLER CALZADA
(La Habana, 1960). Ensayista, crítico y poeta. Fue jefe de publicaciones de la Escuela Internacional de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños. Ha sido conferencista sobre literatura cubana en numerosas universidades de Cuba y el extranjero. Ha recibido numerosos premios por su obra y entre sus títulos destacan el poemario *La obligación de expresar,* Premio de Poesía Nicolás Guillén (2008) y los ensayos *Historias del cuerpo,* Premio de la Crítica Literaria (2001), *Rupturas y homenajes,* Premio UNEAC de Ensayo (1997) y *Paseos corporales y de escritura*, Premio de la Crítica Literaria (2013). Obtuvo la Medalla Alejo Carpentier (2021).



¿QUIÉNES SOMOS?

Centro Multimedial del Ministerio de Cultura de Cuba. Una plataforma creativa al servicio del arte, la memoria y la comunicación. Un espacio común para la colaboración institucional.

Integrado por el estudio CrearTV, la Casa del Alba Cultural, La Jiribilla, Periódico Cubarte, Revolución y Cultura, Cubanow y CubaPoesía. Creamos, preservamos y difundimos contenidos culturales. Audiovisuales artísticos e informativos de alto valor para la sociedad.





NUESTRA MISIÓN

Articular saberes, medios y lenguajes. Potenciamos fortalezas individuales para construir y distribuir una narrativa cultural colectiva, diversa y transformadora.



VISIÓN





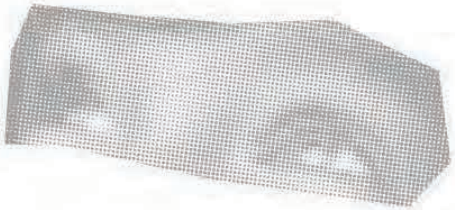
Ser un referente en la creación y articulación de contenidos multimediales innovadores, con identidad propia y compromiso social, en coherencia con la Política Cultural de la nación.

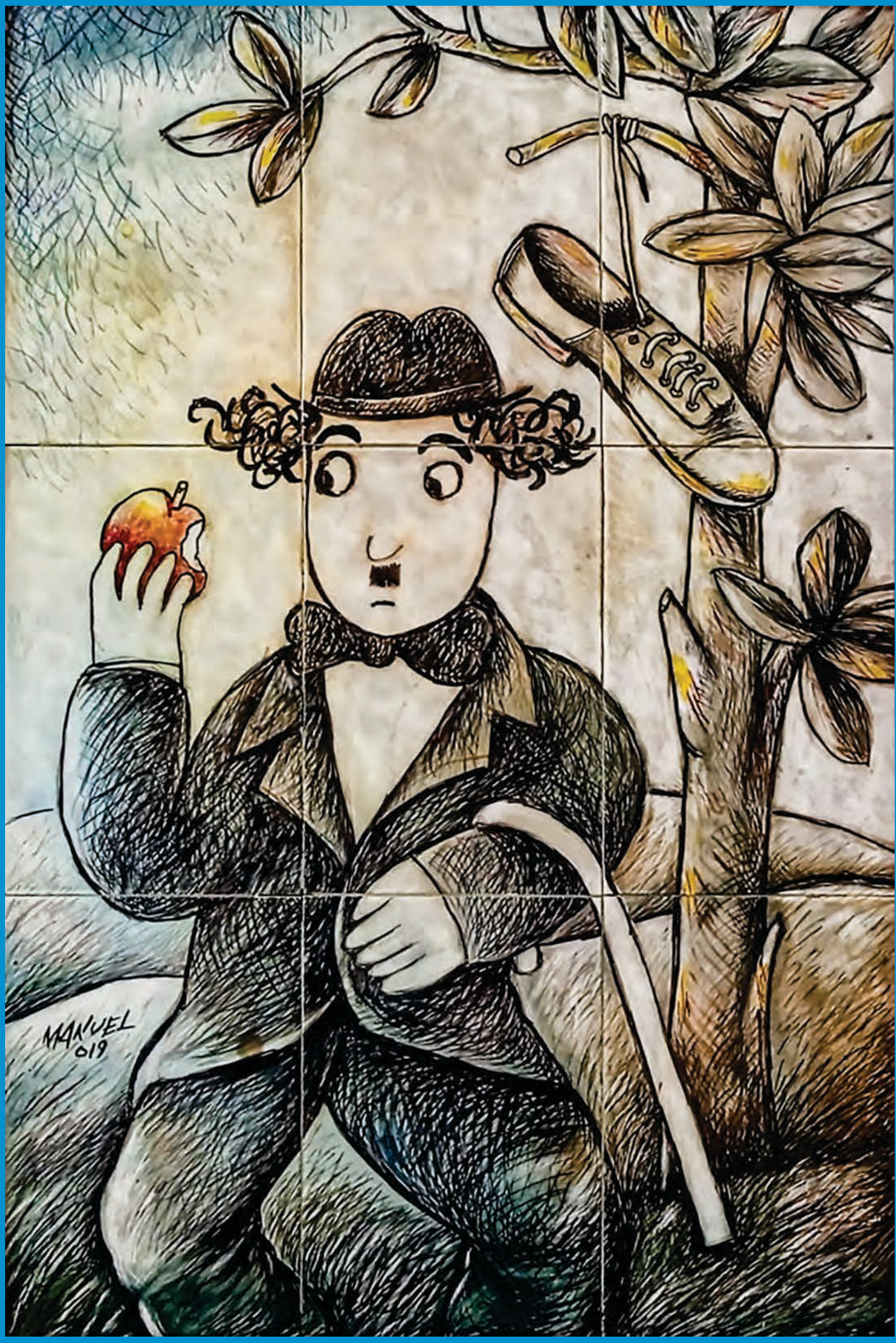
COMUNICACIÓN CON PROPÓSITO, MEMORIA CON PROFUNDIDAD, ARTE CON VISIÓN.





CENTRO MULTIMEDIAL
MINISTERIO DE CULTURA





Manuel Hernández: S/T, 2019. Mosaico de cerámica